EPISTEMOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

En este libro las ideas del autor intentan responder las siguientes preguntas. ¿Se pueden contrastar las teorías psicoanalíticas? ¿Hay manera de controlar su descripción de los mecanismos psíquicos? ¿Es posible considerar a las teorías psicoanalíticas como buenas informaciones acerca de los eventos psíquicos? ¿O ellas son concepciones filosóficas sostenidas o combatidas tan sólo por razones subjetivas, ideológicas o políticas?

¿Cuál es el papel de la reflexión ética, en medicina, psiquiatría y psicoanálisis? Estas inquietudes y otras de índole similar, se tratan en esta obra, en la que se encuentran gran parte de las ideas y reflexiones de Klimovsky sobre el psicoanálisis y algunas de sus posiciones sobre autores como Freud, M. Klein y Lacan, entre otros, así como acerca de la actividad científica en general, marco conceptual dentro del cual cobran sentido sus consideraciones sobre los fundamentos del psicoanálisis.

Nociones fundamentales como las de teoría, hipótesis, modelo, proceso, causalidad y determinismo son exploradas de un modo profundo y claro ilustrando sus aplicaciones con ejemplos tomados de la historia de la ciencia, para luego comprender su utilización y pertinencia en la teoría y en la práctica psicoanalítica.

El tratamiento que Klimovsky hace sobre los aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica, de la noción de realidad psíquica y de la noción de cambio en psicoanálisis iluminan estos conceptos de un modo fecundo.

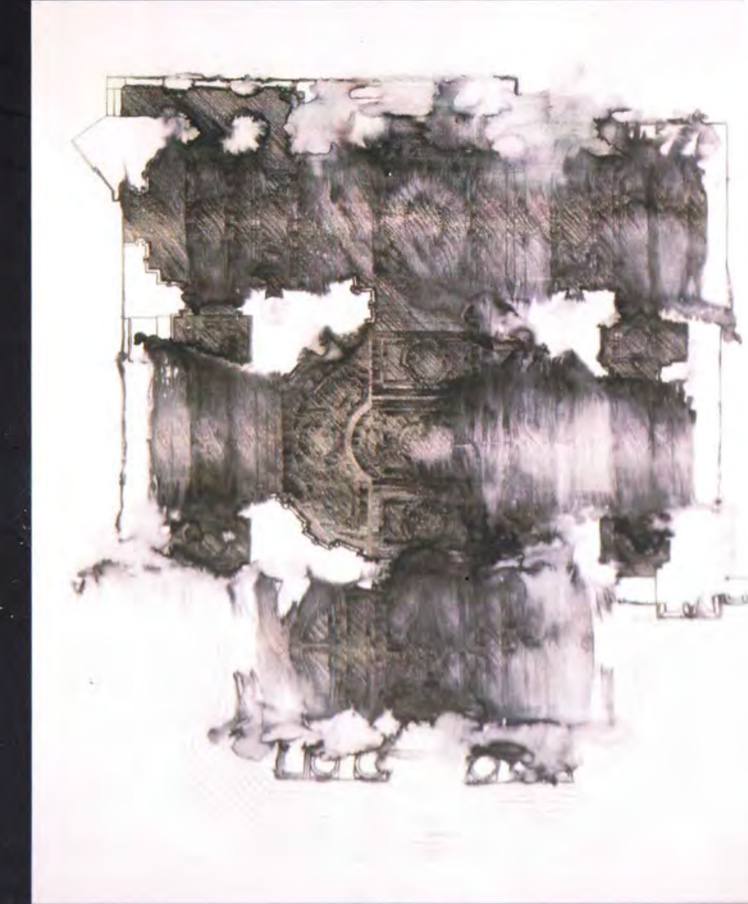
En síntesis, se ha tratado de reunir aquí la producción intelectual de Klimovsky con respecto al psicoanálisis así como parte de su interacción con otros epistemólogos y psicoanalistas, desde mediados de la década del sesenta, cuando se gestara la así llamada "universidad de las catacumbas". Klimovsky es el primer epistemólogo que ha ordenado cuestiones disciplinares del psicoanálisis, y lo ha hecho desde el contexto rioplatense, en particular argentino. Desde entonces y hasta ahora ha promovido un proceso de intenso aprendizaje en psicoanalistas de otros países; la IPA y la Asociación Psicoanalítica de Roma lo han premiado por sus aportes y el desarrollo tanto del psicoanálisis como de las ciencias sociales y humanas en general.

ISBN 978-987-24364-7-6



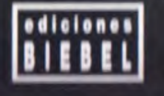
Gregorio Klimovsky

EPISTEMOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS



Volumen II
Análisis del Psicoanálisis







Nació en Buenos Aires en 1922 y estudió matemáticas en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, donde llegó a ser decano.
Como matemático, en colaboración con Jorge Bosch, introdujo en nuestro país la teoría axiomática de conjuntos. Como epistemólogo, contribuyó al desarrollo de disciplinas tales como ética y metodología de la investigación científica, y fue uno de los iniciadores de la lógica y de la filosofía de la ciencia en nuestro país.

Desde 1954 se desempeñó como docente e investigador, en universidades públicas y privadas, nacionales y extranjeras, en carreras de grado y posgrado; en las Universidades Nacionales de Buenos Aires, de San Juan, de La Plata, de Santiago del Estero, de Cuyo, de Rosario; en el Instituto de Matemáticas de Mendoza; en el Centro de Altos Estudios en Ciencias Exactas (Caece); en el Instituto de la Universidad Autónoma Metropolitana de México; en la Universidad de la República (Uruguay); en la Universidad de Concepción (Chile) y la Universidad de Caracas (Venezuela).

continúa en solapa posterior

Epistemología y psicoanálisis
Volumen II
Análisis del psicoanálisis

Klimovsky, Gregorio
Epistemología y psicoanálisis : análisis del análisis / Gregorio Klimovsky ; dirigido por Daniel Biebel. - 2a ed. - Buenos Aires : Biebel, 2009.
v. II, 334 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-24364-7-6

1. Psicoanálisis. 2. Epistemología. I. Biebel, Daniel, dir. II. Título
CDD 150.195

Fecha de catalogación: 18/09/2009

Ediciones BIEBEL
J. J. Biedma 1005 (1405), Buenos Aires, Tel. (54-11) 4582-3878
www.edicionesbiebel.com.ar
info@edicionesbiebel@com.ar • edicionesbiebel@gmail.com

ISBN 987-20291-4-8 *(O.C.)*

Agradecemos el auspicio de Adep

Se han efectuado los depósitos de ley 11.723
Libro de edición argentina
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

Diseño de cubierta e interior: *Cálamus*
La ilustración de cubierta pertenece
al artista plástico argentino Guillermo Kuitca,
L'Encyclopédie (planta del piso de mármol de Les Invalides, Paris),
técnica mixta sobre tela, 238 x 205 cm, colección particular

Índice

Parte III

METODOLOGÍA Y PSICOANÁLISIS

Pág.

Parte IV

MODELOS, TEORÍAS Y VALORES EN PSICOANÁLISIS

Parte III

Metodología y psicoanálisis

Problemas de la metodología de la ciencia

[PONENCIA]*

Es posible caracterizar de manera general al método científico como aquel que proporciona investigación sistemática, controlada y nítida. La primera condición, "sistemática", alude a los nexos inferenciales que ligan a las proposiciones científicas y que permiten operaciones tales como "predicción", "explicación" y "fundamentación"; estos nexos tienen varias fuentes, entre ellas principalmente dos: la teoría de la deducción en lógica formal y la teoría de la inferencia estadística en lógica inductiva y en matemática probabilística. "Controlada" alude a los criterios y procedimientos que impiden que el discurso científico sea mera especulación, al obligar a algún tipo de confrontación con la realidad; esto se logra mediante la constitución de una "base empírica" y la comparación entre los rasgos de esta con las predicciones observacionales y experimentales que es posible obtener con auxilio de los ya aludidos aspectos "sistemáticos". La tercera condición, "nítida", se refiere a la exacta integración de los aspectos semánticos de las proposiciones científicas; aquí interviene la teoría de la definición de los conceptos científicos así como la de las condiciones de verdad, contrastabilidad y contenido empírico de los enunciados empíricos y teóricos.

El éxito del método científico es innegable en lo que atañe a uno de los productos más característicos de la actividad gnoseológica humana: las teorías científicas. Este es el siglo de la teoría de los cuantos, de la teoría de la relatividad, de la teoría de las partículas elementales, de la genética, etcétera. Pero sería un error creer que el alcance del método involucra únicamente teorías. Existen actividades muy importantes para el conocimiento de la realidad física y humana, ligadas a significativas aplicaciones a la política, a la tecnología o a la actividad clínica (para citar solo algunos ejemplos), que no constituyen "teoría" en el sentido propio de la palabra pero que

* Ponencia inaugural en el IV Congreso Latinoamericano de Rorschach y otras técnicas proyectivas, Rosario, Argentina, el 24 de julio de 1980. El trabajo es resultado de una investigación realizada durante 1979 en el Instituto Torcuato Di Tella, Buenos Aires, República Argentina. Publicada en *Revista de Psicoanálisis*, 1980, Tomo XXXVII, nº 6, Buenos Aires.

entrañan similares procedimientos de recopilación y examen de datos, formulación y contrastación de hipótesis, definición e indicación de conceptos y variables. Basta recordar casos como el de la medición de magnitudes, la taxonomía, el diagnóstico clínico, el ensayo de materiales, la interpretación psicoanalítica o el psicodiagnóstico.

De las consideraciones anteriores resulta que el problema de caracterizar con exactitud la naturaleza del método científico no es mero tópico filosófico o simple exquisitez intelectual. Posibles discrepancias acerca de los criterios de validación de los métodos empleados pueden afectar no solo los fundamentos de la ciencia básica sino también la adopción de criterios instrumentales que conciernen a tareas de investigación aplicada. En el caso del psicoanálisis, no cabe duda de que las diferencias de opinión acerca de la corrección de las teorías existentes en el campo de esta disciplina afectan los criterios terapéuticos y la presunta objetividad de las interpretaciones. Pues adoptar una terapia es elegir un curso de acción entre varios posibles, elección que está guiada por el conocimiento que el terapeuta tiene de que las consecuencias serán tales y no cuales. Pero ese conocimiento, y el de las leyes de correlación entre decisiones y efectos, depende de la validez de las hipótesis teóricas que se manejen. En cuanto a las interpretaciones, su valor depende de la capacidad explicativa que posean, lo cual —si se adopta el modelo nomológico deductivo de explicación (el famoso "modelo de Hempel")— presupone nuevamente que se hayan fundamentado las teorías psicoanalíticas usadas. En el caso peculiar del psicodiagnóstico, no cabe duda de que las divergencias que puedan existir en cuanto a criterios epistemológicos para ponderar teorías del diagnóstico se reflejarían en serias discrepancias "técnicas" en cuanto a las investigaciones implicadas en este tipo de tarea.

En consecuencia, nada más oportuno que volver a formular la ya reiterada pregunta acerca de cómo organizar adecuadamente la investigación científica de modo que pueda obtenerse conocimiento fecundo y garantizado. Sabemos que, por desgracia, no existe unanimidad entre los epistemólogos acerca de cómo es necesario organizar o estructurar el conocimiento científico. En lo que atañe a las ciencias empíricas o fácticas, parece existir —según algunos autores— algo así como una "concepción heredada" de la ciencia[1], una especie de combinación de empirismo operacionalista con el método hipotético deductivo. No puede negarse que, en un sentido superficial, existe en este momento del transcurrir de nuestro siglo y especialmente en los países de habla inglesa cierto paradigma ortodoxo, en lo relativo a las normas a aplicar en la investigación científica y en la formulación de teorías, que

posee cierta semejanza con algunas de las descripciones de tal "concepción heredada". Sin embargo, nos parece más exacto y útil distinguir no uno sino dos paradigmas ortodoxos, qüe llamaremos "empírico-operacionalista" y "teórico-sistemático", los que nos parecen reflejar con más propiedad ciertos puntos de vista muy influyentes pero algo antagónicos. Intentaremos en lo que sigue captar algunas diferencias notables entre ambos puntos de vista. Luego intentaremos alguna opinión acerca de los méritos que poseen.

Puede caracterizarse el paradigma "empírico-operacionalista" del siguiente modo. Respecto de las facetas "sistemáticas" del método científico, el presente punto de vista toma a la deducción lógica como algo muy subsidiario, como mero instrumento de vinculación obvia y tautológica de las proposiciones científicas. Lo importante es la inferencia estadística, los modernos procedimientos inductivos, las implicaciones probabilísticas. Los análisis descriptivos y muestrales son de significación esencial. Correlación y regresión, análisis univariable y multivariable son los auxiliares indispensables de la taxonomía, de la explicación y de la predicción. La faceta "empírica", como es lógico, se transforma en algo nodal en esta concepción. Las variables son empíricas explícita o implícitamente. En cuanto a la "nitidez", los términos que no sean manifiestamente empíricos solo son lícitos si son introducidos mediante definiciones explícitas o definiciones operacionales a partir de términos empíricos (salvo que sean meros auxiliares "sincategoremáticos"[2] de uso instrumental, en cuyo caso hay que dar las reglas sintácticas de su empleo). Cuando las definiciones no sean posibles, pueden suplirse por condiciones de verdad (formuladas usando solo vocabulario empírico) de las proposiciones que utilizan tales términos. Indicadores y reglas de indicación constituyen un recurso típico de este método. En cuanto a lo que garantiza la verosimilitud del conocimiento científico, si bien hay que reconocer que se comparte con el otro punto de vista una actitud "hipotética" ante las afirmaciones científicas, es característico el admitir que hay algo así como el "peso" de ciertas proposiciones, y que cierta información objetiva acerca de la realidad emana de las fuentes empíricas y muestrales de toda esta metodología.

El paradigma "lógico-sistemático" es bastante diferente. En lo relativo a las facetas "sistemáticas", el énfasis está ahora en la deducción lógica (cuya importancia es grande, entre otras razones, por permitir la confrontación de las hipótesis con la base empírica por medio de las "consecuencias observacionales", de aquellas). La significación de la inferencia estadística disminuye; se le niega todo valor probato-

rio, aunque se le reconoce importancia como acuñadora de hipótesis. En tal sentido, la estadística estaría situada más en el "contexto de descubrimiento" que en el de "justificación" (salvo en un notable aspecto: la teoría estadística del error de medición, que afecta el concepto de "base empírica" en muchas ciencias)[3]. La faceta "empírica" se hace aquí algo más colateral: se transforma en el elemento de control, no en un fundamento para inducciones o "pesos". Las tesis centrales de las teorías conciernen a entidades no empíricas; las leyes fundamentales de las ciencias no poseen directa referencia empírica aunque logran explicar y predecir lo empírico. El vuelo teórico en esta concepción de la ciencia es grande, en tanto que en la anterior era mínimo. El único nexo de la teoría con lo empírico está en el procedimiento de contrastación. En cuanto a la "nitidez", si bien los procedimientos definitorios aplicados al vocabulario empírico se consideran lícitos (definiciones operacionales incluidas), los términos no empíricos pueden definirse (de manera parcial) implícitamente por las propias hipótesis fundamentales de la teoría. Ello es precisamente lo que hace apta a una teoría para lograr conocimiento "trascendente" respecto de la experiencia. Pues, aunque la experiencia controle las hipótesis, no es el fundamento inductivo para obtener y validar el conocimiento acerca del costado no empírico de la realidad.

No puede negarse que de los dos puntos de vista descriptos, el primero, el "empírico-operacionalista", parece mucho más "científico" que el segundo. La posición "teórico-sistemática" aparenta permitir un giro especulativo y metafísico al pensamiento, lo cual es evidentemente peligroso en cuanto a la seguridad y vinculación con lo real que este pensamiento pueda poseer. Por otra parte, la metodología *empírico-operacionalista* parece ofrecer cierto tipo de fundamentación al conocimiento, en tanto que de la otra manera solo dispondríamos de conjeturas y modelos provisionales. La semántica del método "teórico" sería muy sospechosa, al permitir hablar de entidades esencialmente inobservables, en tanto que el procedimiento empírico manejaría significados más "positivos", enlazados directamente con la experiencia (controlada, intersubjetiva y repetida) o —a lo más— indirectamente mediante claras y nítidas definiciones operacionales (que muchas veces permiten reconocer los indicadores necesarios para manejar las genuinas variables científicas). Todo esto sugeriría que el método "teórico" es apenas tolerable para una legítima actividad científica y que el método apropiado sería el "empírico operacional".

Si la opinión a la que acabamos de arribar es cierta, no deja de ser un interesante ejercicio epistemológico, para tomar un ejemplo, imaginarse las condiciones en que debe desarrollarse la investigación psicodiagnóstica. Habría que comenzar con un elenco claro e inequívoco de rasgos empíricos (de conducta o de carácter), así como de ciertas situaciones relativas a la estructura y a las operaciones manifiestas concernientes a determinado test. Debería a continuación definirse operacionalmente toda otra variable, rasgo o magnitud. Todo término que no presente un carácter empírico explícito debe adquirirlo mediante "operacionalización" o asignación de "indicadores". Todo lo demás es estadística descriptiva: muestras, números estadísticos. O estadística inferencial. Una vez establecida o fundamentada la correlación necesaria para la diagnosis, la taxonomía caracterológica o patológica, todo lo que resta es cuestión de ciencia aplicada[4].

Sin embargo, un examen más detenido de toda esta situación, basada en determinados argumentos lógicos o en ciertos episodios de la historia de la ciencia, puede servir para mostrar que la cosa es mucho más complicada. Conocidos análisis lógicos acerca de la estructura de la definición operacional muestran:

i. que cuando las definiciones operacionales no se interpretan como definiciones semiexplícitas que ligan situaciones "estímulo" con situaciones "respuesta" (integrando, claro está, cadenas definicionales en la mayoría de los casos) entonces se trata de genuinas hipótesis, de modo que la reducción del concepto presuntamente definido a lo empírico no sería tal. Más bien estaríamos ante una "teoría", una de cuyas hipótesis teóricas mixtas o reglas de correspondencia sería la "definición operacional", que no es definición sino conjetura, y que es contrastada junto con el resto de la teoría (más aún, ella misma tendría contenido empírico y podría ser refutada aisladamente[5], propiedades inconcebibles en nada que pretenda ser mera definición);

ii. que la atribución de indicadores o de operacionalizaciones no sería por consiguiente otra cosa que un modo más de hipotetizar sobre las relaciones fácticas entre las variables no empíricas y las empíricas. Y, dado tal carácter de hipótesis, podría ser refutada como cualquier teoría;

iii. que si se desea evitar lo anterior limitando el uso de definiciones operacionales al caso semiexplícito "estímulo-respuesta", entonces la mayoría de los conceptos científicos interesantes no se dejan operacionalizar, y se produce un apreciable empobrecimiento del discurso científico. Por otra parte, los que aun así permitirían ser operacionalizados, se convertirían en conceptos distintos según el par estímulo-respuesta elegido, produciéndose esta vez una disgregación del

discurso científico[6]. Bueno es reconocer que hay quienes ven esto como algo muy positivo, una suerte de penetración analítica que permite discriminar nociones diferentes donde el discurso "ideológico" preteórico no podría distinguirlas adecuadamente. La verdad es que la unidad del discurso científico queda rota y en lugar de leyes coherentes y unificadoras resta un "polvo" algo seco y poco consistente de generalizaciones triviales de escaso alcance y nivel;

iv. que la reducción operacionalista de todo concepto al nivel empírico transformaría a las leyes científicas en meras generalizaciones de muy bajo nivel. Sin embargo, basta contemplar la estructura de la mayor parte de las teorías físicas, químicas o biológicas contemporáneas para comprender que esto es irreal (e imposible)[7].

Puede entenderse que quienes se han hecho una composición de lugar "empirista" de la ciencia encuentren dificultades tal vez insalvables para modificar su posición. Pero tal vez resulten útiles en este sentido los otros argumentos antes mencionados, los relativos a la historia de la ciencia. Para comprender qué es lo que realmente implican estos argumentos, vale la pena esquematizar de una manera general una situación que se presenta con frecuencia en el desarrollo de las disciplinas científicas. Podemos resumirla así:

1. en un determinado momento, el comportamiento de ciertos individuos u objetos resulta intrigante o extraño;

2. se examinan nuevos casos o muestras enteras para legitimar la existencia de este comportamiento;

3. se induce una ley general acerca de la presencia de este comportamiento en determinadas circunstancias;

4. si se es adepto al punto de vista "empírico-operacionalista" la investigación quedaría concluida, aunque comenzarían otras investigaciones para encontrar nuevas correlaciones y establecer nuevas co-presencias;

5. pero esto no basta; el científico —o la comunidad científica— desea comprender la ley general encontrada en 3). No se satisface ante lo que pudiera interpretarse como mera regularidad: pretende encontrar la explicación de la regularidad;

6. esta explicación la da una teoría científica que se inventa con el fin de poder *deducir* de sus hipótesis fundamentales la regularidad que se desea explicar;

7. la teoría explicativa emplea términos teóricos no reductibles a términos empíricos mediante ninguna definición operacional, admitiendo "reglas de correspondencia" —es decir, hipótesis que contienen a la vez términos empíricos y términos teóricos— que permiten contrastar la teoría mediante consecuencias observacionales. Precisamente el examen de las consecuencias empíricas es el que permite decir que se está ante un presunto conocimiento de la realidad y también valorar el poder explicativo (así como el predictivo) de la teoría;

8. en particular, se establece que la teoría explica la ley empírica encontrada en 3), deduciendo tal ley de sus principios o hipótesis fundamentales;

9. se establece que tal teoría puede explicar también otras leyes y regularidades científicas (un síntoma de que la teoría está describiendo realmente una estructura fundamental y primaria subyacente a la aparente diversidad de fenómenos distintos).

La historia de la ciencia nos ofrece gran variedad de casos en que los puntos recién descriptos se muestran así. En la historia de la mecánica, el comportamiento extraño de la órbita de los planetas llevó a muchos astrónomos, entre ellos Kepler, a realizar muchas observaciones que permitieron establecer una extraña ley empírica, las "leyes de Kepler". Para un estadístico-operacionalista la cosa hubiera acabado ahí, salvo refinamiento y reiteración de las observaciones. Newton, con el fin de lograr inteligibilidad para tal ley, introdujo su teoría dinámico-gravitatoria. En ella se logra deducir las leyes de Kepler. La teoría emplea términos teóricos —como "espacio absoluto"— cuya operacionalización es imposible, como lo sugieren las teorías relativistas y el experimento de Michelson-Morley. La teoría explica otras leyes empíricas: la ley de caída de los cuerpos de Galileo, las leyes del péndulo —también de Galileo—, las leyes del choque, etcétera, todo lo cual muestra su fuerza y su fecundidad.

No muy distinto es el ejemplo de la teoría atómica. Es sabido que el problema empírico a explicar aquí es el de la ley de las proporciones definidas, extraída inductivamente de observaciones acerca de combinaciones químicas que evidenciaban que la formación de nue-

vas sustancias a partir de sustancias simples se lograba siempre con la misma proporción de los componentes. Otra vez puede observarse que tal ley empírica es muy interesante de por sí y lograría por sí sola la felicidad de muchos científicos de temperamento conductista. Pero Dalton y otros científicos desearon "explicación", no mera "satisfacción"; así construyeron la teoría atómica, desde la cual es posible deducir —y por ello explicar— la ley de las proporciones definidas. Y, además, es posible explicar muchas otras cuestiones relativas a la combinatoria química, claro está que empleando términos no empíricos como "átomo", que tampoco es operacionalizable, pese a los esfuerzos (fracasados) de Mach y de la escuela de Copenhague.

Y, en forma análoga, se podría acudir al ejemplo de otros casos, como el de la teoría cinética de los gases (frente a las leyes empíricas de Boyle y Mariotte o de Gay-Lussac) o el de la teoría del electrón (frente a las leyes empíricas de Franklin o de Faraday), etcétera. Pero, si se desea cambiar de disciplina, bueno es el ejemplo de la teoría genética. Acá el problema empírico fue el de las leyes estadísticas relativas a las frecuencias correspondientes a rasgos observados en la segunda generación de descendientes de una pareja con características diferentes en cada individuo (la famosa proporción 1 a 3 —recesivo versus dominante—). También aquí un estadístico-operacionalista desearía quedarse en la peculiaridad de tal proporción (y hubo biólogos que así se condujeron). Pero desde Mendel a Haldane la intención fue encontrar una teoría explicativa, que fue la de los genes, una teoría que emplea términos no empíricos aparentemente no operacionalizables, pero que permite deducir, explicar y predecir una cantidad abrumadora de fenómenos biológicos.

Finalmente, recordemos que los comienzos del psicoanálisis están ligados al descubrimiento de intrigantes fenómenos concernientes a la aparición y desaparición de síntomas histéricos. Un psicólogo conductista podría sentirse muy atraído por el descubrimiento de este tipo de leyes (como es el caso de Hilgard[8], quien simpatiza con el psicoanálisis precisamente desde este ángulo y no por la teoría del inconsciente). No fue este el caso de Freud. Primero la teoría de los "estados hipnoideos" y luego la del "inconsciente" y de las "cargas psíquicas" pudieron proveer la explicación deseada. Y también la de otra cantidad muy grande de fenómenos, como el chiste, los sueños, los olvidos, las fobias, etcétera.

Si la ciencia debe hacer algo más que catalogar las regularidades empíricas, si debe sistematizar nuestro conocimiento y permitir que este sea abarcante y explicativo, el método "empírico-operacional", el método estadístico-inductivo, es incompleto e insuficiente. Es necesario construir modelos de la realidad, producir teorías ingeniosas y complicadas. No importa que sus términos se definan implícitamente; la teoría adquiere su semántica de la posibilidad lógica que existe de comparar sus consecuencias observacionales con los fenómenos observables de su base empírica. Lo que *da pertinencia fáctica a una teoría no es su posibilidad de operacionalización, sino su aptitud para la contrastación*. Por ello, es dudoso que pueda extraerse un auténtico conocimiento de la personalidad humana mediante el mero examen empírico de las correlaciones de bajo nivel que se advierten entre rasgos de su conducta. Parece más bien imprescindible una teoría que no tema usar términos no empíricos que aludan a aspectos estructurales profundos o subyacentes de la persona humana. Y, muy probablemente, una teoría así podrá incorporar con mayor excelencia semántica los términos habituales de la psicología (inteligencia, motivación, afecto, etcétera) que todas las tentativas de operacionalización o de indicación, las que, las más de las veces, confesémoslo, terminaron en fracasos o encubrían alguna teoría esencialmente no reductible a lo empírico.

Y, una vez más, consideremos el caso del psicodiagnóstico. Si los términos psicológicos y psicopatológicos no son de reducción inmediata a la experiencia, si las variables empíricas simples son de escasa pertinencia para la descripción de los aspectos fundamentales de la personalidad humana, los métodos "empírico-operacionales" terminan por tener un alcance muy limitado. Nadie niega su utilidad, su finura y su excelencia en las primeras etapas de la problemática científica. Pero si el método científico es algo más que las etapas 3) y 4) antes descriptas, todo el arsenal proporcionado por la estadística, los indicadores y los métodos descriptivos-reductivos proporcionarían un conocimiento de bajo nivel teórico, parcial y, a veces, trivial. Ni siquiera para la taxonomía y la nosografía esto podría ser todo. Los biólogos han aprendido, por ejemplo, que aquello que descriptivamente puede clasificarse como crustáceo puede en realidad reconocerse —con el auxilio de las actuales teorías de la evolución— como una araña. De modo análogo, solo es posible clasificar apropiadamente una conducta o un rasgo si se posee una teoría completa de la personalidad humana. Por ello, un adecuado psicodiagnóstico debe involucrar teoría psicológica, teoría psicopatológica, sin lo cual parecería ser algo análogo a una química de las combinaciones, efectuada con estadística pero sin teoría atómica, algo sin duda muy problemático y que, en apariencia, no posee adeptos. Permítasenos finalmente una conclu-

sión metodológica relacionada con el psicoanálisis. Cierto desorden epistemológico y semántico que puede advertirse con frecuencia en los trabajos de investigación dentro de esta área del conocimiento sugiere la conveniencia de aumentar todas las precauciones definitorias y empíricas posibles en las estrategias observacionales y definitorias empleadas. Un fuerte aumento de los hábitos operacionalistas y empíricos no puede ser sino muy beneficioso. Pero, si se nos admite el hablar con alguna solemnidad, sostendríamos que la esencia de la disciplina psicoanalítica es teórica y descansa por entero en la concepción hipotético deductiva. La preocupación por el análisis lógico, sistemático, semántico y deductivo de las teorías psicoanalíticas constituye, pues, una tarea urgente e insustituible.

Notas

[1] En la "Introducción" a su *The Structure of Scientific Theories* (University of Illinois Press Urbana, EE.UU., 1974), Frederick Suppe utiliza la denominación "Received View" que en la traducción española de Pilar Castrillo y Eloy Rada (Editora Nacional, Madrid, España, 1979) aparece como "concepción heredada", manera de hablar que ha alcanzado cierto éxito. Aunque la descripción de Suppe de tal concepción es bastante acertada, hay que reconocer que su unificación del método hipotético con el método operacionalista termina por confundir, si es que las tesis que estamos defendiendo en este artículo no están totalmente descaminadas.

[2] La idea de que ciertos elementos del lenguaje no tienen papel designativo ni función categorial semántica alguna aparece varias veces en la historia de la lógica. En la Edad Media parece ser responsabilidad del importante lógico William of Shyreswood, quien se refiere a ellos como syncategoremata (véase *The Development of Logic*, de William Kneale y Martha Kneale, Oxford, 1962, p. 233). En nuestra época tenemos los "símbolos incompletos" de Bertrand Russell (cfr. el capítulo III de *Principia Mathematica* de A. N. Whitehead y B. A. Russell, Cambridge, Inglaterra, 1913). Tiene mucha importancia filosófica, científica y epistemológica que sea posible considerar a ciertos términos técnicos y científicos como desprovistos de papel semántico directo, cumpliendo más bien el papel de instrumentos auxiliares sintácticos de la comunicación. De ahí la estrecha conexión de este problema con la postura conocida por "instrumentalismo" en metodología de la ciencia (véase el cap. 6 de *The Structure of Science* de Ernest Nagel, New York, 1961. En el capítulo 5 se tiene también una discusión análoga a la desarrollada en nuestro trabajo). Existe alguna propensión entre algunos pensadores norteamericanos a considerar los términos teóricos del psicoanálisis de una manera instrumental. Por otra parte, creemos que algo análogo está involucrado en algunas tesis lacanianas.

[3] Es sabido que en las ciencias exactas, especialmente en física, la base empírica no está constituida por las observaciones mismas ni por las magnitudes directamente medidas, sino por promedios estadísticos obtenidos mediante la teoría de los errores de observación y por métodos como el de los cuadrados mínimos. Es tentador hacer la humorada de sostener que las observaciones en física son entidades teóricas. En realidad, "la base empírica epistemológica", existe y está constituida precisamente por las observaciones que van a promediarse; los promedios integrarían más bien una "base empírica metodológica", obtenida mediante teorías que algunas veces contienen hipótesis estadísticas y que, por lo tanto, pueden ser refutables.

[4] Si se deja el campo del psicodiagnóstico y se considera lisa y llanamente el caso del psicoanálisis, el ejercicio epistemológico recién insinuado llega a adquirir contornos caricaturescos. El psicoanálisis se transformaría en una disciplina conductística con lenguaje estadístico y meras descripciones de comportamiento. Nada de mundo interno, nada de explicaciones estructurales, nada de inconsciente y de teoría profunda. Lo curioso es que existen distinguidos científicos —simpatizantes del psicoanálisis— que tienen precisamente esa concepción de esta disciplina. V. *El psicoanálisis como ciencia*, de Hilgard-Kubie-Pumpian Mindlin, UNAM, México, 1969, especialmente los capítulos I y II, escritos por Hilgard.

[5] En realidad, para que tal refutación sea posible sería necesario, como observa Carnap en *Testability & Meaning* (Yale, 1954), contar con dos definiciones al menos (de este tipo y del mismo concepto).

[6] Si se adopta la posición de Bridgman, según la cual cada definición operacional constituye un concepto diferente. Si se adhiere a la de Carnap, para quien diferentes definiciones operacionales constituyen un mismo concepto, entonces nuestro reproche puede ser más discutible.

[7] Lo propio puede afirmarse del psicoanálisis. La teoría psicoanalítica es ciertamente inconcebible sin el respaldo de las concepciones metodológicas ligadas al paradigma "lógico-sistemático". En este sentido, es nuestra opinión que el auge del psicoanálisis en los Estados Unidos ha constituido uno de los diques naturales más poderosos contra el avance del operacionalismo excesivo. La difusión del método hipotético deductivo en esa comarca podría estar ligada a esta situación, lo cual dejaría sumamente perplejo a Popper.

[8] Véase el libro de Hilgard, Kubie y Pumpian Mindlin citado en la nota 4.

Acerca del carácter científico del psicoanálisis

[ARTÍCULO]*

¿Es el psicoanálisis una disciplina científica? Esta pregunta encierra, sin duda alguna, un interés especial. Pues, por un lado, la ciencia ha afectado de manera radical nuestra existencia, remplazando los sistemas filosóficos por cosmovisiones exactas acerca de la estructura y evolución del mundo y de la ubicación del ser humano en él, a lo que hay que añadir las consecuencias tecnológicas y sociales del método científico, que han permitido actuar con enorme eficacia sobre la realidad y modificarla drásticamente. No se equivocaría demasiado quien caracterizase nuestro siglo como el de la ciencia. Por otra parte, el psicoanálisis ha revolucionado nuestra concepción de la conducta humana y ha alterado significativamente nuestras ideas acerca de la educación, el alma infantil, las motivaciones, las relaciones afectivas, la sexualidad, el sentido de nuestras decisiones, etcétera. También en este terreno podría afirmarse que, en lo que corresponde a nuestro modo de concebir la psiquis humana y las relaciones sociales, el siglo veinte es el siglo del psicoanálisis. Se comprende entonces la importancia que tiene descubrir que ambas cosas son en cierto modo una misma, y que el psicoanálisis reúne en su esencia la fuerza de sus ideas temáticas propias con el poder que confiere el método científico.

Pero no existe unanimidad acerca del estatus epistemológico del psicoanálisis. Entre los epistemólogos pueden encontrarse posiciones totalmente adversas, como la de Mario Bunge, hasta las totalmente simpatéticas como las de John O. Wisdom o la de Louis Althusser (y estos dos ejemplos son interesantes, pues Wisdom es representante de una concepción anglosajona y metodológica de las teorías científicas, en contraposición con Althusser que implica una postura más afrancesada, afín al estructuralismo y al materialismo dialéctico). Entre los psicólogos se advierte una situación semejante cuando consideramos un hostil adversario del psicoanálisis como Hans J. Eysenck, frente a un conductista que adopta una actitud muy positiva como es el caso de Ernest R. Hilgard. En el propio campo psicoanalítico la

* *Revista de Psicoanálisis*, Tomo XLIV, Nº 4, 1987.

situación no es más clara. Entre los especialistas franceses domina la idea de que el psicoanálisis no es una ciencia sino una disciplina especial, mezcla de estrategias semióticas y filosóficas cuyo sentido se capta especialmente ejerciendo su peculiar práctica "desde dentro". En particular la interpretación psicoanalítica constituiría un acto de aprehensión y comprensión con características *sui generis*, totalmente irreducible a cosas tales como la aplicación de leyes o teorías; sería más bien un totalizador que reuniría armónicamente en el entendimiento un sentido parcial con una estructura significativa total, algo parecido a entender el significado de una palabra en una dada situación en un momento del aprendizaje de una lengua nueva en que ya se posee cierto conocimiento estructural del idioma. Pero frente a este modo de ver encontramos una concepción como la de Frank J. Sulloway, para quien Freud tiene el mérito de haber producido una revolución científica que transformó a la psicología, convirtiéndola de una mera disciplina filosófica en una ciencia de verdad, en la que el cuerpo y sus peculiaridades biológicas y energéticas volvían a hacerse presentes en esa totalidad indivisible que es la individualidad humana. En otro sentido cabe mencionar a Ricardo Horacio Etchegoyen, para quien la utilización de las normas y concepciones metodológicas de la epistemología ortodoxa constituye un auxiliar invalorable para comprender el alcance, valor y propiedad de las tácticas terapéuticas del psicoanálisis. Aun en psicoanalistas afectos a una estrategia semiótica de abordaje de los problemas psicoanalíticos puede encontrarse una adhesión a la idea de que el psicoanálisis no es ajeno al concierto de las disciplinas científicas tal como de ordinario se las concibe; baste recordar en este sentido a investigadores como Ernesto Liendo o David Liberman.

Frente a tal diversidad de actitudes no es fácil tomar posición. Una de las dificultades principales reside en el hecho de que los propios epistemólogos no están acordes acerca de cuál es el conjunto de rasgos que caracteriza esencialmente el método científico (si es que puede hablarse así, en singular). Hay diversas posturas y por cierto que su parecido es escaso. Compárense, por ejemplo, las orientaciones en que el centro de gravedad del análisis epistemológico está en el aspecto lógico o del lado del conocimiento empírico, como es el caso de Popper o de Carnap, para poner ejemplos, con aquellas en que el análisis se centra en el costado histórico o sociológico de la cuestión, como pudiera ser la epistemología de Kuhn o de Lakatos.

Para hacer posible una contestación a nuestra pregunta inicial,

nos parece conveniente reconocer que, en el estado actual de la epistemología, hay una concepción central ortodoxa que domina el panorama, rodeada de una serie de modelos heterodoxos muy distintos unos de otros y que no han alcanzado ninguno de ellos por separado suficiente consenso como para constituir todavía rivales de nota al punto de vista principal. Algunos autores, como Frederick Suppe por ejemplo, denominan a la idea ortodoxa del método científico, "concepción heredada". En realidad, hay variedades de estas tesis, pero puede decirse con verdad y sin mucho desacierto que tal "concepción heredada" coincide con el método hipotético deductivo basado en un lenguaje que admita la distinción en términos empíricos u observacionales por un lado, versus términos teóricos o no observacionales por otro, lo que permite hablar de niveles de hipótesis (nivel uno: enunciados observacionales, o sea enunciados singulares o muestrales —es decir, casuísticos— con solo vocabulario descriptivo empírico; nivel dos: enunciados empíricos generales —leyes empíricas—; nivel tres: enunciados teóricos, es decir, que poseen al menos un término teórico, entre los que hay que distinguir los "puros", que solo tienen vocabulario teórico, y los "mixtos" o "reglas de correspondencia", que poseen ambos tipos de términos). En esta manera de pensar el método científico la clave la da el proceso de contrastación, que es el que permite evaluar las hipótesis enfrentándolas con la práctica o la experiencia, y también los procedimientos inductivos que permiten pasar de los datos de la práctica o de la observación a las hipótesis "más razonables".

En lo que sigue tomaremos este modelo como paradigma provisorio del método científico. En tal sentido, nuestra respuesta a la pregunta del comienzo es positiva. Creemos que, en relación con la concepción de teorías científicas que resulta de esta metodología, la teoría psicoanalítica se adapta sin dificultad a todos los pasos canónicos que en esta posición se estipulan. De ser cierta tal tesis, los requerimientos de deductividad, contrastabilidad y de análisis semántico de teorías y en especial de términos teóricos serían una guía de cientificidad que los psicoanalistas deben tener bien en cuenta si desean realmente construir conocimiento y no meras especulaciones filosóficas o literarias acerca del ser humano.

No es este el lugar en el que semejante tesis pueda ser cabalmente probada, ya que la reconstrucción lógica y gnoseológica del pensamiento freudiano que esto implica no cabe en el espacio que nos es concedido. Baste indicar aquí que en diversos seminarios hemos desarrollado estas "reconstrucciones lógicas" de la metodología freudiana, señalando la naturalidad con que se realizan y la visión nítida que

desde un punto de vista lógico se adquiere, en relación con el psicoanálisis, si se aplican los debidos procedimientos. Naturalmente, esto se refiere al problema de la formulación y puesta a prueba de las teorías psicoanalíticas, no a los problemas de ejercicio y acción terapéutica que, si bien pensamos se adaptan igualmente a la estrategia hipotético deductiva, representan un tipo de problema epistemológico y metodológico mucho más complicado.

Preferimos entonces dedicar el resto de estas líneas a examinar a la luz de nuestra tesis algunas objeciones más o menos canónicas que se han dirigido contra la posibilidad de analizar el psicoanálisis desde ese ángulo.

Suele aducirse que no existe entidad lógica alguna bien definida que sea "la teoría psicoanalítica". Habría más bien un conjunto oscilante y dinámico de creencias que no admitirían ser articuladas con precisión en algo parecido a un sistema axiomático. Y, de ser así, al no estar claro cuáles son las premisas, no se vería cuáles son las deducciones válidas y, en particular, el método de la contrastación sería imposible. Curiosamente, una posición totalmente contrapuesta es la de Althusser, para la cual la teoría psicoanalítica es única, nítida y —por supuesto— totalmente ventajosa a toda vaga habla ideológica sobre el tema. Ambas posiciones a nuestro modo de ver son desacertadas. En la actualidad está claro que no hay que confundir "disciplina científica" con "teoría científica". La física, por ejemplo, es una disciplina pero no es *una* teoría (son muchas, innumerables, las teorías físicas). Las teorías se suceden, la disciplina progresa y las concepciones acerca de la realidad estudiada van cambiando. En realidad, en psicoanálisis las teorías cambian de autor en autor. Cambian también según el momento histórico que corresponde al desarrollo intelectual de un investigador (evidentemente "la teoría" de Freud no es la misma en 1895 que en 1920). Aun haciendo un corte sincrónico, tampoco es posible, para un autor determinado, hablar de "una" teoría en singular. Al igual que en física, donde hay diversas teorías (cuántica, óptica, mecánica, partículas elementales, etcétera) conviviendo, apoyándose, complementándose o presuponiéndose según como sean las relaciones lógicas del caso, en nuestro autor pueden convivir, apoyarse y complementarse teorías del instinto, teorías acerca de mecanismos de defensa u otros, teorías etiológicas, dinámicas, topográficas, etcétera. Lo que, por consiguiente y desde un punto de vista lógico hay que hacer si se quiere evaluar una teoría, es "modelizar" con rigor el pensamiento de un autor y luego proceder a contrastar la estructura teórica así reconstruida (claro que sin perder de vista que lo que se

está estimando es una reconstrucción y no el pensamiento auténtico del autor, que no siempre está unívocamente determinado por la exposición escrita). No debe pensarse que esta es una situación peculiar del psicoanálisis; la reconstrucción de la vieja teoría de Newton, la mecánica de partículas, es todavía un deporte al que concurren notables especialistas como Patrick Suppes, Wolfgang Stegmüller o Aldo Bressan, para recordar solo a algunos. Este tipo de actividad, cuyo atractivo epistemológico es grande, puede considerarse como una puesta en forma explícita de la lógica de las tesis teóricas psicoanalíticas y de sus relaciones mutuas, y es una práctica que le haría mucho bien a esta disciplina.

Se ha aducido que al psicoanálisis le falta "cuantitatividad" y que eso impide su formulación como teoría científica. Hay que admitir que ciertas concepciones de la ciencia y de la matemática a fines del siglo pasado contribuyeron a hacer pensar así. Pero ahora este es un argumento envejecido. Está muy claro que en este siglo de lógica matemática, teoría de relaciones, matemáticas estructurales, teoría de conjuntos y de categorías, entre otras, la aplicación de la matemática no consiste meramente en la producción de teorías cuantitativas sino de estructuras capaces de ser descriptas mediante predicados lógicos o conceptos topológicos. El psicoanálisis es un terreno muy promisorio en esta dirección, como puede demostrarlo un examen lógico formal del modelo que Freud desarrolla en el "Proyecto" (un modelo muy atractivo para simularlo cibernéticamente) o en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*. De paso, cualquiera que examine la esencia metodológica de los programas para ordenadores observará que la clave no es tanto de naturaleza cuantitativa como de carácter algorítmico y lógico. No tenemos la menor duda de que estos modelos serán de suma utilidad para el psicoanálisis y para el entendimiento de sus teorías, del propio modo que están siendo eficaces para los problemas de inteligencia artificial o para los del conocimiento científico en general vía "sistemas expertos".

Una objeción más severa a la aplicación del método científico en versión ortodoxa se asocia a la cuestión de la contrastación. Aquí el reproche tiene varias formas. La primera es que la vaguedad de las teorías psicoanalíticas impide construir las deducciones contrastadoras. Esto puede descartarse si se tiene en cuenta lo recién dicho acerca de que lo que se debe contrastar son los "modelos reconstructivos" rigurosos y formalizados de las teorías psicoanalíticas. Y esta no es una argucia dicha simplemente para salvar una presunta situación particular del psicoanálisis, puesto que se trata de algo que se reproduce

en forma totalmente similar cada vez que se habla, por ejemplo en biología, de la contrastación de la teoría de la evolución de Darwin o del "testeo" de la teoría keynesiana en economía. Una objeción aparentemente de más peso es la de que las hipótesis psicoanalíticas no tienen consecuencias observacionales (es decir, de nivel uno). Ello es, a nuestro entender, un prejuicio. Es fácil mostrar que las teorías y modelos psicoanalíticos permiten deducir consecuencias observacionales, y es por ello que las teorías psicoanalíticas tienen implicancias clínicas y terapéuticas como también educacionales y hasta sociológicas. El conocido artículo de Hilgard sobre el carácter científico del psicoanálisis es ilustrativo al respecto, sobre todo si se tiene en cuenta la orientación conductista del aludido investigador. Una objeción más, esgrimida por Mario Bunge en *La investigación científica:* el psicoanálisis es intesteable pues siempre puede mantenerse una hipótesis mediante hipótesis *ad hoc* de carácter interpretativo convenientemente urdidas. Pero esto es una confusión: el uso de hipótesis auxiliares es un recurso científico habitual totalmente compatible con el método hipotético deductivo, como bien lo ha mostrado Imre Lakatos en su descripción del método hipotético deductivo en lo que él llama "versión sofisticada". Sin duda, el manejo de tales hipótesis debe hacerse con prudencia metodológica y con lo que Popper indica como "investigación independiente" del valor gnoseológico de estas. Pero nos parece que ensañarse con el psicoanálisis en este caso es un tanto tendencioso y algo muy parecido a una "discriminación racial". Algo más seria es la objeción de Adolf Grünbaum acerca de los peligros de la sugestión que ejerce el psicoanalista sobre el paciente que, a su juicio, invalida el material clínico como base empírica para la contrastación de hipótesis y teorías psicoanalíticas. Es verdad que él piensa que el psicoanálisis es contrastable por medios extraclínicos, pero hay que reconocer que, si tiene razón, se pierde una de las fuentes más atractivas para la puesta a prueba del edificio teórico psicoanalítico. Sin embargo, pensamos que también aquí hay un error. Lo que se quiere señalar, por parte de Grünbaum, es que las interpretaciones psicoanalíticas actúan como hipótesis "suicidas" o "autocumplidas", según la jerga usada corrientemente por los sociólogos. Sin duda que la idea tiene gran parte de verdad. Pero ya Ernest Nagel en *La estructura de la ciencia,* discutiendo la cuestión, señaló que de todas maneras en un caso así hay contrastación, aunque de otras leyes e hipótesis —en este caso concernientes a la sugestión y por ende, en forma indirecta, a los mecanismos de defensa y otros (como identificación, por ejemplo)—. Pero el error que hay aquí es

creer que, como la sugestión e identificación, *todos* los canales de expresión y comunicación (incluidos los gestuales) se adaptan a la situación. Ahora bien, eso no es cierto, y es precisamente esto lo que permite a un psicoanalista experimentado distinguir entre respuesta "genuina" y respuesta "adaptativa". Esta situación fue ya clara para J. O. Wisdom, quien en sus trabajos acerca del "testeo" de interpretaciones sugirió algo análogo.

Una objeción que también se formula al psicoanálisis es su profuso uso de "términos teóricos". Es verdad que el empleo exagerado de términos teóricos, si no hay prueba de contrastabilidad de las hipótesis o teorías que los emplean, constituye un hábito peligroso y aun deleznable. Pero si la teoría está construida de tal manera que las hipótesis con términos teóricos configuren un conjunto contrastable, no hay objeción alguna que hacer. Como ejemplo, baste recordar la química, disciplina con la cual, en cuanto al estatus lógico, el psicoanálisis tiene analogía en lo relativo al empleo de términos no observacionales. El uso de términos como "molécula", "átomo", "ion", "valencia", "órbita o nube electrónica", "núcleo", "covalencia", etcétera, no constituyó impedimento alguno sino, por el contrario, es la fuente de increíbles y maravillosos descubrimientos de valor filosófico y técnico. No vemos por qué no puede suceder lo propio en el terreno del psicoanálisis.

Una objeción final: el psicoanálisis trata con significados y no con hechos (o "meros hechos"). Esto es en parte cierto. Pero el análisis de las significaciones y del fenómeno semiótico, agrega solo dos cuestiones metodológicas a las anteriores. Cuando se trata de símbolos aislados naturales o convencionales, lo que debe saberse es cuál es la ley de correlación o cuál es la regla de convención implícita. Y es bien claro que esto es cuestión de hipótesis (por ello es que las interpretaciones deben "testearse"). Si se trata del sentido de un signo en un contexto estructural que le da valor semiótico, es evidente que hay que construir el "modelo" de la estructura o descubrir las reglas algorítmicas o de deducción (o definición, o de formación, en fin, todas las de carácter sintagmático). De cualquier manera, tal cosa implica hacer hipótesis o teoría. De modo que lo que esto muestra es que además de las hipótesis centrales psicoanalíticas, hay que tener en cuenta todas las hipótesis y teorías subsidiarias y auxiliares que se requieren para manejar epistemológicamente el material de trabajo. Lo cual no aparta al psicoanálisis de la metodología hipotético deductiva en versión sofisticada.

Creemos, por consiguiente, que el psicoanálisis está en buenas condiciones para una inserción epistemológica correcta en el universo

de las teorías científicas. Esto nos permite indicar lo que Bachelard llama un "obstáculo epistemológico". Que en realidad son dos. El primero, al estilo de la prédica de Mario Bunge, es la negación sistemática por parte de algunos epistemólogos del carácter científico de las teorías psicoanalíticas. De este modo, en lugar de contribuir a esclarecer y perfeccionar la obra de los teóricos del psicoanálisis, se la deja un tanto erráticamente librada a sí misma. El otro obstáculo proviene de quienes desde el propio psicoanálisis no quieren sujetarse a la disciplina que la metodología y la epistemología imponen. De este modo contribuyen a trasformar el psicoanálisis en una mera aventura filosófico-literaria de carácter muy especulativo. Por atractivo que esto pueda ser, si es todo y nada más, semeja a algo así como a renunciar a la química contemporánea para regresar a la época de los alquimistas. No hay duda de que, visto superficialmente, Paracelso es mucho más divertido que Dalton o Milstein. Pero en cuanto a conocimiento sistemático y garantizado (las dos condiciones que Nagel impone a una práctica para ser científica), lo último no es lo más conveniente para la química. Y tampoco —análogamente—, para el psicoanálisis.

Si en lugar de la concepción ortodoxa tomáramos en cuenta puntos de vista como los de Thomas Kuhn o Imre Lakatos, nuestra tesis tampoco se vería alterada. Que la comunidad psicoanalítica se mueve con paradigmas o con paradigmas de investigación con algún núcleo fuerte inalterable (la teoría del inconsciente, la teoría de la transferencia, la libre asociación, entre otras) parece indiscutible. En general, creemos que el análisis del comportamiento de la comunidad psicoanalítica desde un punto de vista sociológico o psicosociológico no depara demasiadas sorpresas. Las dificultades estuvieron siempre, en nuestra opinión, del lado lógico-gnoseológico. Es aquí donde nos parece que una opinión positiva, al lado de tanto caos metodológico o de tanta aventura literaria, puede ser útil para el porvenir de una disciplina que, por muchos motivos, es muy valiosa.

El objeto del psicoanálisis

[MESA REDONDA]*

Presentación, *por* ALDO MELILLO

En nombre de la Comisión de Publicaciones y de la Escuela de Psicoterapia, agradezco a los que están aquí. La idea es hacer una charla más o menos informal entre psicoanalistas y un epistemólogo, en este caso, para tratar de dibujar una teoría acerca de cuál es el objeto del psicoanálisis o qué se podría decir hoy acerca de ese tema, que presente cierto consenso. O simplemente, para señalar las discrepancias. La idea de juntar un epistemólogo con psicoanalistas es para que ese dibujo teórico del objeto del psicoanálisis se torne algo más o menos comprensible y accesible al vincularlo a la práctica analítica y a los conceptos teóricos que habitualmente manejamos los psicoanalistas. Tengo la sensación de que hace rato que los psicoanalistas hemos adosado a nuestra práctica teórica a los epistemólogos de distintas tendencias; Klimovsky dirá si es habitual o no en otras ciencias, o en qué medida se da esta suerte de connubio, que en psicoanálisis se ha vuelto casi una tradición.

No sé si ello depende de una particular dificultad en cuanto a la concepción de qué es el psicoanálisis, cuál es su objeto, o simplemente es que a los psicoanalistas nos gusta mucho ser estudiantes y tener grupos de estudio. Como un ejemplo de esos que a uno le suscita toda una cantidad de interrogantes y de dudas, contaría una anécdota, uno de esos cruces en discusiones muy controvertidas entre psicoanalistas, en la cual una persona dice (es una anécdota real): "El psicoanálisis trata de símbolos", con referencia al lenguaje, por cierto, y el otro le contesta: "No, yo creo que el psicoanálisis trata de eventos".

Es el tipo de discusiones que quizás hoy día se podría considerar, pensando en cuáles son las cosas que, posiblemente, más circulan en Buenos Aires. No pretendo, ni mucho menos, hacer una introducción del tema y lo dejaré en vuestras manos.

Sugeriría empezar por orden alfabético, ¿les parece bien?

* En la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, el 7 de octubre de 1982. Publicada en la *Revista de la AEAPG*, nº 8, 1983, Buenos Aires. Participaron en el panel Eduardo Issaharoff; Gregorio Klimovsky; Rafael Paz; como *Coordinador*, Aldo Melillo.

EDUARDO ISSAHAROFF: Yo comenzaría por la pregunta hecha al final: ¿de qué trata el psicoanálisis? Creo que trata de varias cosas; en este sentido me inclinaría a tratar de conectar ésta pregunta con la del comienzo: ¿cuál es el objeto del psicoanálisis?

Uno podría formular un primer problema que consiste en plantear qué sentido o qué interés tiene hoy definir una disciplina por un objeto, lo cual está muy ligado, aparentemente, a cosas tales como de qué trata el psicoanálisis. Digo aparentemente porque uno podría decir que aquello de lo que trata el psicoanálisis es el objeto del psicoanálisis. Pero el concepto de objeto me parece que pretende algo más que eso, o por lo menos en los autores que lo han usado de la escuela francesa. Me refiero en este momento, por ejemplo, a Althusser.

El concepto de objeto implica un intento de definir, de dar una caracterización muy específica de una disciplina, y creo que sería interesante empezar por eso, por preguntarnos si es un buen propósito, y hasta qué punto uno estaría dispuesto a aceptar que lo que hay que hacer es definir una disciplina, buscar una definición y una definición lo más exhaustiva posible que le dé una especie de identidad, que la diferencie de todas las demás y que, al mismo tiempo, de alguna manera describa, como creo que es la pretensión, por ejemplo, de Althusser, los rasgos más esenciales de la estructura de la teoría que se está usando. Planteo el problema en este sentido.

Ahora bien, si ustedes aceptan el planteo de este problema como posible punto de partida en la discusión, a mí no me resulta del todo atractiva la idea, me parece que una disciplina necesita cierta libertad de movimiento para plantearse permanentemente nuevos problemas, problemas sobre cosas que hasta entonces no se planteó, pero que, a partir de ese momento, empiezan a sufrir un proceso de digestión dentro de la teoría o de la disciplina. En este sentido me pregunto si no es demasiado restrictiva la idea de objeto.

Voy a usar, con toda picardía, una analogía de Althusser, quien diferencia un Freud joven y un Freud viejo; dice que el Freud que es interesante es el ya viejo, o el adulto.

Yo diría que la idea de Althusser de definir un objeto, a mí me parece bastante cercana a lo que sería en Freud un psicoanálisis adolescente, en el sentido de que en el adolescente se da una problemática desde la identidad. El intento de Althusser podría ser asociado, siguiendo su analogía y nada más que esa analogía, a la idea de la búsqueda de una identidad, pero me parece que al estilo adolescente, porque es un poco rígida. Creo que la identidad del adulto es mucho

más flexible que la identidad que, por muchos motivos, el adolescente adopta transitoriamente.

Me pareció muy interesante otro aspecto, que sería ubicar el problema, el título que se le había dado a la charla, la idea de objeto del psicoanálisis y su base empírica. Hay un aspecto histórico que me parece sumamente interesante en dos vertientes, una es ¿en qué momento aparece la idea del requerimiento de definir un objeto? Aparece en un momento donde, históricamente, hay mucho formulado en los Estados Unidos, mucha acumulación de datos, con poca teoría. En Inglaterra hay mucha teoría, usada con mucha fuerza, pero sin explicitarse.

Desde este punto de vista cobra sentido decir: ¿cuál es la estructura teórica que hay que dar del psicoanálisis? Porque en general habría cierta carencia —es una hipótesis de carácter histórico— para explicitar esa estructura, así como en otro momento, cuando surge el empirismo lógico había tal nube de teorías, que era una polución de teorías. Entonces también era necesario bajar a la tierra un poquito y decir ¿de qué estamos hablando? busquemos lo empírico, porque de otro modo estamos como perdidos.

Otra línea interesante es la función del estructuralismo en ese momento particular de la historia —otra hipótesis de carácter histórico—, que fue el elemento que casó al marxismo con el psicoanálisis y que cumplió esa función en ese momento preciso.

Gregorio Klimovsky: Antes de entrar en las cuestiones de fondo, una pequeña respuesta-comentario a una pregunta que hizo Melillo a propósito de por qué tanta epistemología y tantos epistemólogos en psicoanálisis, lo que sin duda es un problema interesante. Esto en relación con el psicoanálisis mismo; después hay otra pregunta y es qué pasa en las otras disciplinas, si ocurre lo mismo o no.

Respecto de lo primero pienso que hay varias razones para el fenómeno. Una primera razón posible, no sé si es del todo cierta o justa, se encuentra en la explicación kuhniana: en *La estructura de las revoluciones científicas,* dice Kuhn que cuando la ciencia no ha llegado a lo que él llama "ciencia normal", que es la cohesión y consenso de la comunidad científica detrás de un único paradigma, como la opinión de la comunidad científica está quebrada en muchas teorías diferentes, en muchos paradigmas diversos o en distintos modelos de la realidad donde cada investigador toma sus conceptos, sus valores, sus modos de expresión, su tipo de problemática, es tan dificultosa la comunicación de los científicos entre sí que constantemente hay que

regresar a las cuestiones de fundamento, para que cada uno pueda persuadir a los demás de que hay que hablar como uno y no como habla el otro. De manera que en un cierto sentido, para Kuhn, la presencia de tanto epistemólogo en el campo del psicoanálisis podría ser un indicador algo negativo en cuanto al estado del desarrollo del psicoanálisis. Esa es la que podríamos llamar una respuesta pesimista a la pregunta.

Hay otras razones. Al igual que Issaharoff, no creo en algo que sea "el objeto del psicoanálisis". Pero pienso que hay algunas cosas distintivas, pienso por ejemplo que es bastante peculiar del psicoanálisis que la labor del psicoanalista sea algo parecida a la del epistemólogo, pues de alguna manera tiene que corregir en el paciente un conocimiento y lograr un conocimiento nuevo, ya sea del material oculto o de las estructuras del aparato psíquico, de la personalidad. Para mí, el psicoanalista, en su profesión y en ciertos aspectos, es una especie de "epistemólogo localizado", está en realidad ocupándose, al menos en parte, del conocimiento de su paciente, del conocimiento de su analizado. Esto plantea algunos problemas, entre los cuales está el de la interpretación, no solamente porque la interpretación tenga que ser testeada como hipótesis, o deba pasar por todos los requerimientos que justifican conocimiento, sino porque *la interpretación* es un instrumento de conocimiento con propiedades didácticas, y eso hace que la labor psicoanalítica en muchos de sus aspectos tenga eso que los lingüistas y lógicos llaman el aspecto "meta", es decir, que a veces sea discusión *sobre* un conocimiento, discusión *sobre* un modelo de la realidad, ya sea de la realidad del paciente, ya sea de la realidad de la situación analítica. Por eso sostengo que los psicoanalistas instintivamente tienen que ocuparse, casi diría hasta por razones técnicas o terapéuticas, de problemas epistemológicos.

La tercera cuestión es que el psicoanálisis encierra una teoría, o un conjunto de teorías, cada una de las cuales es enormemente rica en su estructura; esto es un hecho, no puede negarse, por más que ciertos epistemólogos, un tanto escépticos, pudieran negarle al psicoanálisis la característica de ser una teoría coherente. Creo que es una teoría tan coherente como muchas teorías sociológicas, psicológicas, jurídicas o económicas, por ejemplo. En ese sentido la complicación de sus hipótesis, lo intrincado de sus teorías, lo complejo de la estructura semántica de los conceptos usados en el discurso psicoanalítico es tal, que supera a muchas otras ciencias, con excepción, tal vez, de lo que ocurre en microfísica, donde me parece que la situación es bastante parecida en muchos aspectos. Por ser así, pienso que los

psicoanalistas algunas veces se han tenido que convencer a sí mismos de que es necesario poner orden, cuidado y conocimiento en esa estructura, para saber si lo que ellos dicen de las situaciones clínicas, o cuando construyen explicaciones, realmente se deduce o no de la teoría. Y esto explica también la preocupación epistemológica existente en el ámbito psicoanalítico.

Para terminar este aspecto de la cuestión, diría que todo esto se complica además porque el psicoanálisis, como profesión, es particularmente impactante por su importancia social y por su importancia ética. Así es como los problemas epistemológicos de carácter sociológico que la disciplina plantea como actividad tienen también que preocupar y a veces angustiar, y esto me parece que explica en parte por qué se da este fenómeno de connubio entre psicoanalistas y epistemólogos.

Sin embargo, debería también observar que un síntoma típico de nuestra época, de nuestro siglo veinte, es que existe una gran preocupación epistemológica en todas las ciencias, si bien no diría que es exactamente igual en todas las especialidades. Se nota, por ejemplo —eso es un dato puramente empírico del que no se extrae ninguna conclusión— que entre los economistas, por ejemplo, o entre los sociólogos, los microfísicos, e incluso entre los matemáticos, hay bastante de esa preocupación epistemológica y, si bien no todos, una buena parte de ellos se ha interesado por la cuestión.

Hace poco leí un trabajo de Stegmüller sobre la estructura de las teorías científicas, donde él señala con razón, que entre los matemáticos la preocupación epistemológica fue muy fuerte a comienzos de siglo. La epistemología matemática se transformó a su vez en una ciencia; se la llama metamatemática y ha alcanzado el estado de ciencia madura.

No sé si con el tiempo, y en relación con el psicoanálisis, que plantea tantos problemas lógicos y gnoseológicos vinculados con su estructura teórica, con su tan peculiar formación de conceptos o de producción de experiencias, no va a ocurrir que la "epistemología psicoanalítica" va a terminar transformándose en una especialidad.

Empiezo a ver configurarse en derredor mío una figura muy extraña. Si uno creyera en algo así como el objeto de las disciplinas científicas, se vería en figurillas para caracterizarlo en este caso. Es algo así como "el epistemólogo del psicoanálisis", algo un tanto especial. Su tarea está capturando a físicos, a personalidades inusitadas, como es el caso de Wisdom o de Grünbaum, por ejemplo. Es realmente un fenómeno bastante interesante.

Con respecto al problema de fondo, el del "objeto del psicoanálisis", comenzaría por decir algunas cosas generales y en todo caso podríamos discutir los detalles después, en una segunda vuelta.

Al igual que Issaharoff confieso no tener particular atracción por el enfoque según el cual es necesario algo así como la búsqueda del "objeto del psicoanálisis"; no es que no reconozca, entiéndase bien, que algo hay que hace que el psicoanálisis sea psicoanálisis, a diferencia de la microfísica o de la genética. De esto no tengo duda. Pero también coincido con Issaharoff en que, en todo caso, la cuestión es la importancia del problema.

En primer lugar, diría que tengo un poco de miedo a este problema, porque me temo que el planteo de que el psicoanálisis tiene un objeto entraña aspectos muy negativos para el desarrollo de esta ciencia. Diría que además tiene consecuencias reaccionarias, si no fuera que emplear esta palabra es muchas veces un peligro y nada más que un argumento amenazador, pero no realmente racional. Transcribo simplemente mi inquietud.

La cuestión es que si uno cree que una ciencia se define por algo que es su "objeto", sucumbe inmediatamente a la siguiente tentación: lo que no se ocupa directamente de ese "objeto" queda expulsado de esa ciencia, como si fuera una especie de herejía. Ocuparse en una ciencia de cosas de otras ciencias sería un dislate, pues sería mezclar "objetos" e introducir confusión. Pero esto a la luz de la historia de la ciencia es un prejuicio, totalmente invalidado por los hechos. Consideremos un ejemplo.

Desde Aristóteles en adelante, nadie hubiera esperado que el estudio de la luz se iba a reducir al estudio de la electricidad, pero a partir de mediados del siglo pasado se vio claramente que la luz no es otra cosa que ondas electromagnéticas y que sus propiedades son propiedades eléctricas. Hablo, claro está, intrínsecamente desde el punto de vista de la física teórica, no de la apariencia empírica. Empíricamente, no cabe duda de que la luz es algo distinto de la electricidad. Nadie trataría de mirar la electricidad en un enchufe, ni tampoco de enchufar un aparato eléctrico a una vela, digamos. Pero intrínsecamente la física dice que lo que realmente hay es electricidad, no luz.

¿Alguien diría por eso que las modernas teorías electrodinámicas no son óptica? Evidentemente no. ¿Alguien afirmaría que todo esto aniquila la luz como objeto? En cierto sentido eso estaría mal, porque aquello que se estudiaba antes, la luz, se sigue estudiando, lo que pasa es que hoy se lo conoce mejor y se sabe que es electricidad.

El partidario de "objetos esenciales" no acompañaría en esto la

marcha de la física. El habrá supuesto que hay una cosa que es la luz, que es algo esencial, el "objeto" de la óptica. Habría que ocuparse solo de eso, como si cualquier otra cosa que se introdujera como más fundamental, incluso como aquello a lo cual se reduce el fenómeno, no perteneciera legítimamente a esa ciencia. Pero semejante actitud bloquearía todo progreso en esta ciencia, y sería epistemológicamente errónea.

En resumen, mi impresión es que la idea de que hay una cosa como el "objeto" de una ciencia, en el sentido de ser una esencia a lo Husserl, digamos, definitoria de la disciplina científica, es realmente una especie de antigualla aristotélica (porque en realidad es ahí donde el prejuicio realmente se originó).

Hay también otro tipo de inconveniente en tal enfoque y es que combate una tendencia evidente del conocimiento contemporáneo, la tendencia interdisciplinaria, simbiótica, que tienen todas las disciplinas a conectarse entre sí, por la simple razón de que las leyes naturales, en todas sus variedades, tienen conexión, de alguna manera. Desgraciadamente era una idea de Aristóteles (si Ezequiel de Olaso tenía razón en lo que sostuvo hace poco en una reunión) que como cada ciencia tiene su objeto, no deben mezclarse las ciencias; cada una tiene su metodología, cada una en cierto sentido es un compartimiento estanco. Pero eso no es cierto; toda la ciencia contemporánea es un mentís absoluto a este tipo de afirmación.

El tercer inconveniente de la tesis discutida se ve claramente en algunos autores franceses. Por ejemplo, me refiero a Badiou y su escandaloso libro sobre el concepto de modelo. En cuanto se piensa que cada disciplina tiene su objeto surge casi como natural la prohibición de usar modelos y analogías en el "contexto de descubrimiento" de la disciplina. Por esta razón, se dice que si construimos las leyes de una disciplina imitando por analogía las leyes de alguna otra disciplina cometemos un error. Pues como aquella disciplina tiene otro objeto e implica otra esencia, seguramente tendrá otras leyes, y transportarlas al nuevo contexto desnaturalizaría el verdadero sentido que tiene el objeto de la ciencia que se está estudiando. Esta es una de las razones, si no entendí mal, por lo cual todas las ideas de la teoría económica de Freud, por ejemplo, como en realidad son ideas originadas en un tipo de material muy distinto de aquel que realmente sería el evento psicológico con el cual tendría que lidiar el psicoanálisis —que está más próximo a cuestiones de elementos semántico-lingüísticos, significación, contexto y estructura— hacen que uno inmediatamente se equivoque y desnaturalice la disciplina psicoanalítica.

Creo que esto en algunos casos es cierto, no niego que esto pueda ocurrir así, pero no constituye un principio metodológico. En algunos avances de la ciencia la genialidad fue justamente transportar por analogía ideas de una ciencia a otra, por la simple razón de que aunque se trataba de objetos distintos, con distintas leyes, había *isomorfismo*.

El "isomorfismo", sea dicho de paso, es uno de los conceptos claves de la ciencia contemporánea y es lo que precisamente permite esta especie de metodología de modelos, que por otra parte no pertenece al contexto de prueba o de justificación. Es simplemente una manera de fabricar hipótesis que después habrá que ver si marchan bien o no; en algunos casos esto dio excelente resultado, y al respecto podría dar una gran cantidad de ejemplos de la física-matemática.

Finalmente, reafirmando algo que recordaba recién Issaharoff, me parece que dentro de una disciplina la unidad fundamental es la teoría. Teoría es un conjunto de afirmaciones sistemáticamente organizadas con el cual se logra un modelo explicativo de los fenómenos que problematizaron y desencadenaron la investigación.

Es tentador argüir que lo que realmente caracteriza una disciplina es el conjunto de problemas que desencadenaron las investigaciones típicas de su campo. Pero esto no es tan claro. El desarrollo de una ciencia es un proceso dialéctico nada simple. Es verdad que al comienzo existe una problemática definida. Surgen así las primeras hipótesis y teorías a modo de respuesta a esos primeros problemas. Pero como las hipótesis y teorías constituyen instrumentos de investigación (y también de acción práctica) surgen problemas nuevos y diferentes, lo cual origina nuevas hipótesis, nuevas teorías que las más de las veces modifican sustancialmente las estructuras lógicas anteriores. A medida que el tiempo transcurre, cambian las teorías como cambian también los problemas. Y, ni qué decirlo, cambian los "objetos" (pues varían las afirmaciones teóricas que los caracterizan). Por ello es que recién dijimos que creer de modo estático en una "esencia" de una disciplina científica, caracterizada de una vez por todas por determinado objeto, es una concepción reaccionaria que se opone a la naturaleza viva y cambiante del proceso científico. En un momento dado de la historia de la ciencia es difícil, si no imposible, prever cómo van a cambiar los problemas y las teorías, y cuáles serán los objetos centrales que se investigarán. Por ello, tratar de caracterizar el "objeto" de una ciencia no solo es un disparate epistemológico y una actitud reaccionaria; es además una tentativa de clarividencia algo pedante, desproporcionada e infructuosa.

No quiero cansarlos con ejemplos físicos. Así que digo dogmáticamente que si se considera la física contemporánea y se la compara con la física de hace 200 años, se advierte que los problemas, las teorías y los objetos de que tratan son apreciablemente distintos. Hay disciplinas, como la física atómica, por ejemplo, que comenzaron por una dependencia aparente hacia un "objeto" esencial, el átomo, que parece tener permanencia. Pero lo que pasa es que en cierto sentido el "objeto" átomo no existe; es un objeto reductible, ya que la unidad objetal ahora aceptada es la partícula elemental (el electrón, el quark, etcétera) y de lo que se ocupan los físicos ahora es de campos o de partículas elementales.

Si uno vuelca todas estas ideas al problema del psicoanálisis, diría que me resulta difícil preguntarme de qué se ocupa el psicoanálisis, si con esa pregunta estoy queriendo revelar una especie de esencia inamovible, que fija al psicoanálisis a un determinado tema u objeto, de manera que el que no estudia eso no está haciendo psicoanálisis. Lo mejor sería comenzar por examinar el desarrollo histórico de esta disciplina. Entonces se va a ver una problemática primitiva de carácter terapéutico con desafíos explicativos. Inmediatamente se encontraría una serie de teorías que responden a esta problemática, respecto de las cuales habría que decir que posteriormente Freud fue variando de opinión casi en todos los temas. Es verdad que se mantuvo con lo del inconsciente de manera más o menos firme. El psicoanálisis no dejó nunca de ser "psicología profunda" pero no siempre en igual sentido. Ustedes saben que, a medida que uno cambia las hipótesis y la teoría, por razones estructurales de conformación de significado, el sentido de las palabras que se están empleando cambia. La palabra "átomo" no significó lo mismo para Dalton que lo que significó luego para Bohr o después para un físico contemporáneo. E "inconsciente" no significó lo mismo para las primeras etapas de Freud, que para las terceras o que para sus discípulos. Por otra parte, en *El yo y el ello*, Freud señala claramente que hay una multitud de significados de "inconsciente" y que habría que distinguir —utilizando una metodología de uso frecuente en cuestiones de análisis de conceptos— que en realidad hay una cosa que es el inconsciente uno, otra que es el inconsciente dos, otra que es el inconsciente tres; se trata del inconsciente topográfico, del inconsciente dinámico y del inconsciente estructural, sin descartar otros que pueden ir apareciendo. Además hay un inconsciente en sentido operacionalista como los que me parece que Schafer y Wisdom preconizan. Hay incluso un inconsciente en sentido "operacionalista-lingüístico", como Lacan en algún momento

parece perfilar, dada su manera operacionalista-lingüística de definir el inconsciente como cierto tipo de lugar vacío o de falla dentro de un discurso. Así, el valor de cada uno de tales cónceptos de "inconsciente" tiene relación con el valor explicativo predictivo clínico que la teoría puede tener y, como eso va cambiando a su vez, puede suceder que, por grados insensibles, en algún momento —cosa que no sé si ocurrirá o no, no lo afirmo— el inconsciente se desmerezca como concepto psicoanalítico en tanto otros conceptos se hagan más fuertes. Por ejemplo, en la posición kleiniana me parece que "objeto" y "objeto interno" de alguna manera han venido a empujar bastante al inconsciente clásico de la posición tradicional que este concepto ocupaba. Tengo también la impresión de que en el ámbito clínico, en el psicoanálisis contemporáneo la transferencia está ocupando un lugar realmente notable.

Entonces, a la pregunta de cuál es el objeto del que el psicoanálisis se ocupa, habría que reemplazarla por la pregunta que inquiere qué teorías ha producido el psicoanálisis desde su creación hasta el momento, qué saltos ha habido en la producción de estas teorías y qué continuidades, para permitir hacer un análisis de toda la gama de conceptos y de objetos aludidos que el psicoanálisis puede presentar.

Esta a mí me parece metodológicamente una posición realmente bastante más rica y prometedora. Por supuesto, transforma en un absurdo —que a veces se produce por razones profesionales— toda esa disputa acerca de si las teorías de Melanie Klein son realmente o no psicoanálisis. Y en parte también la actitud de los kleinianos, políticamente hábil pero científicamente ilegítima de hacerse pasar como meros traductores, con lenguaje "un poco diferente", de todo el *dictum* de Freud en algunas de sus teorías, cuando realmente estaban creando una teoría psicoanalítica original. En fin, no veo por qué no puede suceder en psicoanálisis con "inconsciente" lo que ha ocurrido, por ejemplo, cuando se pasó de la teoría de Bohr a la teoría de Heisenberg o de la de Dalton a la de Bohr, hablando de átomos.

Esta es la razón por la cual me parece que esta faceta de la problemática que nos plantearon es un poco inútil; a mi entender, ella no es metodológicamente conveniente.

Esto sin embargo no impide que todo un conjunto de conceptos se pueda ver, en relación con una disciplina, como tema "central". Esto es una idea entusiastamente admitida en la semántica contemporánea, la de la "centralidad semántica" de ciertas teorías y conceptos. Quizás alrededor de "inconsciente", de "interpretación", de "transferencia", de "libre asociación" y de unas cuantas cosas que podrían

agregarse hay un núcleo "central" más o menos permanente e importante que conforma una significación estable. Esto es lo que quería comentar por el momento, lo de la base empírica en todo caso lo dejamos para una segunda vuelta.

Rafael Paz: En primer lugar, en la cuestión de los epistemólogos, que es un fenómeno realmente interesante, yo establecería una diferenciación, una diferenciación de tipo descriptivo, sin entrar a profundizar acerca de las causas, lo cual daría para mucho, sobre todo para pensar el problema de las vicisitudes, los frenesíes y las modas de la intelectualidad argentina en épocas muy duras.

La diferenciación sería entre epistemólogos propiamente dichos, y los "convocados", de otras disciplinas, en virtud de la convergencia francamente extraordinaria de conocimientos que, teniendo origen en otras tierras, se da en el campo del psicoanálisis.

Digo convocados porque alegorizando un poco la cosa, buscando las raíces, podría decirse que los psicoanalistas llamaron —llamamos— a una cantidad de expertos, que junto a ciertos beneficios produjeron un efecto —del cual se está en la convalecencia— de confusión.

Confusión acerca de qué eran: si lingüistas, antropólogos, matemáticos, teólogos, latinistas, literatos, y si los expertos convocados, además de tales se constituían en psicoanalistas *honoris causa.*

Esto mismo plantearía una necesidad epistemológica enorme, de establecer una demarcación en cuanto a las pertinencias de los invitados y de los dueños de casa, o —casi diría— de los ex-dueños de casa, porque ocurre en instituciones psicoanalíticas que los invitados se fagocitaron el tótem y ahora son maestros-psicoanalistas, y se ha producido una inversión tal que, si uno tuviera un espíritu de mayor amplitud que el mío, podría suscitar una cierta alegría en la medida en que: "¡qué interesante, cuántos analistas están aprendiendo psicoanálisis de no psicoanalistas!"...

Como no poseo aún ese espíritu tan amplio y tengo ciertas dudas respecto de lo que ahí se juega, ese fenómeno me preocupa.

Hablo por otro lado de convalescencia en la medida en que lentamente, lamiendo las heridas recíprocas, cada uno está como reubicándose.

Claro, acá convergen problemas teóricos y problemas prácticos, de mercado, inclusive. Sin comentario, mención y punto y nada más, no para invalidar desde un economicismo chato la convocatoria interdisciplinaria, sino simplemente para marcar un problema que ha funcionado muy "a lo argentino", es decir, con una mezcla de originalidad, de convergencia, de confusión, de creatividad y de superficialidad, en un magma bastante arduo de desentrañar.

Reitero entonces que diferenciaría muy nítidamente entre expertos convocados interdisciplinariamente pero no de una manera armónica, sino desordenada, y epistemólogos que, por otro lado, eso es visible, con toda naturalidad se han mezclado en el corazón de la disciplina psicoanalítica, pero han mantenido su lugar, como se dice de las personas que son educadas: saben mantener su lugar, han mantenido su lugar, no se han confundido de ese modo.

No estoy diciendo que este fenómeno sea en sí negativo, pero sí que genera mucho trabajo para hacer, de decantación de cosas, de purificación, de recuperación de una cierta necesaria parsimonia, en cuanto a no quedar prendidos con alguna preocupación teórica de la última moda proveniente de otras disciplinas, virtualmente idealizadas, por otra parte, porque en general —y aquí establezco un nexo con lo que Klimovsky planteaba hace un rato, tomando la conceptualización de Kuhn respecto de las revoluciones científicas— trabajando sobre una disciplina inmadura es fácil que se produzca un efecto de fascinación hacia los que se supone vienen de otros lados donde la cosa está más clara, sobre todo cuando en esas otras disciplinas la formalización, por ejemplo, tiene ya años, y entonces sí se suscita una suerte de fenómeno análogo al de los indígenas frente a los colonizadores que vienen con sus cosas claras, con sus modelos, con sus posibilidades generalizantes, con sus rigores, y se pierden las complejidades, dudas y vicisitudes propias de las disciplinas de origen.

Claro, puede darse una solución a este problema mediante un salto desde el complejo de inferioridad de los psicoanalistas invadidos, a sostener que el psicoanálisis es la disciplina que va a poner críticamente en tela de juicio a todo el resto del edificio de la ciencia.

En realidad, creo que el psicoanálisis puede plantear preguntas muy interesantes, haciéndolo con cautela y definiendo con exactitud el punto en que se sitúa su sistema de preguntas, fundamentalmente, diría, en el territorio de una teoría crítica del sujeto y del problema de la subjetividad en el procedimiento científico.

Respecto de la convocatoria maltratada de Aldo Melillo en lo que se refiere al objeto del psicoanálisis, no voy a referirme directamente a ella, sino indirectamente, para no generar una polémica fantasmal que me parece que daría lugar a malos entendidos.

En rigor —tal como Klimovsky lo decía recién— si uno piensa en hitos esquemáticos, por supuesto, más correspondientes a una histo-

ria teórica del psicoanálisis, es decir, aquella que se puede definir retroactivamente cuando se tiene de algún modo acotado un campo maduro de pertinencia de método y de práctica, diría entonces que, marcando ciertos hitos en la elaboración freudiana, puede afirmarse que Freud al principio no tenía objetos sino objetivos.

Tales objetivos desde el comienzo fueron nobles, y eso en la subjetividad de Freud funcionó como una suerte de drama: por un lado, búsqueda de eficacia terapéutica, pues él quería curar la neurosis, transformar la desdicha o el infortunio neurótico en sufrimiento común, y pensaba que el método que sucesivamente iba inventando, poniendo en obra, era más eficaz que los otros.

Por otra parte, hace mucho tiempo que no escucho decir a los psicoanalistas, en reuniones públicas, como lo hacía paladinamente Freud: "Síganme, porque mi método es el que cura más". Los psicoanalistas desde hace mucho tiempo dicen: "Nuestro método es el mejor porque es el más profundo, pero no el que cura más", problema sumamente importante y serio que no es el objetivo de esta noche, pero en la Escuela de Psicoterapia creo que conviene marcarlo, por lo menos. Entonces, objetivo de Freud: curar. Pero no curar a ciegas, curar planteándose hipótesis acerca de los *procesos en juego* y de los *medios de transformación*.

Surgen entonces las formas incipientes de la teoría de las neurosis, nombre puesto, como es sabido, en el primitivo Instituto Psicoanalítico de Berlín, por Numberg, que fue profesor de esa materia en la época en que aún no se había producido esta división académica, que luego fue tan tremendamente negativa en los institutos psicoanalíticos: era una división funcional de tareas.

Teoría incipiente de las neurosis, constituida en muchos aspectos por hipótesis *ad hoc,* es decir, que servían como medios de abordaje para la travesía que estaba en juego, para un proceso terapéutico lanzado. Pero una hipótesis *ad hoc* que, y ahí viene la otra preocupación freudiana, se intentaba referir siempre al contexto general de la cientificidad: preocupación por constituir el psicoanálisis como un saber consistente, un saber científico.

En el sujeto Freud y en los escritos, que es lo que tenemos para trabajar, esto no ha sido siempre coincidente, casi uno podría llegar a decir que no ha sido nunca del todo coincidente y no puede ser nunca del todo coincidente.

En la misma época en que escribía *Proyecto de una psicología científica,* por ejemplo, trabajaba en la clínica con hipótesis *ad hoc* que eran totalmente distintas de las que ahí se esbozaban; el problema

era que en la medida en que consideraba que el terreno de la cientificidad estaba dado por eslabonamientos explicativos en un plano neurológico o neurofisiológico, ahí desplegaba sus generalizaciones.

Junto a esto, deseo traer a colación otra pequeña cuestión, que me parece sumamente importante: la preocupación de Freud por la verdad, pero no por la verdad como ahora a veces se la escucha, casi con mayúsculas, cosa que debe inquietarnos —porque los rebrotes metafísicos están como tentación en cualquier lugar, con todo el arrastre que conllevan—, sino por la verdad del síntoma, por la verdad del sueño, por la verdad del acto fallido, es decir, por la dimensión subjetiva, singular, pero histórica, anudada a través de esa formación del inconsciente.

Lo peculiar que a Freud le entusiasmó muchísimo, sin duda, era que el objetivo terapéutico, desanudar el síntoma, coincidía con el encuentro de la verdad. Diría de una doble verdad, la verdad singular —y ahí se da una dialéctica riquísima entre el discernimiento (uso un modelo "contenidista" por ser breve) de aquello alojado como cuerpo extraño en el aparato psíquico que pertenece a la historia singular irrepetible de ese sujeto—, y la verdad en el sentido de la estructura explicativa acerca de qué modo se alojó, de qué modo se procesó, de qué modo perdura paradójicamente y de manera anacrónica.

Entonces hay un movimiento dialéctico —al igual que Klimovsky uso con pudor esa palabra, pues ha sido muy maltratada—, entre la cuestión de la verdad singular, Freud clínico, teniendo que solucionar las formaciones del inconsciente sintomáticas de ese sujeto que venía a curarse, no a ser pretexto para hacer filosofía con él, y, por otro lado, la remisión a procesos generales, que permitían ir construyendo de a poco conceptuaciones generales acerca del funcionamiento psíquico. Es ahí donde se va dibujando, de hecho, un continente teórico.

En ese sentido, para soslayar productivamente la polémica respecto de lo del objeto del psicoanálisis, es decir, no para eludirla meramente con una finta graciosa, sino para continuar intercambiando ideas, yo diferenciaría entre *objetos constitutivos* de la problemática psicoanalítica, y ubicaría ahí la sexualidad infantil, las formaciones del inconsciente, el complejo de castración-Edipo y la transferencia, de lo que podríamos denominar *objeto constituyente,* donde sitúo el inconsciente.

Se parece mucho y tiene parentesco teórico —por filiación teórica—con la preocupación que fue traída a colación por Eduardo Issaharoff, a propósito de Althusser y retomada por Klimovsky.

Por otro lado —y acá retomo el bucle de lo de Kuhn y de lo de

inmadurez, que dejé pendiente hace un rato— creo que empíricamente una disciplina se puede definir como inmadura cuando hay una remisión frecuente a los textos del fundador. En física los estudiantes de ciencias exactas operan, trabajan con todo su instrumento formal y no en una remisión a los textos: como dijo tal, como dijo cual, como dijo aquel. Esa remisión, creo, es una mostración en acto de lo que podemos denominar —pero entendamos, no en un sentido calificativo peyorativo, sino de objetividad de un campo teórico— como inmadurez.

Se plantea un problema interesante y aparentemente análogo, el único otro que recuerdo, que es el del marxismo, en donde aparecería también una referencia, una remisión al autor. Entiendo que los motivos son distintos, no es del caso desarrollarlos ahora; de acá a unos meses quizá sí se dé la posibilidad de que me extienda respecto de las diferencias que existen entre un dominio y otro.

Se sigue haciendo una remisión a los textos de Freud, remisión "inmadura" por ese hecho, pero todavía fecunda —porque si no sería meramente una doctrina— en la medida en que en el campo de problematicidad que cada psicoanalista recrea con su método en su caso singular, se continúan planteando interrogantes cuyos esbozos de respuestas, hipótesis, lo que fuere, están en los textos de Freud.

Eso definiría desde un punto de vista epistemológico el nivel aún productivo de una problemática, no meramente porque lo haya dicho Freud. Entonces, remitiéndome a los textos de Freud, cuando él tuvo que dar cuenta, por ejemplo, en las famosas conferencias en la Universidad de Clark, cuando lo invitaron a los Estados Unidos, en ese famoso asunto con Jung, la peste y toda la serie de anécdotas que conocemos, y puesto entre la espada y la pared, hubo de definir qué había que entender por psicoanálisis, dijo: "Sexualidad infantil, transferencia e inconsciente".

Agregué lo de formaciones del inconsciente, y agregué lo de castración-Edipo, que puede ser una rama subsidiaria de sexualidad infantil, siempre que se la precise de otro modo y situé al inconsciente como objeto constituyente.

Quizá la diferencia con la formulación althusseriana clásica es que probablemente para Althusser el inconsciente sería un objeto instituyente, en el cual se define un dominio transformado cualitativamente, en la medida en que se precisa su pertinencia con respecto a lo que era un campo, un campo de práctica previa relativamente ciega respecto a su objeto.

Si tomamos esos parámetros nos encontramos con que de hecho los psicoanalistas de todo pelaje o de toda escuela continúan trabajando

alrededor de esos ejes; el de la sexualidad infantil, el de las formaciones del inconsciente, el de la castración-Edipo y el de la transferencia.

Y hago una afirmación, para seguir avanzando: creo que existen cuerpos teóricos psicoanalíticos no compatibles ya entre sí. Un trabajo epistemológico interno a la teoría psicoanalítica, fascinante, es justamente definir la autonomía relativa que han adquirido distintos cuerpos teóricos y señalar, además, aquellos que *se pretenden* tales.

Yo considero —también como Klimovsky, porque sería sumamente extenso, lo planteo en forma axiomática, de manera dogmática, no lo puedo demostrar brevemente— que el cuerpo teórico kleiniano tiene autonomía, tiene consistencia, hipótesis que son no reductibles a las del cuerpo teórico de la psicología psicoanalítica norteamericana —Hartmann, Kris, Lowenstein— y no reductibles a las de Lacan.

En este momento diferencio nítidamente esos tres cuerpos teóricos; existen otros que pretenden serlo, digamos, pero defino esos cuerpos teóricos como diferenciados sobre la base del modo de procesamiento en la teoría y en la clínica, de los parámetros fundamentales, es decir, los conceptos constitutivos; el modo como Lacan, Melanie Klein —nombro a los autores pero son las escuelas— Hartmann, Kris y Lowenstein han elaborado lo pertinente a la sexualidad infantil, a la transferencia, a castración-Edipo, a las formaciones del inconsciente y al concepto mismo de inconsciente. Respecto de este último diría que cumple una doble función, a la par de ser una suerte de indicador de problemática.

Retomando el problema que Freud se planteaba —inconsciente como estructura o inconsciente como cualidad—, diría que, en un sentido, el inconsciente opera cualificando transferencia, cualificando sexualidad infantil, cualificando formaciones, cualificando castración-Edipo, es decir, donde no es cualquier sexualidad infantil, no es cualquier etcétera, sino que lo son en tanto inconscientes, con lo cual ya se plantea, reitero, una operación especial que se llamará de descentramiento respecto de lo que puede ser la aproximación nocional, espontánea a lo que es sexualidad infantil, en la medida en que queda cualificada por el inconsciente.

Pero por otro lado aparece el inconsciente como estructura, y ahí vienen definiciones distintas, evidentemente como un reservorio fantasmático en Melanie Klein, como una estructuración por gradiente progresivo en Hartmann, Kris y Lowenstein, el inconsciente estructurado como un lenguaje en la formulación de Lacan. Y esas formulaciones no son reductibles las unas a las otras.

Esto no quiere decir que no exista lo que llamo *"efectos de reso-*

nancia teórica", es decir que si uno no es necio y escucha lo que otro psicoanalista de distinta escuela dice, habrá problemáticas que resuenan y que van a jugar en el seno de la propia.

Lo que no es posible es hacer una amalgama unívoca, una teoría unificada, digamos así, lo cual a mi juicio tiene que ver con un proceso de maduración en el seno de la disciplina.

Y para concluir esto, quería decir que eso que se da en el plano de la teoría está acompañado, pero no por un orden de precedencia fáctica, sino que hay un "ida y vuelta", por cambios en el método y cambios en la técnica.

Dicho de otro modo: al psicoanálisis cabe definirlo como teoría, método y técnica; como método en la medida en que, esquemáticamente, asociación libre-atención flotante definen la estructuración de un campo que permite, que favorece el despliegue, de manera privilegiada, de aquellos objetos constitutivos del psicoanálisis tales como la teoría los define; como técnica, da los medios, define los medios, y ahí viene toda la trasmisión artesanal, toda la cuestión de las supervisiones, la posibilidad de que cosas dichas por personajes que están en otras líneas psicoanalíticas sean eficaces. Se trata de todo ese *instrumental* que se pone en obra en congruencia buscada, pero nunca plena, porque ahí se produciría el cierre de una asíntota, con el *método* y con la *teoría*.

EDUARDO ISSAHAROFF: Una pregunta, Rafael. Nombraste objetos constitutivos; en un momento me dio la impresión de que pensabas en varios tipos de objetos, por lo menos en más de uno.

RAFAEL PAZ: Sí, sin duda.

EDUARDO ISSAHAROFF: Pero nombraste como categoría objetos constitutivos de la problemática psicoanalítica, ¿qué otros nombrarías como categorías?

RAFAEL PAZ: Mencioné los objetos constitutivos, y diferencié el inconsciente que, a mi juicio, sería constituyente. Pero les ruego que no me pregunten mucho más acerca de esto porque lo estoy trabajando y entonces no sé más todavía, son indicadores de lo que estoy elaborando.

GREGORIO KLIMOVSKY: Todo depende de cómo se arme la teoría, a lo mejor hay que preguntar ahora, porque después vas a reprimirla.

RAFAEL PAZ: Quiero hacer pública una cosa: con Klimovsky hemos elaborado un concepto nuevo, que es el de "amigos de mesas redondas" porque desde hace años nos encontramos en mesas redondas. Como los amigos de distintos contextos se conocen, sé que al decir "no me pregunten", Klimovsky va a preguntar, es un ardid de histérico como cualquier otro.

EDUARDO ISSAHAROFF: Hay una cantidad de cosas en las que coincido con lo que dijo Rafael, sobre todo en la primera parte. Claro que es un problema, digamos, con cierto tinte local, de fenómenos que pasan en Buenos Aires.

En cuanto a la segunda parte, donde ya hay algunas ideas concretas, pensaba en el objetivo de Freud de curar y en la preocupación constante de referirse a una cientificidad.

En ese sentido a mí me parece que Freud compartía un poco la idea, que entre muchos científicos sigue siendo algo que tiene valor, de que en ciertos aspectos fundamentales de la teoría, del procedimiento teórico de la ciencia, no hay diferencias entre las disciplinas, y que hay una cierta unidad metodológica de la ciencia, aun cuando existen otros niveles donde cada disciplina tiene algunos rasgos que le son propios, que dependen muchas veces de procedimientos concretos, de la naturaleza del material con el que se maneja, pero que no existen métodos —en el sentido fuerte, referido a la estructuración de la teoría, de los sistemas de razonamiento básico de la mente humana— no existen sistemas distintos para cada disciplina. Freud no hizo un aparato distinto para un tipo que piensa psicoanálisis o para un tipo que piensa meteorología, es el mismo aparato.

En este sentido entiendo cientificidad y pienso que hay coincidencia en algún momento con lo que decía Rafael, y en otro momento me parecía que podría ser un tema para tratar.

El otro punto en el que coincido, es una descripción que tiene vigencia actual, de los objetos constitutivos de la problemática del psicoanálisis; pienso que estos objetos, como señalaba Klimovsky antes, tienen cada uno su historia; aun en el mismo Freud la sexualidad infantil va desde el trauma y la seducción, a la fantasía.

Las producciones del inconsciente sufren toda una transformación desde Ana O. hasta *Psicopatología de la vida cotidiana* y después; la transferencia también, y creo que siguen transformándose y evolucionando.

En este momento pienso que ya hay ciertos gérmenes —otra vez

es una hipótesis, una conjetura que hago— en los que uno podría pensar que van a aparecer objetos distintos que no sean precisamente estos o que sean muy diferenciados. En el fondo, lo que estoy reclamando sería el derecho a pensar que no son inamovibles ni para siempre, sino que en efecto han ocupado un lugar muy central, muy importante, pero eso no significa que sean inamovibles.

Respecto de disciplina inmadura, como decía Rafael Paz, es evidente que la remisión frecuente a los textos del fundador es un aspecto, pero yo pienso que acá hay una causa, a mi parecer más profunda, y es el descuido sistemático de las instituciones psicoanalíticas por llevar programas de investigación bien elaborados en el terreno psicoanalítico.

Esto apuntaría más bien a que la investigación en psicoanálisis, por lo menos en la mayoría de los países del mundo, es algo más o menos silvestre, individual, autofinanciado; hay toda una problemática ahí que me parece muy compleja. De manera que lo de disciplina inmadura lo tomaría más en un sentido sociológico, como aspectos de las instituciones psicoanalitícas en el mundo entero que son muy llamativos, que como una cualificación de la misma teoría psicoanalítica. Pienso que esto lo diferenciaría.

Gregorio Klimovsky: Voy a leer con mucha atención la exposición de Paz cuando esto salga publicado. Por el momento diría que me parece que ha habido bastante coincidencia en realidad en casi todos los puntos, usando quizá lenguajes diferentes. Me parece que Paz centra en lo que él llama "objetos constitutivos" aquello que las teorías psicoanalíticas pretenden teorizar, de manera que podríamos realmente convenir que son "ideas centrales", y creo que en la lista que yo a mi vez di en un momento de mi exposición eran prácticamente lo mismo.

También quería hacer un comentario respecto de la inmadurez y del problema de Kuhn, porque en lo que a mí respecta se podría dar quizás una mala interpretación, en el sentido de que cuando tomé el ejemplo de Kuhn es porque adhería a sus tesis. Él mismo se encontró posteriormente en sus trabajos con serias dificultades en relación con su doctrina de que el estado de "ciencia normal" es un estado de unanimidad dentro de toda la disciplina, y tuvo que empezar a hablar de "paradigmas parciales" y de una serie de remedios que, prácticamente, ya quitaban gracia a su posición.

A mí me parece que el hecho de que haya teorías antagónicas no reductibles unas a otras, incluso con incompatibilidad y, en ciertos casos, incongruencia, no es un síntoma de inmadurez de la disciplina. Este es el punto, digamos. Claro, Kuhn diría, frente al asunto americano, que se trataría de un rasgo. Al contrario, me parece metodológicamente muy importante y deseable que eso haya ocurrido, porque significa que hay realmente auténticos problemas que los psicoanalistas desde el punto de vista teórico van a tener que decidir; si es ésa la idea, comparto plenamente que en realidad eso contribuye a la cientificidad del psicoanálisis más que ser un signo de disgregación o de inmadurez.

Rafael Paz: Una pequeña intervención. Lo que pasa es que sí, así lo dije yo, pero ocurre que la peculiaridad de la transmisión psicoanalítica en relación con el análisis personal del analista, la formación de grupos de transmisión, supervisión y todo lo demás, produce una suerte de efecto paradójico: un desarrollo en profundidad con autonomización, con afinamiento de las hipótesis, suele acompañarse de un cierre en capilla. Entonces se da un fenómeno contradictorio, de mayor pulimiento de ciertas hipótesis freudianas y al mismo tiempo de un cierre en otros planos. Y eso, ya no en el discurso teórico sino como fenómeno institucional, que es otro plano del análisis, genera un efecto.

Gregorio Klimovsky: No, como maniobra, digamos.

Eduardo Issaharoff: En ese caso te pediría que corrigieras la idea de disciplina inmadura, porque da lugar a la confusión de que te estás refiriendo al cuerpo teórico y a la marcha, como se marcó.

Rafael Paz: Y eso fue lo que dije, disciplina.

Gregorio Klimovsky: Posiblemente lo que quiso decir Issaharoff es que se trata de una comunidad de conceptos.

Rafael Paz: No, es que no dije disciplina inmadura porque en el discurso teórico se haga referencia a los textos del fundador. Eso no es un aspecto de la teoría sino un aspecto del uso, o costumbres, o hábitos; vos lo que has dicho es un aspecto de la teoría.

Eduardo Issaharoff: Eso no lo entiendo bien, me confundo.

Gregorio Klimovsky: Sí, yo también me pierdo.

Eduardo Issaharoff: A ver, ¿cómo sería eso?

Rafael Paz: Un aspecto de la teoría que tiene una hipótesis que dice que todo lo que uno dice lo tiene que referir a Freud. En primer lugar, constatación; ¿eso ocurre, o no?
Gregorio Klimovsky: Pero puede ser un hecho sociológico que no forma parte de la teoría.

Rafael Paz: La primera cuestión, ¿eso ocurre o no?

Gregorio Klimovsky: Sí, sí, sí, por supuesto, estamos de acuerdo.

Rafael Paz: Eso es un acto reverencial, de tal modo que sería una inducción, en el seno del discurso analítico, de una práctica que viene de otras concepciones, ideológicas, religiosas, donde hay una remisión al fundador en tanto reservorio esencial. Digamos, ¿podrían suprimirse las referencias a Freud y no ocurriría nada en el campo teórico?

Gregorio Klimovsky: Sí, ya me doy cuenta de lo que usted dice, pero yo distinguiría entre el aspecto lógico de la teoría y la actitud o comportamiento sociológico o lingüístico de los que actúan en el discurso; es decir, yo nunca diría que estar "discurseando" es teoría.

La teoría es la estructura lógica de los conceptos y de las proposiciones en sus relaciones deductivas, definicionales. Otro asunto es quién la ha formulado, en qué momento, en qué posible situación histórica. Hecha esta distinción, notemos que la teoría es lo que es, está bien o está mal, pero no se puede decir que sea inmadura. Inmadura sería la actitud de seguir utilizando una cosa que está obsoleta, que ya ha sido superada. Eso sí, porque es una acción de carácter sociológico o pragmático.

Creo entender así el tipo de objeción que aquí se insinúa; entonces, si lo que usted dice es que la conducta lingüística discursiva de los que practican el psicoanálisis es inmadura por la forma en que construyen su discurso, de acuerdo, no tengo nada que decir a ese respecto. Pero la teoría misma, como estructura lógica, me cuesta entender que la pueda clasificar como "inmadura".

Rafael Paz: Por ejemplo, cuando se explora —podría traer cantidad de autores— el concepto de transferencia, los distintos teóricos del psicoanálisis van a indagar la génesis del concepto de transferencia en Freud, o sea que no meramente aparece el enunciado atemporal, abstracto, que define, supongamos, transferencia como tal y tal cosa, sino que el procesamiento científico incluye una ida a la experiencia

original freudiana y una vuelta. Eso es algo que ocurre. Entonces yo podría seccionar, que creo que es lo que hacen ustedes y decir: bueno, abstraigamos. Existe acá una serie de enunciados que separamos de esta contaminación subjetivista, o como quiera llamarse, o de raíz sociológica. Creo que en ese corte algo se pierde, que es intrínseco al modo de procesamiento teórico del psicoanálisis, tal como ocurre, aquella referencia.

Eduardo Issaharoff: Sí, hay una hipótesis fuerte ahí.

Aldo Melillo: Me parece que la discusión ha tomado un sesgo interesante, en el sentido de que quizá sobre el punto que se pretendía discutir, o sea el objeto del psicoanálisis, en general se ha llegado rápidamente a ciertos acuerdos, aunque haya por ahí diferencias en cómo está enunciado, como cuando Rafael Paz decía objeto constitutivo, constituyente, teorías, varias que están circulando o lo que sea, pero que en cambio se ha vuelto muy importante, y hubo muchas alusiones a la adolescencia de psicoanálisis por parte de Issaharoff, y de Rafael Paz de distinta manera, y a la necesidad de introducir el contexto histórico institucional para tratar de dilucidar algo que aparentemente sería un problema mucho más puro de la teoría. Creo que ese es el sesgo interesante y quizás habría que seguirlo un poco más.

Eduardo Issaharoff: Yo me animaría a seguir un poco más allá en este sentido, en insistir en la diferenciación. Diría con respecto a una disciplina inmadura que, en el caso de crear un término así, lo referiría a una teoría en la cual, cuando uno hace eso de meterse a examinar con una herramienta metodológica el conjunto de hipótesis que se están moviendo en esa teoría y que son manejados por esa comunidad que hace esa práctica de esa disciplina, uno se encontraría con dificultades muy serias, y con algunas hipótesis que son enunciados más o menos claros y se pueden formular y con otros enunciados que uno no encuentra la manera de formularlos. En ese caso me imagino que sí, diría: "eso es una disciplina inmadura", aunque con muchas reservas, porque eso ocurre en cualquier disciplina, sería una cuestión de grado. Todo esto haciendo un esfuerzo por pensar la disciplina inmadura, ¿no? De todas maneras, me parece que sigo sin ver qué se pierde en la separación, y a mí me interesa especialmente este problema porque es algo acerca de lo que últimamente estoy reflexionando bastante, y tengo la sospecha que la institución psicoanalítica en cierto sentido nació mal, de entrada, como institución, pero no la teo-

ría psicoanalítica. En este sentido me parece útil hacer un diagnóstico, y hacemos dos diagnósticos distintos, creo que no hay una enfermedad de la teoría psicoanalítica.

Rafael Paz: Yo no hablé de enfermedad.

Eduardo Issaharoff: No, digo inmadurez. En cierto sentido la voy a tomar como un aspecto que puede dar lugar a cierto tipo de patología, como algo que no madura, hay una detención de la maduración, digamos. En ese sentido lo diría como patología, podría ser una acepción posible, la tomo en ese sentido; pero me parecería muy importante diferenciar justamente la riqueza y madurez, en ciertos aspectos, del tipo de problemas que plantea el psicoanálisis y que tiene un gran interés, no solamente para los que están preocupados por la clínica psicoanalítica, por el funcionamiento de la mente humana, sino que además tiene interés para el conocimiento en general. Freud dice esto muy claramente. En las ciencias naturales el psicoanálisis comparte el método, es una ciencia más, pero agrega algo que es justamente ocuparse de la mente humana y estudiarla como una cosa sobre la cual se puede hacer teoría científica.

En este sentido me parece que me sigue resultando más conveniente ubicar el problema de la inmadurez dentro de una estructuración de carácter sociológico y vinculada a la institución psicoanalítica. Ahí hay problemas de la práctica, de la formación del analista, de la transmisión de la teoría, de cierto aspecto particular, aparentemente del psicoanálisis en este sentido, de acuerdo, pero creo que no son tan distintos los que se dan en otras disciplinas, y que si nos metiéramos en detalle ahí, podríamos, me parece, dar suficientes ejemplos como para ver que no hay argumentos suficientes como para decir que uno es un caso tan excepcional dentro del conjunto de las ciencias. En cambio, sí pienso que existen graves problemas desde el nacimiento de la institución psicoanalítica. Giro llamativo, ¿no?

Rafael Paz: Creo que ya se abren tantos problemas que no sería serio tomarlos, porque sería como una cosa de nivelación.

Gregorio Klimovsky: No, claro, nos obligaría a hacer un seminario para elucidar una serie de aspectos de muchos grandes problemas. Con respecto a lo que decía recién, sin estar de acuerdo con la formulación que hizo Paz, como ya lo hice notar, creo entender de alguna manera la formulación de su posición en este sentido: que como a

veces hacen Kuhn y otros estructuralistas de su tipo, se opondría un poquito a la distinción que nosotros proponíamos, por ser un poco sospechosamente platónica en realidad; me parece que lo que él implícitamente está aceptando —no sé si interpreto bien—, es que, después de todo, teoría es un discurso practicado, un tipo peculiar de acción, no es una entelequia lógica que está existiendo en un cielo platónico. Entonces esa actividad, si bien conforma también relaciones lógicas, es la que puede ser una actividad inmadura, a pesar de ser lo único que podría llamarse teoría, porque no hay otra cosa separada de ese discurso práctico. No sé si es esta la idea. Si no, aprovecho para preguntar.

Rafael Paz: Sí, tiene que ver con el asunto, lo que pasa es que habría que hacer una diferenciación que nos llevaría a otro tema, el lugar del discurso teórico en el seno de un conjunto articulado de prácticas, una de las cuales tiene que ver con la transmisión y otras se enlazan con las preocupaciones corporativas de los que ofician en esa profesión; existe ahí todo un complejo articulado que habría que examinar cuidadosamente. Yo me refería, haciendo una abstracción pasajera, fundamentalmente, a lo dicho por los analistas cuando teorizan, incluso Issaharoff hizo su referencia a Freud, para avalar su cientificidad. Ese hecho es constitutivo. Para llevarlo al plano máximo de acuerdo, lo formularía así: contexto de descubrimiento - formulo - protocolo - enunciado protocolar. “Qué interesante es que todos los psicoanalistas, aun los de ideas más originales, nombren mucho a Freud”. O correlativamente: “Qué interesante es que los estudiantes...”

Gregorio Klimovsky: No, no, no solo es interesante sino que ese fenómeno en cierto sentido puede ser considerado como signo de inmadurez.

Rafael Paz: Por eso, qué interesante es que los estudiantes de ciencias exactas escriban fórmulas. Eso nada más, los psicoanalistas y de ahí en más...

Eduardo Issaharoff: Pero se me ocurren un par de ejemplos en los que se dan la discusión y la referencia a la fuente. Actualmente, por ejemplo, en ciertas discusiones muy fuertes sobre teoría de la evolución ocurre algo bastante similar; no sé qué está ocurriendo en física.

Rafael Paz: Justamente ese es un ejemplo extraordinario para mostrar la diferencia con lo que yo digo y creo que ahí está tu confusión,

porque es un caso redivivo, inesperadamente redivivo, porque tiene que ver con las ideologías que andan por nuestro mundo, donde se cuestiona la teoría de la evolución de una manera radical. En los Estados Unidos, como es público y notorio, hay todo un movimiento para que no se enseñe en las escuelas la teoría de la evolución. Aparece ahí, el darwinismo en el contexto de la combatividad y la lucha ideológica, con la publicación en la revista de la Unesco, por ejemplo, de un número dedicado a Darwin, en el seno de una lucha ideológica en la cual se procesa cientificidad y donde no es necesario nombrar la experiencia de Darwin, salvo como historia del descubrimiento. Pero la genética ya tiene su desarrollo científico, y en el discurso de los genetistas como tales no es necesario nombrar a Darwin, esa es la diferencia. Lo otro es el darwinismo versus el creacionismo, por ejemplo, que parecería una cosa perimida pero que vuelve a resurgir; ahí sí hay relación con lo que decías en el otro plano, que es lucha de escuelas, problemas de poder, problemas creenciales que se ligan con concepciones científicas, pero es otro plano. Dicho de otro modo, *el lugar de Freud en la teorización psicoanalítica no es homólogo al lugar de Darwin en la teorización evolucionista,* me aventuro a decir esto. Por otro lado, como fui el responsable de introducir este aspecto me preocupo un poco, porque no sé si estamos en un callejón.

EDUARDO ISSAHAROFF: Pero no sé hasta qué punto esto también haría a un aspecto que era justamente en el que a mí en un momento me pareció que coincidíamos y no coincidíamos, acerca de la unidad del método científico, en el sentido de que hay un método científico que es común a todas las disciplinas.

GREGORIO KLIMOVSKY: Acerca de eso, sin embargo, quisiera hacer una aclaración, porque puede dar lugar rápidamente a malos entendidos. Creo que hay un conjunto de métodos científicos, no un solo método; el sistema axiomático de las matemáticas, también la estadística, que no es lo mismo que el método hipotético deductivo, pero de todas maneras es un método.

Diría también que hay un conjunto centralizado de métodos que sirven para todas las ciencias. Además, y por el contrario, no cabe duda de que cuando una ciencia en particular tiene leyes particulares que corresponden a su campo, automáticamente surgen metodologías, como consecuencia, que son privativas de ella.

Entonces, aseverar que hay una unidad metodológica en todas las ciencias no entra en colisión con la afirmación según la cual, por

las leyes del psicoanálisis, la interpretación es un método. Tampoco sale de ahí que todas las ciencias tengan un método igual al método interpretativo. Ese es el punto.

Entonces lo que conviene delimitar en estos casos es que si hay algunos aspectos lógicos, algunos aspectos metodológicos básicos, que eso sí parece ser de alguna manera invariante para todas las ciencias, ello no quiere decir que esos métodos no vayan sufriendo los sacudones que van recibiendo del desarrollo de las propias ciencias. Tampoco se trata de una entidad platónica, digamos, por lo menos en principio. Pero, después de todo, a lo mejor Platón tenía razón.

RAFAEL PAZ: Pienso al método como muy relacionado con la estructuración de los objetos psicoanalíticos, con lo que podríamos denominar *estructuración privilegiada,* porque es obvio que fenómenos de transferencia existen en la vida cotidiana, es obvio que actos fallidos, sueños, síntomas, existen también en la vida cotidiana, pero aquí nos encontraríamos con que, primero de manera clínica, como decíamos, y luego de manera reflexiva, se fue configurando un conjunto de procedimientos que, se supone, mientras no se demuestre lo contrario, *potencian el despliegue de esas estructuras constitutivas.* Entonces ubicaría el método como aquella armazón de procedimientos que favorece el desarrollo de los objetos psicoanalíticos, de tal modo que entonces no aparecerían como una imposición desde la cabeza, vamos a decir, o desde el *topos uranos* que trae a colación Klimovsky, ni tampoco meramente como algo que viene y se impone, sino que se dan en virtud de que se organiza un campo.

Es un tema que no hemos tocado, pero sería muy interesante porque se habla mucho del campo psicoanalítico, un campo psicoanalítico donde justamente se producen *distintos niveles* y *cruces diferentes:* es heterotópico.

Por un lado, la configuración privilegiada de objetos, típicamente formaciones del inconsciente, pero por otro hay otros niveles de análisis, por ejemplo, que mencionó Klimovsky al pasar.

Yo introduciría la siguiente cuestión: la disyuntiva ética, en la medida en que, al mismo tiempo que es situación experimental, es situación terapéutica. Ahí el problema de la verdad o de la verosimilitud juega de un modo muy especial, porque por un lado hay una referencia a la comunidad científica de elaboración de la verdad, pero por otro existe un requerimiento de eficacia, y ese es otro nivel de análisis, ético, que no es desligable del anterior pero que, en fin, habría que articularlo, ¿no es cierto?, en la medida en que trabajamos sobre

seres humanos, cosa que en todos lados y en nuestro país conviene recordar.

GREGORIO KLIMOVSKY: No es muy diferente lo que ocurre con las otras ciencias, porque en general las ciencias consideradas paradigmáticas crean también una metodología para describir en forma distintiva sus fenómenos, también los átomos y los cuantos están en la vida cotidiana en el sentido en que están ahí como entidades, pero hay una situación instrumental peculiar para ponerlos en evidencia, y ahí es donde está, me parece, la analogía también central que tiene el psicoanálisis con las demás ciencias; tiene que articular ciertas situaciones especiales para poner en evidencia ese tipo de fenómenos.

RAFAEL PAZ: Totalmente de acuerdo, intuyo que habría una diferencia en cuanto a la cautela para establecer una correspondencia. En cuanto a una metodología general, en ese sentido no sé, intuyo que la reductibilidad metodológica...

EDUARDO ISSAHAROFF: Perdón, hice una aclaración en el sentido de que distinguía entre distintos niveles y que, obviamente, había un nivel que era una propiedad general de ciertos funcionamientos de la mente humana, además de sistemas lógicos, común para todas las ciencias, pero que además esos niveles se diferenciaban por procedimientos específicos, por la naturaleza del material que se maneja y, obviamente, una cantidad de problemas. Pero eso no quita que una cosa predomine sobre otra, son cosas que coexisten, son todos niveles que coexisten.

RAFAEL PAZ: Claro, yo creo, por ejemplo, que la definición de un método y de objetos en un ámbito de pertinencia, elimina el problema de la mente humana como problema, que no sabemos mucho qué es, en la medida en que se define ahí un conjunto de operaciones y de efectos sobre los cuales se trabaja y se dan las transformaciones, con lo que, en un sentido muy especial, se "operacionaliza" la cuestión.

ALDO MELILLO: *Les agradezco a todos la participación, y damos la reunión por terminada.*

Reduccionismo y psicoanálisis

[APARTADO]*

A propósito de la cuestión que estamos tratando se han planteado problemas en otros campos de la ciencia. Una pregunta que puede hacerse, por ejemplo, es si existe la posibilidad de reducir la psicología a la biología. ¿Es posible adoptar con el discurso psicológico una táctica reduccionista similar a la que describimos anteriormente para la biología, es decir, que transforme el conocimiento y las afirmaciones de la psicología en el que corresponde a la biología? Esta esperanza se encuentra en muchas de las corrientes psicológicas contemporáneas, tanto en aquellas originadas en la ex Unión Soviética, vinculadas con la escuela pavloviana de investigación reflexológica, como en la escuela conductista que, en sus diferentes variantes, tuvo singular éxito en los Estados Unidos y en muchas otras, originadas en Europa, que son consonantes con este punto de vista.

En cierto modo, también la psicología cognitiva contemporánea y las neurociencias adoptan el reduccionismo para diseñar modelos de actividades psicológicas simuladas por medios que corresponden, más bien, a la informática, a la computación y, por isomorfismo, a la teoría de las redes neuronales. Se trata, al menos por el momento, de un proyecto que aún no ha logrado un éxito completo y unánimemente aceptado, pero muchos investigadores tienen gran expectativa depositada en los resultados que podrían ser obtenidos en el futuro. Incluso hallamos epistemólogos distinguidos, como Mario Bunge, que hacen del reduccionismo casi una bandera metafísica y moral, porque consideran que la ciencia contemporánea ha mostrado la reductibilidad de la mente a las actividades del cerebro y del sistema nervioso central.

Estos autores señalan con un dedo acusador a toda teoría psicológica que, al menos en su particular interpretación, sostenga que los fenómenos psicológicos son irreductibles a los fisiológicos y, en este sentido, destinan al psicoanálisis durísimas críticas. Según Mario Bunge, la tesitura psicoanalítica iría a contramano de lo descubierto

* De *Las desventuras del conocimiento científico*, Gregorio Klimovsky, A-Z editora, Buenos Aires, 1994, pp. 275-278.

por las diferentes investigaciones realizadas por los fisiólogos contemporáneos. Sin embargo, el autor de este libro no ha encontrado jamás, ni en Freud ni en sus seguidores más ilustres, ninguna afirmación similar a las que critica Bunge, quien parece creer que los psicoanalistas han sostenido la existencia de fenómenos mentales totalmente independientes, en su naturaleza, de los materiales.

En realidad, Freud proviene de la llamada escuela de "médicos fisicalistas" vinculados a la postura filosófica, metodológica y científica del fisiólogo alemán Hermann Helmholtz, quienes se habían juramentado para explicar todo fenómeno de la conducta humana en términos físico-químicos. Por tanto, Freud adhirió a una posición reduccionista, y es convicción de quien esto escribe, en consonancia con otros autores, que nunca abandonó esta creencia. Sin embargo, Freud parece haber advertido que el estudio de los aspectos psicológicos de la conducta humana puede ser llevado a cabo sin necesidad de utilizar la reducción. Lo que señala es que se pueden comprender una serie de fenómenos psíquicos (resistencia, represión, mecanismos de defensa) o sectores de la conducta (conducta superyoica, conducta inhibida, hechos inconscientes), sin que nos veamos obligados a la reducción a términos físico-químicos. Es verdad, sin embargo, que hay métodos de simulación en psicología mediante los cuales se puede lograr que, convenientemente programada, una computadora simule conductas neuróticas o represivas, lo cual ofrecería una comprensión reduccionista de los fenómenos que estudia el psicoanálisis. En el mismo sentido, la teoría de las redes neuronales quizá permita en el futuro comprender mejor estos aspectos de la conducta. Podrá ocurrir o no. Pero lo que Freud parece haber pensado al formular sus hipótesis (sean ellas correctas o no) es que, para referirse a las entidades y a los fenómenos psicológicos en estudio, los términos teóricos empleados deben caracterizarse simplemente, a través de tales hipótesis, por sus propiedades y relaciones mutuas, dejando abierta la posibilidad de una futura reducción. De modo que, en principio, se pueden aceptar las afirmaciones de Freud ya seamos dualistas y empleemos un lenguaje mentalista, o bien seamos materialistas o monistas y aceptemos en último término la reducción físico-química de estos términos. Al respecto, es curiosa una referencia que Freud hace a este problema en su libro *Introducción al narcisismo* cuando afirma, después de haber discutido algunos fenómenos que corresponden a su descripción de la mente humana y su funcionamiento, que su enfoque podría ser tildado de excesivamente "psicologista" porque no toma en cuenta la posibilidad de una reducción a términos físico-químicos.

Del mismo modo, podríamos comprender muchos fenómenos sociológicos sin vernos obligados a reducir todo lo que decimos sobre comunidades humanas o actores sociales en términos de moléculas y átomos, lo cual no solo sería una bellaquería sino además una tarea totalmente imposible, no obstante el hecho de que, ciertamente, las comunidades y los individuos son conjuntos de átomos. Quien quisiera utilizar aquí una traducción reduccionista, en forma sistemática y al pie de la letra, se encontraría ante la imposibilidad total de hacerlo porque no podría tener información completa sobre una prácticamente infinita cantidad de esas partículas elementales. En síntesis, para comprender un rasgo de la conducta humana o una revolución en la historia de la sociedad contemporánea, no parece entonces ser necesario que el psicoanalista o el sociólogo deba ser previamente un experto en *teoría atómica o* mecánica cuántica.

El autor de este libro aclara que simpatiza con el reduccionismo quizá por razones de formación profesional y convicciones filosóficas, pero a la vez cree que el adoptar actualmente dicho enfoque no ayudaría en absoluto a la investigación psicológica o sociológica. Como bien afirma Freud, la posición monista a este respecto tiene tan poca pertinencia como el usar la información de que todos descendemos de Adán y Eva en un juicio de sucesión. Es costumbre entre los que discuten problemas epistemológicos del psicoanálisis decir a este respecto que Freud es un "monista ontológico", o sea, que realmente admite la reducción de los objetos psicológicos a términos físico-químicos, pero supone que esa tesitura no es metodológicamente útil para poder encontrar leyes científicas de la conducta. En efecto, no poseemos en este momento, diría Freud, información acerca de cómo reducir las leyes psicológicas a leyes físico-químicas, y por ello reconocería su monismo ontológico pero adheriría a un "dualismo metodológico" en cuestiones de investigación. Esta posición de Freud es interesante, y sugiere que la rígida interpretación de Bunge no casa convenientemente con los hechos.

Aspectos epistemológicos del psicoanálisis

[APARTADO]*

Expondremos otro problema adicional al que estamos discutiendo, vinculado con los alcances del método hipotético deductivo pero esta vez en relación con el psicoanálisis. Es bien sabido que este, desde que Freud lo creó a fines del siglo pasado, tiene ardientes partidarios y a la vez notables detractores, pero situadas en una posición intermedia hay personas un tanto cautelosas o escépticas que, si bien no lo consideran un error o un peligro cultural, no están del todo convencidos acerca de su carácter científico. Entre los partidarios del psicoanálisis hay algunos que estarían de acuerdo con no darle estatus de ciencia, porque suponen que se trata de una disciplina peculiar provista de medios específicos de conocimiento y de acción, y que no se deben confundir con los que nos enseña el método científico. Y, del mismo modo que muchos reconocen que ciencia es ciencia y filosofía es filosofía, estos estarían dispuestos a sostener que el psicoanálisis es psicoanálisis y no ciencia. Pero hay otros adherentes al psicoanálisis que consideran que sí, que esta disciplina proporciona un conocimiento científico basado en una metodología totalmente análoga a la que se emplea en otros campos de la ciencia. Entre los que piensan de este modo se halla nada menos que Freud, quien, pese a admitir que los métodos terapéuticos prácticos del psicoanálisis son un tanto *sui generis,* sostiene que, en cuanto a las teorías psicoanalíticas y al tipo de conocimiento que proporcionan sobre el ser humano, ha creado una auténtica ciencia. En "Múltiple interés del psicoanálisis", uno de sus trabajos, señala que se trata de una nueva ciencia natural y que, como tal, tiene las mismas pretensiones y metodologías de conocimiento que muchas otras disciplinas del mismo talante.

Todo ello sucede en el polo de los adictos. En la vereda opuesta, la de los contendores, se podrán advertir acusaciones de todo tenor. Como ya dijimos, Mario Bunge afirma que el psicoanálisis no es científico porque la ciencia ha demostrado la tesis monista: todo lo relativo a lo

* En *Las desventuras del conocimiento científico.* A-Z editora. Buenos Aires, 1994, pp. 313-317.

que llamamos "mental" está relacionado con el cerebro y sus funciones. Según él lo concibe, el psicoanálisis afirma la existencia de lo mental como una sustancia distinta de la sústancia material, y por tanto caería en un dualismo que sería no científico por entrar directamente en colisión con las conclusiones de la ciencia.

Ya señalamos en el Capítulo 17* que nunca Freud ni los psicoanalistas que siguieron su orientación manifestaron la tesis dualista de un modo tajante, como parece creerlo Bunge. Dijimos allí que Freud había sido influido, en su formación médica por la tradición médica de sus maestros "fisicalistas" y que creemos que nunca abandonó esa posición. Lo que ocurre es que advierte que su teoría acerca de los componentes y el funcionamiento de la psiquis es independiente de que se adopte previamente la tesis dualista o la monista. Como comprueba que no es necesario tomar posición al respecto, hace compatible su monismo ontológico con su dualismo metodológico, es decir, el tratar lo material y lo mental como ámbitos acerca de los cuales no se toma posición acerca de si son o no reductibles el uno al otro. En su creencia, esa reductibilidad sería en principio posible, pero no ha sido lograda y, si llegara a probarse la imposibilidad de tal empresa, aun así el psicoanálisis sobreviviría.

De modo que el psicoanálisis no fuerza al reconocimiento de la existencia de una sustancia mental y, si es cierto que constituye en su faz terapéutica el descubrimiento de que hay enfermedades cuyo origen esta ligado a trastornos o fenómenos mentales, de ninguna manera se descarta que puedan reducirse a otros ligados al cerebro o al sistema nervioso central. En cierto modo, como ya dijimos, la psicología cognitiva, como así también las modernas teorías de las redes neuronales y de la fisiología del cerebro, parecen admitir que una serie de fenómenos descubiertos por el psicoanálisis podrían, finalmente, reducirse o, al menos simularse, mediante estructuras de naturaleza material. Si esto es así, el psicoanálisis podría llegar a ser una teoría derivada de (o reductible a) teorías fisiológicas de naturaleza monista.

También es posible que, en el futuro, puedan edificarse mejores teorías acerca de la psiquis y que el psicoanálisis deba ser abandonado. Al respecto, Freud fue siempre consciente del carácter hipotético de sus teorías. En uno de sus textos afirma, para que lo recuerden los lectores, que el psicoanálisis es al fin de cuentas hipotético y que de seguro e inexorablemente vendrá el momento en que será reemplaza-

* [N. de los E.: Del libro *Las desventuras del conocimiento científico,* supra.]

do por una teoría más adecuada. Es verdad que lo expresa de tal modo que pareciera considerar que ello no ocurrirá antes del cuarto milenio, pero, de todas maneras, aquí se desdice de lo que afirma en otros fragmentos de su obra: que el psicoanálisis es un descubrimiento que no podrá ser descartado en el futuro como parte del conocimiento.

Sin duda Freud no era dogmático. Sabía que el conocimiento tiene el carácter de hipótesis provisoria aceptada por sus éxitos explicativos, predictivos y terapéuticos, pero que de ninguna manera encierra una verdad absoluta. Aun así, los detractores del psicoanálisis aducen en su contra también razones de otro orden, una de las cuales es que los conceptos del discurso psicoanalítico tienen tan poca exactitud que la corrección de los razonamientos es difícil de establecer y no se advierte claramente cómo está constituida la cadena deductiva que lleva desde la teoría a los hechos que se quieren explicar o predecir. Si esto fuese así, el método hipotético deductivo sería impracticable en psicoanálisis porque no podríamos, realmente, contrastar sus teorías o saber en qué medida permite hacerlo el material clínico.

Estas críticas fueron expuestas por Nagel en un famoso simposio y originó una fuerte discusión entre psicoanalistas y epistemólogos de la tradición anglosajona. Allí Nagel adoptó una posición intolerante, pero señaló con claridad cuáles son las dificultades. El problema es que, aunque Nagel tiene bastante razón en lo que afirma, si se adoptasen sus argumentos al pie de la letra quedarían automáticamente suprimidas del espectro científico casi toda la psicología, la sociología, la psicología social, la antropología, la politología y una parte importante de la economía. ¿Y por qué? Porque todas estas ciencias utilizan el lenguaje ordinario y gran parte de los términos que emplean tienen una vaguedad tal que en muchas ocasiones no está muy claro qué se está haciendo en materia de investigación. Podríamos tomar como ejemplo un fragmento del economista Samuelson, al comienzo de su célebre tratado, donde habla de la "ley de las utilidades decrecientes". El fenómeno al cual se refiere allí consiste en que, a medida que hay más usuarios, hay menos beneficios para cada uno de ellos, y está formulado con conceptos del lenguaje ordinario tales como "usuario" y "utilidad", que no están definidos por un procedimiento riguroso. Por ello, solo intuitivamente sabemos de qué se está hablando. El lector puede entender que esto es provisorio y que después habrá definiciones más rigurosas, pero Samuelson no las provee. También existen muchos de libros de texto en ciencias sociales que comienzan con conceptos vagos y que luego se desarrollan de un modo que no introduce más nitidez, al menos que se admita, como hacen muchos autores,

que cuanto más se habla más se caracteriza a los conceptos y más precisión adquieren.

Desde luego, también puede interpretarse que, cuanto más se habla y más uso se hace de conceptos confusos, la confusión aumenta y la indeterminación se multiplica hasta que, finalmente, tales conceptos pierden toda significación científica.

Es de temer que, ante lo que estamos diciendo, más de cuatro epistemólogos escépticos, y entre ellos el propio Mario Bunge, digan: "bien, sí, pero en verdad la sociología o la antropología tampoco son genuinas disciplinas científicas". Este tipo de objeciones plantea un problema de carácter práctico y epistemológico bastante serio. La pregunta es: ¿sólo se puede hacer ciencia con toda seriedad cuando se emplean los más nítidos y exactos procedimientos de simbolización y de definición rigurosa? Si se aceptara esta tesis, muy probablemente solo quedarían en pie, en calidad de ciencias, ciertos sectores de la matemática y de las ciencias naturales, pero esto no ocurre ni es conveniente que ocurra. Algunos epistemólogos parecen suponer que, en la actualidad, la matemática y gran parte de la física ya poseen rigor completo, pero el autor de este libro no se cuenta entre ellos. Si consideramos la enorme mayoría de los libros de matemática, veríamos que, aunque se empleen en ellos las formulaciones más rigurosas, gran parte del lenguaje allí utilizado es el ordinario, que no está nítidamente simbolizado y presenta un grado apreciable de vaguedad. Por consiguiente, expulsar del ámbito de la ciencia a todo aquello que emplee conceptos y expresiones lingüísticas viciadas de vaguedad sería como arrojar al bebé con el agua del baño. Dejaría en nuestro horizonte un muy pobre sedimento de teorías totalmente precisas, que ni siquiera serían las más interesantes desde el punto de vista del desarrollo del conocimiento.

Pero entonces, ¿qué hacer con el método científico y en particular con el método hipotético deductivo? Porque la objeción de Nagel contra el psicoanálisis podría extenderse a toda la práctica científica en cuanto a deducciones, enunciados y vocabulario. Creemos que hay una cierta exageración en formular las cosas de esta manera y por eso decíamos también que esta es una cuestión de carácter práctico. No hay más remedio, en el momento en que las teorías se formulan o atraviesan las primeras etapas de su desarrollo, que aceptar su vaguedad y estar atentos en cuanto a la corrección o incorrección de las deducciones que se emplean en ellas. En caso de genuinas dificultades, habrá que tomar ciertas decisiones metodológicas con relación a los "culpables" de los inconvenientes, e incluso reexaminar epistemo-

lógicamente la teoría en su conjunto. De hecho, corresponde introducir las aclaraciones y discusiones epistemológicas de las teorías que se inventan, desarrollan y usan en ciencia, solo si hay buenas razones que lo justifiquen. Si un matemático ofrece una demostración original de una conjetura que hasta el momento no se había podido resolver, no cabe duda de que la comunidad científica no aceptará el resultado hasta examinar con cuidado todas las líneas deductivas y todos los procedimientos que un tanto vagamente se han empleado. En otro sentido, puede suceder que, ante la aparición de inconvenientes en una teoría, se resuelva darle a esta una formulación más rigurosa para poder establecer la índole de tales situaciones problemáticas.

El psicoanálisis no escaparía a la obligación moral, desde un punto de vista científico, de poner más atención a la formulación exacta de sus hipótesis, para elucidar por caso temas como si la teoría de Melanie Klein es o no, finalmente, una subteoría de la teoría freudiana y en qué se parecen o se diferencian ambas. A todo esto se agrega la natural inclinación de los epistemólogos, por la naturaleza misma de su actividad, de tratar de comprender con exactitud qué es lo que afirma una teoría, por lo cual parece inevitable que aspiren a darle a esta un barniz de exactitud y nitidez, lo que implica, muchas veces, una tarea de reconstrucción rigurosa de su estructura. Pero ello parece ser más bien una inquietud de carácter epistemológico antes que científico. Sólo en épocas de crisis puede, realmente, en el desarrollo de una ciencia, volverse urgente la necesidad de precisarla para poder analizar, por ejemplo, cuál es la naturaleza de una refutación, pues, como ya lo hicimos notar en todas nuestras discusiones acerca del método hipotético deductivo, la refutación parece ser un motor de cambio y desarrollo científicos.

Hay que agregar, además, una cuestión similar a la que presentamos cuando comparamos el papel de la medición en física y el de la significación en ciencias sociales. En psicoanálisis existe lo que se llama *interpretación,* que aparece en el desarrollo de la terapia psicoanalítica, donde también el material oral y la conducta del paciente se toman "resignificados" de una manera peculiar, y esto es lo que permite, a su vez, contrastar hipótesis acerca del psicoanalizado e, incluso, de la teoría psicoanalítica por entero. Pero la metodología que resulta de la interpretación psicoanalítica y de sus usos es tema muy complicado que no vamos a encarar aquí*. Solamente consignaremos que el método hipotético deductivo, aunque en forma más intrincada, parece dar cuenta, también, del proceso de validación de las interpretaciones, cosa que ya, de alguna manera, habían señalado John O. Wisdom y otros epistemólogos.

* Para una ampliación de los puntos de vista del autor acerca de la cuestión, véase Etchegoyen, R. H., *Los fundamentos de la teoría psicoanalítica,* Buenos Aires, Amorrortu, 1986, cap. 35. También en este libro, véase Tomo II, p. 212.

Puesto que hemos hablado de la vaguedad de las teorías psicoanalíticas como una especie de etapa por la cual, razonablemente, hay que transitar durante las primeras etapas del desarrollo de toda teoría, conviene señalar una significativa indicación de Freud. En *Introducción al narcisismo,* plantea el problema de si es o no conveniente que una teoría científica sea nítida, o más exactamente si los términos introducidos por la propia teoría para poder enunciar sus hipótesis han de ser precisos desde un comienzo o se podrá admitir en ellos una cierta dosis de vaguedad. Los epistemólogos y científicos de temperamento formalista dirían que sí, pues esto haría ociosa una serie de discusiones y otorgaría claridad al tópico y a los alcances de lo que se discute. Ahora bien, Freud piensa exactamente lo contrario. Nos dice que, si los términos fuesen muy nítidos desde un comienzo, la probabilidad de que la teoría describa exactamente los estados de cosas tal como ocurren se hace muy reducida; es muy probable que la teoría esté equivocada y haya que corregirla y ajustarla. Preferible es, dice Freud, que aparezcan con una cierta dosis de vaguedad que les permita acomodarse progresivamente, a través de la propia práctica científica, a los hechos y observaciones. La claridad surgirá luego, a medida que la disciplina se desarrolle y esto es conveniente, agrega Freud, por cuanto la observación es la piedra de toque que otorga validez y alcance a las teorías y a las actividades científicas. Es importante aclarar este punto porque los antiempiristas del campo de la psicología contemporánea parecen ser víctimas de una enfermedad que podría denominarse "fobia observacional", responsable de la antipatía que profesan ante los reclamos de quienes, como el autor de este libro, sostienen que una disciplina científica debe vincular aspectos informativos con observacionales. Quienes padecen tal enfermedad tratan de reforzar, desde una posición racionalista, los aspectos asertivos, de pensamiento y de significación que hay en una teoría, y suelen anteponerlos a los aspectos empíricos. En todo caso, el control de la teoría quedaría en manos de la práctica, a la que ellos, en general, desvinculan un tanto de la observación. Freud, por el contrario, se hallaba convencido, como todo buen hipotético deductivista, del papel central que tiene la observación en la formulación, desarrollo y cambio de las teorías científicas.

Nada de lo dicho significa que el rigor sea un recurso al que no

convenga apelar. Si una teoría es rigurosa desde un comienzo, presentará ventajas en cuanto a la comprensión del tipo de conocimiento que brinda y ofrecerá también mayores posibilidades de contrastarla de manera drástica. Si no lo está, se admitirá que brinde un conocimiento un tanto vago de inicio, pero no se debe perder de vista el objetivo de que adquiera, a través de su propia aplicación científica, mayor nitidez y mejores formulaciones. Actualmente somos víctimas de una moda que sostiene que la búsqueda del rigor nos hace perder el contacto con la realidad, porque esta tendría una indefinición, una vaguedad y una complejidad que convertirían en una pedantería inadmisible nuestros propósitos de construir una ciencia exacta acerca de ella. Si se tomase esta tesis al pie de la letra, tendríamos que admitir que, cuanto más general y vaga es una aseveración, tiene menor riesgo de ser errónea, más probabilidad de ofrecer conocimiento y será, por tanto, filosóficamente más trascendente. Todo lo cual llevaría a edificar una suerte de "ciencia *light*", anunciada ya como la ciencia del futuro, que permitiría democráticamente a todos los ciudadanos por igual reunirse en fiestas, cafés u ocasiones amables y hacer profundas consideraciones teóricas acerca de lo complicada que es la vida, de lo incómodas que son las crisis sociales, de cuán intrincada es la naturaleza del hombre o de la eficacia de la meditación trascendental para la salvación individual. Nada de ello puede compararse con el enorme conocimiento y la notable seguridad práctica que nos ha brindado la ciencia, cuyos beneficios sociales —y aquí solo bastaría mencionar los aportes de la medicina— son y serán indiscutibles.

Problemas metodológicos del psicoanálisis

[CONFERENCIA]*

En realidad el título es un poco limitado en relación con lo que pensaba hacer, porque se trata de una combinación de problemas epistemológicos y metodológicos del psicoanálisis, que se relacionan, no solamente con enfoques metodológicos como el de hacer progresar determinados aspectos de la investigación en psicoanálisis, sino también, con el problema epistemológico de la validez de la teoría psicoanalítica.

Como en una hora no es demasiado lo que puede hacerse, me voy a limitar a contar, un tanto biográficamente, cuáles son los problemas que a mí me han preocupado y me han llevado a preguntarme y a intentar dar una respuesta valedera al problema del estatus científico del psicoanálisis y, en particular, al de la estructura de las teorías psicoanalíticas. Y también a aclarar algunos aspectos peculiares, como la explicación en psicoanálisis, la interpretación, la estructura de ciertos trabajos de investigación, etcétera.

Detrás de todo esto están las siguientes preguntas: primero, ¿tiene estatus científico el psicoanálisis? La segunda pregunta, suponiendo que la primera tuviera respuesta afirmativa, es: ¿cuál es la estructura de la teoría psicoanalítica? y la tercera, que está ligada a la primera, inquiere cuáles son las condiciones de validez de la teoría psicoanalítica.

Esta última me parece inevitable en el sentido de que quienes ejercen el psicoanálisis, la psicoterapia, o se interesan por la psicología profunda, no proceden simplemente por una actitud irracional, ligada a razones profesionales o a cuestiones de maestros y de escuelas. Si, de alguna manera, nos sentimos responsables ante nosotros mismos por adoptar un determinado criterio terapéutico, se supone que las teorías que sustentan el psicoanálisis son creídas por nosotros debido a buenas razones. Por eso la tercera pregunta: ¿cuáles son las condiciones de validación de la teoría? es una pregunta pertinente.

* En la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados en 1981. Publicado en la *Revista de la AEAPG*, nº 8, 1983.

Luego viene el problema de si es posible o no la predicción en psicoanálisis y luego, como ya dijimos, hay una serie de problemas especiales, entre los cuales se destaca la cuestión de la interpretación, su testeo y validación, que creo que es uno de los problemas a la par, más típicos e interesantes, que la metodología del psicoanálisis plantea.

Y así sucesivamente, porque además hay cuestiones tales como si la falta de cuantitatividad o de estadística en psicoanálisis es un pecado o no, o si del empleo de "términos teóricos" resulta una desventaja semántica y gnoseológica, y el problema, ligado a la segunda pregunta, de si realmente existe algo así como relaciones entre la teoría psicoanalítica y la experiencia o si, en realidad, toda la índole del discurso psicoanalítico es diferente de lo que indican las metodologías habituales y, en ese caso, cuál es.

Voy a comentar algunas de las cosas que creo advertir respecto de estos problemas en el psicoanálisis; voy a señalar en este sentido una opinión, una posición que comprendo perfectamente que puede no ser compartida, veo varias causas probables para que esto suceda. Realmente, debo confesarlo, no soy psicoanalista, no soy psicólogo, y mi familiaridad con estos temas es un tanto indirecta, porque viene por vía bibliográfica o por vía de los excelentes amigos que he conseguido al vincularme con el ambiente de psicólogos y psicoanalistas (podría decir hasta que si alguien me viniera con la noticia —que en parte me lastimaría— de que el psicoanálisis no tiene ningún valor científico, esto quedaría plenamente compensado por la cantidad de amigos interesantes que he conseguido). Y, sin duda, no ser psicólogo o no ser psicoanalista ya constituye una valla muy importante para la apreciación inequívoca de todas las facetas que hay en la terapia psicoanalítica y en su actividad de investigación.

Bueno, pero este es el triste sino que tiene un epistemólogo, porque le pasa lo mismo con todas las disciplinas y no solamente con el psicoanálisis sino hasta con la propia física. En realidad aquí vendría a cuento, si ustedes me permiten, una definición que circula por los corrillos científicos, que me parece bastante buena, puede servir para comparar lo que es un especialista, cualquiera de ustedes por ejemplo, frente a un epistemólogo. Un especialista, se dice, es una persona que sabe cada vez mejor y más de un espectro cada vez menor de la ciencia, de modo que con el progreso de su especialidad termina *sabiéndolo todo de nada*. En tanto que un epistemólogo es una persona que tiene que saber de muchas cosas, tiene que saber de física, matemáticas, psicoanálisis, sociología, lógica, etcétera, de modo que tiene que

saber un poco de todo y, a medida que su actividad se complica, termina por *saber nada de todo*.

Quizá sea esta última mi ubicación frente al tema que hoy queremos discutir.

El primer problema que a uno se le podría plantear respecto de todas estas cuestiones es en qué consiste, realmente, el método científico. Porque para juzgar la cientificidad del psicoanálisis y de la psicología profunda en general, uno tendría que tener algún tipo de canon o definición que le sirviera de guía. Empecemos por decir que no hay unanimidad respecto de este problema. Hay sí, eso está claro, especialmente en el ámbito anglosajón, ciertos modelos típicos que determinadas escuelas adoptan como guía de lo que están haciendo.

En los ambientes no anglosajones, la cosa ya es más complicada porque hay una cantidad muy grande de escuelas diversas. También hay que reconocer que en todas partes la discusión sobre la validez de los métodos ortodoxos se ha hecho muy generalizada; hay muchísimos puntos de vista adversos y para colmo no están de acuerdo entre sí, de modo que si ustedes me preguntaran oficialmente en este momento cuál creo yo que es el método científico, me encontraría en figurillas para contestar. Pero me parece que hay un modelo, el modelo que algunos llaman "la concepción heredada de ciencia" (así la apoda Friederick Suppe en su libro *La estructura de las teorías científicas),* otros lo denominan "la concepción estándar", especialmente Carnap, Nagel y Hempel y otros, lisa y llanamente, "el modelo hipotético deductivo de explicación y de formulación de teorías" que, si bien puede estar en parte equivocado y merecer alteraciones y modificaciones, creo que se acerca bastante bien a lo que pudiéramos llamar una concepción normativa y descriptiva de lo que hay detrás de la actividad científica del tipo de las ciencias naturales. No digo del tipo del psicoanálisis, porque de esto se trata precisamente, es decir, de ver si el psicoanálisis empalma o no con los modelos de método científico.

El modelo hipotético deductivo, para decirlo rápidamente, porque no tengo tiempo para hacer una caracterización detallada, se distingue por lo siguiente: primero, considera que las afirmaciones científicas tienen, *prima facie,* naturaleza de hipótesis, especialmente, cuando se trata de proposiciones generales y no de mera descripción de casos. Al decir que son hipótesis lo que se quiere decir es que es difícil probarlas, precisamente porque abarcan una población demasiado extensa o porque usan términos teóricos que aluden a entidades no observables. De modo que, repito, verificarlas es difícil, pero como a lo mejor son ciertas, también refutarlas es difícil, de modo que

lo que ocurre con las hipótesis científicas en general, en tanto no haya sucedido algún desastre, es que uno no conoce si son verdaderas o falsas. Pero uno hace el juego de suponer que son verdaderas, a modo de "experimento de taller", con el fin de ver qué pasa si uno maneja las hipótesis como si expresaran la realidad. Decir que uno hace tal juego quiere decir que el científico, aunque pueda creer tentativamente en sus hipótesis no tiene obligación alguna de hacerlo en serio. Realmente, característico de la historia de la ciencia es que algunas hipótesis surgieron porque fueron creídas, pero otras no fueron creídas sino que fueron consideradas como posibles caminos de investigación, a modo de hipótesis de trabajo, de "taller científico". Y, en algunos casos, las hipótesis han sido sostenidas por algunas personas con cierto sadismo oculto, porque se esperaba que fueran falsas y uno ya se reía de antemano con lo que resultaría por el hecho de jugar a que son ciertas, sobre todo si se trataba de hipótesis de colegas.

De modo que es muy claro que para el método hipotético deductivo, si se lo entiende bien, una hipótesis, más que una convicción, es un modelo con el cual los científicos juegan a ver qué pasa; naturalmente, al hacer esto puede suceder que uno descubra que el modelo tiene ciertas excelencias. Esto es lo primero que hay de característico en el método científico.

Lo segundo es que, en general, cuando se trata de problemas complicados, con una sola hipótesis para resolverlos no basta, y entonces es necesario formular una serie de hipótesis imbricadas entre sí, que se relacionan con el problema y constituyen lo que se llama una "teoría científica".

"Teoría científica", tal como nosotros vamos a usar el término, quiere decir un modelo constituido por varias hipótesis simultáneamente, aunque no está prohibido que el caso degenere en una sola hipótesis; como ejemplo está el "principio de biogénesis" en biología, que en realidad es una sola hipótesis pero es una importante teoría; basta recordar la controversia que se produjo entre la escuela de Buffon y la de Spallanzani y Pasteur, que fue realmente en su momento muy significativa; pero así y todo, la teoría en controversia se reducía a una sola hipótesis. Otras teorías son realmente muy complicadas; si se efectúa una formulación o formalización de algunas teorías como la genética mendeliana, por ejemplo, podría encontrarse uno con centenares de hipótesis. O, si realmente en algún sentido se puede hablar en singular de "la teoría de Freud", no se puede uno imaginar el número elevado de hipótesis que tendrían que colocarse en la correspondiente lista. Pero eso no importa. Pues, dicho sea de paso, no va

contra la idea lógica de lo que es una teoría que esta sea muy complicada y tenga muchas hipótesis porque, hablando en términos teológicos, Dios no tuvo la obligación moral de crear al mundo para hacerlo fácilmente inteligible al hombre del siglo veinte. A lo mejor, el mundo es muy complicado y, aunque ahora tengamos computadoras (y habría que ver cómo se las podría manejar para formular teorías complicadas), ciertamente todavía no estamos en condiciones de poder expresarlo cómodamente todo acerca de él.

Quedamos entonces en que el segundo punto del método científico es que generalmente los problemas se resuelven mediante teorías, es decir, usando conglomerados de hipótesis. Debo decir —y este es un tercer punto— que la unidad epistemológica, hoy día, no es "la disciplina científica" o "la ciencia", sino "la teoría científica". Esto es muy interesante; significa por ejemplo que sin duda existe "la óptica" como disciplina, pero teorías ópticas hay una gran cantidad. Esto es muy importante tenerlo en cuenta, porque uno ve que lo que la disciplina realmente hace es plantear problemas peculiares, pero en cuanto a los objetos que hay que admitir para resolver esos problemas, ellos cambian de teoría en teoría. Según la teoría que adoptemos, los objetos que aceptaremos para explicar los fenómenos cuya problemática está planteada por la disciplina científica serán distintos. Y digo esto porque me parece importante hacer notar que hay toda una errónea tradición, originada en el propio Aristóteles, y que llega a gran parte del estructuralismo contemporáneo y aun a muchos escritos de la escuela althusseriana, por ejemplo, o a otras escuelas similares. Es aquella que caracteriza a la ciencia por su objeto, a cada disciplina científica por *su* objeto, formulando muy serias prohibiciones metodológicas acerca de lo que se puede hacer o no en relación con el objeto y los temas de investigación.

Y eso no es correcto. A veces, sin duda, una disciplina se caracteriza por el objeto, eso no se puede negar; pero las más de las veces se caracteriza por el problema, no por el objeto. Es decir, por una determinada problemática, una larga familia de cuestiones intrigantes. Y entonces, no está bien tratar de encontrar, como si realmente existiera algo así, un "cielo platónico objetal" que permitiera la definición esencial de la ciencia, es decir, la del objeto que tiene que estudiar. Y, en este sentido, me parece que hay un grave error de tipo psicológico, metodológico y sociológico en hacer formulaciones tales como la de cuál es la esencia de la disciplina psicoanalítica o la de preguntarse por el objeto del psicoanálisis y proponer en forma enfática que el objeto del psicoanálisis, lo que lo define esencialmente es el incons-

ciente, por ejemplo, o alguna otra caracterización parecida.

Yo no digo que esto esté del todo mal, porque sería tomar una posición también exagerada. Afirmo más bien que el psicoanálisis parece estar constituido por un grupo de problemas que, además se alteran dialécticamente con el tiempo y desarrollan y modifican la naturaleza de la propia disciplina. Y también que la manera como el psicoanálisis contesta a esos problemas va originando teorías, teorías psicoanalíticas que son muy distintas entre sí, incluso en cuanto a los objetos que, presuntivamente, ellos proponen, estudian, establecen o hipotetizan.

En seguida volveré a este punto, pero atenderé ahora a otra característica de esta concepción del método científico: es lo que pudiéramos aludir como cierto papel inescapable reservado a la lógica.

La lógica parece tener asignados varios papeles en relación con el método científico y, claro, el hecho de que yo ponga tanto énfasis en la cuestión es una especie de deformación profesional, porque como especialista yo soy realmente lógico, y todo esto quizá no es más que una defensa de intereses gremiales de mi parte. Pero no cabe duda de que una teoría científica no es un conjunto disperso o inconexo de hipótesis. Hay conexiones entre las hipótesis; ¿cuáles son? Una muy importante es la conexión deductiva, por la cual, quien se coloca dentro una teoría científica, si ha aceptado ciertas hipótesis, tiene que aceptar también aquellas que son sus consecuencias lógicas y se deducen de las que ha aceptado previamente.

La razón es muy simple. La deducción lógica es un mecanismo que por cierto hay que delimitar cuidadosamente —y de eso precisamente se ocupa la disciplina lógica— pero que solo se considera correcto si tiene la garantía de conservación de la verdad desde las premisas a la conclusión. Un razonamiento, una "deducción" que no garantice la preservación de la verdad no es correcta desde el punto de vista lógico —por la definición misma de "corrección lógica"—. Respecto de nuestro "juego", sucede lo siguiente: si supongo que ciertas hipótesis son ciertas —pero no lo aseguro, solo juego a eso—, si de esas hipótesis deduzco correctamente ciertas afirmaciones, entonces, si soy consecuente y coherente, me veo obligado a suponer que estas últimas, las que he deducido, son verdaderas también, simplemente por conservación de la verdad.

De modo que, con las hipótesis iniciales más la deducción lógica, tenemos una especie de máquina productora de nuevas hipótesis. Pero como, según este método, las hipótesis son las que en un momento dado del desarrollo de la ciencia van a formular y expresar conoci-

mientos, yo diría que estos dos aspectos, que no son todos pero son muy importantes, hipótesis más deducción, son lo que garantizan la producción de conocimiento desde un punto de vista estructural explícito.

No cabe duda de que a esto habría que agregar, desde otra faz de la cuestión, cierta cantidad de imaginación creadora. Porque producir un modelo no es una cosa parecida a un cálculo o a una inducción; hay que imaginar cosas y tener cierta aptitud para la búsqueda de formas, para saber cómo conformar mis hipótesis para que calcen con el problema y provean la solución que estoy buscando. Pero, de todas maneras, ustedes comprenden en este punto por qué este método estándar se llama *método hipotético deductivo*. Porque la tesis que hay en esto es que realmente las presuntas soluciones a los problemas científicos están dados por conjunciones de hipótesis y por nexos deductivos entre ellas, que naturalmente hay que manejar con el mayor cuidado posible.

Pero un punto más que habría que agregar (y quizá con esto yo terminaría el examen de este punto, ya que no quiero caer en la tentación de dar un curso completo de metodología o de epistemología; quiero simplemente caracterizar el método científico). Y es que, en la forma canónica en que este método se desarrolla, se supone que, además de hacer hipótesis y ver qué implican, uno exigiría algún mecanismo de control. De otra manera esta máquina productora de hipótesis sería algo así como un juego especulativo, que simplemente se encargaría de ver qué pasa si uno imagina ciertas cosas, lo cual no deja de ser interesante, pero realmente sería ya puro juego, y no tendríamos derecho a decir que se trata de *conocimiento*.

¿Cómo podemos controlar una teoría? ¿Cuál es la idea de un tal control? Bueno, detrás de esto hay todo un núcleo de suposiciones. Primero: nuestras hipótesis tienen cierta capacidad semántica en relación con los hechos que nos están problematizando. Segundo: por lo menos cierta parte de estos hechos deberían permitir una confrontación con la teoría. De modo que comparando la teoría con los hechos de este último tipo podemos ver si estamos delirando o si realmente estamos haciendo una caracterización apropiada de lo real.

Lo que ocurre es que no todos los hechos admiten ese tipo de confrontación. La mayoría de los hechos más interesantes del universo desgraciadamente están un tanto ocultos o alejados de la observación y de la experimentación, de modo que en este método se acude (y eso es lo que provoca muchas resistencias) a aquel sector de la realidad que se suele denominar "experiencia", dado por el tipo de objeto

que de alguna manera está ante nuestra posibilidad de conocimiento de manera preteórica, en el sentido de que nuestro acceso a él no depende de teoria científica alguna; él está a nuestra disposición, aun antes de que teoricemos, y justamente por eso es interesante, pues permite comparar lo que uno dice con lo que uno puede encontrar evidenciándose en ese sector de la realidad.

Esto es lo que se suele llamar "base empírica". La expresión "base empírica", sea dicho de paso, pone automáticamente nerviosa a una gran cantidad de antihipotéticos deductivos. Pienso que las razones por las cuales esta reacción se produce son diversas, en realidad, pero una de ellas reside en un cierto malentendido, porque muchos parecen creer que esto es una vuelta a posiciones filosóficas del tipo del empirismo o del idealismo, y creen también que se está hablando de datos sensoriales o perceptuales y de una reducción de todo el conocimiento a lo sensorial. Pero no se trata absolutamente de eso; cuando el científico habla de "base empírica", está queriendo decir, en el sentido cotidiano y práctico de la palabra, aquello para cuyo conocimiento y acceso no necesitamos teorización, no necesitamos el auxilio de la propia ciencia que queremos fundamentar. Y es evidente que eso es mucho menos que querer fundamentar todo el conocimiento humano desde el punto de vista filosófico a partir de sensaciones o percepciones. De modo que, experiencia en general, parece para los metodólogos hipotéticos deductivos referirse a un hecho que es fáctico psicosociológico; es aquello que una comunidad, la comunidad científica, usando el lenguaje ordinario y en una situación de consenso, decide dar por admitido antes de las discusiones que conducen a la fundamentación o rechazo de las teorías científicas.

Esto es simplemente de lo que se trata y así concebido el método científico es un método *hipotético-deductivo-empírico*. Antes de dejarla y volver al problema del psicoanálisis, diría que en esta metodología ocurre algo muy peculiar con el método científico, muy sorprendente: respecto al tipo de conocimiento que se puede obtener con él es asimétrico, digamos; realmente es un método muy apropiado para nuestra melancolía argentina, como se suele decir, porque es un método que nos permite probar categóricamente que nos va mal, pero en cambio no permite en general probar que nos va bien. El problema tiene orígenes lógicos, es una de esas cosas curiosas que se presentan en lógica y que siempre sorprenden al lego en estas cuestiones. La deducción lógica garantiza la conservación de la verdad, ya lo hemos dicho, y entonces, si yo veo que he llegado a una falsedad, no tengo la menor duda de lo que ha pasado; si llegué a una falsedad es que partí

de falsedades, por lo menos tiene que haber alguna falsedad entre las premisas; si todo el punto de partida hubiese sido verdadero no podría haber llegado a una falsedad, tendría que haber llegado a una verdad; pero ahí está la falsedad obtenida mostrándose en toda su fuerza, por consiguiente algo malo tiene que haber en el punto de partida. Luego, si de una teoría o de una hipótesis uno consigue deducir algo que sea falso, falso desde el punto de vista empírico preteórico, digamos una falsedad accesible que no sea meramente conjetural, si sucede eso, algo en esa teoría tiene que andar mal.

Pero en cambio, si en una teoría llego a una verdad, también de tipo empírico, si veo que de mis suposiciones he llegado a algo cierto ¿qué puedo decir? Claro, aquí la tentación es decir que si llegué a una consecuencia cierta es que partí de verdades. Parece verosímil, pero desgraciadamente no es cierto, nunca me canso de insistir en este aspecto de la cuestión.

Si llegué a una verdad, puede ser que haya partido de verdades, pero también pude haber partido de falsedades, porque como la deducción lógica —aun la correcta— no garantiza la conservación de la falsedad, garantiza solamente la conservación de la verdad, puede suceder que, de premisas falsas llegue a una consecuencia verdadera. Para esto hay toda clase de ejemplos. Les voy a dar uno, una regla muy conocida, que de dos cosas iguales a una tercera, se deduce que son iguales, tomen este ejemplo donde yo parto de dos falsedades y llego a una verdad: digo diez es igual a cinco, falso, tres más siete igual a cinco, igualmente falso, por consiguiente, diez es igual a tres más siete, que es verdadero.

Como dije, para ilustrar esto existen todos los ejemplos que ustedes quieran. Si desean otro, acá está el siguiente; se trata de la regla "todos los A son B, todos los B son C, por consiguiente todos los A son C", una regla lógica que creo es la primera que se conoció en la historia gracias a las investigaciones de Aristóteles. Esta regla sin duda conserva la verdad. Pero piensen en la siguiente aplicación, en la que voy a tomar dos falsedades para llegar a una verdad. Todos los argentinos son congoleños (vamos a suponer que es falsa a pesar de los diarios y de lo que estos transcriben), todos los congoleños son americanos (eso a lo mejor también podría pensarse cierto por razones imperialistas, pero es falso). ¿Qué se deduce de estas dos premisas según la regla? Que todos los argentinos son americanos, que es proposición verdadera. ¡Atención con esto! Porque aquí se muestra que no hay algo así como la prueba de una teoría por el hecho de que de ella se saquen consecuencias verdaderas; después de todo podría su-

ceder que las hipótesis, y aun la teoría entera, sean falsas porque a lo mejor estamos ante uno de esos extraños casos de deducción correcta que lleva de lo falso a lo verdadero. Por esto digo que hay cierta asimetría en el método científico y por esto digo también que el conocimiento, de acuerdo con este modelo, es algo extraño.

¿Qué quiere decir progreso del conocimiento? Quiere decir lo siguiente: a medida que la ciencia se desarrolla son más y más las teorías que fracasan, más y más vamos sabiendo que ciertas teorías ya no se pueden sostener. Por consiguiente, el progreso del conocimiento estriba en que sabemos cada vez mejor cómo el universo *no es,* cómo la realidad no *es* y, por otra parte, del espectro de posibilidades reales que somos capaces de imaginar todavía y que son sin duda muchas, van quedando cada vez menos; quedan muchas, quedan infinitas, pero van quedando cada vez menos. De modo que a la realidad la vamos acorralando, en el método hipotético deductivo; este es un método de eliminación del error, de acotación de la verdad (ya que no de verificación exacta, porque eso no es posible en general), y de cierta tolerancia en la discusión y en el pensamiento —porque como el modelo de uno no es el único posible ni está demostrado, hay que tener en cuenta, y esto es bien inherente al método científico, la posibilidad de que otras personas propongan sus modelos y surjan así teorías rivales—. Y es perfectamente posible que en un momento determinado con relación a un problema haya teorías que rivalicen, todas las cuales tienen el derecho democrático de ser consideradas al principio en un mismo nivel de igualdad aunque, como sucede con cualquier modelo y más aún con teorías rivales, es característico del método científico tratar de eliminar el error cuanto antes, someterlas a prueba, en la mayor cantidad de casos posibles, a todas.

La definición del método científico, para los adeptos a esta metodología, es una actitud realmente muy severa, muy dura, según la cual, apenas producida una teoría, hay que tratar, de cualquier manera, de derribarla. No hay que ser amable con las teorías, aunque sean la creación de uno mismo; en cuanto son producidas hay que tratar de hacerlas fracasar frente a la experiencia. ¿Por qué? Porque si fracasan es que estaban equivocadas y es mejor sacárselas de encima cuanto antes; si en cambio resisten, están mostrando algo que pudiéramos llamar "su fuerza". Que si bien no alcanza a ser una prueba, puede ser perfectamente una razón para que nos inclinemos a adoptarla como instrumento de trabajo provisorio, susceptible de modificación futura, pero como aproximación adecuada para la realidad en este instante de la historia de la ciencia.

Esta es una buena descripción, no sé si del todo correcta, pero aceptable, a modo de "abreviatura", de cómo es el método científico. Y ahora la pregunta que uno podría hacerse, volviendo a nuestro tema, la pregunta número uno es: el psicoanálisis ¿se adapta o no se adapta a los requerimientos de esta manera de concebir el método científico?

Tuve que tomarme todas estas molestias para volver a presentar a ustedes lo que de suyo ya saben sobradamente respecto al método científico estándar, porque realmente hay otras definiciones de "método científico". Por ejemplo, en algunos casos se ha ofrecido como definición de "teoría científica" y de "método científico", especialmente entre algunos discípulos de la escuela althusseriana, la siguiente: una teoría científica (el método científico consistiría en producir teorías científicas) es un conjunto de definiciones nítidas de conceptos para ser usados por el científico. Para ellos, por ejemplo, una teoría económica es una serie de conceptos definidos con rigor mediante cadenas definicionales propuestas por el descubridor o constructor de la teoría.

Evidentemente, todos tenemos derecho a definir la ciencia como se nos antoje, el problema es si la práctica de los científicos se adecua o no se adecua a eso. Pero a mi entender, si uno considera lo que es una teoría económica en un sentido un tanto cotidiano de la palabra (como cuando decimos "la teoría le falló a Fulano", frase que creo que hemos escuchado muchas veces, los últimos tiempos en relación con funcionarios y ministros) estamos pensando que no solamente se trata de dar nitidez a conceptos, sino que además debe haber *afirmaciones* que en algún sentido pueden estar acertadas o equivocadas.

Por esa razón y por muchas otras que no tengo tiempo de considerar acá y que son de orden lógico, pienso que esas otras definiciones de ciencia que por ahí circulan están realmente un poco alejadas de lo que es el cuadro adecuado de la práctica científica, y por eso simplemente no las tomo en consideración. Por ello, lo que verdaderamente me interesa es la siguiente cuestión: desde el punto de vista de los cánones del método hipotético deductivo, el psicoanálisis ¿tiene un tipo de estructura y de requerimientos metodológicos que le dan cientificidad? Esa es la pregunta que no está totalmente clara si no hay una expresa relación con las anteriores discusiones acerca de la ciencia. Traducida a los términos que nosotros expusimos antes, la pregunta es ahora: ¿es el psicoanálisis una teoría científica constituida por hipótesis que permiten nexos deductivos entre ellas y con consecuencias observacionales que permitan hablar de una adecuación o inadecuación con la experiencia? Esa es la pregunta, exactamente.

Hecha así, como guante arrojado a los psicoanalistas, la pregun-

ta parece realmente un poco fuerte. La contestación que muchos dan es muy curiosa. Reconozcamos que cuando uno formula la pregunta todos reaccionan de manera muy distinta. Pero algunos psicoanalistas contestan categóricamente que no, que no hay nada de eso; el psicoanálisis por empezar no es científico, el psicoanálisis es otra cosa, es una actividad *sui generis*. Así como no hay en modo alguno por qué decir que la creación pictórica es método científico, porque eso sería absurdo y se diría más bien que es otra cosa *sui generis*, bueno, el psicoanálisis es lo que es, *sui generis*, no es método científico ni tampoco creación artística. Y entonces, en lugar de hacer la "equivocada" formulación de ver en qué sentido es buena o mala ciencia, lo que habría que tratar de ver es en qué consiste ese aspecto *sui generis* y describir entonces al psicoanálisis como tipo de fenómeno peculiar que es. Esta es una contestación que yo he oído dar muchas veces, que podríamos llamar "la actitud negativa interna". La "actitud negativa externa" tiene por cierto diversas graduaciones; se puede considerar un espectro que va desde colores "agresivos" a colores "cordiales". Tanto la noción de "espectro" como la de "color" son sin duda pura metáfora, pero es una buena manera de visualizar opiniones. En consecuencia, pongamos que lo peor, lo más agresivo, está del lado del rojo. El rojo vivo en este caso es Mario Bunge; para él, el psicoanálisis es una engañifa, una pseudociencia, una porquería intelectual sin remedio; todo está fallado ahí, desde la vaguedad e ilegitimidad de los conceptos, las maniobras arteras que los psicoanalistas hacen para evitar todo tipo de control empírico, etcétera, y más vale no hablar de semejante disciplina.

Luego sigue, ya un poco más cerca del anaranjado, Eysenck, que es más respetuoso, no habla en términos tan groseros y exaltados; dice simplemente que el psicoanálisis no respeta ninguno de los cánones del método científico y fundamenta esa afirmación con una serie de argumentos muy curiosos que —si ustedes me permiten y no me detienen por ejercicio ilegal de la medicina o del psicoanálisis— llevarían a hacer un tanto un diagnóstico "profundo" de Eysenck como alguien que en el fondo debe estar amando al psicoanálisis. Pues ya hace más de veinticinco o treinta años que está tratando de mostrar sus tesis antipsicoanalíticas usando el método más extraño que he visto, como, por ejemplo, publicar un *reading* compuesto todo de artículos en favor del punto de vista según el cual el psicoanálisis soporta muy bien las exigencias del método científico. Tal vez se pueda decir que lo ha hecho con saña y que los puso a todos ahí para que se viera de manera flagrante que sus razones son poco convincentes. A mí no

me parecen para nada poco convincentes; jamás he visto una artillería tan pesada, me refiero a *El estudio empírico de las teorías freudianas*, de Eysenck y Wilson, que ha aparecido traducido al castellano en Alianza Universidad.

Después sigue Hilgard, el famoso psicólogo conductista dedicado a la teoría del aprendizaje y a la psicología experimental en general. En el espectro de colores, correspondería ahora una especie de amarillo de sodio. Hilgard estaría más bien entre los amigos; aparentemente, a él de veras le gusta el psicoanálisis. Sólo que uno no sabe si se trata de uno de esos amigos que uno quisiera tener o no tener. La situación es la siguiente: Hilgard muestra, haciendo una recopilación bastante ingeniosa, que el psicoanálisis ha descubierto toda una serie de correlaciones llamativas e importantes entre aspectos conductuales, por ejemplo, de la infancia y de la adultez, de funciones y hábitos, etcétera. Se puede ver esto en el libro *El psicoanálisis como ciencia*, que escribió con Kubie y Pumpian-Mindlin, por ejemplo. Él realmente aporta —yo no lo conocía y me impresionó bastante— argumentos estadísticos en favor, por ejemplo, de las correlaciones que Freud encontró usando su "estadígrafo propio" —que era él mismo— cuando escribió *El carácter y el erotismo anal*. En Hilgard se ve cuáles son las correlaciones y, si bien los estadísticos piensan que son muy bajas porque son alrededor de 0,37-0,39, que para un estadígrafo es baja, resulta que las tres características que registra ahí importan entre los tres caracteres que forman el carácter anal, las tres son positivas y de la misma dimensión, algo bastante curioso. Y así como esa correlación hay muchas otras; creo que, desde el punto de vista experimental y fáctico, eso señala cierto carácter científico que me apresuro a hacer notar desde ya en Freud, donde, evidentemente el elemento casuístico y el elemento de correlación empírica y de regularidad es un factor destacable. Si Freud hubiera escrito solamente acerca de esas regularidades se hubiera hecho inmortal lo mismo, porque la cantidad de aportes y datos que él comunicó es enorme, algunos de consecuencias incluso sociológicas y educativas, como las que involucran relaciones entre la infancia, ciertas cuestiones pedagógicas y la formación del carácter del adulto; son verdaderos aportes al conocimiento y yo diría además que son revolucionarias desde un punto de vista comunitario.

Pero uno se asombra, al leer a Hilgard, que en ese artículo, como en el libro sobre los aportes de la psicología experimental y en otros trabajos, no se mencionen para nada el inconsciente, las resistencias, los mecanismos... Me parece que Hilgard pensaba: "...ah, sí, este mu-

chacho Freud además se ocupaba de algunas teorías muy curiosas, pero eso era uno de los *hobbies* que tenía, como la reunión semanal para jugar al *bridge* con los amigos y además en ese aspecto no hay que tomarlo en serio, eso no es ciencia. Ciencia son las ya mencionadas correlaciones", con lo cual Hilgard estaría significando: "Ni hablar del psicoanálisis como teoría, no hay nada científico en ese aspecto de la cuestión".

Bueno, estas son lo que podríamos llamar "actitudes o críticas externas". Frente a este tipo de opiniones, ¿qué se puede decir realmente? En mi opinión, en este aspecto metodológico central, el del carácter científico —o no— de las teorías psicoanalíticas, hay que hacer algunas salvedades. Primero, es totalmente cierto que el modo de escribir de Freud es un tanto desarreglado y confuso, para no hablar de muchos de sus discípulos y seguidores. Evidentemente, eso ocurre también en otras ciencias humanas; por ejemplo el modo de hablar de Max Weber en *Economía y Sociedad* no siempre es claro. Los escritores no siempre se caracterizan, y yo creo que con razón, por escribir de acuerdo con los cánones del método científico porque, cuando uno está en creador, tiene cierto tipo de hábitos y formación, bueno, uno está creando y dejará a los epistemólogos y lógicos poner las cosas en claro.

Por otra parte, yo observaría que Freud, contra quien yo tenía muchos prejuicios cuando no lo conocía, me resulta hoy en día, una vez que uno se acostumbra a leerlo de cierta manera, bastante más ordenado y claro, en algunos puntos, de lo que parecía. Finalmente hay que recordar que Freud asistió a tres seminarios sobre Aristóteles dictados por Brentano y evidentemente muestra muy claramente su influencia lógica. Además, en un momento en que Helmholtz estaba dominando simultáneamente el panorama de la psicología y el de la física, Freud debía estar bastante consustanciado con lo que en aquel entonces se concebía como la esencia del método científico, si a ustedes no les molesta que uno hable así.

Los trabajos de Freud pueden leerse de diversas maneras y seguramente en todas se aprehende algo real. Mi opinión, sin embargo, es que una manera de leer que ordene sus afirmaciones según sus nexos lógicos mostrará que aquellos se adaptan al modelo hipotético deductivo más de lo que es costumbre sospechar, evidenciando una notable claridad de pensamiento. Pero, hecha esta salvedad, en seguida hay que hacer notar otra cosa. No hay posiblemente algo que —dada nuestra manera de usar la palabra "teoría"— pueda denominarse "teoría psicoanalítica", salvo que se sostenga, como algunas personas hacen, que la palabra "teoría" no tiene que referirse a un determinado con-

glomerado de hipótesis sino más bien a una familia de posibles estructuras de carácter hipotético deductivo, entre las que habría muchas variedades de hipotetización según la oportunidad. Es cosa que se puede sostener. Pero en un sentido lógico estricto, en el sentido exacto en que "teoría" designa un conjunto de hipótesis, no cabe duda de que, según el autor que se considere, las teorías cambian, según el momento de la evolución freudiana las teorías son distintas y, además —este es un problema metodológico muy delicado, uno de los primeros problemas metodológicos interesantes que se pueden encontrar respecto de Freud—, aun haciendo un corte de carácter sincrónico en el pensamiento freudiano, no es claro que se trate de una única teoría, ya no por razones de evolución, sino por razones de estructura. Tal vez sea más exacto decir que se trata de varias teorías superpuestas, porque en el psicoanálisis conviven varios problemas, varios tópicos, y puede suceder que esté constituido —como por ejemplo en óptica o en física— por una serie de teorías relacionadas entre sí, algunas de las cuales presuponen a las otras, en tanto otras son independientes. En este sentido es perfectamente posible que uno encuentre en Freud cosas como una teoría de la energía psíquica, una teoría de los instintos, una teoría hedonista, una teoría económica, una teoría de los mecanismos de defensa, una o varias teorías del inconsciente, etcétera, etcétera. Un cuidadoso análisis lógico metodológico para caracterizar nítidamente qué se hipotetiza, posiblemente descubriría que algunas teorías son independientes de otras; que quizá con pequeños cambios podría perfectamente suprimirse una teoría como la teoría económica, y seguir hablándose en términos de mecanismos de defensa, o que, al revés, para poder formular cierto tipo de teorías como Freud las formuló en su momento, por ejemplo en *Introducción al narcisismo*, es necesario, como teoría presupuesta, usar una teoría de la libido y de sus localizaciones, acumulaciones y estancamientos, por ejemplo.

De modo que una primera cuestión que se presenta es la de que hay no una sino varias teorías. La segunda es la de qué estructura y rigidez deductivas se pueden encontrar en estas teorías. Esta es una de las objeciones de Nagel (en una célebre discusión que está en el *simposium* sobre temas de psicoanálisis editado por Sidney Hook) contra Hartmann; uno de los defectos que señala Nagel para sostener que el psicoanálisis no es científico es que las articulaciones lógicas entre las hipótesis son tan poco claras que no sabe ni siquiera cómo someter a control las hipótesis ni qué implica realmente una hipótesis frente a otras.

Hay algo más en esto, y Nagel tiene cierta razón en este punto: los psicoanalistas, como los problemas son muchos y diversos, hay complicadas cuestiones terapéuticas y hay que encontrar urgentemente soluciones, usan varias teorías al mismo tiempo, mezclando sin el menor pudor el pensamiento kleiniano, el discurso lacaniano, los conceptos freudianos, las concepciones de Bleger, etcétera, todo al mismo tiempo, como venga según la cuestión que a uno le preocupe.

En principio, creo que no hay nada malo desde un punto de vista práctico en "¡agarrarse de donde se pueda!" Pero si después uno quiere saber si lo que ha producido así es realmente conocimiento o no, surge una cuestión bastante delicada. Así como la lógica nos enseña qué se puede deducir de una hipótesis o de una teoría, ella también nos indica otra cosa: nos muestra que ciertas hipótesis sostenidas simultáneamente llevan a contradicción y por consiguiente, como son contradictorias, no describen nada. Las contradicciones son afirmaciones muy peculiares: parece que describen algo pero no describen nada. Y esto lleva a preguntas comprometedoras, nada fáciles de contestar. Por ejemplo: las hipótesis de la última parte de la obra de Freud, las que corresponden a su teoría estructural, más las hipótesis kleinianas, ¿forman un conjunto coherente o, por el contrario, un conjunto contradictorio de hipótesis? Porque si forman un conjunto coherente, bueno, no veo dificultad alguna *prima facie,* en su uso simultáneo aunque hay muchas preguntas que formularse acerca del significado metodológico de esto; pero si llevan a contradicción, se está produciendo un verdadero error, una catástrofe lógica.

Ahora, yo no me tomé el trabajo de hacer un análisis formal exhaustivo y esto que voy a decir es a ojo de buen cubero, pero una gran cantidad de artículos que uno puede leer en la revista de la APA o en la revista de APdeBA, para considerar algún ejemplo —por amabilidad hacia mis anfitriones no me meto con ninguna revista más, y menos con la de esta propia institución—, tienen la característica de que los autores usan sistemáticamente pensamientos, hipótesis o explicaciones provenientes de muchos autores distintos simultáneamente, sin la menor información previa acerca de si eso está produciendo o no la catástrofe lógica correspondiente.

Estoy convencido de que algunos sectores de los trabajos freudianos, de la obra freudiana, tienen perfecta coherencia lógica, están bastante ordenados lógicamente y permiten una cierta conexión con la experiencia que puede ser la de hacer predicciones y también la de explicar casos y hechos que ya se han obtenido, según que uno, a los aspectos que conciernen a la observación clínica, se adelante o, por el contrario, ya los dé por sabidos pero los quiera explicar. Yo no podría en este momento analizar detenidamente desde este punto de vista algunos artículos de Freud; lo he hecho con algunos amigos y compañeros de "padecimientos metodológicos": hemos tomado algunos trabajos, incluso algunos complicados, como *Introducción al narcisismo,* por ejemplo, la primera parte de *Más allá del principio del placer,* u otros de carácter más sencillo, ciertas secciones de *La interpretación de los sueños, Estudios sobre la histeria,* etcétera. En todos ellos se termina por advertir una forma metodológica semejante, una misma manera de proceder que me parece, sea dicho de paso, no de igual éxito y exactitud que otros procedimientos que uno encuentra en las ciencias exactas, pero comparables a ellos en estructura lógica. La cosa es más o menos la siguiente: por empezar, el autor se encuentra en un momento determinado con un problema; puede tratarse de la presencia de síntomas inusitados, de la presencia o ausencia de sueños en determinadas circunstancias, de la producción curiosa y aparentemente intencional de olvidos, o del fenómeno de las parafrenias o del narcisismo; hay un aspecto conductual en todos estos casos que Freud maneja, que a él le parece bizarro, porque contradice algún prejuicio anterior o simplemente porque es raro y nada más. Lo que pasa es que por primera vez su rareza es advertida por Freud.

En algunos pasajes él cuenta que, llamada su atención por esta rareza, busca más casos y los encuentra, y termina por fin por tener una muestra extensa. Este relato, repito, es aplicable a muchos de sus artículos. Obtenida la muestra y teniendo confianza en ella debido al alto número de sus integrantes, se tiene otra etapa característica de Freud: hace una inducción y admite que a todos los pacientes o a todo el género humano —por lo menos los hombres de nuestro siglo o de Viena— les pasa siempre el mismo tipo de fenómeno ya registrado para el caso de los integrantes de la muestra.

Se establecen así regularidades conductísticas en el comportamiento humano; los síntomas histéricos desaparecen si y solo si hay un tipo determinado de recuerdo afectivo; los síntomas parafrénicos se realizan en un orden peculiar: retracción, sobreestimación, restitución. Los sueños son siempre olvidados parcialmente en el primer relato, etcétera. Siempre se encuentra él con inducciones de este tipo, con lo cual, sea dicho de paso, un conductista como Hilgard se pondría contentísimo y consideraría que con eso Freud ya ha hecho su aporte y ha cumplido su misión como científico, que siempre es la de proporcionar regularidades estrictas o estadísticas entre variables observacionales que atañen a la conducta —aunque aceptando a regañadientes

que a veces hay que aceptar "variables intervinientes" para que la cadena explicativa pueda ser completa—.

Pero, en realidad, en estos trabajos de Freud se puede ver que ocurre además algo totalmente distinto, en lo cual él se parece más bien a ciertos científicos de tradición europea de la mayor importancia, como Dalton, el creador de la teoría atómica, Gregor Mendel, el inventor de la genética o, más modernamente, Chomsky, el introductor de la lingüística transformacional generativa, y muchos otros casos. Y es lo siguiente: Freud, después del momento inductivo, recién empieza a preguntarse qué pasa; para él el verdadero problema es por qué se produce la regularidad inductivamente hallada, la que generalmente es para él un hecho extraño. Siempre los que trataron de llegar a un nivel profundo partieron de un hecho regular extraño. Dalton inventó la teoría atómica porque no podía explicarse el hecho observacional generalizado de que cuando las sustancias se combinan lo hacen siempre en la misma proporción y además por proporciones enteras. Claro, hoy todos lo sabemos, se llama "la ley de las proporciones definidas", y los malos textos de química la citan sin decir qué papel histórico tuvo, lo que es una lástima porque en realidad fue lo que motivó la aparición de la teoría atómica. El problema de Dalton fue: ¿por qué las combinaciones tienen que ser fijas y por números fijos y enteros? ¿Por qué no se realizan a la manera de las mezclas de harina y azúcar que hacen las amas de casa produciendo diversas variedades de tortas? Al fin de cuentas, las mezclas se pueden hacer en cualquier proporción, ¿por qué las combinaciones químicas no? ¿Acaso Dios tiene prejuicios pitagóricos? Explica: las combinaciones por números no enteros no pueden ser. Para ver esto tuvo que inventar la teoría atómica, porque con la teoría atómica todo está claro: si las unidades últimas de la materia son átomos indivisibles, las combinaciones son combinaciones entre átomos y seguro que estas se hacen por números enteros, porque no hay 0,7 de átomo o 2,23 de átomo; tienen que ser números enteros que cuenten unidades.

El problema de Dalton es que, para explicar la regularidad que a él lo estaba intrigando, tuvo que teorizar e hipotetizar sobre entidades no observables, pero a partir de las cuales, admitiendo ciertas características, lo intrigante en la esfera de lo observable se hacía de pronto fácilmente comprensible. Freud hace exactamente lo mismo, porque si se siguen todos los razonamientos que hay en muchos de sus artículos, se verá que en realidad él inventa o postula algo no observable y, en principio, hasta inadmisible, porque hipotetizar así le permite explicar perfectamente la regularidad observable que él previamente

no pudo comprender. Todo lo que él supone sobre "estados hipnoideos" le permite explicar claramente el por qué de las peculiaridades de la desaparición de los síntomas histéricos. Todó lo que él piensa sobre desplazamiento y acumulación de la libido, sobre todo frente a frustraciones, le explica perfectamente las tres etapas de la parafrenia. Lo que él postula en su modelo, en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, y especialmente en relación con el fenómeno de la regresión, le explica perfectamente algunas propiedades no conceptuales e imaginativas del sueño, me refiero al hecho de estar constituido por imágenes y no por conceptos, etcétera.

En resumidas cuentas, y volviendo a estas etapas metodológicas que yo creo que son características del pensamiento freudiano, Freud llega al punto en cuestión y entonces lo que hace o edifica es una teoría de muy alto nivel, postulando no observables y haciendo hipótesis acerca del costado no observable del tema. No una hipótesis sino muchas; porque, claro, si uno —como equivocadamente hace algún epistemólogo francés contemporáneo— se dedicara a postular solamente el inconsciente y nada más, claro que eso no tiene valor científico; el problema no es postular el inconsciente, sino postular el inconsciente junto a algunas hipótesis específicas que digan qué pasa ahí y con qué mecanismos; hay que postular que existe una cosa como la represión, hay que postular que algunos aspectos cuantitativos intervienen en el proceso, hay que aceptar que lo que no está en la conciencia conserva sin embargo todas las cualidades conceptuales y morales que tienen los hechos psíquicos y hay que decir además en qué condiciones eso funciona y cómo.

Para tener una teoría formada no basta un concepto aislado, pues se necesita una estructura de hipótesis para constituir conceptos. Más aún, se observa que Freud lo dice varias veces, esto es bastante sorprendente. Freud inventa esas teorías e inmediatamente trata de mostrar que con tales teorías se deducen, no solamente los hechos que uno quería explicar, sino nuevos hechos. Por ejemplo, en el caso del narcisismo lo que le está preocupando a Freud en un principio, es el fenómeno del narcisismo en el sentido clínico tradicional, y también, el fenómeno de las parafrenias, es evidente que ésa es su motivación al comienzo. Pero en seguida se dedica a mostrar que con su explicación se pueden explicar también otras cosas en que no hubiera pensado de entrada, como por ejemplo la actitud narcisista del enfermo, los problemas relacionados con la elección de pareja y algunas cosas quizá más vagamente formuladas —con relación a los hipocondríacos, por ejemplo—.

En el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, después de haber introducido su célebre modelo y de haber persuadido de que este explica algunas cosas referentes al sueño, Freud le muestra al lector que otras cosas también se pueden explicar. Entre paréntesis, me parece que se hace un poco el inocente Freud en ese punto, cuando muestra con aparente sorpresa que este modelo además explica las vicisitudes de la histeria. Es un poco difícil creer que a esa altura de las cosas algo así fuera meramente casual para Freud, que ya había investigado el problema de la histeria. Pero en lo que sí tiene razón, en una frase que él explícitamente enuncia, es en que, cuando una teoría ha sido diseñada para encontrar la explicación de un hecho intrigante desde el punto de vista práctico, resulta muy grato descubrir que tal teoría tiene fuerza explicativa para una serie de fenómenos en los cuales uno no habría pensado en un comienzo.

Esta es una excelente observación a la cual yo podría agregar otra, pero quiero decir algo antes. Es evidente que Freud ve bien claro que lo que hace científica a su teoría es el tipo de conexión que ella tiene con aspectos clínicos observables que de alguna manera ya estaban ahí antes de la investigación y que, desde un punto de vista problemático, la están motivando. Lo que se ve realmente es que Freud muestra cómo de sus hipótesis se desprende la explicación de hechos usando deducción. No una deducción formalista y pedante de tipo lógico-matemático como la que podría ofrecer un lógico hoy; porque eso no se lo pedimos a nadie, no hay ningún libro de psicología o de sociología actual —salvo algunas pocas excepciones— que cuando desarrolla sus deducciones lo haga desde ese punto de vista; realmente eso no existe. Se supone que quien quisiera hacerlo lo lograría. Creo que Chomsky tiene toda la razón al pensar que el lenguaje ordinario presupone que nosotros tenemos competencia lógica. Así como tenemos competencia gramatical y podemos hablar bien un lenguaje sin ser gramáticos especialistas, podemos tener competencia lógica sin ser lógicos especialistas. Siendo así, creo que Freud logra bastante bien mostrar que, formuladas ciertas hipótesis, ellas implican ciertas consecuencias observacionales, y esas consecuencias observacionales, como son las que él ya conocía, le permiten decir que su teoría explica, y si son las que él no conocía le permiten decir que su teoría predice o explica otros hechos para los cuales no estaba diseñada.

Si Nagel insiste, en la discusión a la que yo aludí, en que eso es poco claro, en que tal vez la deducción no resistiría un examen crítico de todos los pasos, bueno, quizás extremadas las cosas tenga razón; pero yo no sé qué pasaría con muchas otras teorías que tienen mucha mejor prosapia. Hay actualmente una especialidad metodológica, especialmente en determinados centros, en California por un lado y en Padua por otro, una especie de deporte, que consiste en poner en forma rigurosa teorías tradicionales, con lo cual se va viendo que es mucho más difícil de lo que parece caracterizar la estructura de las teorías científicas. Por ejemplo, todo el mundo habla de la teoría de Newton, pero cuando hay que indicar lógicamente qué es la teoría de Newton, lo cual implica que los lógicos tienen que hacer un modelo de la teoría de Newton —una especie de modelo "sub dos" o de segundo grado, porque es un modelo de un modelo—, entonces se pelean mucho entre ellos; hay realmente una cantidad no equivalente muy grande de posibilidades diferentes y entonces aquí se descubre que no está del todo claro en qué sentido una teoría así era rigurosa y si muchas deducciones que nosotros habíamos aprendido cuando estudiábamos física no estarían mal (o no es que están mal, pero se descubre que el que las hizo en realidad las había aceptado como artículo de fe y no otra cosa, porque no estaban bien hechas, habría que hacerlas de manera diferente). Es muy probable que algunas deducciones que Freud hace sean defectuosas, pero exactamente con el mismo tipo de derecho lógico, lo que sí puedo decir es que algunas deducciones que él hace indudablemente están bien y son perfectamente justificables.

Todo esto estaría mostrando la manera misma en que Freud a veces argumenta, cuando dice en algunos de sus artículos: "yo ya había hecho esta generalización pero no me atreví a comunicarla", "esperé más casos y cuando ya tuve suficientes, entonces sí la comuniqué"; en esa manera de hablar, y también en sus argumentos explicativos, se ve claramente que para él, la piedra de toque explicativa-predictiva de una teoría tiene que ver con las relaciones de esta con la experiencia. De modo que está muy claro que Freud realmente le da a la experiencia su justo lugar, entiende perfectamente que en el método científico es la conexión de las hipótesis con la experiencia la que da carácter de *conocimiento* a una teoría. Dicho esto de manera resumida —no puedo realmente aquí hacer una disección vívida de todos los pasos que están involucrados en esta cuestión— afirmaría, con respecto a las tres preguntas que formulé hoy al principio, que me parece que Freud es bastante consciente de los requerimientos del método científico y respeta estrechamente los cánones y problemáticas que caracterizan a ese método científico en su sentido tradicional, tal como desemboca en el método hipotético deductivo.

Aclarado lo anterior, podemos pasar a la segunda pregunta: ¿cuál es la estructura del psicoanálisis desde el punto de vista de la meto-

dología hipotético deductiva? Esto no permite una respuesta obvia: no vayan a creer que en una primera lectura de un artículo de Freud se van a encontrar con la estructura hipotético deductiva a la vista; eso realmente no ocurre así. Y, reconozcámoslo francamente, no ocurre casi nunca. Digamos, sea dicho de paso, que tampoco ocurre al hablar entre nosotros con nuestros amigos y colegas, por más claros que seamos; al usar el lenguaje ordinario no ocurre que hagamos silogismos, por ejemplo. ¿Ustedes vieron alguna vez hacer un silogismo a alguno de nuestros amigos? Yo no. Bertrand Russell contaba con cierta picardía que en realidad la única vez que vio hacer un silogismo a alguien fue a un colega suyo, un filósofo alemán quien decía haber recibido un número de *Mind,* la famosa revista filosófica inglesa, número totalmente redactado en broma; parece que leyó un artículo que lo dejó totalmente estupefacto e incrédulo. Pero el alemán de pronto se dio cuenta y razonó así: este número está diseñado de manera que todos los artículos sean humorísticos; este es un artículo que está en este número; por consiguiente este es un artículo humorístico. Recién entonces entendió lo que pasaba. Observa con sarcasmo Bertrand Russell: si toda la teoría del silogismo aristotélico sirve para esta única contribución a la civilización, relacionada con aquello de lo que este filósofo alemán se dio cuenta, realmente no vale la pena. ¡Lo que pasa es que Bertrand Russell es muy antiaristotélico!

Pero las cosas no son como las piensa Bertrand Russell. Nosotros aparentemente no hacemos silogismos, simplemente porque la estructura profunda —en sentido chomskiano— de la lógica de nuestro pensamiento y de nuestro discurso no está reflejada en el discurso ordinario, porque sería muy pesado hablar de esa manera, sería terrible, y tedioso exhibir todas las etapas explícitamente, nosotros ahorramos pasos y directamente enunciamos los resultados, pensando que sería una cosa elemental, infantil y aburrida, llegar a los eslabones silogísticos de nuestro pensamiento.

Una vez que nosotros sabemos cuáles son los eslabones silogísticos convenientemente sobreentendidos, lo que hacemos es dar saltos mucho mayores, simplemente porque el que tenga alguna duda, puede hacer la reconstrucción, llegado el caso.

En este sentido, ciertamente Freud no se toma demasiado la molestia de hacer una exhibición explícita de la estructura hipotético deductiva porque eso no lo hace nadie y no hay por qué hacerlo (salvo que se trate de zanjar un punto de controversia), pero si uno la busca la va a encontrar. Por ello es que mi afirmación es: la estructura subyacente y profunda de muchas de las investigaciones freudianas es la

estructura canónica que uno puede encontrar en investigaciones científicas clásicas, por ejemplo, en las primeras investigaciones de Dalton. Dicho de otro modo: la cientificidad metodológica existente en muchos de sus artículos es análoga a la de otros campos científicos.

Claro, ahora vendría una tercera pregunta difícil, y es; ¿es el psicoanálisis conocimiento desde el punto de vista de esta metodología? ¿Cómo le va al psicoanálisis en este punto? Esta es una pregunta muy indiscreta, yo no la voy a contestar. Este es un interrogante que más bien les dejo planteado a ustedes; pero les quiero hacer una aclaración, porque se puede entender mal la pregunta y llevar a una concepción del método científico que en realidad no es correcta y que creo que sería injusto aplicar al psicoanálisis.

Si ustedes consideran la física, o cualquier otra disciplina que experimente rápida evolución, se van a encontrar con que, de todas las teorías producidas en su campo, aun actualmente, la mayoría ha fracasado. El método científico es así, consiste en una rápida y dialéctica sucesión de teorías, en la que por un tiempo algunas sirven como buen modelo de la realidad, pero de repente pasa algo que obliga a un ajuste, esas teorías pasan, viene una nueva, la nueva a veces se parece parcialmente a las viejas, y otras veces es radicalmente diferente; por cierto que el derrotero científico es una verdadera sucesión de catástrofes. Como afirmaba el *Scientific American* alrededor de 1950, la vida promedio de una teoría de nivel medio en física es de alrededor de siete meses. No sé qué se opinaría en el día de hoy.

Siendo así, sería totalmente exagerado, injusto y mal encarado que uno preguntara de una teoría psicoanalítica determinada, pongamos por ejemplo la teoría del instinto del placer en Freud, ¿está de acuerdo con los hechos o no? Porque lo más probable es que siempre se encuentren, más tarde o más temprano, hechos o problemas que en una primera aproximación dieran al traste con la teoría. Al final de cuentas, precisamente Freud se encontró con algo así, detectando la necesidad de hacer un análisis mucho más hondo de la cuestión a propósito del problema económico del masoquismo, porque ahí se estaba encontrando con límites muy serios para lo que previamente había hipotetizado. Pero ustedes comprenden que el abandono de una teoría en un instante dado de la historia del psicoanálisis no tiene nada que ver con el éxito científico y la cientificidad de toda la estrategia psicoanalítica, por la misma razón que decíamos hace un rato lo propio respecto de la física, ya que lo que podría estar sucediendo es que aparecen modelos mejores que de alguna manera continúan los existentes, los perfeccionan, los complementan, los alteran también, pero,

en fin, toda la estructura conceptual subyacente continúa siendo útil. El hecho de que las teorías físicas estén fracasando una tras otra no quiere decir que, por ejemplo, las nociones de masa y energía no se sigan usando, y que las hipótesis físicas, aunque un tanto alteradas, no tengan ciertos núcleos de continuidad y permanencia. Indudablemente, hay que reconocer que el "estilo" de las teorías que se van sucediendo unas a otras, implica siempre una cierta continuidad. Quizás haya excepciones, como la mecánica cuántica, donde se podría pensar si realmente no resulta necesario un cambio total y drástico; aun así habría que reconocer el papel histórico indispensable que tuvieron las teorías anteriores.

Recuerdo una célebre anécdota, de cuando Einstein vino a Buenos Aires. Creo que algunos conocen esta historia. Por amabilidad al huésped, algunos físicos argentinos, con obsecuencia amable, le decían: "Usted sí que encontró la cosa, porque la teoría de Newton, qué desacierto, qué equivocada estaba", etcétera. Einstein se iba poniendo serio y un tánto pálido hasta que interrumpió y dijo: "Señores, yo tengo mucho miedo de lo que estoy oyendo, porque tengo la sensación de que aquí el *único newtoniano soy yo*" . Exactamente eso es lo que pasaba, pues es imposible imaginarse que se hubiera producido la revolución física contemporánea sin haber habido un Newton antes.

El problema es que a lo mejor, bajo la forma impuesta por la tradición freudiana tal como nosotros la conocemos actualmente, con inconsciente y todo, el psicoanálisis en algún momento desaparezca. No veo que esto no pueda ocurrir —el propio Freud lo considera inevitable— y sin embargo podría suceder que lo que siguiera luego, que será algo que nosotros no podemos imaginar en este momento, no pudiera existir como teoría sin el antecedente freudiano, porque podría ser que toda la actual teoría sirviera de camino lógico a una problemática nueva que solo se podría encontrar de esa manera. Pero pienso que eso ni siquiera va a suceder así, porque si bien es posible que se llegue a fuertes cuestionamientos acerca de algunos aspectos económicos, hedonistas y hasta de los mecanismos estructurales e instintuales que hay en la teoría freudiana que obliguen a proceder a hacer nuevos cambios, hay toda una serie de concepciones sobre las conductas, motivaciones y componentes profundos que constituyen todo un estilo de teorizar.

La única pregunta que cabe, lo único que yo entiendo que aquí se puede inquirir desde el punto de vista de este estilo científico de proceder, es si realmente, en todo este desarrollo histórico de teorías que se suceden unas a otras, todas tienen de veras el valor terapéutico

que se les asigna. ¿No habría otras mejores? ¿O es que en realidad el psicoanálisis se ha constituido en una especie de paradigma en el sentido kuhniano de la palabra, con una actitud consensual basada en una manera de entender el universo que tiene aspectos defensivos, donde una de las razones principales para defender el psicoanálisis por parte de los psicoanalistas es que ellos son psicoanalistas, por ejemplo? Esto sería realmente grave, aunque si consideramos lo que Kuhn dice en su célebre libro *La estructura de las revoluciones científicas*, se podría afirmar que una situación así se observa en muchas otras ciencias. La razón por la cual muchas teorías científicas todavía se mantienen y son teorías "oficiales" —y no digamos lo que está sucediendo precisamente en el campo de la economía— es simplemente que hay grupos ideológicos, en ciertos sectores universitarios y académicos, que defienden la teoría porque están intelectualmente insertados en ella sin haber una razón científica verdaderamente seria.

No intentaré dar a ustedes contestación alguna de esta pregunta con respecto al psicoanálisis. Tengo que ser sincero, creo que tal contestación depende de los psicoanalistas mismos si ellos proceden de buena fe frente al desarrollo de su disciplina y no colocan cortinas defensivas de carácter intelectual para perpetuar sus teorías. Por consiguiente, respecto del asunto del valor terapéutico del psicoanálisis, me abstengo. Mi impresión, sin embargo, vista un tanto desde fuera y sin los ojos severos con que Nagel mira esta cuestión (algo que en forma discriminatoria no hace para otras similares en el campo de las ciencias humanas—, es que muchos artículos que están en la compilación de Eisenck y Wilson, por ejemplo, mostrarían que hay aspectos terapéuticos que no se explicarían claramente o bien, sin usar de alguna manera conceptos psicoanalíticos, esta es realmente mi opinión.

Como metodólogo realmente lo único que puedo decir en este punto es que tengo la impresión de que las dificultades que puede haber, frente a la clínica y a la terapia, en el caso del psicoanálisis, tienen que ver con la complejidad del asunto que está ahí presente, y con muchos aspectos colaterales que además complican el problema psicoanalítico, que hacen a aspectos semióticos, por ejemplo, y que están involucrados en la práctica psicoanalítica y en la noción de "testeo" en psicoanálisis. Pero, dejando esto a un lado, me parece que el paralelo con otras disciplinas y técnicas es bastante mayor de lo que parece. Si se adujera que salta a la vista que existen diferencias porque no hay un mismo grado de nitidez y de cuantitatividad, quiero decirles que, en cuanto a la nitidez por ejemplo, en la misma lógica, ahora que

recientemente han surgido, por parte de los propios lógicos matemáticos, lo que se llama "lógicas difusas", es menester reconocer que para la explicación y manejo de ciertos hechos referentes al lenguaje y a la actividad cotidiana no hay más remedio que hacer intervenir a la vaguedad como componente. Esto por un lado. Por otro, en matemática, debemos recordar que hay rigurosas teorías matemáticas donde no existe cuantitatividad, hay simplemente relaciones o topología. Me parece que insistir demasiado en la falta de nitidez del psicoanálisis o en el hecho de que no haya cuantitatividad, es no darse cuenta de qué pretende el método científico. Simplemente pretende que si hipotetizamos sobre lo que sea, siendo cuantitativo o no, estemos en condiciones de examinar las consecuencias lógicas frente a la experiencia pertinente. Por consiguiente, no tengo por qué pedir cosas adicionales como nitidez o cantidad (aunque si están, mejor).

Deseo hacer notar que Freud tenía cierta ambivalencia frente a todo este tipo de problemas; pero veo que otros aspectos metodológicos que habíamos mencionado al principio ya no va a haber tiempo para considerarlos. Como no soy partidario de examinarlos en un minuto, hoy no vamos a discutir el complejo problema metodológico de la interpretación; más bien puede ser realmente el motivo de otro encuentro especial con ustedes. Pero en cuanto a lo que hemos discutido, que es bastante importante, pienso que es una buena aproximación, por lo menos para convencer a algunos de ustedes, de que los problemas metodológicos no son meramente un lujo, sino que se relacionan con cuestiones que hacen a la esencia misma de la labor psicoanalítica. En este sentido Freud me parece que tiene una ambivalencia. Por un lado, parece que Freud es amigo de las cortinas de humo y de hacer cosas tales como interpretar una objeción como limitación de información acerca del psicoanálisis por parte de quien la formaría o como falta de familiaridad con la situación analítica misma —de manera que si uno no es psicoanalista o no ha practicado el proceso analítico no está en condiciones de opinar—. Posición en la cual puede haber algunos elementos de verdad, pero que me parece que desde el punto de vista metodológico es sospechosa y exageradamente defensiva, porque en realidad desde un punto de vista lógico y gnoseológico, aun en problemas como estos —que se presentan también en ciencias sociales y que están relacionados con cosas tales como el problema de la ideología— hay muchísimos recursos para poder averiguar lo que pasa y testear indirectamente, sin necesidad de llegar a una conducta científica tan primaria. Pero también hay pasajes de Freud en cantidad suficiente como para ver que él pensaba que el psicoanálisis tiene

características hipotético deductivas, que no posee vida eterna, que seguramente llegaría el momento en que la teoría analítica sería abandonada, cumpliendo su ciclo inevitable en él desarrollo de la psiquiatría, pero que después llegarán nuevas teorías mejores. Un punto muy importante para los que de alguna manera somos muy adeptos a creer en el sentido informativo y gnoseológico que la ciencia tiene respecto a los hechos y la experiencia: Freud es autor de una serie de muy curiosos párrafos donde en forma explícita o indirecta enfatiza el rol de la experiencia. En *Introducción al narcisismo* hace un alegato muy interesante contra el exceso de logicidad y de exigencia de nitidez en ciencia; hace aquí una interesante observación, en el fondo también un poco defensiva y que se puede usar con muchos propósitos, pero que de todas maneras es una buena observación. Afirma que no conviene que una teoría sea nítida en el comienzo de su formulación. Esto, entre paréntesis, es una cosa que los discípulos de Althusser deberían tener más en cuenta cuando se apoyan en el ejemplo freudiano para sostener sus curiosas tesis epistemológicas. Freud, explícitamente, piensa que una teoría en el comienzo tiene que ser lo más vaga e imprecisa posible. ¿Por qué? Porque si fuera nítida al principio, si estuviera estructuralmente constituida de manera que tuviera total precisión, casi con seguridad su valor informativo sería falso. No es probable que al constituir el modelo en toda su nitidez demos precisamente con la estructura del mundo que en realidad puede ser de muchas maneras, y aun ser esencialmente vaga e indefinida.

Con todo lo anterior Freud evidencia estar en contra de todo intento de poner las "cartas lógicas" claras desde un principio. Pero agrega después que es mejor dejar que sea la propia experiencia la que obligue a la teoría a ajustarse y volverse nítida, porque de esta manera serán la práctica y la observación las que harán corregir nuestros conceptos y darles nitidez; "la observación es la piedra de toque fundamental que da cientificidad a las teorías". Es un párrafo que realmente vale la pena considerar. Lo cual me reafirma, junto con otros elementos del discurso freudiano, que este adoptaba por momentos una especie de paradigma en el sentido clásico, es decir, de modelo, del que resulta que la ciencia tiene que alcanzar el estado de estructura lógica nítida en sus conceptos y articulación mediante la confrontación con la experiencia. Pero no al principio, porque eso sería demasiada pedantería formalista; al principio hay que arrojar las ideas, crearlas y hacer que paulatinamente funcionen. Pero es la confrontación con lo empírico, la prueba con la práctica de la experiencia la que haría que la teoría se fuera haciendo nítida, gracias a las oportunas

observaciones; a partir de ese momento alcanzaría su estatus científico.

Bueno, creo que todo esto puede servir para dar una primera idea de lo que podríamos llamar problemas metodológicos generales del psicoanálisis y también de algunas estrategias para discutirlos.

PREGUNTA: *Dos preguntas quería hacerle al profesor Klimovsky. La primera se refiere a algo que ha mencionado cuando hablaba de "la vida media de las teorías" y de que no hay nada pecaminoso en que una teoría pueda dejar paso a otra y ser un jalón dialéctico en cuanto a la información que provee (cuando habla de la teoría newtoniana en relación con Einstein, por ejemplo). Resulta que con Freud quizá mi perspectiva es mirarla muy desde adentro de la disciplina, y uno se encuentra entonces con el problema de que no ha dado demasiado de baja a sus teorías y uno no estaría muy convencido al pensar que la primera tópica fue superada por la segunda, o que los modelos del narcisismo superaron algo a la teoría instintiva, o que algunos de los modelos de la psicopatología primitiva fueron dados totalmente de baja. La impresión que se tiene es que Freud hizo modificaciones parciales, pero no hizo una formulación totalmente refutadora; —a nosotros eso no nos parece tampoco demasiado pecaminoso sino que entendemos que sigue un poco la idea de modelizar, es decir, de usar distintos modelos para entender la mente—, yo quería preguntarle cómo ve la obra de Freud y particularmente esa especie de desarrollo de su obra donde realmente hay un montón de teorías pero ninguna es asumida como superadora de la anterior.*

La segunda pregunta implica actualizar lo que parece algo así como una pequeña tragedia del psicoanálisis; me gustaría que Klimovsky nos dé su opinión, porque evidentemente en los artículos que ha citado el problema estaba bastante claro, pero el problema para el clínico, o sea para el que opera desde el proceso, es qué base empírica puede ser "lo que yo siento", o tres asociaciones que hizo el paciente antes, o la impresión primera que hizo, o un gesto. Parece que es un territorio un poco difícil de definir; no pretendo que lo defina esta noche, pero por lo menos quisiera comprender sucintamente cómo se ve desde la perspectiva metodológica este tipo de problemas, que incluye también el problema del material protocolar y de las reglas de correspondencia.

KLIMOVSKY: Voy a contestar la primera pregunta y luego la segunda, en ese orden. Mencioné hoy el hecho de que no hay una teoría de Freud, no porque él haya cambiado de opinión sino porque realmente en un corte sincrónico podría uno encontrar verdaderamente varias teorías sobre distintos tópicos, aunque serían sin duda teorías relacionadas unas con otras, en el sentido de que algunas dependerían de

las otras. Yo tomaba como ejemplo, controvertible, ya lo sé, pero con fines didácticos, cómo en *Introducción al narcisismo* él parece manejarse con una teoría ya presupuesta, con una teoría de la libido con muchas reglas de correspondencia, etcétera, para introducir con su ayuda algunas hipótesis nuevas.

Visto como una especie de pulular de teorías, yo también tengo la impresión de que algunas de ellas no han cambiado, y de que Freud con pequeños cambios ha permanecido fiel a ellas sin muchas vacilaciones. No soy especialista en Freud, no soy psicoanalista, y quizá no tenga en realidad demasiado derecho a intervenir en una discusión como esta, pero puedo expresar mi opinión. Me parece que los aspectos ligados a la libido y a sus propiedades se han mantenido bastante estables y Freud no los ha abandonado ni aun en los momentos más escandalosos del final de su desarrollo científico, y que ellos han permanecido prácticamente constituyendo la misma teoría.

No es así en otros puntos, no por cambios de conceptos, sino porque explícitamente él se plantea hipótesis nuevas, con lo cual aparecen nuevas teorías sin modificar las anteriores, o porque dice que sí cambia algunas teorías, como sucede por ejemplo en *Más allá del principio del placer*, pues tal como yo lo entiendo, parecería realmente un cambio muy serio; la discusión que hay allí es además metodológicamente profunda porque Freud, en una comprobación más de lo que hoy sosteníamos a propósito de las relaciones entre teoría y experiencia, se encuentra —en relación con la compulsión a la repetición, los sueños de guerra y los juegos infantiles— con el hecho empírico de que la teoría basada en la concepción tradicional del principio del placer, o por lo menos el instinto erótico como instinto preeminente, no explica los hechos en cuestión y más bien estaría contradicha directamente por la experiencia. En este asunto queda en evidencia nuevamente que Freud tiene una clara e instintiva noción de lo que el método científico es; Freud intenta primero discutir con detalles si no se podría mantener la teoría y hacer una reinterpretación de la aparente contradicción sobre la base de emplear algunas hipótesis auxiliares adicionales, como por ejemplo podría ser la de que la aparente irrupción de aspectos displacenteros sistemáticos fuese un mecanismo de control para evitar la irrupción caótica de las mismas pulsiones que serían destructivas, digamos, sobre los mismos recuerdos. Pero lo más interesante es que dice que no, que no sería legítimo, que la experiencia es suficientemente fuerte como para obligarnos a cambiar, y entonces cambia; es verdad que sigue sosteniendo hasta cierto alcance algo parecido al principio de placer, porque en sus innovaciones

hay ese tipo de elemento, pero evidentemente agrega cosas nuevas y esto significa un cambio, ya que en vez de decir que todo proviene de un tipo de pulsiones se dice ahora que hay dos fuentes instintuales. Y evidentemente eso implica un cambio teórico bastante grande.

Seguramente, me parece, hay muchos otros cambios de carácter explicativo. Por ejemplo, en *El yo y el ello,* aunque no niega las cosas que dijo antes sobre el inconsciente, el autor empieza a enunciar nuevas hipótesis acerca de las funciones que se le pueden adscribir, y entonces me parece que el modelo se hace bastante distinto. Yo diría que lo que le está pasando a Freud en esta etapa es un poco lo que le pasaba a la física en la época de Maxwell; ahí en realidad no hubo grandes modificaciones, hubo unos cuantos cambios importantes, algunas cosas como la mecánica siguieron siempre, igual nadie dejó de ser mecanicista hasta que apareció Einstein —"mecánica" en el sentido newtoniano de la palabra—. Eso se conservó, pero cambiaron radicalmente algunos modelos sobre ciertas cosas peculiares, especialmente sobre la trasmisión y conducción de la energía. Me parece que a Freud le pasa lo mismo, algunas temáticas básicas cumplen el papel de la mecánica, me parece que toda su concepción pulsional, como así también la explicación de motivaciones y conductas, el inconsciente, los aspectos económicos, aspectos hedonistas eróticos o, por ejemplo, cuestiones que hacen a la causalidad genética y a las cadenas complementarias, etcétera, todo ello más o menos se mantiene. Una serie de reglas de correspondencia me parece que no es abandonada nunca y es mantenida hasta el final, por ejemplo, si la libido se estanca en gran cantidad en una zona del aparato psíquico se produce una sobreestimación afectiva de la parte física corporal correspondiente al lugar donde se produjo el estancamiento —eso Freud lo menciona bastantes veces, desde un principio lo acepta, y uno encuentra todavía en *Introducción al narcisismo* que él usa eso para persuadir que el terapeuta puede ir viendo por donde anda la libido—, de modo que mi contestación provisional es que algunas cosas creo que no cambian mucho en tanto que otras sí, depende de qué hipótesis y de qué teorías, pero hay que aceptar que el psicoanálisis freudiano no es una única teoría sino varias, que lo obliga a hacer una especie de reconstrucción epistemológica genética un poco intrincada.

Respecto de la segunda pregunta, realmente el asunto es muy complicado por las ambigüedades y peculiaridades metodológicas que tiene la palabra "experiencia", y acá me encuentro con una gran dificultad para contestar en pocas palabras, pero diré algo de todos modos sin usar tecnicismos.

Hay una parte del psicoanálisis que yo consideraría como "base empírica epistemológica", según un conveniente lenguaje, que creo que es más o menos fácil de caracterizar y qué es un tanto estable, tanto clínica como epistemológicamente, y que tiene que ver con lo que pudiéramos llamar aspectos conductistas de la cuestión. Tiene que ver con rasgos de conducta y con el material verbal, pero no considerando su contenido significativo sino el mero hecho de que el material verbal aparezca. El contexto físico temporal en que la cosa se desarrolla, la conducta somática y también verbal del propio analista. No quiero discutir esto en este momento, pero a veces hay que agregar, para el psicoanalista, entendido como el investigador del caso, cierto material introspectivo, sobre todo en situaciones contratransferenciales donde no valdría la pena descartarlo; sobre si eso es legítimo o no, podría darse, repito, una discusión que en este momento no quiero llevar a cabo.

Ahora, ¿qué pasa en las ciencias tradicionales cuando uno ya produjo una buena teoría, por ejemplo una teoría para manejar e interpretar un instrumento, o una teoría que vincula un aspecto visible con uno invisible? Se termina "internalizando" la teoría, y con su auxilio se acaba por decir razonablemente que en efecto se observa aquello que de ninguna manera uno diría que se observa sin el auxilio de la teoría. Simplemente porque, de una manera guestáltica se hace el siguiente razonamiento: si yo he aceptado en la teoría que cuando veo A existe B, aunque B no sea visible, si yo deduzco que B existe es porque veo a A, pero eso permite hablar frente a A de la observación de B, en una forma metafórica y conceptualizada; esto no es tan complicado como parece, porque lo hacemos siempre que observamos cualquier objeto, ya que en realidad, como decía Bertrand Russell yo no observo esta mesa, lo que observo en un sentido estricto es una mancha "mesoidea" de color, pero lo que pasa es que he aprendido a conceptualizar la ocasión en que estas manchas mesoideas se dan, asociándolas a "mesa" que es un concepto en cierto sentido hipotético y teórico, solo que el lenguaje lo ha introducido en nuestro aprendizaje y por eso lo pensamos objetivamente, así por lo tanto yo "realmente" veo la mesa. Como dato empírico, pero del mismo modo, usando teorías "internalizadas", uno terminaría por decir que observa a B cuando en realidad lo que está observando es A.

Ahora bien, en el caso peculiar del psicoanálisis, tanto desde el punto de vista teórico como desde el punto de vista clínico, sucede que el psicoanálisis está constituido por varias teorías, como recién decíamos —varias teorías pero de distintos autores, y varias teorías por-

que hay muchas teorías simultáneas en su estructura lógica—; además de las teorías están, para colmo, las hipótesis que uno prácticamente ha aprendido porque ha adquirido ojo clínico, práctica terapéutica y todo un montón de cosas que realmente no integran una teoría pero se usan. Sucede entonces que uno tiene una gran cantidad de instrumentos "internalizados" que implican una forma estándar de observar cosas que desde un punto de vista epistemológico no se observan; de esa manera, terminaríamos observando el superyó de una persona, simplemente porque hemos internalizado hipótesis que ligan un tipo peculiar de conducta inhibida con las acciones del superyó, por ejemplo. Bueno, esta manera de hablar llevaría a decir entonces que uno "observa" más objetos que los primariamente directos y que uno tiene una "base empírica metodológica" mucho mayor que aquella de la que se disponga en el punto de partida.

Y ahora viene la gran complicación metodológica; como todo esto se va haciendo por saltos, más son las teorías que vamos aceptando, más vamos ampliando la base empírica. Nos encontramos con una tremenda mezcla de teoría y experiencia, para colmo hechas mediante encadenamientos que resultaría bastante difícil reconstruir. Por ello, yo acepto, como usted dice, que realmente el problema del testeo de hipótesis en este plano se hace sumamente dificultoso, más todavía de lo que puede ocurrir en física o en biología donde de todos modos pasa algo parecido, pues no es solamente en psicoanálisis donde ocurren estas ampliaciones sucesivas de la observación.

Pero, desgraciadamente, el grado de confianza que uno puede depositar en las teorías físicas presupuestas en química y en biología es realmente mucho mayor que el que científicamente se puede tener para las hipótesis psicoanalíticas que va aceptando. Porque, aunque uno esté convencido de la bondad del psicoanálisis desde un punto de vista metodológico "oficial", sus entidades realmente están en un estatus lógico o gnoseológico más comprometido que los de las ciencias naturales. Me parece realmente que las construcciones sucesivas de base empírica que se producen en psicoanálisis son intrínsecamente comprometidas, si me permitiera una frase de carácter filosófico; lo que pasa es que las entidades fenoménicas con las que trata el psicoanalista tienen distinto "grado de ser" porque se han constituido en etapas diferentes con el auxilio de teorías que tenían distinto grado de confianza y de valor.

Pero si la base empírica tiene distintos grados de ser, el testeo que se puede hacer con ella, que ya además es complicado por razones de orden lógico, se hace también complicado con respecto a su valor

refutativo o corroborativo, de manera que me parece que el psicoanálisis en ese sentido es realmente muy complejo. Pero el hecho de que un problema sea complicado no quiere decir que eso invalide su carácter científico; los problemas de cálculo de matrices en economía eran muy complicados y no se podían resolver debido a que no se podían procesar, no había por ese camino nada parecido al pronóstico acertado en economía; pero ahora que tenemos computadoras electrónicas su empleo científico es posible.

> PREGUNTA: *Le quería pedir una ampliación acerca de algo que dijo un par de veces al pasar, como ciertas diferencias entre lo que podía ser la corriente althusseriana y otras, como orientación epistemológica, porque a veces, en este momento especialmente, se dan discusiones muy arduas entre los psicoanalistas que siguen un camino y después siguen el otro; quisiera también enganchar esto con su última explicación acerca de las dificultades que a veces hay para determinar cuál es la base empírica. Nosotros, de acuerdo con lo que usted señalaba, tomaríamos la delimitación del tema psicoanalítico como un objeto muy concreto, muy nítido.*

KLIMOVSKY: Tal como antes lo mencioné y no es cosa clara, cuando los althusserianos hablan de objeto no lo hacen en el mismo sentido que nosotros hemos empleado para referirnos a "los objetos de la base empírica"; el objeto ahí parece ser más bien, curiosamente, un concepto que un objeto, y es simplemente el auxiliar conceptual con el que nosotros en la praxis podemos hacer un recorte de la realidad. De manera que cuando aquellos dicen que hay que definir cuál es el objeto de una disciplina, lo que quieren decir es cuál es el tipo de conceptos con el cual nosotros podríamos recortar la realidad para llevar a cabo la práctica respecto de ella. Tendría que hacer la aclaración, concerniente a algo que me ha preocupado muchas veces, de que en este tipo de planteos se ve con poca claridad cómo se controla la ciencia, cómo diferenciar en el recorte de la realidad aquello que es teórico de aquello que es empírico. Hay algo muy grave en esta concepción, algo que en el fondo es de carácter semántico. Si se tiene un conjunto de conceptos y la estructura definicional conceptual que ellos determinan —y no olvidemos que para ellos en el fondo una teoría es, como decíamos hoy, un conjunto de conceptos que se usan como instrumentos para poder actuar en la realidad—, los althusserianos parecen creer que en cierto sentido el conocimiento ya está definido, especialmente la forma en que uno puede aplicarlo. Desgraciadamente para la suerte de estas tesis, sucede que para los lógicos que manejan el

método axiomático, está muy claro que el fijar una estructura conceptual, es decir, una estructura de *términos*, no determina unívocamente cuáles son las aplicaciones que esta puede tener; podemos inventar una red de conceptos, estructurarla con toda nitidez, con el mayor rigor, y sin embargo ella podría aplicarse a las estructuras ontológicas más diversas. Para mencionar rápidamente un ejemplo, recordemos una famosa estructura conceptual diseñada para fundamentar la aritmética, la de los llamados "postulados de Peano", por ejemplo, que ya es un clásico en lógica y una de las aparentemente más favorecidas para la tesis que estamos discutiendo. Pero resulta que no queda unívocamente determinado por ella de qué estoy ontológicamente hablando, porque ella puede adaptarse igualmente bien a los números negativos, a los números positivos, a la sucesión temporal de los días y de los instantes, etcétera; en una palabra, cuando tenemos una estructura conceptual definida, para que ella pueda realmente aplicarse unívocamente a la realidad y recortarla, habría que agregarle reglas semánticas. Es decir, reglas que a la estructura lógica y a la sintáctica le agregan correspondencia y coordinación con aspectos ontológicos. Pero tal noción no existe para el método althusseriano; además ellos la ven muy mal; digamos, uno puede leer *El concepto de modelo* de Badiou, por ejemplo, y se va a encontrar con una diatriba horrible contra ese tipo de noción —"reglas semánticas"— que considera como "cobertura ideológica". Realmente no hay ningún problema serio oculto detrás de las reglas semánticas, pero la posición de Badiou al respecto está completamente equivocada: si no empleamos tales reglas la estructura queda como puramente sintáctica sin aplicación alguna; pero si la queremos considerar en sus aplicaciones, entonces hay una familia infinita de ellas. Distintas, vale la pena insistir en este punto, porque aunque las interpretaciones tengan en común isomórficamente las condiciones formales que la red definicional haya caracterizado, los aspectos que quedan fuera de la caracterización pueden ser distintos, así es que tengo que decir explícitamente, siempre que construyo una teoría, de quién estoy hablando, para romper esa ambigüedad.

Ellos se dan cuenta de que algo así pasa, y entonces hablan de una adecuación a la práctica, de un empleo correcto de la teoría para la práctica y de "efectos de conocimiento" que produce ese tipo de aplicación. Pero, mientras no se diga cómo se hace esto, tal adecuación a la práctica, mientras no se diga a través de qué reglas de correspondencia o de qué reglas semánticas, no sé realmente sobre qué estoy actuando, tengo que decirlo. A veces ocurre que en la práctica, la aplicación de una teoría consiste precisamente en el empleo en forma implícita de reglas de correspondencia, especialmente cuando se usan "términos de clase", es decir, palabras "clasificatorias".

En resumidas cuentas, la diferencia que hay con ellos es que parecen pensar que todo lo que sea delimitación de lo empírico, lo que sea delimitación de lo práctico, es una especie de regalo que viene de la sola construcción de la teoría y del hecho de que alguien la quiere usar. De acuerdo con este extraño prejuicio, si consideramos la teoría atómica, por ejemplo, automáticamente quedan delimitados los átomos de los que estamos hablando; si tomamos una teoría económica o una sociológica queda delimitada la clase de hechos de los que estamos hablando, y no es así. Si no hay reglas de correspondencia, queda en la mayor ambigüedad o inexistente cuál es el ámbito referencial al que me estoy refiriendo. Ahora, respecto del problema de que las reglas semánticas se tengan que construir aludiendo inevitablemente a entidades, está claro que las entidades de las cuales disponemos significativamente en primera instancia son aquellas que están dadas precisamente en la práctica cotidiana constituida por la experiencia, de manera que las reglas tienen que inspirarse en la experiencia. En resumen e insistiendo: parecería que inescapablemente, para que una teoría científica considerada como estructura pueda tener aplicaciones unívocas, debe haber un sistema de reglas semánticas que le den significación, de modo que además de conceptos se puedan formular genuinas hipótesis.

Aquí quiero señalar otra cosa, otra diferencia. La palabra "hipótesis" es usada por ellos con bastante desprecio; Althusser en un momento determinado dice: "hay artefactos auxiliares en ciencia, como por ejemplo las hipótesis". Lo que pasa es que él parece creer —y esta es una herencia de carácter aristotélico, pues realmente hay cosas de su tiempo de estudiante seminarista católico que él no ha perdido— que los "principios de la ciencia" son seriamente "principios", en tanto que una hipótesis es una cosa despreciable totalmente subsidiaria y provisional. Por todo esto es que él piensa que una vez que la ciencia se ha constituido, el que descubrió la ciencia —sea Marx en el caso del marxismo, sea Freud en el caso del psicoanálisis— ha revelado la estructura significativa de la estructura conceptual correspondiente, ha descubierto el objeto formal —como se lo suele llamar— que la teoría constituye y entonces, todo lo que a partir de ese momento puede ocurrir en ciencia, se relaciona más bien con la manera como podemos usarla como instrumento para golpear y actuar respecto de la realidad que me rodea.

Pero hay un punto muy serio aquí; con meros conceptos no transmitimos información; el concepto, como decían los lógicos medievales, es nada más que una idea aislada, pero para que haya conocimiento tiene que haber afirmación, es decir, combinación asertiva de conceptos. Con los mismos conceptos podemos hacer distintas hipótesis; yo puedo hacer la hipótesis, por ejemplo, de que la plusvalía tiende a disminuir en los países capitalistas y Fulano puede hacer la hipótesis de que la plusvalía tiende a aumentar; de esa manera es obvio que no cambia el sentido de la palabra pero si cambia la teoría. Esto nos lleva a observar que, en esa concepción de lo que es teoría existen muchos puntos de vaguedad, falta el componente asertivo. Badiou lo reconoce en *El concepto de modelo;* él dice que en realidad habría que reconocer que los componentes estructurales definicionales no son los únicos que constituyen significación y que están también los nexos asertivos-deductivos, lo cual me parece que es una buena observación.

De cualquier manera, todo esto señala que para construir una teoría por entero parece necesario un conjunto de conceptos —en el que parte de ellos adquirirá sentido en combinación con los otros—, un conjunto de hipótesis o de afirmaciones hechas con el auxilio de esos conceptos, entre ellas reglas semánticas o de correspondencia que liguen lo que uno está diciendo con una parte elegida de la realidad a la cual usted está haciendo referencia. Si le falta alguna de esas partes, la teoría está incompleta.

Esto es lo que yo podría contestar ahora muy rápidamente. Porque este es un punto que exigiría todo un curso: cuáles son los parecidos y diferencias entre ambas tendencias epistemológicas.

Psicoterapia, lógica y teorías psicoanalíticas

[PONENCIA]*

El propósito de este trabajo es examinar algunos aspectos lógicos y epistemológicos concernientes a las relaciones existentes entre psiquiatría y psicoanálisis y, en particular, entre psicoterapia y teoría psicoanalítica.

En primera instancia es tentador pensar que se trata de algo obvio que no exige plantear las delicadas cuestiones que constituyen el meollo de disciplinas como la lógica y la teoría del conocimiento. La psiquiatría, puede aducirse, es un ámbito fundamentalmente técnico que se vale de cualquier recurso oportuno de carácter práctico (bioquímica, por ejemplo) o de carácter teórico (teoría psicoanalítica, verbigracia) que pueda permitirnos obtener éxitos. Sobrepasar ciertos límites, como puede serlo el verse implicados por cuestiones filosóficas o por discusiones acerca del fundamento de las disciplinas científicas, parece un esfuerzo exagerado y poco prometedor en cuanto al progreso del saber en lo que hace a este tipo de temas.

No puede menos que reconocerse que algo de cierto hay en esta tesis. No obstante, es un hecho recurrente en la historia de la ciencia que los avances tecnológicos han sido muchas veces directamente precedidos (cuando no son directa consecuencia de ellos) por cambios teóricos o por modificaciones en la actitud epistemológica de los investigadores[1]. Es nuestra creencia que este estado de cosas puede darse (si no se dio ya repetidas veces) en psiquiatría. Por ello, aun a riesgo de resultar un tanto aburridos, vamos a encarar un tipo de análisis cuya apariencia parece adecuarse más a la de una revista de lógica que a una de psicología.

Partamos del hecho obvio de que uno de los aspectos esenciales de la psiquiatría está constituido por la psicoterapia. A riesgo de hacernos adictos a la costumbre de reiterar lugares comunes, notemos también que el problema de la psicoterapia es el de producir un cambio —en realidad, esto vale para la terapia en cualquier campo de la

* Este trabajo es parte de la exposición presentada en el IV Congreso Argentino de Psicología en 1980, en Rosario, cuyo título fue "Teoría, contrastación clínica e interpretación". Publicado en *Revista Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, nº 6, 1981.

medicina, no solamente en el de la psiquiatría—. Se trata de reemplazar una situación patológica o insatisfactoria por otra mejor: el estado de mejoría o de salud. Pero esto permite ubicar a la psiquiatría y, hablando más exactamente, a las técnicas psicoterapéuticas, dentro del campo de la "teoría de la acción".[2] Pues se trataría de actuar de manera adecuada para producir un cambio. Y si esto es así, nos encontramos de inmediato envueltos en los problemas lógicos y epistemológicos de la teoría de la acción, uno de los estudios interdisciplinarios más recientes, disputada simultáneamente por la filosofía del derecho, la ética, la politología, la lógica y la epistemología.

Indudablemente, la acción terapéutica constituye una manera de alterar estados o procesos para lograr que ciertas situaciones sean reemplazadas por otras, lográndose finalmente un estado de cosas conveniente. Pero esta manera de hablar permite caracterizar en ella (y, en general, *en toda acción)* tres aspectos fundamentales que involucran importantes problemas metodológicos.

El primer aspecto concierne a la cuestión de cuáles son los estados de cosas que son posibles y que, en virtud de ello, al menos en abstracto y en un sentido teórico, pueden alcanzarse. Utilizando el lenguaje de ciertos lógicos y filósofos, se trata del problema de los "mundos posibles". Sin duda, un psiquiatra que propusiera como meta terapéutica un estado de cosas que es imposible, pasaría por incompetente y terminaría por quedar en ridículo. Claro está que la "posibilidad" de la que estamos hablando tiene que ser aquella que se deriva de la auténtica estructura legal de la realidad psicofísica implicada por la naturaleza del ser humano. Es decir, cuando hablamos de "mundos posibles" no estamos usando la noción en un amplio sentido literario que abarque la ciencia-ficción, sino en el sentido lógico y científico que implique compatibilidad con las leyes naturales y los límites de la lógica.

El segundo aspecto se vincula a la cuestión de la valoración. Pues no basta conocer cuáles son los estados de cosas posibles; es necesario además valorar a algunos de ellos como preferibles a los otros. Si esta asignación de preferencia no resulta posible, la acción terapéutica se transforma en algo antojadizo, donde cualquier estado final vendría a dar lo mismo que cualquier otro. Actuar sería de este modo algo irracional, cosa que de ningún modo puede aceptarse en la concepción intuitiva que tenemos de esta tarea.

El tercer aspecto se relaciona con el hecho de que los estados finales preferibles no pueden en general alcanzarse mediante una única acción. Es menester realizar acciones intermedias *(o medios)* para

que el proceso, en su desarrollo, vaya aproximándose cada vez más al estado final propuesto. Claro está que de este modo las acciones posteriores dependen del éxito de las anteriores y de la manera como las cosas evolucionan más o menos cerca del mundo posible preferido.

A los tres aspectos anteriores hay que agregar un cuarto. Para que pueda hablarse de acción, debe ser posible que haya al menos dos alternativas y que podamos elegir entre ellas. Esto no aboga a favor de ninguna teoría o concepción filosófica acerca de la existencia del libre albedrío (cosa que tampoco rehusamos: simplemente consideramos que la cuestión es ajena a la esencia lógica de la acción). Es perfectamente posible que tales elecciones sean cosas estructural o causalmente determinadas; lo que aquí importa es algo previo: que cada acción (total o intermedia) implica al menos dos posibilidades, dos cursos, y que haya que adoptar uno de ellos.

Resumiendo: la acción terapéutica involucra 1) el conocimiento de las posibilidades, 2) la valoración de estas, 3) acciones intermedias apropiadas y 4) elecciones entre diversos cursos de acción.

Es inevitable admitir que el aspecto más esencial es el segundo, concerniente a cuestiones de valoración y preferencia. Va involucrado aquí todo lo relativo a los aspectos éticos, normativos e ideológicos de la tarea de la psiquiatría. La incógnita del significado exacto o al menos consensual de la palabra "salud" está implicada en esto. No obstante, vamos a suponer que hay cierto acuerdo en este nivel, cosa que hacemos simplemente como hipótesis de trabajo, con el único fin de poder pasar de inmediato a otras facetas de nuestro problema, de modo que vamos a analizar tópicos vinculados más bien al primer y tercer aspectos.

Consideremos nuevamente la cuestión de cuáles son los estados posibles que el terapeuta puede tomar en consideración. ¿Cómo puede estar seguro el terapeuta de que existe posibilidad? Hay dos fuentes. La primera es de carácter lógico. Es la lógica la que, usando la teoría del concepto, la de las categorías o la de la deducción, puede enseñarnos que ciertas exigencias simultáneas son incompatibles o que ciertos conceptos son mutuamente incongruentes. Y es también por ello que la lógica puede convencernos de que ciertos estados o "mundos", definidos usando ciertas exigencias o empleando ciertos conceptos, no pueden lógicamente existir, son lógicamente imposibles. Por ejemplo, pensemos en alguien que imaginase un tipo de persona que no posee narcisismo alguno pero que tiene una gran capacidad de atención y de defensa. Es perfectamente posible opinar que con ciertas definiciones de "narcisismo", "atención" y "defensa" un estado psíquico así no puede tener lugar, no por impedirlo las leyes del psiquis-

mo, sino porque los posibles modos de definir o analizar los conceptos en cuestión podrían revelar incompatibilidades semánticas o lógicas, ya que el significado de "atención" o de "defensa" pudieran involucrar perfectamente una dosis mínima positiva de narcisismo, pongamos por caso.

Pero es necesario tener en consideración otra fuente. Es el conocimiento de las leyes (naturales), causales o estructurales, concernientes al tipo de realidad que se está investigando (y que, en el caso de la psiquiatría corresponde, al menos en parte, a la conducta y a la actividad psíquica). Esta fuente no es ya de naturaleza lógica, sino fáctica. Digamos esto de otro modo: sería el conocimiento científico el que determinaría la posibilidad o imposibilidad (de acuerdo con las leyes fácticas) de ciertos estados o mundos. Volviendo al ejemplo anterior: podría acaecer que semánticamente no hubiese inconveniente en cuanto a la simultaneidad de la capacidad de atención y la ausencia total de narcisismo, pero que en el estado actual de la ciencia psicológica se supiera (con todas las precauciones concernientes al uso de esta última palabra) que la constitución natural del psiquismo humano no admite tal cosa (o, mejor dicho, que las leyes naturales del psiquismo indican tal incompatibilidad). En tal caso, no por razones lógicas, sino fácticas, el psiquiatra sabría ("científicamente", digamos) que el tipo de persona o de estado psíquico antes aludido no es posible. Y está claro que cualquier terapia que se propusiera lograr un estado así estaría equivocada, no por razones éticas o valorativas —cosa que en este momento no hemos ponderado— sino porque estaría persiguiendo lo imposible.

Concretando, el tipo de conocimiento que es necesario para realizar racionalmente la etapa o aspecto ligado a la posibilidad es a) de fuente lógica y b) de fuente científica (ya que son la ciencia y en particular las teorías científicas las que proporcionan el conocimiento de las leyes naturales).

Algo análogo ocurre con el tercer aspecto antes discutido. Las cosas se presentan aquí algo más complicadas, de modo que para darnos a entender vamos a utilizar un modelo simplificado de lo que sucede en esta etapa. Vamos a suponer que se trata, en cada momento adecuado del proceso terapéutico, de realizar una acción intermedia cuya presencia (o ausencia) garantiza la obtención (o pérdida) del estado final posible preferido. La cuestión aquí radica en cómo saber cuál es la acción intermedia apropiada, o cómo distinguir las intervenciones que producirían un fracaso final. Nuevamente se advierten aquí dos fuentes; más aún, nos encontramos con las mismas fuentes

que en el caso del primer aspecto. Por un lado, cualquier acción tiene consecuencias lógicas (que pueden obtenerse deduciéndolas de premisas que describen las acciones intermedias). Por consiguiente, es el conocimiento de la lógica el que nos dirá que tal o cual acción intermedia produce o no un estado distinto del preferido. En pocas palabras, si no se desea que el estado final sea tener trece objetos guardados en un caja (por temor supersticioso valorativo con relación al número trece) no se debe, como es fácil advertirlo por deducciones matemáticas, guardar primero siete objetos y luego seis. Pero, ¡cuidado!, no estamos queriendo decir que este tipo de relación entre fines y medios sea de naturaleza exclusivamente lógica. Surge así la presencia de la otra fuente: la fáctica. Nuevamente, las leyes naturales son las que —en aspectos causales o estructurales— ligan ciertos hechos con otros y, en lo que aquí interesa, acciones intermedias con estados finales. Si el terapeuta ignora estas leyes, no se ve claramente qué le haría preferir una aspirina a un exorcismo en determinados procesos.

Brevemente: el tipo de conocimiento que es necesario para realizar racionalmente la etapa o aspecto ligado a las acciones intermedias es a) de fuente lógica y b) de fuente científica (pues, como antes dijimos, son la ciencia, y en particular las teorías científicas, las que proporcionan el conocimiento de las leyes naturales).

Estas últimas consideraciones revelan una importante y tal vez no obvia conexión de la psiquiatría (en particular de la psicoterapia) con la lógica y con la investigación científica de carácter teórico. Sin duda, el hecho es perfectamente conocido por muchos científicos y terapeutas, pero el recordarlo sirve para combatir ese peligroso hábito de creer que la psicoterapia es solo una técnica (o, pasándose al otro extremo, igualmente inapropiado y peligroso, una rama de la filosofía y de la metafísica, cuando no de la crítica literaria estructuralista). Insistiendo: el psicoterapeuta debe conocer lógica para poder determinar cuándo ciertas situaciones son conceptualmente imposibles, categorialmente absurdas, deductivamente incompatibles. Y también para saber qué se deduce lógicamente del hecho de implementar una determinada acción terapéutica (intermedia o parcial). Y debe conocer teorías científicas para saber qué situaciones o estados son incompatibles con las leyes fácticas y empíricas, o cuándo la implementación de técnicas terapéuticas tiene, efectivamente o no, efectos deseables.

Fuera está de nuestra intención el convencer a los psicoterapeutas de que deben convertirse en especialistas o expertos en cuestiones de lógica o de ciencia fáctica teórica. Lo que aquí se desea expresar es la

convicción de que cierta información básica, un conveniente *curriculum* de estudios y de investigación puede hacer a los terapeutas más cautelosos, a la vez que vigilantes, respecto de la corrección y sentido de las acciones y técnicas que adoptan.[3]

Pasaremos ahora a ocuparnos de ciertos aspectos complementarios de los discutidos en los párrafos anteriores.

En primer lugar, existe un tipo de objeción que parecería invalidar todo lo ya dicho acerca del papel de la lógica en la determinación de la validez del proceso terapéutico. En el caso del psicoanálisis, con relación a los procesos inconscientes o al *ello,* y en el caso de la psiquiatría con relación a la psicosis y otros padecimientos, podría sostenerse que los eventos psíquicos obedecen a una lógica peculiar que no es la de los principios lógicos usuales o la de las pruebas de validez y exactitud en las ciencias matemáticas o naturales. Si ello es así, el conocimiento de la lógica estándar no sería apropiado para el conocimiento e implementación del proceso terapéutico.

Desde nuestro punto de vista, en esta objeción hay algo verdaderamente interesante y que encierra verdaderas complicaciones metodológicas. Pero si se la adopta con demasiada ligereza, puede provocar una verdadera confusión.

Aceptemos provisionalmente que es cierto que la lógica (y, en particular, los principios lógicos) no sea la habitual cuando se trata de determinados hechos psicológicos o psiquiátricos. Es oportuno señalar aquí que la lógica contemporánea se ha hecho cargo de esta posibilidad, no solo para los temas que estamos discutiendo sino también para muchos otros. Por ejemplo, para ciertos científicos y epistemólogos existe la presunción de que la llamada matemática "neointuicionista", la física moderna (especialmente la física cuántica), la teoría de la probabilidad, la economía, etcétera, harían (o deberían hacer) uso de lógicas distintas de la habitual (es decir, de la lógica de Aristóteles o de Bertrand Russell). Surgen así las lógicas alternativas o divergentes[4], que emplean otros principios y otras categorizaciones. El autor de este artículo ha expresado repetidas veces su convicción de que, lo mismo que en matemáticas existen sistemas matemáticos (o "axiomáticos") alternativos, o en disciplinas fácticas hay sistemas hipotético deductivos alternativos, hay en lógica sistemas con principios diferentes, que formalmente tienen igual derecho "democrático" a la existencia como estructuras sintácticas que describen diferentes posibilidades teóricas, en tanto que diferentes ámbitos de la realidad podrían requerir respectivamente sistemas distintos. Esta concepción pluralista, que admite variedad de lógicas formales y distintos ámbitos lógicos para la realidad, podría muy bien aplicarse a los ámbitos ontológicos propios de la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis. Por supuesto, esto no implica "piedra libre" ni autorizaciones para que cualquiera adopte la lógica que se le antoje ni para disculpar los errores científicos bajo la cobertura de cambios de lógica. Así como en física no es posible adoptar cualquier sistema matemático, tampoco para cualquier ámbito ontológico puede adoptarse cualquier sistema de lógica.

Bien, supongamos provisoriamente que sea cierto que la lógica del hecho psiquiátrico y psicológico no es la habitual. Esto no cambiaría para nada lo ya observado con relación a las etapas o aspectos primero y tercero. Por el contrario, lo reforzaría. Si la lógica de este tipo de hecho es peculiar, habría aún que tener más prudencia en lo relativo a cuáles son las situaciones o mundos posibles. Y si no explicitamos la lógica usada y procedemos por inercia usando la lógica a la que estamos acostumbrados, seguramente nos equivocaremos (pues esta lógica implícita, una mezcla de los principios lógicos bivalentes tradicionales y de fallas y lagunas en nuestro aprendizaje, sería seguramente distinta de la que realmente corresponde a lo fáctico). La obligación de informarse se haría más urgente; debería investigarse cuál es la lógica que corresponde, y solo entonces estaríamos en condiciones de determinar posibilidades.

Pero, en realidad, el problema que aquí estamos discutiendo parece más bien relacionarse con el hecho, menos importante ontológicamente que el involucrado en un total cambio de lógica, de que ciertos individuos (o ciertos componentes de nuestro psiquismo o de nuestra conducta) actúan de una manera equivocada o diferente de la indicada por las "reglas" normativas de la lógica habitual. Y esto, pese a la apariencia semejante a la situación analizada más arriba, es diferente. Se trata simplemente de que, en virtud de ciertas leyes fácticas y en virtud de la situación coyuntural, el individuo no es capaz de conducirse apropiadamente. Y esto puede ser algo que ocurre en completo acuerdo con las leyes lógicas (y en virtud de las leyes fácticas). Que alguien haga mal las cuentas no demuestra que han cambiado los principios aritméticos; demuestra que, en virtud de las leyes que rigen la actividad neuronal y de ciertas cuestiones que son de naturaleza singular, y en virtud de las leyes lógicas tradicionales, el aparato psíquico está fallando o funcionando mal. Y para establecer esto, una vez más, es necesario conocer lógica —normal— y teoría científica.

En otro orden de cosas, es bueno preguntarse qué tipo de conocimiento fáctico es el necesario para respaldar la eficacia de la acción

terapéutica desde el punto de vista de la posibilidad final y de la acción intermedia. Es bien sabido que el conocimiento científico puede expresarse de dos maneras diferentes. La primera, que bien puede denominarse "estadístico-operacional" combina métodos de observación empírica con los procedimientos metodológicos correspondientes a la estadística matemática y los instrumentos definicionales correspondientes al constructivismo semántico conocido como "operacionalismo". El conductismo, en sus distintas variedades psicológicas y sociológicas puede ubicarse en esta dirección. Pero, aunque no puede negarse cierta "seguridad" y nitidez en esta manera de encarar la investigación, parece más o menos evidente que las leyes científicas obtenidas así son un tanto limitadas, inconexas, faltas de fuerza explicativa y carentes de la unidad lógica que da sentido a la comprensión de la personalidad humana. No cabe duda de que la fuente científica requerida en el primer y tercer aspecto de la acción terapéutica, sin negar el valor de la información lograda de manera estadístico-operacional, requiere algo más fuerte, de carácter teórico y que haga uso del método "teórico-modelístico" con total empleo de conceptos cuya referencia trascienda la observación y el dato empírico. En el caso de la psicoterapia, las fuentes de este tipo están situadas en las investigaciones sobre fisiología cerebral y en las teorías de la psicología profunda y del psicoanálisis. En el primer caso, con el auxilio de los modernos instrumentos de observación de carácter electromagnético y el auxilio de procedimientos cibernéticos, la información avanza notablemente y se va haciendo muy valiosa, no obstante que en el aspecto explicativo el modelo no ha adquirido aún un sentido unitario. El psicoanálisis aparenta todavía tener mayor riqueza explicativa y coordinadora, y parece ser la fuente inevitable de decisiones y cursos de acción en determinados problemas terapéuticos.

Respecto del empleo del psicoanálisis en la acción terapéutica vale la pena señalar algunos puntos. En primer lugar, el psicoanálisis, aunque desde un punto de vista lógico y filosófico pueda pensarse como unidad problemática, si se lo contempla desde un triple punto de vista en realidad es un conjunto de teorías. Hay diferencia teórica de autor a autor, hay diferencia teórica de etapa histórica a etapa histórica, aun para un mismo autor y, finalmente, aun considerando un autor en un momento dado, parece ser una yuxtaposición jerarquizada de sistemas que teorizan e hipotetizan sobre temas diferentes (se tendría así una teoría del desarrollo psíquico, una teoría del inconsciente, una o más teorías instintuales, teorías económicas de la psiquis, teorías de mecanismos, etcétera). Estas teorías constituyen cada una un sistema hipotético deductivo y en tal carácter están sometidas a todas las exigencias y problemas que plantea la adopción del método hipotético deductivo.

El primer problema que plantea el empleo del psicoanálisis es el de la prueba. Como es sabido, "prueba" en un sentido solemne y tradicional comparable al de la matemática, no existe para los sistemas hipotético deductivos, y los adeptos del método en cuestión se conforman con el veredicto de la corroboración empírica y de la eficacia práctica.[7] Las opiniones acerca de esta cuestión en relación con la teoría psicoanalítica son muy diferentes y van desde un dogmático acatamiento hasta un intolerante rechazo. Nuestra opinión es que el elemento corroborativo es abundante y positivo, en tanto su eficacia terapéutica es algo más discutible. Sin duda, el problema número uno del psicoanálisis es el de establecer con más rigor el estatus de estas teorías, para hacer más racional su empleo en psiquiatría. Existe un temor no infundado de que el psicoanálisis se cierre en un círculo vicioso de desarrollos internos que no cuestionan la experiencia sino que la reinterpretan, no pudiéndose establecer entonces con claridad en qué lugar termina la corroboración para empezar la admiración. Todo lo cual se complica cuando intervienen los prejuicios y lealtades de escuela, cuando no la transformación del pensamiento psicoanalítico en movimientos políticos con líderes, acólitos, fanáticos y herederos serviles, todo lo cual no favorece el someter a las teorías al veredicto del control y de la información fácticos.

El segundo problema es el de que el pulular de teorías alternativas plantea la cuestión de si es posible usarlas simultáneamente o si son opciones alternativas, según el caso. A propósito de lo discutido más arriba sobre la utilidad de la lógica, tendríamos aquí un claro ejemplo de una tarea cuyo cometido es señalar compatibilidad o incoherencia. Resulta extraño observar la displicencia con que muchos estudiosos en este campo se manejan simultáneamente con conceptos y principios que no están claramente delimitados y que muy bien pueden implicar franca contradicción. Y, como se enseña en los tratados de lógica formal, desde premisas contradictorias puede demostrarse cualquier cosa. Pero un campo teórico en el que cualquier proposición es teorema resulta totalmente inadecuado como descripción de lo real. Además, aun cuando no exista contradicción, puede haber incongruencias categoriales que no hagan conveniente la superposición de teorías. Y, finalmente, está la cuestión de que al fin y al cabo algunas pueden ser buenas teorías y otras estar equivocadas, de modo que no es tarea banal preguntarse si están o no en un mismo nivel gnoseológico.

Freud señaló con razón[9] que no es conveniente que las teorías sean nítidas al comienzo de su uso. Es preferible que sea su confrontación con la experiencia la que brinde u obligue a la nitidez deseada. Pero si se desea examinar claramente cuál es la relación de sus hipótesis y principios con los aspectos clínico-empíricos con los que la teoría deberá confrontarse, se necesita un mínimo de claridad y precisión que permita reconocer cuándo y en qué medida ciertas afirmaciones acerca de la experiencia se deducen de las hipótesis. Un conocimiento cada vez mejor de la estructura deductiva de las teorías psicoanalíticas es cosa que se impone cada vez con más urgencia en relación con el tema de si el psicoanálisis es buen conocimiento o no lo es. Y, en verdad, no vemos que esta sea una preocupación que cristalice como es debido en la organización de la actividad psicoanalítica.

De modo análogo, está la cuestión de qué significan exactamente y qué referencia tienen los conceptos empleados en el discurso de las teorías psicoanalíticas. En cierto grado —aunque se trata de un asunto controvertible— la vaguedad y la ambigüedad puede afectar el sentido de las aplicaciones y controversias que estas teorías provoquen. La semántica de estas teorías y, en especial, de sus términos no empíricos, parece un problema preocupante en este campo, sobre todo si se considera la enorme distancia que separa algunas de las nociones psicoanalíticas de los de la base empírica psicoanalítica.

Finalmente, así como la confrontación interna entre teorías psicoanalíticas parece un problema inescapable en el frente interno de la psicología profunda, no puede evitarse el plantear algo análogo entre el psicoanálisis y las modernas teorías fisiológicas que involucran el sistema nervioso y especialmente el cerebro. No puede olvidarse que un dualismo que no admita cierto paralelismo o correspondencia entre los dos planos teóricos hoy día parece algo inverosímil. Uno de los problemas apasionantes de la ciencia actual es dar finalmente con las reglas de correspondencia entre los dos planos, so pena de producirse una muy inconveniente provincialización de las respectivas investigaciones. O, al menos, habría que deslindar científicamente —no en virtud de preconcepciones filosóficas o teológicas— cuáles son los límites propios de tales reglas de correspondencia. Y no hay que descartar aun que se descubran incompatibilidades lógicas o fácticas.

De todos modos, aun señalándose estos inconvenientes, no puede dejar de reconocerse que al examinar todas las teorías no meramente filosóficas, no meramente estadístico-operacionales, en que la psiquiatría puede basarse, el psicoanálisis tiene méritos modelísticos que a nuestro juicio lo acercan notablemente al que correspondió a otras

teorías en determinados momentos históricos, como las primitivas teorías atómicas en química, por ejemplo. Igual aptitud explicativa, igual capacidad predictiva, igual problemática semántica; son realmente muchos los puntos de analogía.

Por consiguiente, creemos que en el caso de la acción terapéutica es conveniente e indispensable que una de las fuentes científicas presupuesta esté constituida por el psicoanálisis, complementada por una adecuada discusión lógica, empírica y epistemológica de sus teorías.

Sin olvidar, claro está, que el objetivo último de la acción terapéutica es curar, no aplicar a toda costa los cánones de teorías favoritas. Sin olvidar también que el psicoanálisis no es el único campo científico forzoso que debe conocer y aplicar un psicoterapeuta.

Notas

[1] Uno de los mejores ejemplos es el de la energía atómica, consecuencia directa de tres investigaciones de alto nivel lógico y de complicadas consecuencias epistemológicas, como la teoría de la relatividad, la teoría de los cuantos y la teoría de las partículas elementales. No está de más recordar que el desprecio de los nazis hacia las investigaciones teóricas como la teoría de la relatividad —a la que motejaron de "conspiración judía contra la física alemana destinada a evitar que esta tuviera eficacia tecnológica"— produjo un éxodo a los pragmáticos y tecnológicos Estados Unidos, que de este modo fueron los que tuvieron energía (y bomba) atómica primero.

[2] Los interesados en conocer algunos de los aspectos lógicos y epistemológicos de la moderna teoría de la acción pueden consultar, a modo de ejemplo, los interesantísimos artículos de la compilación de Nicholas Rescher *The Logic of decision and action,* Pittsburgh, 1966, especialmente las artículos de Von Wright y del propio Rescher. En un plano más tradicional pero empleando los recursos del análisis filosófico de Oxford, véase *La conducta humana* de John Hospers, Madrid, Tecnos, 1964.

[3] Como suele decirse en la jerga lingüística contemporánea de orientación chomskiana, lo esencial en el caso de la lógica es la competencia más que la erudición o el conocimiento explícito. Indudablemente la competencia puede ser grande sin que se tenga conocimiento académico de la lógica —como se puede tener competencia lingüística sin ser experto en gramática. Pero para planificar la adquisición de la competencia no está de más cierta preocupación —al menos en un nivel básico— por los problemas de la definición, la deducción y la prueba.

[4] La denominación de "divergente", para las lógicas que niegan o alteran las leyes o reglas tradicionales —algunas de ellas al menos— es extraída del excelente texto de Susan Haack, *Lógicas divergentes,* en el que el lector podrá encontrar

referencias a las peculiaridades formales y filosóficas de tales lógicas (Madrid, Editorial Paraninfo, 1980).

[5] Por ejemplo, en "El método hipotético deductivo y la lógica", Universidad Nacional de La Plata, 1971.

[6] Véase nuestro artículo "Problemas de la metodología de la ciencia", *Revista de Psicoanálisis,* tomo XXXVII n. 6, 1980, pp. 1333-1343. [Y en este libro, Volumen II, p. 7.]

[7] Véase desde este punto de vista el clásico *La lógica de la investigación científica*, de Karl Popper, Madrid, Tecnos, 1962.

[8] En este sentido, no compartimos el punto de vista negativo de Ernst Nagel en su conocido artículo "Methodological Issues In Psychoanalytic Theory", en el Symposium editado por Sidney Hook. Grove Press, Londres, 1959.

[9] En *Introducción al narcisismo*, 1914.

Etología y psicoanálisis

[MESA REDONDA]*

Introducción, *por* A. J. BEKERMAN

Quisiera comenzar esta Mesa Redonda explicitando la historia de cómo se fue generando y el sentido que tiene para nosotros el realizarla.

La Mesa Redonda es organizada por la cátedra de biología de esta facultad. Los docentes de la cátedra somos psicoanalistas, surge entonces la cuestión de cómo es que hay psicoanalistas que están enseñando una materia que es biología. La razón es que somos un grupo de psicoanalistas interesados en el tema de la relación entre conocimientos biológicos y conocimientos psicoanalíticos. A nuestro modo de ver tal relación tiene que encararse entre tópicos específicos, tanto de orden biológico como de orden psicoanalítico. Es decir, no se trata –desde nuestro punto de vista– de relacionar toda la biología con todo el psicoanálisis, sino de buscar el modo específico en que en ciertos y determinados temas se da la relación entre conocimientos biológicos y conocimientos psicoanalíticos. Por ejemplo, es pertinente el estudio, la comparación, la articulación, entre las investigaciones de tipo psicofisiológico acerca de los fenómenos de dormir y soñar con la teoría psicoanalítica de los sueños, así como también la angustia es un tema que puede ser encarado desde el psicoanálisis y la fisiología.

Este es el marco en el que hemos organizado, este año, el ciclo de actividades relacionado con la etología. Nuestra idea es que se puede decir con bastante seguridad que, tal como están las cosas hoy en día, un psicoanalista interesado por los fundamentos teóricos de su práctica no debería desconocer los resultados de las investigaciones etológicas. Particularmente, espero que esta Mesa Redonda pueda dar pruebas de ello.

Además, el hecho de haber organizado estas actividades en relación con la etología obedece también a razones del momento. La más importante

* De la misma participaron, entre otros, T. Gioia; A. Kacelnik; G. Klimovsky, y fue coordinada por A. J. Bekerman. Realizada en la Facultad de Psicología de la Universidad del Salvador el 22 de agosto de 1980. Cada panelista organizó su contribución al texto tomando como base la versión grabada del evento. Es reproducción parcial de la publicación que fuera editada en la *Revista Argentina de Psicología* nº 32, año XIII, julio de 1982. Publicación de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.

de ellas es la presencia en Buenos Aires del Dr. Kacelnik, un etólogo argentino que ha trabajado en Inglaterra y dentro de poco tiempo lo hará en Holanda. Su presencia entre nosotros ha galvanizado una importante actividad de distintos grupos de psicoanalistas interesados en la etología.
[...]
Para terminar esta introducción quisiera transmitirles una reflexión. Partamos de una pregunta muy general. ¿Por qué una persona se comporta como lo hace? Creo que es un tipo de pregunta donde se sabe de antemano que la respuesta es difícil y complicada. El psicoanálisis y la etología aparecen como dos intentos del pensamiento científico para salir al cruce de tal pregunta. Pero es bueno puntualizar que ambas son disciplinas muy jóvenes desde el punto de vista de la historia de las ciencias: el psicoanálisis tiene 80 años y la etología prácticamente la mitad. Uno puede imaginar que un historiador de la ciencia del futuro probablemente diga con respecto a nuestra época que en 1980 las posibles respuestas científicas a la pregunta de por qué un ser humano se comporta como lo hace estaban todavía en un estadio sumamente rudimentario.

A. KACELNIK

El punto de vista etológico

Quiero empezar por prevenir a los miembros del público que corren el riesgo de caer en un error: el hecho de que yo sea el único etólogo en los alrededores, al menos en este panel, no implica que la etología tenga una sola voz, una voz homogénea. No voy a intentar dar posiciones ecuménicas aquí, como si representase las ideas del conjunto de los etólogos. Voy a hablar de las mías o las de aquellos pensadores con quienes comparto mis ideas, pero tengan presente que la etología hoy día está casi, no diría igualmente, pero casi tan fraccionada en el plano teórico como lo está el psicoanálisis.

Hecha esta aclaración, quisiera seguir con una segunda reflexión sobre el carácter de esta Mesa y del intento que estamos haciendo. En otro contexto, créanme que en un contexto posible, esta Mesa pudo haber tenido un título disyuntivo, un título como: "Etología *o* Psicoanálisis". La razón para esa posibilidad —que no ha ocurrido afortunadamente en este caso— es que un buen número de etólogos (creo que ocurre lo mismo con los psicoanalistas) considera que un futuro desarrollo o crecimiento de la etología tiende o tenderá en algún momento a englobar los temas que hoy día pertenecen al campo, al territorio —para empezar a usar términos etológicos—, de los estudios psicoanalíticos.

Es común la concepción de que el objeto de estudio de la etología

y del psicoanálisis es el mismo, y que en realidad son dos perspectivas para el estudio de un mismo fenómeno. Será confirmado después, pero creo que ninguno de los miembros de este panel coincide con esta posición, a la que sin embargo menciono por estar muy difundida entre los etólogos anglosajones. Creo firmemente en la especificidad de ambos campos de estudio, creo en la independencia futura de ambos campos, aun cuando tengan enormes posibilidades de enriquecimiento mutuo y, digamos, de interfecundarse con ideas, teorías e incluso información.

El objeto de estudio de la etología

Voy a hacer un intento de describir, porque sé que es un tema menos conocido, qué entendemos por objeto de estudio de la etología. Probablemente hubiese sido más difícil, creo que lo va a ser, tratar de definir en términos precisos el objeto de estudio del psicoanálisis. Más difícil porque desde ese punto de vista la etología me da la sensación de ser más monolítica hoy en día, que el campo de la teoría psicoanalítica. Es decir, los etólogos difieren en la naturaleza de sus teorías pero coinciden respecto a cuál es su objeto de estudio, mientras que es mi sensación que no ocurre lo mismo en el campo del psicoanálisis.

¿Cuál es el objeto de estudio de la etología? La definición del objeto de estudio de la etología es una de las pocas y sólidas afirmaciones que conservamos enteramente vigentes desde las contribuciones de los etólogos clásicos. Cuando hablo de los etólogos clásicos me refiero fundamentalmente a la contribución de dos personas, Niko Tinbergen y Konrad Lorenz. En el año 1951, N. Tinbergen[1] realiza la primera formalización de las áreas y de los objetos de estudio de la etología, esta disciplina relativamente nueva. Cuando definió estos objetos de estudio lo hizo, como se suele hacer normalmente, en relación a las escuelas de estudio del comportamiento animal con las cuales entraba en conflicto en ese momento histórico, en particular con la otra escuela dominante que era el conductismo, de raíz fundamentalmente norteamericana, con la cual las discrepancias eran máximas. Tinbergen comenzó por describir cuatro áreas fundamentales de estudio de la etología: el etograma, el desarrollo ontogenético, las causas próximas y las causas finales del comportamiento. Las revisaremos en este orden.

El etograma es el estudio descriptivo del comportamiento. Hoy uno diría que hay muy poco que agregar al respecto. Simplemente él

decía que el primer trabajo que un etólogo debe hacer es ir al campo y ver qué es lo que los animales hacen. Y creo que lo consideraba primero no solo en orden cronológico, sino en importancia.

Parece trivial decirle a un estudioso del comportamiento que lo que tiene que hacer es mirar qué hacen los animales, sin embargo no lo era, ni lo es cuando se ve esta propuesta en el contexto histórico en el cual se daba, de conflicto con la psicología animal comparada o la psicología experimental de raíz conductista. Los animales eran vistos exclusivamente como modelos presuntamente simplificados del comportamiento humano y se tendía a estudiar el comportamiento animal en condiciones absolutamente arbitrarias, destinadas a comprender algunos aspectos moleculares, elementos del comportamiento humano que supuestamente podían entenderse mejor disecándolos y poniendo un pedacito de ellos en cada especie, en cada diseño experimental, para ir en algún imaginario futuro lejano coordinando el rompecabezas y terminar entendiendo cómo es que se comportan los hombres a partir de muchas formas de laberintos y muchas formas de jaulas de Skinner[2].

El segundo objeto de estudio que definía Tinbergen se refería al *origen ontogenético* de los comportamientos, esto es al *desarrollo* individual. Él decía que si nosotros observamos un comportamiento dado, por ejemplo un comportamiento de cortejo en una especie de aves, una de las preguntas fundamentales que tenemos que hacernos es cómo adquiere cada individuo la capacidad para desarrollar este tipo de comportamiento, cuál es la historia en el individuo del comportamiento que estamos observando, qué contribución hacen los genes, el aprendizaje, etcétera. No voy a entrar aquí, por razones de tiempo, a discutir esto, pero en general, es un problema que se enmarca fundamentalmente en la cuestión de los conflictos teóricos existentes entre el innatismo y el ambientalismo extremo.

Por último, con respecto a las *causas próximas y a las finales del comportamiento,* Tinbergen definía dos motivos u objetos de estudio adicionales en etología que pueden sintetizarse en la idea de dos formas de respuestas a la pregunta: ¿por qué hace el animal aquello que le vemos hacer?

La primera forma de responder es inherente a las causas próximas o inmediatas del comportamiento animal, y como buen zoólogo cuando digo animal estoy incluyendo a todas las especies animales, incluyendo la de quien está hablando. El estudio de estas causas próximas del comportamiento, o estudio "causal" del comportamiento animal, tampoco es una entidad uniforme, puesto que se pueden encontrar causas inmediatas del comportamiento animal en distintos niveles de análisis, como cuando hablamos de generación de tendencias motivacionales para comportamientos determinados, de factores internos que los condicionan de las nociones de "drive" o su aproximada traducción como pulsión, de la idea de mecanismos liberadores innatos, o de la idea de niveles hormonales controlando el umbral de descarga de distintas conductas.

Finalmente, la forma alternativa de responder a la pregunta planteada se refiere a lo que en etología se llama el estudio "funcional" del comportamiento, vale decir el estudio del valor adaptativo de cada una de las conductas que se observa. Aquí tenemos que hacer una salvedad, porque estos términos aunque parecen de uso y conocimiento común son sin embargo términos altamente específicos que han motivado buen número de polémicas entre biólogos, y siguen motivándolas. Creo que es importante aclarar que el sentido del uso de los términos "valor adaptativo" o "función" de un comportamiento está enteramente condicionado por el tipo de teoría evolutiva al que cada autor suscribe. Esto es, cuando se dice que un comportamiento dado es adaptativo, implícitamente lo que se está diciendo (aunque no en todos los casos esto fue claro a quienes lo afirmaban) es que el comportamiento es favorable al individuo en el seno del proceso evolutivo en que está inmerso. Es decir, de alguna manera tiende a favorecer la supervivencia y la reproducción del individuo que muestra esa adaptación en particular.

Con respecto a la *selección natural y comportamiento,* como ustedes saben, la forma dominante del pensamiento evolutivo actual entre los zoólogos es el pensamiento darwinista. Por dominante no quiero decir único, pero sí abrumadoramente dominante en todo el mundo zoológico.[3]

Ha habido y sigue habiendo distintos intentos de buscar orígenes neolamarckianos a diferentes aspectos del comportamiento, pero por el momento no hay ninguna producción de información o evidencia consistente que hagan dudar que el modelo darwinista de evolución es efectivamente el que explica más fenómenos biológicos.

Me parece que la importancia de dejar clara esta noción de la diferencia entre explicaciones "causales" y "funcionales" justifica insistir un poquito más. Imaginemos que nosotros le preguntamos a un individuo que está inmerso en la búsqueda de satisfacción sexual cuál es la razón de su comportamiento. Con toda seguridad el individuo dirá o diría si estuviese correctamente informado, que lo que está haciendo es tratar de satisfacer sus deseos y seguramente hablaría

de sus pulsiones o de cualquier otro tipo de factor interno que, de alguna manera, energiza su comportamiento. Este tipo de explicación, al servicio de la satisfacción de las propias tendencias internas, es lo que nosotros llamamos "explicaciones causales". Esto no contesta la cuestión de por qué el animal o nuestro individuo desea aquello que desea, es decir por qué el sistema motivacional del animal está organizado de la forma que está, de tal modo que aquello que causa placer, lo que energiza el comportamiento, es buscar esa forma de satisfacción sexual, en lugar de tener como objetivo fundamental en la vida remontar barriletes u otra actividad relativamente neutra desde el punto de vista de la eficacia reproductiva. Creo que la explicación de por qué el sistema motivacional de un individuo está conformado como está, hay que buscarla en el proceso evolutivo: si existiesen organismos de la misma especie que difieren por causas genéticas (hereditarias) en la estructura de su sistema de pulsiones o motivaciones de tal modo que el de uno de los individuos lo hace más proclive a usar su tiempò en una actividad cualquiera distinta, en el curso de muy pocas generaciones lo más común en la población sería la presencia de individuos que poseen el sistema motivacional más proclive a la reproducción.

Que quede claro que ambos niveles de análisis incluyen aspectos teleonómicos, es decir, podemos hablar de "objetivos" del comportamiento tanto en plano del análisis causal como en el análisis evolutivo o de la historia filogenética del comportamiento. Pero son dos teleonomías distintas: el animal tiene el sistema motivacional que lo caracteriza como consecuencia de haber sido seleccionado así en el curso de la evolución filogenética de la especie, pero cuando el animal está actuando no hay ninguna razón para esperar que sea conciente de los objetivos evolutivos de su comportamiento; simplemente está respondiendo al sistema motivacional del cual está imbuido.

Tres propuestas para la cooperación: Ahora bien, una vez discutido el objeto de la actividad etológica queda por preguntarse cuáles son las posibles vías de cooperación entre las dos disciplinas que están representadas en este panel. Yo pensé una organización absolutamente arbitraria del tipo de cooperación que podemos tener bajo tres grandes títulos. Ellos serían: Consultoría, Colaboración metodológica e Interacción teórica.

Consultoría: en el plano de la consultoría lo que quiero implicar es lo siguiente: uno lee con mucha frecuencia en textos psicoanalíticos y escucha también con frecuencia a analistas (a menudo causan

gran estupor) hacer afirmaciones que suponen conocimientos biológicos, en muchos casos un conocimiento biológico que nadie tiene, como por ejemplo las afirmaciones acerca de la exclusidad del ser humano con respecto a ciertas funciones.

He escuchado hablar que el hombre es el único animal que tiene un lenguaje complejo o que tiene un lenguaje que posee ambigüedad o que es el único animal que necesita conformar una noción gestáltica de sí mismo porque no la trae en forma innata, o que es el único animal que tiene inconsciente o que tiene cultura o que es el único animal en el cual hay fenómenos de evitación del incesto o de la endogamia. He escuchado también decir que el hombre tiene algunas de las características que tiene, como la evitación del incesto, como consecuencia de un proceso lamarckiano de evolución por el que la impronta de los eventos ocurridos en las "hordas primitivas" se han ido marcando en la mente o el cerebro del hombre ancestral. Creo que sería útil, apropiado, incluso fácil, que los psicoanalistas consultaran a los biólogos antes de hacer estas afirmaciones. Este es un tipo de trabajo de cooperación que no es muy difícil, es perfectamente accesible.

En algunos casos es fácil de resolver. Si por ejemplo alguien preguntase ¿es el hombre el único animal en el que hay evitación del incesto?, uno podría contestar que no, que no es el único, que hay muchos otros que lo evitan.[4] Si uno fuese preguntando por el mecanismo de evolución lamarckiano como más probable para la historia de los comportamientos instintivos humanos, uno podría contestar que no, que no es así, que no hay razones, desde el campo biológico, para afirmar que sea así, lo que no implica que no haya razones desde otros campos para abrir juicio sobre este tipo de cuestiones.

Si a uno se le pregunta si el hombre es el único animal que utiliza engaño en su lenguaje, uno también podría contestar que no, que hay muchos otros animales que tienen un lenguaje ambiguo en el que se incluye el engaño[5]. Probablemente si la pregunta fuese si el hombre es el único animal que tiene cultura la respuesta sería que no es así, que hay muchos animales que tienen cultura y que el lenguaje de muchos animales es cultural.

Obviamente este tipo de reflexiones puede ser esterilizado por un comentario relativamente fácil, el comentario de que definido el lenguaje de tal modo que estemos hablando exclusivamente del lenguaje humano, ningún animal que no sea el hombre va a tener esa forma de lenguaje. Pero este planteo esterilizaría el diálogo de entrada y entonces tendríamos que usar otra terminología y estaríamos discutiendo una cuestión de tipo semántico.

De todos modos, más o menos esta era la idea que yo tenía por la colaboración a nivel de consultoría: hay algunas cosas de las cuales los biólogos saben y los psicoanalistas podrían enriquecer su propio plano teórico escuchando a los biólogos. Esto no implica que les crean. Es decir, es posible que venga alguien y diga: bueno, Freud dedujo una serie de conceptos a partir de su concepción lamarckiana de la historia del comportamiento humano[6]. Es posible que cuando uno responda que no pudo ser así, el psicoanalista se encoja de hombros y diga que de todos modos lo que Freud dedujo es correcto aunque usara una base biológica incorrecta. Porque uno puede hoy día decirlo, uno puede leer a Freud como si él hubiese estado hablando en términos metafóricos. Incluso no importa si es cierto o no que Freud mismo hablara en términos metafóricos concientemente o si creía hablar en términos literales.

Lo importante es que si se va a hacer esa afirmación es mejor hacerla sobre bases sólidas aun cuando uno vaya posteriormente a dejarla de lado y decir "el concepto psicoanalítico vale independientemente de que la supuesta fundamentación lógica sea incorrecta". Por lo menos habría mayor coherencia en el flujo de información.

Con toda honestidad este tipo de trabajo me parece que es el más accesible en términos inmediatos. Sin embargo a mí personalmente es el que menos me parece un desafío. Cuando vienen a preguntarle a uno si es cierto que hay animales que tienen cultura uno responde bueno, sí, claro que sí, todos los biólogos lo saben. Pero no hay ningún trabajo elaborativo, ni uno se enriquece como etólogo. Incluso no es tomado como colaborador en el plano de la teoría, simplemente da una información que pertenece al "banco de conocimientos" del área biológica. Me parece útil, me parece que hay que hacer este tipo de colaboración, pero no es una vía por la cual yo vea una extraordinaria posibilidad de enriquecimiento al menos para los etólogos que participamos de ella, lo que no implica escapar al compromiso: hay que hacerlo, me parece correcto hacerlo, y debemos emprender este trabajo.

Cooperación metodológica: La segunda cuestión, el segundo título bajo el cual yo pensaba definir las áreas de cooperación era en lo relativo al método. Esto es más directo y me parece menos controvertible como veremcs después. Me refiero al hecho que los etólogos estamos acostumbrados, tenemos una vasta experiencia en entender el comportamiento, los objetivos del comportamiento de seres con los que el canal lingüístico está vedado.

Los etólogos tienen experiencia en entender el comportamiento de animales con los cuales no se pueden utilizar sin caer en muy serios errores y graves simplificaciones, extrapolaciones antropomórficas ilimitadas. Se puede hacer algún tipo de antropomorfismo y puede ser válido, pero ha llevado a grandes errores. Hay ejemplos muy importantes en el trabajo de Lorenz, donde ha utilizado el pensamiento antropomórfico en un nivel no justificado ni por las observaciones ni por la teoría[7].

Esta experiencia metodológica puede ser utilizada en el análisis del comportamiento humano precisamente en aquellas situaciones donde el canal lingüístico no es accesible. Un ejemplo es el caso de los lactantes. Un vasto campo dentro del psicoanálisis especula sobre lo que el niño está sintiendo o el objetivo de su comportarniento o el mecanismo que lo libera, especulaciones basadas casi exclusivamente en reconstruir la supuesta estructura motivacional de esos niños a partir de lo observado en adultos.

Bien, la etología puede servir para constatar si eso es así o no, incluso para producir información nueva, debido a que tiene experiencia en mirar cómo se organiza el comportamiento de seres que no pueden contar lo que sienten. Estos razonamientos se pueden extender a condiciones psicopatológicas extremas como el autismo o ciertas esquizofrenias.

Esta contribución metodológica ha sido difundida en trabajos como los de John Bowlby, que es bastante conocido en este ambiente, sobre el desarrollo del vínculo materno-infantil[8], los de Tinbergen, quien en los últimos años ha estado trabajando en el problema del autismo con una perspectiva etológica[9]. Se puede consultar también a Blurton Jones[10] y Robert Hinde[11]. Este último sobre las estructuras de las relaciones infantiles y las fuentes de variación en las causas de psicopatología infantil a partir de primeras experiencias en el curso de la vida de los niños.

Sin embargo, tengo la sensación de que este campo ha sufrido una pobreza en alguna forma simétrica al título anterior: los etólogos que han trabajado en el comportamiento humano utilizando el método etológico no han sido cuidadosos en tratar de incorporar los desarrollos técnicos ni la riqueza conceptual que podía darles el psicoanálisis a partir de sus exploraciones de la mente humana en los casos en que el canal lingüístico sí es accesible. Me da la sensación, que una cosa es que se pueda utilizar el método surgido del estudio de animales no humanos para mirar ciertas condiciones humanas, pero otra cosa muy distinta es decir que un ser humano que no habla es equivalente o que se agota su comprensión en el tipo de teorías que utilizamos para interpretar el comportamiento animal.

Interacción teórica: el tercer título sobre el que me detendría a hablar un poquito es el que se refiere a la posibilidad de interacción en el plano teórico. Este es el tema sobre el que todo el mundo, no solo yo, sabe menos, es el tema sobre el que menos se ha trabajado. No hay en realidad mayores intentos de entrecruzamiento teórico reciente, es decir, en los últimos 10 o 15 años —en los que tanto ha cambiado la etología—, y por eso a mí me parece mucho un desafío. Me parece que bien vale la pena que emprendamos la tarea aun con riesgo de equivocarnos otra vez y volver a equivocarnos.

Yo veo dos formas fundamentales de interacción posible en el plano de la teoría, que responden a las dos grandes formas de atacar la pregunta de porqué un ser se comporta como se comporta: las explicaciones de tipo causal y las de tipo evolutivo. En el plano de las explicaciones causales, se dice de los "mecanismos" del comportamiento, me estoy refiriendo a qué es lo que determina el funcionamiento de individuos actuantes, individuos que tienen objetivos, que han sido moldeados por el curso de la evolución filogenética y que pueden ser cambiados en su historia ontogenética. En este plano me parece interesante —y esto les traerá a la memoria el concepto de *imprinting* que ha sido bastante difundido, la noción de que hay ciertos períodos del desarrollo que son especialmente sensibles o apropiados para el aprendizaje de ciertos comportamientos, para la conformación de ciertas estructuras emocionales o cognitivas.

La etología ha desarrollado en el último par de años algunos conceptos sobre cuándo y por qué debemos esperar que esos períodos sensibles existan. El más común de los períodos sensitivos al que ustedes están habituados es el *imprinting filial*, mecanismo por el cual una joven cría es capaz de formar una imagen materna o paterna a partir del nacimiento.

Hay grandes controversias sobre las características y detalles de este proceso, pero sabemos que el período sensitivo con toda certeza tiene lugar, y probablemente vaya a ser recordado como la principal contribución de Lorenz que permanece vigente hoy día. La noción de período sensitivo, ha sido modificada y enriquecida con el descubrimiento de períodos para formas distintas de *imprinting*, como el *imprinting sexual* o el *imprinting paternal*, este último mostrando una forma de identificación inversa a la que había descrito Lorenz inicialmente[12].

Con el *imprintig sexual* lo que ocurre es que un organismo sexualmente inmaduro identifica al tipo de congénere que va a constituir el objeto ideal de apareamiento. Se ha conseguido comenzar a

hacer un cierto tipo de trabajo teórico sobre cuáles son las razones para esperar que estos períodos sensitivos ocurran en distintos momentos del desarrollo ontogenético del organismo, cuando "deben" ocurrir[13]. Por ejemplo se afirma que el *imprinting sexual* (conformación de la imagen de un objeto sexual apropiado) no debe ocurrir antes que el organismo y los miembros del grupo de la misma edad alcancen un desarrollo de los caracteres sexuales secundarios que permita identificar el aspecto adulto de las posibles parejas sexuales.

Este tipo de noción puede servir de modelo no simplemente para aplicarlo suponiendo *a priori* que debe existir en la especie humana (como en gran medida se ha hecho hasta el momento, afirmando que el bebé necesita contacto con su madre en las primeras horas de vida, o estar en contacto con el pecho, con el vientre, con la piel; simplemente se generaliza la experiencia de los pollitos de gansos), sino para usar el modelo teórico e ir probablemente desde el psiconálisis a buscar la confirmación de la presencia en seres humanos de períodos sensitivos conocidos en otras especies de vertebrados. Todos sabemos muy bien que la vieja ilusión del empirismo extremo es que el científico funciona exclusivamente describiendo y retratando en forma fotográfica aquello que pasa delante de sus ojos, no es una ilusión popular entre los científicos de hoy. Tenemos nuestros modelos de selección, tenemos nuestros modelos de búsqueda, y tendemos a ver aquello que estamos preparados para ver. Es decir, tenemos conceptos teóricos que de alguna manera conforman la percepción de información y mucho más en disciplinas del tipo del psicoanálisis. En consecuencia, podría ser útil tomar ese tipo de ideas y utilizarlas de modelo para ir a explorar su presencia o ausencia en el ser humano y si las edades a las cuales se determinan los momentos del desarrollo en los cuales esto ocurre están de alguna manera relacionadas con las que predice la teoría etológica.

El último punto que quiero mencionar se refiere no al análisis causal del comportamiento, no a los mecanismos comportamentales, sino a los aspectos funcionales, a los problemas evolutivos.

Ya dije un poco al respecto cuando describí la idea de análisis funcional y evolutivo, pero quisiera mencionar un ejemplo de este tipo aunque no pueda desarrollarlo ahora por razones de tiempo. Se ha discutido a fondo, por muchas disciplinas distintas, la naturaleza de las diferencias esperables en el comportamiento de hombres y mujeres. El sexo ¿determina o no diferencias en la conducta de apareamiento, de cortejo, de cuidado de la cría, etcétera?

Hemos escuchado una y otra vez este tipo de discusión y la etología

tiene algo que decir al respecto. La etología ha conseguido en los últimos diez años aproximadamente desarrollar ciertas ideas sobre cuáles son los rasgos específicos del comportamiento femenino y masculino que esperamos se presenten como universales en el conjunto de las especies animales, al menos con respecto a la historia que lo ha conformado, independientemente de que haya un alto grado de posibilidades de modificación de estos sistemas en el curso de las historias individuales. Sabemos qué debemos esperar, y esto lamentablemente tiene que permanecer en este contexto como afirmaciones no fundamentadas por evidencias —pero la evidencia existe y la podemos discutir en una segunda ronda si hay tiempo— sabemos, reitero, que hay razones teóricas para esperar una conducta más selectiva de la mujer o de la hembra de mamífero con respecto al apareamiento que el macho. Que debemos esperar que el macho se comporte frente al apareamiento intentando maximizar el número de fertilizaciones, mientras esperamos que la hembra en general intente controlar en forma muy selectiva las características de las interacciones sexuales y que sean favorecidas (por la selección natural) aquellas hembras que maximicen la "calidad" y no la cantidad de sus *partenaires*[14].

Voy a dejar aquí, porque ya he hablado bastante más de lo que habíamos acordado para cada uno, pero solamente quisiera decir que este tipo de análisis que vengo mencionando como posible, análisis de comportamientos humanos a la luz de lo que nos dice la teoría etológica, está siendo hecho por un vasto número de investigadores. En general han sido investigadores de origen etológico o antropológico y han buscado constatación de este tipo de afirmaciones en datos o informaciones provenientes de la antropología, hasta ahora con resultados bastantes más positivos que los que yo hubiese esperado cinco años atrás.

Si hay tiempo después discutiremos algunos casos particulares.

[...]

T. Gioia:

Me parece que yo podría comenzar mi aporte a esta Mesa Redonda sobre "Etología y Psicoanálisis" afirmando —como psicoanalista— que quizás uno de los objetivos fundamentales a lograr a través de la misma sería marcar algunos de los muchos aportes que para la ciencia del psicoanálisis pueden provenir del campo de la etología en particular y creo que de la biología en general. Me parece que estos aportes que el psicoanálisis puede esperar de la etología, como decía, pueden versar sobre muchos aspectos pero principalmente sobre tres puntos

fundamentales de la teoría psicoanalítica que se encuentran actualmente en discusión y en revisión. Estos tres puntos, es decir estos tres conjuntos de hipótesis, son en realidad, distintos aspectos de la teoría analítica, y digo que no son los únicos, pero son esos tres que considero como más destacables dentro del psicoanálisis, en el sentido de estar más necesitados de ser revisados y discutidos: 1) la teoría de los instintos; 2) la hipótesis de la tendencia al cero del aparato nervioso y en consecuencia del aparato psíquico; y 3) no menos importante, la teoría evolucionista con la cual se maneja el psicoanálisis, o por lo menos —para no generalizar demasiado— muchos o la mayoría de los psicoanalistas actuales.

Comenzando por el primero, o sea la teoría de los instintos, se podría decir que la misma ha sido uno de los fundamentos principales en que se apoyó la investigación psicoanalítica desde sus comienzos, es decir desde Freud. Constituyó siempre uno de los puntos de mayor controversia y disensión.

Es evidente que el instinto no es un hecho —hablando psicológicamente— sino que es una inferencia y una abstracción. Y antes de ocuparnos específicamente del concepto de instinto en psicoanálisis, sería quizá conveniente ver qué otras acepciones tiene esta abstracción desde otros enfoques psicológicos —no etológicos—, psicológicos. En cierto punto de vista psicológico se denomina instinto a aquellas conductas o comportamientos que no requieren aprendizaje y son constantes o uniformes en una especie dada.

Otros enfoques psicológicos no consideran como instinto a la conducta en sí misma sino a ciertos elementos comunes. Consideran como instintivas conductas elementales, por ejemplo la respiración, el llanto, la risa, etcétera; en esta segunda acepción todas estas conductas implican lo que se ha dado en llamar el instinto de conservación. Está claro que estoy hablando de psicología humana, no de psicología animal. Se consideraría que toda conducta humana tiene elementos instintivos en su estructura y lo instintivo no sería una conducta que responde a estímulos exteriores sino tanto una finalidad como un estímulo interno. Otra posición, que podríamos llamar tercera posición, desde el punto de vista psicológico, es la de incluir en la hipótesis del instinto la organización o estructura biológica, especialmente neurológica, que se ha desarrollado filogenéticamente y que permite fundamentalmente en el ser humano —aparte de la vida, naturalmente— el aprendizaje, el cambio y la socialización. En este caso el instinto o lo instintivo no sería como en el caso anterior ni la finalidad ni el estímulo interno aislados, sino más bien las condiciones básicas y

materiales que permiten su existencia. Por último podemos decir que hay otra forma diferente de concebir el instinto y que es precisamente la que ha promovido y mantenido el psiconálisis, originado este punto de vista en el mismo Freud, que concebía el instinto como una fuerza o como una pulsión primaria generadora de todo fenómeno psicológico. En esta concepción freudiana el instinto es una fuerza que actúa como un estímulo interno y que se va organizando en el curso del desarrollo interactuando con las experiencias individuales que cada sujeto tiene a lo largo de su vida, siendo especialmente importantes las experiencias de la época infantil. Dejo de lado aquellas escuelas psicológicas que niegan el concepto del instinto como concepto básico o que crean que no es necesario para las explicaciones psicológicas. Podríamos preguntarnos que es lo que motivó a Freud para recurrir a esta concepción del instinto como una fuerza motivadora primaria. Creo que la respuesta está en que buscaba una teoría en qué basar o fundar su concepción dinámica del fenómeno psicológico. Concepción dinámica significa que lo importante y determinante para el fenómeno psicológico normal o patológico es el concepto de conflicto. En ese sentido, buscando algo que diese unidad y continuidad a todo fenómeno, tanto normal como patológico, lo desarrolló en la concepción mecanicista imperante entonces en las ciencias de la naturaleza que sostenía los conceptos de fuerza y energía pero concibiéndolos como existentes en sí mismos y agentes externos responsables de múltiples fenómenos como el movimiento, el calor.

Quizá convendría en este punto efectuar —a modo de recordatorio— una breve síntesis de la evolución de la teoría instintiva de Freud, lo que nos puede dar una idea de lo conflictiva que para el mismo Freud era su propia teoría instintiva, y por otra parte de la importancia que tiene para otros aspectos de la teoría psicoanalítica que Freud tomase un tipo de teoría instintiva u otro. Creo que es posible sostener que pueden distinguirse básicamente tres períodos en las sucesivas formulaciones que de su teoría pulsional hace Freud a lo largo de su obra. No son etapas cronológicas totalmente separadas, sino más bien momentos del pensamiento freudiano cuyos contenidos conceptuales con frecuencia vuelven sobre sí mismos y son retomados y reelaborados posteriormente. Además puede ser oportuno recalcar que por grandes que fueran a veces las diferencias en las formulaciones teóricas de cada una de estas etapas, siempre tuvieron en común, por parte de Freud, la necesidad de insistir en la dualidad fundamental de su conceptualización. En la primera formulación que se mantiene —podemos fijar como fecha arbitraria desde 1905 hasta 1914— Freud

diferencia paulatinamente las pulsiones sexuales de las pulsiones del Yo. Las primeras reconocen como principio fundante los intereses de la especie y las segundas los intereses del individuo. La relación entre los dos tipos de pulsiones se establece a través de la noción de apoyo. Las pulsiones sexuales, en un principio, toman los cuatro elementos que caracterizan el concepto de pulsión, o sea: la presión, la fuente, el fin y el objeto, de las pulsiones de conservación. Esta concepción permanece invariable para el primero de dichos elementos, pero pronto cambia para los otros tres. En efecto, mientras que la fuente, el fin, y el objeto de las pulsiones de autoconservación siguen siendo las mismas, en cambio sufren un amplio desplazamiento en el caso de las pulsiones sexuales. Si tomamos como ejemplo la oralidad veremos que para la pulsión vital el fin continúa siendo siempre la saciedad por medio de la ingestión. La fuente, la sensación de hambre, provocada por procesos metabólicos físico-químicos, y el objeto, el pecho materno, o con más precisión la leche. En cambio para la pulsión oral, el fin pasará a ser el placer el chupeteo, la fuente el estímulo de la zona erógena bucal, y el objeto será el elemento más contingente, puede ser el pecho, el dedo o los mismos labios del bebé. En esta etapa de la teoría pulsional los elementos fundamentales para la diferenciación de las pulsiones son la fuente y el fin. La fuente diferencia los componentes parciales de la pulsión sexual mientras que el fin distingue las pulsiones de autoconservación de las sexuales. En esta concepción y en consecuencia, el conflicto básico motivador de las neurosis se daba entre el Yo por una parte y la sexualidad o las pulsiones sexuales por la otra. El Yo era considerado como el conjunto predominante en el individuo, de representaciones o ideas que son incompatibles con las representaciones ligadas a la pulsión sexual y que por lo tanto al entrar en colisión con estas fuerzan su represión. Complementariamente, el concepto de lo sexual abarca el conjunto de representaciones incompatibles con el Yo precisamente por estar activadas por las pulsiones sexuales. Es interesante remarcar que en esta primera etapa de la teoría pulsional no hay lugar para la concepción de una pulsión agresiva autónoma. La agresividad no es más que un componente de la sexualidad, aquel que precisamente le presta su peculiaridad de activa a la pulsión sexual, lo que le otorga a esta un carácter de masculino, tanto en el hombre como en la mujer. En este enfoque el sadismo es siempre primario y el masoquismo solo puede entenderse como un estado secundario en que el sadismo es vuelto contra el propio sujeto y así toma el lugar del objeto sexual. La segunda etapa en la evolución de la teoría instintiva se inicia en 1914 con la

introducción del concepto de Narcisismo. La pulsión sexual se divide en dos categorías: libido narcisista, si el objeto es el propio Yo y si lo es una representación de objeto se tratará de libido objetal. La oposición anterior entre pulsiones yoicas y sexuales no desaparece, pero ahora las pulsiones yoicas incluirán dos diferentes elementos: las pulsiones de autoconservación y la pulsión sexual narcisista. El conflicto fundamental se dirime ahora entre la libido narcisista, aliada a las funciones del Yo que, interesada en preservar la integridad de este, fuerza la represión de las representaciones ligadas a la pulsión sexual y por lo tanto intenta limitar la actividad de la libido objetal a lo inconsciente.

Otra consecuencia teórica muy importante que engendra este enfoque es la conceptualización de la agresión. Vimos anteriormente que esta era un componente parcial de toda pulsión, en cambio, ahora tiene un origen totalmente diferente surgiendo en relación con las pulsiones yoicas. Podemos ver así en esta teoría que a diferencia de lo que ocurría en la anterior, que los elementos de la pulsión que se hacían más relevantes eran la fuente y el fin, el elemento pulsional que pasa aquí a primer plano es el objeto, el objeto exterior y su representante psíquico para la libido objetal, el interés yoico y la agresividad, y por otra parte el Yo para la libido narcisista. Pero es precisamente el problema del origen de la agresividad uno de los fundamentales determinantes de la necesidad de Freud de hacer un nuevo cambio y formular la tercera teoría de las pulsiones en 1920. Abandona el concepto de pulsión yoica independiente y conceptualiza la agresión como totalmente autónoma en su origen y opuesta tanto a la pulsión sexual como a las anteriormente llamadas pulsiones o intereses del Yo. Se constituye así una nueva teoría instintiva dualista: instintos sexuales por un lado y destructivos por el otro cuya diferenciación está fundada exclusivamente en su fin. La fuente y el objeto pierden la importancia que tenían respectivamente en la primera y segunda teoría pulsionales. Además esta teoría incluye una segunda hipótesis: suponer que estos instintos se originan a su vez y respectivamente en dos entidades primarias que van más allá de lo psicológico para transformarse en principios rectores universales y abarcativos de lo sociológico, biológico, inorgánico y hasta cósmico y mítico. Estas dos entidades primarias son los así llamados instintos de vida y de muerte. A diferencia de las teorías anteriores donde el sadismo era primario y el masoquismo siempre secundario, ahora esta idea se invierte: el masoquismo es siempre primario y el sadismo secundario por deflexión del instinto de muerte hacia afuera. Algo semejante ocurre

con el narcisismo: este ya no es primario solo sexualmente y secundario a la relación no libidinal con el objeto. Es primario de entrada, resultado de la acción directa del instinto de vida en el interior del individuo. Lo que llevó a Freud a plantear esta última teoría de la dualidad instintiva vida-muerte con su concepción independiente de la agresividad y de la destructividad son dos fenómenos: uno es precisamente explicar el origen de la agresividad destructiva, y el otro, el explicar un hecho clínico, la compulsión a repetir.

Podemos ver entonces cómo en la concepción freudiana el instinto tiene un carácter elementalista. Esta concepción freudiana del instinto y su importancia para la explicación de la conducta humana ha sufrido algunas variaciones introducidas por sus seguidores, especialmente de la escuela inglesa y específicamente por Melanie Klein y sus discípulos. En ese sentido cabría señalar que esa última autora desarrollando la teoría freudiana y en especial la instintiva, por una parte ha continuado con la concepción freudiana del instinto-impulso como un elemento determinante de la conducta pero al mismo tiempo introduce una concepción gestáltica, en el estudio clínico del fenómeno psicológico.

Esto es así en la medida en que para ella toda conducta o todo fenómeno psicológico es o puede ser considerado como una estructura compleja y unitaria integrada por el Yo o una parte del Yo, un objeto o parte de un objeto, un vínculo entre ambos, o sea una relación objetal, ansiedades —despertadas por este vínculo— y defensas específicas. Repito, acá se ve una contradicción teórica, entre por un lado mantener el instinto como fuerza motivadora elemental de la conducta, y por otro lado desarrollar la teoría de las relaciones objetales y en consecuencia el carácter estructural de la conducta y del hecho psicológico. Es esta contradicción, yo creo, la que ha abierto el camino para el replanteo de la teoría psicoanalítica del instinto.

Este replanteo ha sido iniciado hace ya bastante tiempo en la escuela argentina, especialmente por obra de los Dres. Enrique Pichon Rivière y José Bleger. Ellos han puntualizado con bastante claridad que, cuando en psicoanálisis se utilizan a los instintos para explicar la conducta se superpone en forma indebida instinto con motivación. Citando a Bleger diríamos: "El motivo de una conducta (su causa), es siempre un conjunto de factores (sucesos humanos) presentes, es decir, la situación que rige en el momento en que aparece el efecto (conducta). Una conducta dada no se explica recurriendo al instinto. Que haya una organización biológica que posibilite la agresión, ello no explica porqué un sujeto A es agresivo precisamente en un momento

dado". En otras palabras, con esto no se niega la existencia de fuerzas o pulsiones instintivas, pero sostiene que las mismas son consecuencia de la estructura total de la conducta o sea del campo de conducta estructurado en cada momento. Nuevamente en palabras de Bleger: "La fuerza o la pulsión no originan la relación objetal ni la conducta, sino que derivan de las mismas". Podríamos acá agregar que un hecho clínico observable, la compulsión a repetir, fue uno de los hechos fundamentales en los que Freud basó su concepción del instinto de muerte, pero, y siguiendo a los autores citados, podríamos sostener que lo que realmente se describe con el concepto de compulsión a repetir es una de las tantas vicisitudes del aprendizaje.

Otro punto interesante a revisar es precisamente el de la teoría de la libido. Sin embargo, se debe tener en cuenta que aun en el caso de que haya que abandonarla, es menester decir en justicia que en su momento fue una hipótesis extraordinariamente fructífera y con una función en el pensamiento científico psicoanalítico similar a la que en otros campos científicos le tocó desempeñar a la hipótesis del flogisto. Quizá sea más adecuado decir que las etapas del desarrollo libidinal son en realidad fases del desarrollo total de la personalidad y que es muy discutible desde el punto de vista de la fisiología contemporánea la idea de que haya diversas zonas del organismo que sean una fuente de libido. Por ejemplo podemos decir que en realidad el niño no succiona con la boca porque en ella se haya localizado la libido, sino porque desde el punto de vista instintivo y estructural es la parte del organismo que llena la necesidad de ese momento en cuestión. Pero así podemos decir que el tipo de relación objetal que haya en ese momento es el que determinará el carácter libidinoso o no de la experiencia. Según palabras de Bleger, "los instintos parciales no son instintos ni parciales, sino formaciones de núcleos del Yo en función de distintas experiencias con partes diferentes de cuerpo (cuerpo-espacio), que paulatinamente se irán integrando entre sí (maduración)".

Para terminar con este punto acerca de la relación entre el instinto y la conducta humana o el hecho psicológico, me voy a permitir hacerles una reseña de mi opinión personal. Yo pienso que toda conducta es un resultado social en la medida en que según Klein, esta compleja estructura que es la conducta incluye siempre un Yo, un objeto, un vínculo entre ambos, ansiedades y defensas específicas. Pero por otra parte también toda conducta o todo hecho psicológico que la sustenta también incluye una serie de elementos constantes y uniformes para la especie dada, en este caso la humana, pautas que son la expresión de las posibilidades alcanzadas por la estructura de su organización biológica. Creo que es en esta dirección aquella en la cual el psicoanálisis puede recibir importantísimos aportes de la etología.

Bueno, ahora pasamos al segundo punto que de comienzo habíamos dicho que era digno de ser revisado y discutido. O sea la hipótesis de la tendencia al cero del aparato nervioso y en consecuencia del aparato psíquico. Este postulado básico de Freud aparece enunciado en el año 1918 (*Historia de una neurosis infantil*, Standard Edition, Vol. 17, p. 120. Todas las citas de la S.E. corresponden al volumen del mismo número en la edición castellana de Amorrortu, Buenos Aires, 1976). "[...] Es de naturaleza biológica, hace uso del concepto de 'propósito' (o quizá de aptitud) y dice lo siguiente: el sistema nervioso es un aparato que tiene la función de librarse de los estímulos que llegan a él, o de reducirlos al mínimo nivel posible; o al cual si fuera posible se mantendría en una situación de total ausencia de estímulos". Más adelante Freud lo extiende a lo psicológico en 1920 (*Más allá del principio del placer*, *S.E.*, 18, pp. 55-6), "La tendencia dominante de la vida mental, y quizás de la vida nerviosa en general, es el esfuerzo para reducir, mantener constante o eliminar la tensión interna debido a los estímulos. (El "principio de nirvana", para tomar prestado un término de Bárbara Low) una tendencia que se expresa en el principio del placer; y nuestro reconocimiento de este hecho es una de nuestras más fuertes razones para creer en la existencia de instintos de muerte". Este principio básico de Freud, como se comprende, es sumamente importante en la teoría psicoanalítica en la medida en que es el fundamento esencial de sus conceptos posteriores acerca del principio de nirvana y del carácter conservador de los instintos en general y del instinto de muerte en particular, por lo cual es muy importante para la teoría psicoanalítica optar por el mantenimiento o no de su validez.

El tercer punto se refiere a la teoría evolucionista con la cual se manejó Freud y se siguen manejando muchos analistas actualmente. Si bien es cierto que Freud aludió al punto de vista evolucionista en biología, nunca discutió el concepto darwiniano de la misma, no obstante que en varias oportunidades menciona a Darwin en conexión con las ideas evolucionistas. Las más conocidas de estas se encuentran en su descripción del golpe biológico —el segundo de los tres que recibe el narcisismo humano— (1917 "Una dificultad en el psicoanálisis", *S.E.*, 17 p. 140 y lección 18 de *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, *S.E.*, 16 p. 285). La idea más aproximada a la concepción darwiniana es decir, que la evolución se realiza por mutación espontánea y selección natural la podemos encontrar en 1920 en *Más allá*

del principio del placer (S.E. 18 pp. 56-7). Se refiere al origen de la reproducción sexuada y admite que se la puede entender siguiendo "las sobrias líneas darwinianas de pensamiento" como resultado de la conservación y evolución del mecanismo de la anfimixis por las ventajas que el mismo habría podido otorgar a la conservación de la especie. Freud por otra parte siempre sostuvo la posibilidad de la herencia de los caracteres adquiridos por adaptación al medio tal como lo postula Lamarck. Esta idea encuentra apoyo cuando comprobamos que a lo largo de toda su obra Freud adhiere a la posición lamarckiana. Así en 1893 en el manuscrito B afirma que las neurosis actuales son incurables y "por acción de la herencia acarrea la ruina a toda la próxima generación", *S.E.* 1, p. 184. En 1916 y 1917 mantiene abundante correspondencia con Ferenczi y Abraham en la que les anuncia y propone escribir una obra que relacione el psicoanálisis y el lamarckismo. En esta correspondencia suscribe las ideas de Lamarck respecto a que la evolución filogenética responde a la herencia de caracteres adquiridos ontogenéticamente. Esta adquisición de caracteres adaptativos es impulsada por una "tendencia a la perfección" y por la realización de un "sentimiento interno de necesidad", conceptos lamarckianos que, según Freud, se corresponden al poder que tienen las ideas sobre el cuerpo o sea al concepto de la omnipotencia del pensamiento, la cual habría sido alguna vez una realidad. Así lo expone en una carta a Abraham del 5 de octubre de 1917. En este sentido no parece preocuparse en tomar en cuenta lo que no podía ignorar o sea que ya muchos biólogos de su época sostenían que no hay pruebas de que las células germinales puedan ser influidas por los cambios somáticos. Consecuentemente en 1920 nos dice que el desarrollo se incrementa por acción de una hipotética "presión externa" (*Más allá del principio del placer*, *S.E.* 18, p. 39). Esta posición la sostiene Freud hasta su última obra en 1939 donde afirma la determinación filogenética por herencia arcaica del sentimiento de culpa ligado al asesinato del padre primitivo. Dice: "la herencia del hombre, no solo comprende disposiciones, sino también huellas mnémicas de las vivencias de las generaciones anteriores" (*Moisés y el monoteísmo*, *S.E.*, 23, p. 101). Creo que es fácilmente comprensible la importancia que tiene este punto de vista, de ser sostenible, para la teoría y la práctica psicoanalítica en la medida en que sobre esta hipótesis se apoya la afirmación de Freud y de muchos analistas de la existencia en el inconsciente de complejas fantasías arcaicas y heredadas, especialmente las que giran alrededor del complejo de Edipo.

Para terminar esta primera aportación acerca de —como dije al

principio— la importancia que los aportes de la etología y la biología pueden tener para el psicoanálisis me gustaría finalizar con una cita de Freud (*Más allá del principio del placer*; *S.E.*, 18 p. 60) que se refiere precisamente al tema de los instintos y que dice así: "la inseguridad de nuestra especulación se ha incrementado mucho por la necesidad de pedir conocimientos en préstamo a la ciencia biológica... Podemos esperar de ella las más sorprendentes informaciones y no podemos adivinar qué respuestas nos dará en unas pocas docenas de años a las preguntas que le hemos formulado. Quizás sean de tal naturaleza que echen por tierra nuestra artificial estructura de hipótesis". Sin que sea necesario ser tan pesimista para el psicoanálisis ni tan optimista para la biología como lo revela esta cita de Freud, sin embargo podemos ver a través de la misma que ya en las ideas del fundador del psicoanálisis estaba precisamente la que nos inspira esta noche acá.

Gregorio Klimovsky

Me voy a limitar, siguiendo un poco al Dr. Kacelnik en la tercera de las sugestiones que él planteó, a hacer algunas observaciones de carácter metodológico acerca del problema de vincular y comparar los resultados del psicoanálisis con los de la etología.

En primer lugar, quiero referirme a un aspecto metodológico del psicoanálisis y especialmente de la obra de Freud, que me parece puede ser útil para lo que sigue.

A mi entender no hay una cosa unitaria que sea "el" psicoanálisis, así en singular; hay "teorías psicoanalíticas", incluso en el caso del propio Freud, con muchas variaciones en el tiempo, y además estratificadas según el tema y problema que se esté discutiendo.

Me parece dudoso además que haya una cosa tal como "el objeto del psicoanálisis" y me parece que eso es herencia de una vieja e inexacta tradición, la de que "toda ciencia tiene su objeto" que hoy día es suplida por el hecho de que hay comunidades sociológicas que toman cierto tipo de problemas y los van desmenuzando. Cuáles son los objetos con los que uno tiene que tratar, depende de la teoría y del momento de la historia en que esta se va desarrollando, por lo cual ni siquiera intento decir si el comportamiento, el inconsciente, el lenguaje, fue o es el objeto del psicoanálisis, porque todos ellos son instrumentos y modelos que van surgiendo a medida que se hacen necesarios para articular el conocimiento. La crítica metodológica del psicoanálisis debe hacerse en relación con la validez de sus teorías y no

en lo concerniente al "objeto" o "esencia" del psicoanálisis, pues este es un pseudo problema, herencia de posiciones esencialistas cuyo núcleo está en el platonismo o aristotelismo de hace más de dos mil cuatrocientos años.

Pienso que hay dos aspectos de la obra de Freud que conviene distinguir como tipos distintos de contribución metodológica; son los que podríamos llamar el aspecto "descriptivo empírico" y el aspecto "teórico". Evidentemente Freud ofrece dos cosas que están vinculadas pero son distintas; por un lado hechos que de alguna manera son registrados y generalizados, pongamos inductivamente, pero que implican, vamos a emplear el lenguaje sin temor, el correlacionar variables concernientes a diferentes aspectos de la conducta humana. ¿Qué tiene que ver el comportamiento de la infancia con el carácter del adulto? ¿Cuáles son las relaciones que hay entre la formación del carácter adulto y la sexualidad infantil? etcétera. Esto es casi lo que me atrevería a llamar, en un cierto sentido, el Freud "conductista" que en sus contribuciones, que son realmente muy grandes, ha establecido (a veces acertadamente, a veces exageradamente, a veces erróneamente, pero en general haciendo una contribución muy importante, que incluso gente de otras escuelas han reconocido, sin la menor cortapisa, como una contribución notable, novedosa, muy original, revolucionaria y a contrapelo de muchos prejuicios y tradiciones) una descripción valiosa de cómo se comporta el individuo humano en toda una serie de circunstancias en las distintas etapas de su vida y cuáles son las interrelaciones que hay entre los distintos aspectos cronológicos que así va presentando.

Frente a esto hay otras cosas, entre las cuales está el diseño teórico explicativo que Freud ofrece para dar cuenta de ese comportamiento, para construir explicaciones y al mismo tiempo, para hacer predicciones que, como siempre, son guías de acción y en particular, en muchos casos, de acción terapéutica. Pues, claro está que nadie puede aplicar racionalmente una terapia, si la teoría que está empleando no tiene el poder de adelantarse al futuro para decir qué es lo que ocurrirá si uno aplica cierto tipo de técnica, si ese es el interés que tiene. Además de la terapia hay otras cosas; nadie puede negar, por ejemplo, el impacto que las teorías psicoanalíticas tienen en lo que a aplicaciones se trata en cuanto a nuestra visión de la educación y de las influencias que el medio familiar, incluso el medio cultural coyuntural, puede tener en el desarrollo del individuo. Pero, de cualquier forma, cuando Freud entra en el terreno de la predicción y de la explicación, las teorías se constituyen y entonces hay lo que podríamos llamar una visión del problema que trasciende indudablemente el material empírico.

Hecha esta distinción, yo diría, respecto del problema que Kacelnik había planteado en primero y segundo lugar, que pienso que Freud ha contribuido desde la primera de las dos facetas que yo cité a hacer algo que podríamos llamar "etología humana" en el sentido de que después de esas contribuciones de Freud, nuestra visión del comportamiento humano y de su sentido es una cosa muy diferente que antes de Freud, y que más aún, sus teorías contribuyeron a dar explicación y sentido a lo que de otra manera podría presentarse como una simple regularidad casual.

Hay realmente aquí, lo que casi me atrevería a llamar, sino una revolución, al menos un "fuerte impacto" de carácter etológico bien definido de Freud en la historia de la comprensión del comportamiento del hombre.

Es aquí donde se advierte la necesidad de intercambio, diálogo, confrontación y complementación entre la labor del etólogo y del psicoanalista. Pienso que a veces se tiende a la disputa, pero no tiene que ser así. Indudablemente, hay aspectos que conciernen a este peculiar animal que es el ser humano que los etólogos no han considerado especialmente, y sin duda que el tipo de información que Freud aporta es algo que se tiene que tener muy en cuenta. También hay que admitir que se pueda intervenir a veces metodológicamente para criticar o poner por lo menos bajo una lupa más analítica, la manera en que los datos han sido tomados, tanto por Freud y los psicoanalistas como por los etólogos. Creo que los dos actores del proceso pueden indicar falencias, equivocaciones o hiatos en la labor del otro. En especial me parece que es en el ya mencionado aspecto empírico, conductista, fáctico, que uno encuentra en el psicoanálisis donde hay realmente mucha conexión, mucha necesidad de complementación y al mismo tiempo de reconocimiento mutuo de los aportes y adelantos científicos por parte de las dos disciplinas.

Ya es distinta la cosa, evidentemente, si uno se pasa al campo de la teoría, porque aquí es donde las articulaciones teóricas ofrecidas por las dos disciplinas son de una índole totalmente distinta. Creo que el problema que está en danza verdaderamente, el problema que restaría desde el punto de vista metodológico, el problema que le puede inquietar a un epistemólogo, es evidentemente en qué sentido puede permitirse epistemológicamente que coexistan teorías aparentemente tan distintas (aunque con puntos a veces en común o significativamente conectados, como bien señaló Gioia recién). El problema es

cómo hacemos para comparar estas teorías, para ver si son antagónicas, si son incongruentes, si son contradictorias, si son complementables, y en qué medida, los datos de una son completados por la otra o no.

Estos son problemas que me parece que vale la pena, de alguna manera, elucidar, aunque confieso que si alguien me lo preguntara a boca de jarro precisamente en este momento, sería yo quien menos podría contestarlos. Quiero simplemente señalar algunos puntos donde me parece que a veces metodológicamente la cosa está menos clara de lo requerido en la discusión y se necesitaría alguna tarea dilucidatoria.

Primer problema, el del significado de las palabras que están en danza. Hay dos aspectos aquí: uno tiene que ver con el significado tal como viene del lenguaje coloquial, de las discusiones que utilizan el lenguaje ordinario, tanto en las discusiones etológicas como en las de la teoría psicoanalítica y en Freud mismo, cuando su teoría no está todavía articulada de una manera nítida. Tiene que ver, me parece, con las costumbres que Freud tenía de ir produciendo las teorías al mismo tiempo que las pensaba, una especie de combinación de estética, de pensamiento, articulación, lógica y escritura. No se puede pedir que una persona abandone el lenguaje coloquial si está en el acto de la creación; muy distinto es si uno se pone en lógico y requiere definición y nitidez.

En este sentido, me parece que un problema que ya dificulta la primera comparación, la labor que proponía Kacelnik, es que hay importantes palabras ambiguas como "instinto", "agresión", "comportamiento", "sexual". "Sexual" es una palabra que en Freud, por ejemplo, cambia muchas veces de significado y va paulatinamente teniendo toda clase de connotaciones, algunas que la hacen casi sinónimo de "hedónico", en algunos otros casos denotando problemas objetales, en otros casos un tipo de proceso y la forma en que culmina y su para qué; en fin, hay varias maneras en que esto se da. Pero no tomemos solamente los vocablos centrales del psicoanálisis. La misma dificultad está del lado biológico.

Es interesante el análisis que hace Nagel, por ejemplo en su libro *La estructura de la ciencia*, editado en 1978 por Paidós, en Buenos Aires, de la palabra "función", para darse cuenta que hablar en una forma ligera y coloquial, de la función que cumple un acto, la función que cumple un rasgo, la función que cumple un tipo de conducta, es algo carente de nitidez, unicidad y rigor si no se aclara si "función" está interpretada como funcionamiento, como correlación, como variable homeostática, como variable vital, etcétera. Aun en el plano del lenguaje que expresa las contribuciones empíricas fácticas a las que yo primero me refería, hay un tipo de indecisión que tiene que ser solucionado mediante un corte semántico acerca de dónde esos términos del lenguaje coloquial (que constituyen en realidad un espectro continuo de direcciones significativas diferentes) tendrían nítidamente que reconstruirse en sus significados distintos y permitir entonces, que el problema pueda plantearse en toda su claridad, sin dejar duda de si cuando uno se refiere al instinto, se refiere a una tendencia, a una necesidad, a un mecanismo, a un simple efecto causal, etcétera. Y aun están la palabra "necesidad" o la palabra "tendencia" que a su vez arrastran indeterminaciones. Me parece que sin una labor semántico-epistemológica previa, la labor de colaboración, confrontación y complementariedad, se ve realmente muy obstaculizada.

A esto se agrega una segunda complicación. Si la palabra no se utiliza en sentido coloquial, aun si es reconstruida, lo es evidentemente en el contexto de una teoría, que la toma y la utiliza para la formulación de sus hipótesis y de su contexto teórico, pero bien sabido es que en la mayoría de los casos, sobre todo cuando no son términos observacionales, el sentido de la palabra queda de alguna manera determinado por las relaciones estructurales que la forma lógica total de la teoría le imprime. Si uno cambia la formulación teórica, por ejemplo alguna hipótesis, está hablando de una cosa distinta, por lo cual otro problema que hay es que al confrontar el psicoanálisis con la etología no significa nada el vocabulario que uno está usando aunque sea vocabulario teórico, si no se dice muy claramente cómo está articulada la teoría etológica que se está utilizando o la teoría psicoanalítica que se emplea. Eso en general es manejado de una manera un tanto displicente, está indeterminado o vago, cosa que no está mal porque evidentemente la producción y la tarea de investigación tiene que ser un "agárrese donde se pueda", pero en cuanto viene el problema lógico de qué es aquello en lo que estamos discrepando o concordando, evidentemente tenemos que saber cuál es la teoría que corresponde. Esta no es una práctica que esté muy difundida, porque todavía no ha sido cultivada ni por los lógicos que de algún modo aman el psicoanálisis y se interesan por sus fascinantes problemas.

De modo que, me parece que en muchos aspectos es perfectamente posible que detrás de una aparente discusión haya significados distintos y diferentes y, sea dicho de paso, como tal, es perfectamente posible (como decíamos antes) que las dos teorías puedan coexistir porque en realidad tienen un ángulo semántico diferente, a pesar que usen las mismas palabras y las mismas tradiciones verbales, pero de todos modos, el juego es distinto. Es como esas variedades de ajedrez

que usan las mismas fichas, por así decir, pero como las reglas son diferentes nadie puede decir que las fichas signifiquen lo mismo; el juego es distinto, repetimos.

El segundo problema se refiere a algunas peculiaridades que la teoría psicoanalítica tiene en la manera en que está planteada su idiosincracia como teoría. Es bien sabido que el psicoanálisis plantea muchas veces un problema peculiar, no solamente en lo que ahora está de moda en cuanto al énfasis semiótico, lingüístico que algunas escuelas eligen como característica de esta disciplina. No, me refiero al hecho de que Freud mismo se declaró "monista ontológico" muchas veces, creyente efectivamente en una especie de homogeinización ontológica última del problema de la ciencia, y se declaró al mismo tiempo "dualista metodológico". La teoría psicoanalítica está articulada de tal manera, que el significado de sus términos teóricos en lo referente al aparato psíquico no compromete —ni se opone— al usuario a dar una interpretación reductible de carácter biológico a lo que está de alguna manera analizando. Esto es cosa que puede ser posible, pero también puede suceder que no sea así, y en tal sentido, como el significado de las palabras cambia con el contexto, a pesar de todo lo que se dice primigeniamente en la teoría de los instintos y las fuentes de la teoría tal como indicaba Gioa, no cabe duda que finalmente el aparato psíquico es visto con elementos psíquicos y con un tipo de energía que solo metafóricamente se puede llamar así porque está delimitado por postulados propios concernientes al aparato psíquico que uno está admitiendo. Si "energía psíquica", si "elemento psíquico" están significando cosas diferentes, el instinto se hace una cosa radicalmente diferente a la que el biólogo está investigando (o por lo menos existirían algunas facetas en las que no está tan claro que el tema sea el mismo). Entonces me parece que para volver a hacer la comparación y la confrontación —que en este caso sería teórica— entre etología y psicoanálisis, se plantearía un problema delicado que es: ¿cómo podría finalmente, si es posible, hacerse la reducción de una teoría a la otra? Reducción que no quiere decir reducción ontológica, no quiere decir siquiera reducción semántica, quiere decir al menos lo que Nagel por ejemplo denomina reducción, es decir, algún tipo de hipótesis de correspondencia que permita vincular lo que se afirma en una teoría con lo que se afirma en otra teoría, de manera que haya una equivalencia fáctica que permita transformar todo lo que se afirma en una aserción psicoanalítica en una correspondiente afirmación hecha con vocablos diferentes, en el campo de la biología. Como eso a mí me parece no solamente no logrado, sino un problema

en sí mismo bastante difícil, pienso que a veces cuando sobrevienen algunas enojosas (o demasiado amables en otras ocasiones) discusiones acerca de si hay discordancias o concordañcias entre lo que pudiéramos llamar la teoría instintual del psicoanálisis con los problemas de estudio del instinto en etología, tengo realmente la impresión de que hay una incongruencia teórica semántica que no sé en principio si se puede salvar o no.

Estimo que sí, pero es puramente por prejuicio filosófico de mi parte, pero creo que hasta que la dificultad no se zanje, la problemática se hace realmente un poco pesada. Recalco que estamos ahora en el plano de la comparación y confrontación de teorías; aclaro que ya separé el tema que estamos discutiendo ahora del tema anterior, que se refiere al aspecto empírico fáctico, descriptivo, conductístico del psicoanálisis y de la etología donde me parece que sí, la posibilidad de algún tipo de comunicación se hace de todos modos algo mayor.

Una dificultad final que se me agrega para el caso peculiar del ser humano y su estudio por el psicoanálisis es el siguiente: yo realmente simpatizo plenamente con todo lo que Kacelnik hoy nos habló en su exposición sobre los aspectos etológicos que hacen al comportamiento humano. Realmente confieso que no tengo nada que oponer, y no estoy preparando ninguna amabilidad para decir que sí, que me opongo enteramente, digo sinceramente que así lo creo. Lo único que pasa es que me parece que, aunque no sea el único que emplea semiosis y culturación en su conducta como especie, el ser humano tiene el lenguaje y tiene las estructuras sociales y los códigos sociales insertados de una manera evidentemente muy peculiar en su existencia. Es algo que puede en sus orígenes también estar programado biológicamente (en cuanto a la aptitud de tener esas estructuras, aunque no una *determinada* estructura). Pero aun así, si el tipo y modalidad de la estructura o código es impuesto por el medio, la dependencia de nuestro comportamiento respecto de las variables culturales y sociales sería muchísimo mayor que la propugnada por muchos etólogos.

Otro aspecto importante ligado con la influencia de la estructura social respecto de la conducta humana es el aspecto semiótico de las relaciones que integran esa estructura. Este aspecto presenta un poder determinante significativo muy grande respecto del comportamiento humano, de manera que nuestras conductas son siempre lo que son porque son significaciones articuladas en una estructura social que les da esa significación. No digo "significación" solamente desde un punto de vista lingüístico, sino como la ve muchas veces un sociólogo cuando piensa efectivamente que la red social tiene un aspecto

semiótico o semántico, además de los aspectos dinámicos que tienen que ver con procesos de producción, economía y relaciones biológicas. Si todo esto es así, me parece que en el caso peculiar del ser humano, vía lenguaje y vía significaciones sociales, el peso de tal red de relaciones es tan grande, que hace del aparato psíquico humano y de su comportamiento algo bastante peculiar donde las complicaciones de esa estructura, y especialmente la forma en que nuestro ser se determina por ella, adquiere peculiaridades tales, que se necesita un enfoque muy típico y emergente de esa particularidad. Me parece que esa es una de las cosas que capta acertadamente el psicoanálisis (aunque por cierto no solo él) por lo cual pienso que en un cierto sentido ontológico, el psicoanálisis ha dado con una nota singular en cuanto al sentido y la ubicación del hombre en su dinámica e interacción social.

Esto es lo que hace que la teoría psicoanalítica y otras que también están sin duda en consideración, devengan no un mero caso más de teoría etológica o una teoría más del comportamiento del individuo, sino realmente un instrumento muy peculiar de análisis del fenómeno humano. Con todo lo cual no digo que estén bien construidas como teorías ni que estén en lo cierto, ese es otro tipo de cuestión.

Sería bastante apetecible, —quizá vía cibernética u otros medios— que se pudiera hacer una reducción del tipo de lenguaje que el psicoanálisis emplea al que la etología a veces utiliza. Pero las relaciones de reducción son muy coyunturales en la historia. A veces su sentido cambia. Todo el esfuerzo de los físicos en 1840 era mostrar que la electricidad se podía reducir a la mecánica. Y todo el esfuerzo del siglo veinte —bastante exitoso por otra parte— fue mostrar que la mecánica se podía reducir a la electricidad. Es cierto que quizá pueda ser útil el intento de un tipo de reducción de parte de las teorías psicoanalíticas, a un lenguaje y a un tipo de enfoque metodológico como el de la etología. Puede ser, pero tal vez en algún otro momento del desarrollo humano no tenga esa misma urgencia y hasta en algunos casos, como podría ser al tratarse de animales superiores, pudiera a uno ocurrírsele alguna reducción inesperada de problemas etológicos de los animales, utilizando algunas analogías o contextos teóricos psicoanalíticos. Esto puede realmente parecer en este momento un poco extremo y extravagante y no quiero sugerir nada parecido al análisis del inconsciente del chimpancé, pero es perfectamente posible imaginar que ésa sea una situación que en su momento dé su aporte de riqueza.

Para terminar, una última observación: cuando una estructura

(como la estructura social o psicosociológica humana) llega a un cierto estado de desarrollo, es perfectamente posible que adquiera una originalidad cualitativa que le haga adquirir cierto tipo de dinámica por su propio derecho. Es bastante probable (y así lo entrevieron muchísimos filósofos de muy distinta extracción) que en el momento en que esas estructuras se produzcan haya aspectos causales determinativos que dejen ya de ser meramente estructuras edificadas sobre la base de redes etológicas de explicación del comportamiento y empiecen a ejercer determinación a su propio derecho. Esto es lo que se ha preguntado muchas veces; si en la inteligibilidad de la sociedad humana, de los problemas sociales y del comportamiento psicológico, no hemos llegado, vía lenguaje y relaciones sociales, a un nivel tan peculiar, que hay ya otras líneas de determinación que no son la evolución y el interés del individuo o el interés de los genes o el interés de la especie para determinar en última instancia su evolución. Si bien no estoy muy convencido que sea así en última instancia, me parece una hipótesis bastante interesante la de pensar que una vez que el espíritu (como un cierto tipo de fenómeno emergente) se ha producido, este pueda a su vez originar líneas causales de desarrollo que se hagan independientes del interés evolutivo. Como opinó una vez cierto escritor, morirse de hambre por dedicare al arte no parece ser realmente algo inmediata y ostensiblemente explicable por intereses evolutivos de la especie ni del individuo, sobre todo del individuo, pero a lo mejor hay otros determinantes que lo estén causando. Puede ser que no sea así, puede ser que sí, pero yo no perdería de vista que hay una situación aparentemente original que se da aquí en el caso del ser humano y que podría plantear que la etología —en el sentido biológico usual aun con los métodos modernos utilizados—, no concuerde por completo y exactamente con todo lo que la especie humana requiera para su inteligibilidad.

DISCUSIÓN

A. J. Bekerman: *Yo había pensado que a esta altura podría hacer una especie de síntesis o resumen de las cosas que se han dicho, pero realmente me doy cuenta que no puedo hacerlo. Más bien me gustaría transmitir una reflexión, un punto de vista surgido ahora a partir de lo que se ha hablado. Imaginemos que hacemos por un lado una columna de cosas correspondientes al animal y por el otro cosas correspondientes al ser humano. Si uno formula la pregunta ¿por qué alguien se comporta como lo hace? un etólogo podría decir por sus instintos, un analista podría*

decir por sus pulsiones. Se ha dicho que los animales tienen relaciones sexuales y que la especie humana no tiene relaciones sexuales. Yo trataría de formar oposiciones de este tipo; que existe un lenguaje animal y que en cambio el lenguaje humano es no reductible y esencialmente distinto al lenguaje animal. Tal como lo estoy planteando se podría pensar así una lista de oposiciones: instinto versus pulsión, relaciones sexuales versus no relaciones sexuales, lenguaje animal versus lenguaje humano. A mí me da la impresión que el sentido que tiene que nosotros podamos hacer esta Mesa sobre etología y psicoanálisis es que sin desconocer el aspecto de oposición que pueda haber entre estos términos, algo en común debe haber, por ejemplo entre lo que el etólogo llama instinto y lo que el psicoanalista llama pulsión. Se me ocurre que quizás el asunto pueda consistir en buscar por este lado.

A. KACELNIK: Estoy destinado a empezar estas rondas. Fue suficientemente difícil empezar las exposiciones iniciales sin tener con quién discutir, pero es dramático verme ahora en la necesidad de empezar la ronda de discusiones diciendo a quién contestar o qué contestar en los más o menos tres o cuatro minutos que entiendo que cada orador puede utilizar.

Siguiendo el orden de la Mesa, diría que no puedo menos que compartir la mayor parte de las observaciones que levanta el Dr. Klimovsky. Esto es particularmente cierto en cuanto a los comentarios que hizo sobre las dificultades de definir el objeto de una disciplina, independientemente del contexto social de los investigadores que trabajan en ella. Acepto que lo más razonable es definir el objeto de cualquier disciplina científica como aquello que hacen quienes se dedican a esa disciplina, más que construir un modelo teórico particular entre todos los que utilizan la disciplina dada y decir "esto es el objeto de la tal ciencia". Por ejemplo, si dijésemos que el objeto de la física es el estudio de la energía, siendo la energía un modelo, estaríamos dejando de lado a físicos que se dedican a otro tipo de problemas. Los físicos cambian de tema en cada momento histórico y lo que define el objeto de la física es aquello que hacen los físicos y no algún modelo en particular. Esto por supuesto se relaciona con otra afirmación enunciada en esta Mesa sobre un particular objeto del psicoanálisis referido al estudio de *uno* de los modelos que existen de explicación del comportamiento humano. Parece haber aquí una diferencia, y voy a enfatizar por supuesto en esta segunda ronda las diferencias que creo que existen, porque es lo más que podemos esperar, con mucho optimismo, rescatar hoy y aquí. Ojalá nos podamos ir a casa conociendo que diferimos en algunas ideas porque eso va a enriquecer nuestra manera de dialogar en el futuro. Las diferencias semánticas son de por sí suficientemente grandes, las dificultades son suficientemente graves como para que en la medida en que haya intención de fertilización cruzada entre disciplinas o entre distintos pensadores de la misma disciplina intentemos que los términos que están muy contaminados, muy impregnados de distintos tipos de significado, porque se usan en el lenguaje vulgar o porque se usan en otras disciplinas, los dejemos de lado y definamos con precisión nuevos términos o les pongamos ciertos adjetivos a los viejos términos como para que no estemos cayendo en la actitud de levantar la ira de alguien, afirmando algo que, tomado textualmente por supuesto, resulta trivialmente falso, pero que a lo mejor redefiniendo los términos, es algo que todos compartimos. Por ejemplo: la afirmación de que en el hombre no hay relación sexual, me parece que cualquiera que haya tenido un hijo va a pensar que en la medida que la relación sexual signifique lo que significa en el diccionario, para la mayor parte de los seres humanos hay relación sexual; me consta. Si se define de otro modo, si es que queremos el diálogo, definamos qué es lo que queremos decir, entonces vamos a poder argumentar sobre si aquello que uno llama relación sexual y aquello que otros llaman no-relación sexual existe o no. Si esto no se hace vamos a seguir monologando en forma cada vez más aislada, en vez de confluir a un lenguaje común o al menos a una confrontación de modelos teóricos. Una cuestión que también levantó el Dr. Klimovsky es el problema de la posibilidad de que los comportamientos tal como los vemos en el ser humano no respondan en forma directa o efectiva a los mismos principios evolutivos que solemos aplicar para el resto de las especies animales. Es un tema complicado, pero mi respuesta en principio es que sí responden, lo que pasa es que hay una diferencia entre los *objetivos* de un comportamiento definido desde la perspectiva de la evolución y los *mecanismos* por los cuales un comportamiento se lleva a cabo. Voy a dar un ejemplo trivial: si el objetivo de la selección en la dieta de los animales fuese el conseguir sacarosa, probablemente en ciertos animales sea una regla apropiada, surgida de la selección natural, en guiarse por el gusto dulce. Entonces vamos a encontrar que los animales simplemente prefieren aquellos componentes de la dieta que tienen un sabor dulce cuando se los prueba. Sin embargo, el mismo mecanismo que tiene ese valor evolutivo de nutrir calóricamente al individuo falla cuando aparece sacarina en el medio ambiente. Si apareciesen plantas que tuviesen sacarina en lugar de tener azúcar, el animal probablemente se engañaría y terminaría con un brutal déficit en su dieta de hidrocarbonos

simplemente porque estaría usando una regla que es apropiada en otro contexto a los efectos evolutivos pero que no cumple esa función cuando el ambiente está distorsionado.

Estoy convencido de que los principios evolutivos que dieron lugar al sistema motivacional humano son del mismo carácter que los que dieron lugar al sistema motivacional de todo el resto de las especies animales. Sin embargo, el contexto ambiental en el cual el hombre se desempeña ha cambiado muy rápidamente en el curso de los últimos miles de años, mucho más rápidamente que los cambios genéticos que pudieron acompañarlo, con el resultado de que reglas que probablemente eran apropiadas en otros contextos, para dar lugar a éxitos reproductivos, hoy en día a lo mejor desde esa misma perspectiva son una trampa. A lo mejor el lugar en ciertas comunidades preindustriales por liderazgo o por estatus, conducía a mayor éxito reproductivo y de alguna manera esto nos ha imbuido a nosotros de una cierta intencionalidad en la lucha por establecer liderazgos. Sin embargo, cuando estamos viviendo en una sociedad, donde la monogamia es impuesta, donde hay anticonceptivos y aparecen otras variables que modifican el contexto en el cual nuestro comportamiento se desenvuelve, sucede que aplicar la misma regla no conduce a mayores éxitos reproductivos. Es cierto, si nosotros observamos el hombre hoy día no podríamos explicar todo lo que hace o quiere, o la forma de organizar su comportamiento en función de un estricto interés de maximización de éxito reproductivo, pero eso no dice que ese no haya sido el origen de su sistema motivacional. En cuanto a la importancia del contexto social para los comportamientos humanos, no podría coincidir más, en realidad hay planteos etológicos recientes que han enfatizado el hecho de que, lejos de suponer que la complejidad de la estructura social humana debe verse o bien como simultáneamente determinada, o bien la complejidad psicológica sería *resultante* de la complejidad de las relaciones sociales del ser humano, es decir, lo social determina desde el principio el curso de la evolución del comportamiento humano, en la medida en que se humaniza, digamos así, que toma sus características tales como las conocemos hoy día.[15]

En cuanto a la intervención del Dr. Gioia, diría que es muy rica, sobre todo apuntando al tipo de interacción entre las dos disciplinas que yo encuadré como de consultoría. El Dr. Gioia plantea una serie de dudas desde el psicoanálisis originadas en el tipo de teorías, el tipo de afirmaciones biológicas que los psicoanalistas han empleado. Todas las preguntas que el Dr. Gioia formula pueden al menos comenzar a responderse desde el conocimiento actual de la biología. Habría que recurrir al ejercicio semántico-epistemológico que mencionaba el Dr. Klimovsky. Pero efectivamente es posible empezar a ver (una vez que sepamos qué queremos decir por instinto) cuál de las distintas concepciones del instinto que se utilizan en psicoanálisis es más parecida a los conceptos a los que han arribado los etólogos. Hay algunos puntos que son claves, como por ejemplo el problema de la tendencia al cero que también apareció en una de las preguntas que llegaron desde el público. Efectivamente, durante muchos años en etología hubo una cierta coincidencia con este tipo de formulación, debido a que los modelos de determinación de las motivaciones surgían puramente de modelos de carga energética o de modelos energéticos, como el tan conocido y vestusto modelo hidrodinámico de Lorenz[16] donde el objetivo del comportamiento es la descarga de una cierta presión que se acumula. Estos modelos surgían de estudios de los sistemas cuasifisiológicos que se estaban analizando, como el comportamiento alimentario, el beber, etcétera, o el comportamiento de regulación térmica, donde efectivamente el comportamiento, las "acciones", estaban al servicio de alguna forma de mantenimiento de la homeostasis fisiológica. Eran nada más que herramientas de las homeostasis en el seno de las interacciones con el medio, como diría Jean Piaget[17].

Sin embargo, en muchas de las más interesantes observaciones comportamentales, como por ejemplo las referentes a la conducta sexual, vemos que el comportamiento y las motivaciones no parecen responder exclusivamente a la eliminación de tensiones. El comportamiento de muchos animales incluye conductas apetitivas que tiende a ponerlos en situaciones en donde su excitación se incrementa y donde el déficit por algún tipo de objetos del instinto se magnifica, es decir usando palabras que fueron mencionadas aquí, los animales parecen con respecto a ciertos sistemas motivacionales "desear desear", y hacen lo posible para encontrarse en una situación donde puedan "desear" con intensidad.

Que eso sea exclusivo del ser humano es nuevamente posible si definimos "deseo" de una forma distinta del significado que "deseo" tiene en el lenguaje común. Si deseo significa algo parecido a correr detrás de algo que uno intenta obtener, entonces los animales se movilizan detrás de ciertos objetivos que en realidad incluyen la necesidad de crearles nuevos objetivos, es decir, efectivamente van a la búsqueda de desestabilizar su comportamiento. Muchas de las preguntas que formuló el Dr. Gioia, por supuesto no hay tiempo de responderlas y me limito a esta consideración metodológica que se refiere a

puntos en los que sí es posible rápidamente comenzar a establecer algún tipo de interacción, pero donde la contribución del Dr. Gioia asigna un rol a mi juicio un tanto pasivo al etólogo. Es decir, le pregunta al etólogo ¿qué opinan ustedes de tal cosa? porque nosotros usamos este concepto en psicoanálisis y quisiéramos tenerlo claro. El etólogo puede contestarlo; es una experiencia fertil, útil, pero el etólogo mantendría sus manos limpias con respecto a la implementación teórica de los conceptos en los cuales este conocimiento se utiliza.

T. Gioia: Como en esta segunda ronda las intervenciones deben ser, por razones de tiempo, necesariamente muy breves, me voy a limitar a referirme en forma muy concisa a lo que, insisto, me parece el punto central de esta Mesa Redonda: la posibilidad de cooperación entre la etología y el psicoanálisis. Estoy de acuerdo en que determinar cuáles son los niveles y las posibilidades de esta cooperación es bastante difícil, por todo lo que se dijo antes, especialmente lo dicho por Klimovsky. Sin embargo en ese sentido soy más optimista. Me parece muy clara y adecuada la puntualización que hizo Kacelnik en su primera intervención, de los tres niveles que pueden diferenciarse en las posibles y deseables interacciones entre las dos disciplinas en cuestión.

En el primer nivel que Kacelnik definió como de "consultoría" yo ubicaría, además de los mencionados por él, los tres temas que traté en mi anterior intervención: la redefinición del concepto psicoanalítico de instinto; la revisión de la hipótesis de la tendencia al cero del sistema nervioso y en consecuencia del aparato psíquico y la elucidación de la teoría evolucionista más adecuada para basar algunos conceptos psicoanalíticos. Creo que en este nivel se presenta una característica de la interacción que ya mencionó Kacelnik, que me parece inevitable por ahora: que la aportación va de la etología al psicoanálisis y no a la inversa. Esto es así porque el nivel de integración del psicoanálisis como ciencia es mayor que el de la etología. Esta toma los hechos y sus explicaciones en forma más genérica y macroscópica y en cambio el psicoanálisis lo hace tomando aspectos más parciales, puntuales y específicos. Algo así pasa con la biología y la físico-química. Es fácil entender los aportes que la físico-química puede hacer a la biología pero me parece que no es igualmente fácil ver qué aportes puede hacer la biología a la físico-química.

En el segundo nivel de cooperación, el del método, creo que la interacción se hace algo más equilibrada. Estoy de acuerdo con lo ya señalado por Kacelnik, que la etología ha descuidado tomar en cuenta, no solo conceptos que el psicoanálisis puede aportar basándose en

casos en que el canal lingüístico de comunicación es accesible, sino también en exploraciones de la conducta humana en sus períodos preverbales: me refiero a la copiosa documentación acumulada a través de la observación de la conducta de los bebés.

En cuanto al tercer nivel de interacción, la del plano teórico, si bien es algo que recién podemos empezar a estudiar yo no sería demasiado pesimista en el sentido de excluir una posibilidad de congruencia teórica. Incluso diría que además ya el psicoanálisis puede cooperar con la etología, especialmente con la etología humana, en cuestiones tales como, por ejemplo, las desarrolladas por Anna Freud acerca de la importancia de los mecanismos de defensa como determinantes de la conducta, por Melanie Klein con su teoría del desarrollo de las relaciones objetales y de las posiciones, o por Margaret Mahler con sus ideas acerca de los períodos del desarrollo de la personalidad humana.

Para terminar, diría que en el problema de la importancia relativa de lo innato y de lo aprendido por un lado y, por el otro, de la elucidación de la incidencia de los factores de determinación filogenética en el mismo proceso de aprendizaje, me refiero a la idea de los períodos sensibles, ya mencionada por Kacelnik, y con bastante certeza también detectables en el ser humano, me parece ver uno de los temas en los que la interacción entre etología y psicoanálisis puede llegar a ser más fructífera para ambas ciencias.

G. Klimovsky: Me limitaré a expresar solamente algunas notas finales. Yo no soy pesimista, Dr. Gioia. El hecho de que un problema sea complicado es una cuestión de carácter técnico y de investigación: epistemológicamente nunca caí en escepticismo alguno en relación con el conocimiento como cosa imposible, por dificultoso o relativo en tanto este tiene componentes subjetivos; en este sentido confieso que soy "optimistamente reaccionario".

Desde otro punto de vista quiero observar que en ciencia las interacciones de consultoría pueden ir siempre de un lado para otro; si bien decía usted que no se ve con claridad qué es lo que la biología le puede dar a la físico-química, yo diría que precisamente dio toda una serie de informaciones acerca de problemas de ionización basadas en el gigantesco problema de la membrana celular. De manera que nunca se sabe de dónde aprende algo uno haciendo reducciones y consultorías.

Respecto de la intervención segunda de Kacelnik, en realidad no era una de las intenciones fuertes de mi exposición, proponer el tópi-

co de que hubiera líneas causales y determinantes de la conducta humana independientes de la evolución. Simplemente quise señalar una posibilidad. Me parece que el argumento que usted desarrollaba, perdone usted, no es del todo correcto si se observa qué era lo que yo negaba, que me parece que no es cierto que todo el mecanismo subyacente sea el evolucionista. "No todo" no quiere decir "todo no", quiere decir "alguno no", y por consiguiente es totalmente irrelevante que usted me muestre algunos ejemplos en favor de que "sí", porque insisto, lo que yo estoy diciendo es que puede haber algunos ejemplos que "no". Los ejemplos que no pueden ser tienen que ver, pongamos por caso, con las actividades bastante reiteradas que el ser humano tiene para solazarse y producir creación espiritual, creación musical, y aun científica misma en forma desinteresada (si bien aquí podría intervenir inesperadamente el psicoanálisis para señalar que la cosa no está clara, ya que puede haber otro tipo de motivaciones que aquellas en las que estoy pensando).

Creo que esto podría mostrar cómo toda una serie de valores que se han originado en la existencia misma del reticulado de las relaciones sociales y de los valores y significados que esta misma fue proporcionando pueden escapar a la determinación última evolutiva, de manera que me parece que la cosa quedó exactamente donde estaba.

NOTAS

[1] Tinbergen, Niko: *Study of Instinct*, 1951, Clarendon Press, Oxford. Edición en castellano: *El estudio del instinto*, Siglo XXI Editores, México, 1969. Más reciente del mismo autor: "On aims and methods of ethology", Z. *Für Tierpsychol*, 20: 410-433 (1963).

[2] Jaula de Skinner: es un aparato comunmente utilizado en psicología experimental en el que un animal (habitualmente una rata o paloma) opera una palanca y consigue recompensar o castigar de acuerdo a cierto programa.

[3] Una síntesis del pensamiento neodarwinista puede buscarse en Smith, J. M.: *The theory of evolution* (2nd edition), 1975.

[4] Véase Bischof, N.: "Comparative ethology of incest evidence", en Fox, R. (ed.): *Biosocial Anthroplogy.* Malaby Press (New York, 1975).

[5] Véase por ejemplo Dawkins, R. and Krebs, J.: "Animal Signals: Information or manipulation?" En Krebs and Davies, N. (eds.) *Behavioural Ecology, an Evolutionary Approach*, Blackwell (Oxford), 1978.

[6] Véase al respecto Freud, S.: "Totem y Tabú"; "Moisés y la religión monoteísta", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1980, Vols. XIII y XXIII respectivamente.

[7] Hay ejemplos accesibles en Lorenz, K.: *El anillo dèl Rey Salomón*, Barcelona, Labor, 1962, en la descripción del cortejo de los córvidos.

[8] Para una síntesis reciente véanse: Bowlby, J.: "Through ethology out of Psychoanalysis", *Animal Behaviour*, August 1980. Del mismo autor se puede consultar en castellano: *El vinculo afectivo* y *La separación afectiva*, Paidós, Buenos Aires, 1976.

[9] Tinbergen, N. and Tinbergen, E.A.: "Early childhood austim ethological approach"; *Tierpsychologie, Suppl.* 10, 1972. Versión en castellano publicada en Tinbergen, N.: *Estudios de etología* (vol. 2). Alianza Editorial, Madrid, 1979, pp. 185-210.

[10] Blurton Jones, N.: *Ethological studies of child behaviour*, Cambridge University Press, London, 1961.

[11] Cfr. Hinde, R.: "On describing relationships". *J. of Child Psychol. and Psychiatry*, 17: 1-19 (1976). Véase también Dunn, J.: "How far do early differencies in mother-child relations affect later development?", en Bateson, P. and Hinde, E. (eds.): *Growing points in ethology*, Cambridge University Press, London, 1976. Se puede consultar también en castellano: Foss, B. (ed.) *Nuevas perspectivas en el desarrollo del niño*, Fundamentos, Madrid, 1978; Hassenstein, B.: *Biología del comportamiento infantil*, Siglo XXI, México, 1979.

[12] Bateson, P.: "How do sensitive periods arise and what are they for", *Animal Behaviour:* 27: 470-487 (1979).

[13] Lorenz, K.: "Der Kumpan in der Umwelt des Vogels", *J. Ornithol.: 83:* 137-213, 189-413 (1935).

[14] Cfr. Bateson, P., *Op. cit.*

[15] N. Humphrey, 1976. "The social function of intellect", en *Growing Points in Ethology*, Bateson P. and Hinde E. (eds.), Cambridge University Press, London, 1976.

[16] Cfr. discusión de este modelo en Dr. Mc. Farland (1971), *Feedback mechanisms in animal behaviour*. Academic Press, London.

[17] J. Piaget, *Biología y conocimiento*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1969.

Cambio en psicoanálisis: aspectos epistemológicos

[ARTÍCULO]*

El presente trabajo se propone examinar el problema del cambio en psicoanálisis utilizando ciertas analogías con fenómenos detectados por otras disciplinas que también se ocupan de este tópico. Parecen de especial interés las consideraciones que plantean los matemáticos, los epistemólogos, los lógicos y otros estudiosos situados en el campo estructuralista. Aunque los problemas y entidades estudiados en cada caso son distintos, existen ciertos isomorfismos que pueden ser de interés para comprender algunas particularidades del proceso terapéutico psicoanalítico.

La matemática dirige su atención al problema del cambio en su estudio de las curvas, de las funciones numéricas y de las modalidades cuantitativas de las leyes naturales. Luego del clásico descubrimiento de la Geometría Analítica por Descartes y Fermat, se sabe que las llamadas "leyes naturales" pueden representarse como "funciones numéricas" y estas como curvas geométricas en un plano coordenado, y viceversa. Esto, como es bien sabido, permite clasificar las modalidades del cambio, como las discontinuidades o las velocidades del crecimiento o decrecimiento de las funciones, lo cual es posible precisamente por la traducción del problema a sencillos aspectos geométricos. Curiosamente, las distinciones que proponen los matemáticos se reflejan de manera análoga y muy útil en posibles distinciones de modalidades en el proceso terapéutico.

Los epistemólogos han tropezado con el problema del cambio por otras razones que las de los matemáticos y utilizan otros tipos de conceptos. En el libro de Newton-Smith, *La racionalidad de la ciencia*, se plantea como una de las cuestiones fundamentales que la epistemología debe aclarar, por qué cambian las teorías científicas y por qué en ciertos casos, el cambio no se produce debiendo, en algún sentido, llevarse a cabo. Se hace una importante distinción entre "causas internas" o

* De Gregorio Klimovsky en colaboración con Sofía Bekman Vainer, Diana B. de Goldberg, María K. de Kuitca, Julia F. de Liberman y Miguel Siniavsky. Publicado en inglés, "Change in psychoanalysis. Epistemological aspects". *Int. J. Psychoanal.* 1994; 75: 51-8, © Institute of Psychoanalysis, London, 1994.

propiamente científicas que provocan el cambio de teorías, y "causas externas" que más bien se relacionan con eventos de tipo sociológico o cultural que influyen en el proceso de desarrollo del conocimiento científico. Una de las ideas que surgen de este tipo de análisis y que tiene pertinencia para el estudio del proceso terapéutico en psicoanálisis, es la introducida por Bachelard con la conocida designación de "obstáculo epistemológico".

Los estructuralistas, como se sabe, intentan desplazar un interés superficial por las características de un proceso indicando que lo fundamental es aprehender las "estructuras profundas" si se quiere conocer las leyes esenciales de este. Como el psicoanálisis es una de las disciplinas que más énfasis pone en la distinción entre aspectos superficiales o manifiestos versus un análisis estructural en un nivel profundo, la idea de distinguir entre cambios manifiestos y cambios estructurales parece ser atractiva también para el caso del análisis de los procesos terapéuticos.

Más extraña podría parecer la intrusión de la lógica. Lo que importa aquí es que en la lógica contemporánea las distinciones de "tipo" —según la idea de Bertrand Russell en su célebre "teoría de los tipos"—, o las de niveles de lenguaje de Tarski, y también las concepciones de Bateson sobre los niveles de aprendizaje, sugieren que cuando se habla de cambio en el proceso analítico debiera distinguirse entre cambios de primer nivel, de segundo nivel, y así sucesivamente. Una presunción que sirve de guía a nuestro trabajo es que los cambios de alto nivel inciden de modo más importante o significativo en la terapia psicoanalítica.

Estos son los puntos en que creemos que es posible señalar algunas analogías valiosas entre el psicoanálisis y otras disciplinas en relación con el tema del cambio. Pero no es inoportuno que antes de hacerlo digamos por qué el problema del cambio es importante en el dominio de la práctica analítica.

Según una conocida tesis del célebre epistemólogo Karl Popper, lo que hace científica a una teoría es su capacidad de permitir deducir de ella consecuencias empíricas, lo que lleva así a predecir, explicar y, sobre todo, planificar acciones. Aunque él creía que el psicoanálisis no tenía esa característica, es claro que en este último tema su punto de vista estaba equivocado. Que las teorías en este campo del conocimiento poseen carácter científico se pone en evidencia si se examina la estrecha relación que hay entre sus principios y las prácticas terapéuticas que en ellos se inspiran. Cuando se adopta un curso de acción terapéutico, y se procede con racionalidad en la acción, lo que

sucede es que de las concepciones psicoanalíticas se deduce que tal curso dará tal y cual resultado. Pero eso es hacer predicciones, y en tal sentido la práctica terapéutica resulta ser el tipo de control para la teoría que las concepciones popperianas parecen exigir para que se hable del "carácter científico" de una teoría o de una concepción.

Pero es evidente que la acción terapéutica es una conducta intencional con el objetivo de producir un cambio. No un cambio cualquiera, sino un desplazamiento de un estado —que por alguna razón se considera inadecuado— a otro que de acuerdo con los cánones terapéuticos, se considera más apropiado. No importa para el análisis de esta cuestión que exista unívocamente o no algo que dé sentido beneficioso o perjudicial a la transición; lo que importa es que cada estrategia o táctica terapéutica conlleva hipótesis acerca del cambio que se espera producir.

Comprender las modalidades del cambio parece entonces tener que ver con las posibilidades de juzgar las cualidades y aun el éxito del proceso terapéutico. Así como para la epistemología es importante comprender por qué en un determinado momento de la historia de la ciencia se produjo o no un cambio y cuál fue su incidencia para ganar conocimiento, lo análogo en el caso terapéutico es saber si se produjo verdaderamente o no un cambio y su incidencia para la marcha del proceso.

I. Modalidades del cambio

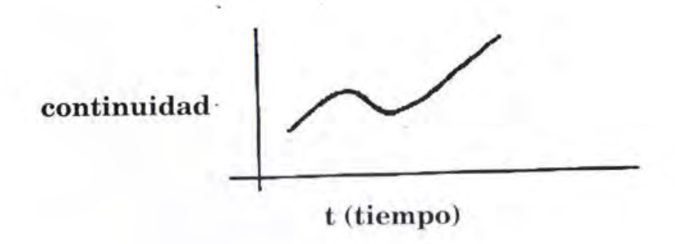
Desde la praxis psicoanalítica o desde la post-sesión, ante la percepción de un cambio es necesario comprender si es o no el que estamos esperando o si va a perjudicar o no el proceso. Es por ello que resulta conveniente hacer un análisis de los tipos de cambio que pueden advertirse, dando una idea de cuándo son significativos o deseables y cuándo son inconvenientes y por qué.

En primera instancia, se advierte que hay diferencias de tipos y por razones muy distintas. Es verdad, sin embargo, que hay cierta tendencia entre los investigadores en el campo psicoanalítico a usar la palabra "cambio" de un modo algo unilateral. Suele pensarse que se trata del reemplazo de una estructura por otra marcadamente diferente de un modo que bien puede llamarse "revolucionario", algo cualitativamente brusco y marcado. Pero es evidente que puede haber cambio como resultado de un acrecentamiento paulatino. El resultado terapéutico puede ser igualmente importante, resultado de la

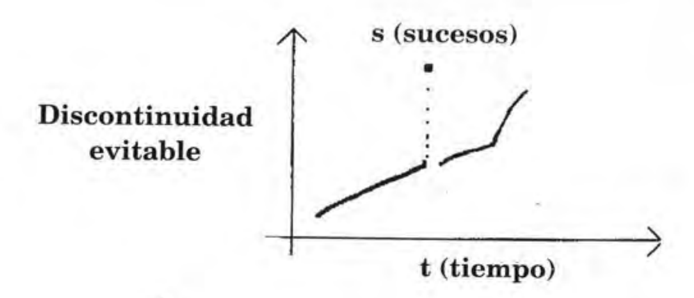
acumulación de pequeñas transiciones, lo cual lleva a situaciones novedosas pero no de acuerdo con la metáfora "revolucionaria". Convendría hablar aquí de algo así como un proceso evolutivo. Pero admitido esto se impone la pregunta de cuántos tipos de cambio hay, si se tiene en cuenta este punto de vista. Seguramente hay mucho que decir, pero es aquí donde las ideas de los matemáticos pueden venir en nuestra ayuda.

Supongamos que representamos un proceso analítico como una curva plana colocada en relación con dos ejes coordenados. El eje horizontal representaría el transcurrir del tiempo y el vertical, lo que le va sucediendo al paciente, cosa que, en realidad, como depende de múltiples características, obligaría que, además del eje del tiempo se usasen varios ejes —uno para cada cualidad—, dando lugar a un espacio de varias ("n") dimensiones en vez de un plano y a una hipersuperficie en vez de una curva. Pero para nuestros propósitos alcanza con la simplificación. Las diferencias más gruesas pueden darse en cuanto al tipo de curvas que pueden servir para representar diferentes procesos; pueden ser comparadas en términos de "continuidad", idea de la que no vamos a dar la definición ordinaria de carácter técnico que usan los matemáticos pero para lo cual la noción común basta para entendernos. De acuerdo con esto es posible distinguir tres casos:

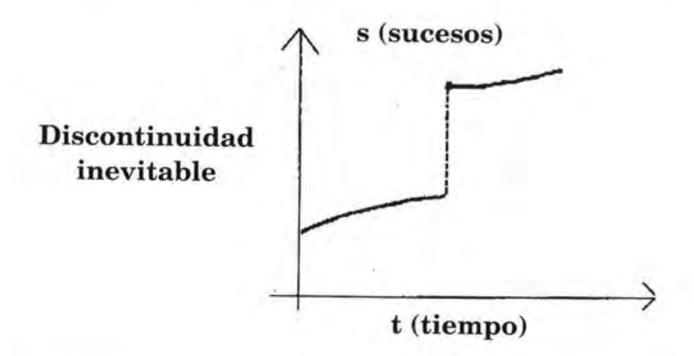
1) El cambio se da por acumulación de pequeños procesos que se suceden de manera continua o, como suele decirse por cambios insensibles. Puede representarse por una curva que de manera continua va cambiando su curvatura y la posición de sus puntos. A medida que el tiempo transcurra el cambio puede hacerse importante y significativo. A esto se refieren los filósofos dialécticos cuando hablan del cambio de la cualidad debido al cambio en cantidad. Llamaremos a este tipo de cambio "continuo".



2) En este caso hay un cambio brusco, constituyendo una discontinuidad. Pero es lo que en matemática se llama una *discontinuidad evitable,* que es un tipo de cambio aparente. Hay un salto, que aparentemente es muy llamativo. Pero luego el proceso prosigue como si nada hubiera ocurrido. En la figura hay un agujero, un hiato, pero finalmente nada significa. El salto, o el acontecimiento que representa, bien puede describirse como pura anécdota.



3) En este caso hay también un salto pero es genuino. La curva se rompe y aparece en otro lugar asumiendo valores muy diferentes. Se trata de un cambio en el que bruscamente, sin semejanza ni continuidad, se pasa de un estado a otro diferente. Acá hay un salto en el cual el proceso toma valores y aun un sentido muy distinto. Ejemplos: en psicoanálisis el "cambio catastrófico" Bion (1962), la "interpretación mutativa" Strachey (1934); en epistemología, las "revoluciones científicas" de Thomas Khun (1962). Este tipo de discontinuidad es conocido entre los matemáticos como *discontinuidad inevitable,* manera de hablar que tiene su origen en el hecho de que ningún cambio de valor en ningún punto de la curva puede evitar que haya salto (cosa que sí sucede con las discontinuidades evitables).



No es dificultoso notar que los tres tipos de comportamiento de una curva, es decir, de una función o de una ley, tienen su análogo en la forma en que puede desarrollarse un proceso terapéutico.

El primer tipo corresponde a un proceso de desarrollo en que los avances se efectúan por pequeñas etapas, de modo que se va ganando un conocimiento de un modo aproximativo o acumulativo. Es verdad que el propio *insight* es visto generalmente como un fenómeno de cambio más bien de tipo gestáltico y correspondiente al tercer tipo de función, la de la discontinuidad inevitable[1]. Como se sabe, la concepción según la cual los actos de creación de conocimiento se hacen por saltos marcados, idea sostenida por estudiosos como Martin Gardner (1981) (por ejemplo en su célebre libro *Inspiración ¡ajá!*) han sido muy discutidos sobre la base de ejemplos de la historia de la ciencia, lo cual ha llevado a sostener a algunos, con mucho fundamento, que los actos de "iluminación creativa" son en realidad un encadenamiento de eslabones de aproximación normal al conocimiento (véase p. ej. *Creatividad, genio y otros mitos*, de Weisberg (1986), o los trabajos compilados por Alain Beaudot (1973) en *La creatividad*). Este tipo de proceso terapéutico bien puede llamarse metafóricamente "desarrollista", y la estrategia que implica se parece más, por hablar en términos militares, a un movimiento envolvente que a una "Blitzkrieg". La diferencia con el ejemplo está en que en el caso de la terapia analítica habría más aspectos exploratorios que en el caso castrense.

Lo análogo al tipo de discontinuidad evitable es el caso de un suceso que aparentemente muestra una novedad en el material o conducta del paciente pero que luego no repercute en la marcha del proceso. Puede suceder por razones circunstanciales, pero no corresponder a un cambio real y profundo. Es verdad que el psicoanálisis tiende a pensar que todo suceso tiene su significación y sus implicancias semánticas, pero de cualquier modo *hay que distinguir entre indicadores nuevos de estructuras viejas e indicadores de cambio genuino.*

Como ya lo dijimos, el tercer tipo de cambio, el que corresponde a las discontinuidades inevitables, parece tener especial importancia para ciertos psicoanalistas y obliga a estrategias diferentes. Como en política, ser desarrollista es una cosa y planear una revolución es otra. Sin duda, es un aspecto muy valioso, pero es solo aplicable a ciertas situaciones y no impide la existencia de las otras situaciones ya descritas.

A propósito de los tipos de proceso que corresponden al caso "revolucionario", es oportuno señalar que las analogías geométricas que hemos empleado no agotan todas las posibilidades de análisis. Los seguidores de Lacan, por ejemplo, aceptan la idea de que, para posibi-

litar las relaciones sintagmáticas entre los significantes proporcionados por los pacientes de modo que se constituyan significados, es imprescindible que sus encadenamientos terminen constituyendo un ciclo cerrado (constituyan una circunferencia, en metáfora geométrica). Por ello, en lugar de discontinuidades inevitables, lo útil puede ser construir un ciclo completo con las series de interpretaciones. Lo cual daría al vocablo "revolución" el primigenio sentido circular que históricamente poseía.

Ya que de analogías matemáticas se habla, no puede menos que mencionarse que en el análisis de las curvas continuas no solo se analiza el cambio de "primer grado", el de los puntos de las curvas, sino también otro cambio, el de la velocidad de crecimiento o decrecimiento de los valores. En términos de proceso, hay cambios paulatinos que se realizan más rápido y otros más lentos. Y cuando se vigila si hay o no cambio, no puede dejarse de tener en cuenta el hecho de que se altere la velocidad de aquel, ya que en algún sentido ello implica un cambio en la actitud o en la resistencia.

II. Niveles epistemológicos del cambio

El análisis de las modalidades del cambio dentro de los procesos terapéuticos no se agota con el análisis de los modos de continuidad o discontinuidad. Hay que tener en cuenta otro importante factor, de tipo quizá más cualitativo, que se relaciona con lo que de alguna manera convendría llamar "niveles del cambio".

Esta idea está relacionada con la teoría de los tipos de Bertrand Russell, según la cual hay que distinguir ideas sobre las cosas, de ideas sobre las ideas. De un modo análogo, siguiendo una sugerencia del propio Russell, el famoso lógico polaco-americano Alfred Tarski (1956) introdujo la idea de la "jerarquía de lenguajes", distinguiendo lenguajes de distintos niveles. El primer nivel, el del "lenguaje objeto", es el de las palabras y oraciones que aluden a cosas. El segundo nivel, el del "metalenguaje", es el de las expresiones que se refieren a palabras o hechos lingüísticos. Y así sucesivamente.

No resulta difícil extender este orden de ideas —originariamente destinado a evitar cierto tipo de contradicciones, las "antinomias lógicas", pero que luego se transformó en un instrumento epistemológico indispensable— a los problemas del conocimiento, y en particular al conocimiento que un paciente puede tener de sus problemas, de su realidad interna y de la marcha y peculiaridades de su propio tratamiento. Es interesante notar que Gregory Bateson (1972), en *Pasos hacia una ecología de la mente*, en el capítulo en que trata de "Las categorías lógicas del aprendizaje y de la comunicación", plantea —también por una innegable y confesada influencia de las ideas de Bertrand Russell—, una estratificación de ideas en relación con el conocimiento de las cosas. De acuerdo con esto, habría que distinguir:

Primer nivel: las cosas mismas, tal como acaecen y se presentan en el mundo.

Segundo nivel: tiene que ver con nuestros conocimientos acerca de nuestras acciones y de las cosas que conforman el mundo. Aquí hay que ubicar en especial a la tarea de los científicos.

Tercer nivel: aquí el problema es el del conocimiento de nuestros conocimientos. Este es el nivel de parte de la lógica, de la filosofía y especialmente de la epistemología, cuyo especial cometido es juzgar cómo es el conocimiento que los científicos producen.

Cuarto Nivel: en este estrato la cuestión es juzgar el peculiar conocimiento que ofrecen los epistemólogos. Esta es una tarea típica para la filosofía.

Y así sucesivamente, aunque Bateson aclara sensatamente que en la práctica y en el discurso ordinario es muy raro encontrar ejemplos que sobrepasen el cuarto nivel.

En relación con el proceso analítico, estos niveles se manifiestarían aproximadamente de esta manera: el primero correspondería a las conductas, acciones y material ofrecido por el paciente; el segundo al conocimiento que el paciente posee acerca de su conducta y de sus problemas; el tercero se referiría al juicio que el paciente tiene de su conocimiento —por ejemplo confesar que no entiende bien sus problemas— y el cuarto podría implicar su propia estimación de la marcha de su tratamiento y de los efectos que este tiene sobre su vida y sobre sus padecimientos. Lo que se dice aquí sobre el paciente puede aplicarse análogamente al terapeuta.

Es obvio que si se habla de "cambio" este no puede ser el mismo en todos los niveles. Se puede aprender a accionar y a conducirse de otro modo, lo que tiene que ver con cambios en el primer nivel. Pero otra cosa es lo que ingeniosamente Bateson denomina "aprender a aprender", lo que tiene que ver con el nivel segundo. Indudablemente, un cambio en este segundo nivel es algo mucho más importante que otro en el primero. Pues un cambio así es en el fondo un cambio en la actitud estratégica y de planeamiento, y ello implica un modo de maduración y de escape a la mera repetición o adaptación, una señal inequívoca de maduración.

De lo que hemos acabado de decir, que para el proceso analítico es más importante y significativo un cambio en el segundo nivel que un cambio en el primero, esto podría llevarnos a creer que el cambio será más importante cuanto más alto sea el nivel en el que ocurra.

Pero no es ese el caso; tomemos el ejemplo del insight (Etchegoyen, 1986). Si es claro que el "insight ostensivo" es tan importante como el "insight descriptivo", el resultado en este caso será que las relaciones entre los niveles son de alguna manera más intrincadas desde el punto de vista psicoanalítico en tanto se maneja con una relación dialéctica entre niveles n y n + 1, lo cual consiste en lo siguiente: la caída de nivel n + 1 a n permite darse cuenta de algo.

En consecuencia, podemos tener conocimiento de la estructura de una situación sin ningún registro emocional de ella, en tanto que bajando un nivel y dándonos cuenta de algo nos permitiría hacernos cargo del nivel emocional. Inversamente podemos tener el registro emocional sin captar la estructura o el significado y para encontrarlo tendríamos que subir un nivel.

En este sentido es interesante hacer notar que el psicoanalista puede esterilizar su intervención si su interés solo se dirige hacia los fenómenos directos, es decir, a la mera conducta del individuo, a sus conductas básicas, o a sus afirmaciones "lenguaje-objeto". Pues de este modo puede perder la aprehensión de los cambios en los niveles superiores, que pueden ser la clave en el proceso. Afortunadamente, en cierto sentido y por la esencia del tratamiento psicoanalítico, la interpretación es un instrumento que tiene por naturaleza desplazar la atención desde el primer nivel hacia los otros niveles. A través de la interpretación se adquiere conocimiento, la discusión de las interpretaciones es una discusión acerca del conocimiento, etcétera. Digamos de paso que la supervisión resulta ser un instrumento de nivel superior para juzgar y analizar los niveles de conocimiento adquiridos por el psicoanalista y el paciente. Y, como no puede negarse la incidencia de la supervisión sobre el proceso, resultaría que los altos niveles epistemológicos pueden incidir sobre el cambio y sobre la percepción del cambio.

Hay estructuras —en la psiquis— que rigen las acciones humanas y otras que rigen el conocimiento de las acciones humanas. Si cambian las primeras, estaríamos ante un problema del nivel 1. Si cambian las segundas, estaríamos ante cuestiones de nivel 2. El problema de cuáles son los exactos vínculos entre un tipo de cambio y el otro, es muy interesante para el psicoanálisis. No hay duda de que esta disciplina ha contribuido generalmente —por vía de la interpretación— a descubrir aspectos relevantes de este vínculo. Es interesante hacer notar que Piaget (1937) ha dicho cosas significativas respecto de la influencia de las estructuras sobre las acciones. Pero creemos que el psicoanálisis, además de hacer lo propio, aventaja a los métodos piagetianos por ofrecer conocimientos —de innegable valor instrumental y terapéutico— en los niveles superiores de análisis.

Cerremos la exposición de estas ideas subrayando que, como consecuencia de lo recién argumentado, en la clínica es importante reconocer en qué nivel se está dando el cambio, como también lo es el correspondiente registro en el proceso analítico, tal como lo indica, por ejemplo, el fenómeno transferencia-contratransferencia.

III. Acerca de las condiciones para el cambio

De acuerdo con lo dicho más arriba, el acaecer del cambio, la posibilidad de advertirlo y, más aún, de instrumentarlo y provocarlo con propósitos terapéuticos, parecen aspectos esenciales para la clínica. Pero aquí es conveniente señalar otro aspecto más de la cuestión. Y en esto también puede volver a ser útil una analogía epistemológica. En la historia de la ciencia ocurre con frecuencia que se está al borde de una revolución tecnológica o de un descubrimiento, pero este no sobreviene. Un ejemplo es el de Herón de Alejandría, que inventó un dispositivo que prácticamente equivalía a la máquina a vapor. Pero no pasó nada hasta dos mil años después, en que la idea vuelve a aparecer pero entonces, como consecuencia, se produce una revolución industrial. Ocurre que si la sociedad no percibe todavía el descubrimiento como necesario, en general no estará en condiciones de detectarlo y/o conceptuarlo. Si no existe interés valorativo por un problema, la sociedad no lo aprehenderá como tal. Para hacerse conciente de algo, hay que estar preparado para conceptuarlo y valorarlo. Lo análogo en el proceso analítico está en que el psicoanalista consiga crear las condiciones valorativas y de pensamiento que puedan llevar al paciente a detectar sus propios conflictos y características. De igual manera, la experiencia y la capacidad teórica del analista le permite percibir un cambio que de otro modo pasaría inadvertido. (André Green, 1975).

IV. Obstáculos para el cambio y la percepción del cambio

Hay obstáculos para detectar el cambio y obstáculos para que el cambio se produzca. Cualquiera de las dos cosas constituye un inconveniente terapéutico.

El primer tipo de obstáculo es, lisa y llanamente, la no percepción del cambio. Entre otras posibilidades esto puede ser el resultado de una "inercia epistemológica" por parte del analista, fenómeno por el cual, alcanzado un determinado conocimiento, hay inercia y resistencia hacia todo aquello que amenace las posiciones ya obtenidas. Un hecho análogo al que Thomas Kuhn (1962), en su clásico texto *La estructura de las revoluciones científicas*, describe como la tendencia a defender el paradigma de la ciencia normal de turno, cosa que lleva a mantener a toda costa el actual estado de cosas y a denegar la percepción de "anomalías" (en el sentido de Khun).

Un obstáculo en sentido inverso, quizá uno de los más severos y peligrosos, es el que ocurre cuando los analistas son presas del *furor curandis* en algún momento del proceso terapéutico. El paciente puede llegar a decir que le está pasando algo muy importante y el psicoanalista creer entonces que está ante la piedra filosofal y que algo ha cambiado de manera absoluta, en lugar de advertir que solo se trata de un episodio más en un largo camino, el que puede quedar amenazado por la precoz y lapidaria interpretación, a la que abría que manejar con más cautela y humildad. De paso sea dicho, esta puede ser la causa por la que se confunda, como dijimos en la primera sección, una discontinuidad evitable con una esencial, inevitable.

Una variante de la situación descrita es la del *furor inventandis* —por bautizarlo de alguna manera—, que traduce la desesperación por descubrir o inventar algo, tomando un evento muy parcial del proceso como indicio de presuntos "grandes acontecimientos", perdiéndose de este modo la pista y la posibilidad de un auténtico descubrimiento o, por lo menos, de elementos terapéuticos más útiles.

No deja de estar ligado a este tipo de dificultades la falta de elasticidad y flexibilidad para advertir el verdadero significado de un proceso. Es en este sentido que el *furor curandis* puede estar ligado a una tendencia a poner demasiado entusiasmo y énfasis en el primer nivel y sus cambios, descuidando el segundo nivel de cuya importancia ya hemos llamado la atención, desde el punto de vista clínico.

David Liberman (1972) nos muestra en diferentes partes de su obra que la iatrogenia se produce cuando la respuesta del analista altera la asimetría necesaria para que el proceso analítico se desarrolle.

Una observación más. Aún en el nivel uno, hay que distinguir los meros hechos o eventos relacionados con la conducta del paciente, de los aspectos estructurales que coordinan su acaecer. La teoría psicoanalítica está especialmente dirigida hacia lo segundo. Si el *furor curandis* se dirige demasiado hacia lo primero, el conjunto disperso

de datos fácticos, la eficacia de la terapia se hace evidentemente dudosa.

Después de los diversos temas que hemos discutido, cabe reconocer que las dificultades de este tópico no han quedado agotadas, por ejemplo, toda teoría del cambio debe indicar el señalamiento de invariantes como contrastando con el señalamiento de modificaciones. Ni lo uno ni lo otro se entienden bien sin marcar las relaciones mutuas entre ambos aspectos del cambio y este tema no lo hemos discutido en nuestro artículo.

La diferencia de niveles tal como la estamos subrayando no es el único aspecto en que el cambio puede ser percibido de manera diferente, según los criterios estructurales que se adopten. El modo de ser del analista según la preparación, las teorías y el medio social en que el analista se formó o ejerce su trabajo, pueden hacer modificar la naturaleza del cambio que se está aprehendiendo. Es oportuno señalar lo que dice Leo Rangell (1975) en "El psicoanálisis y el proceso de cambio", en el cual él dice que una parte de la tarea de evaluar el cambio consiste en determinar qué perdura, esto es, el transfondo en relación al cual sobrevienen los cambios.

Bibliografía

Bachelard, G. (1948). *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires: Siglo XXI. (French original: *La Formation du Esprit Scientifique*. Libraire Philosophique J. Vrin.)

Bateson, G. (1972). *Steps Towards an Ecology of Mind*. New York:,Chandler.

Beaudot, A. (1973). *La Creativité*. París, Bordas.

Bion, W. R. (1962). *Learning from Experience*. London, Heinemann.

Etchegoyen, H. R. (1986). *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu. (English trans: *The Fundamentals of Psychoanalytic Technique*. London, Karnac.)

Gardner, M. (1981). *Inspiración ajá!*. Barcelona, Labor.

Green, A. (1975). "The analyst, symbolisation, and abscence in the analytic setting (on changing in analytic practice and analytic experience)". *Int. J. Psychoanal.*, 56: 1-22.

Issaharoff, E. (1989). "Aspectos epistemológicos de los límites del conocimiento psicoanalítico: sus fronteras". Presentado en el Congreso Psicoanalítico Internacional, Roma, 1989.

Kuhn, T. (1962). "The Structure of Scientific Revolutions". *International*

Encyclopædia of Unified Science. Vol. 2, N° 2. Chicago, Univ. Chicago Press.

Lacan, J. (1966). *Écrits*, trans. A. Sheridan. London, Tavitock, 1977.

Liberman, D. (1972). *Lingüística, Interacción Comunicativa y Proceso Psicoanalítico*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Newton-Smith, W. D. (1981). *The Rationality of Science*. Boston: Routledge, Kegan & Paul.

Piaget, J. (1937). *La Construction du Réel chez l'enfant. Neuchâtel: Delachaux & Niestlé*. (En inglés: *The Child's Construction of Reality*. London, Kegan Paul, 1955).

Popper, K. R. (1959). *The Logic of Scientific Discovery*. London, Hutchinson.

Rangell, L. (1975). "Psychoanalysis and the process of change: an essay on the past, present and future". *Int. J. Psychoanal.*, 56: 87-98. En esp. *Rev. de Psicoanálisis* (1975), T. XXXII, N° 1.

Russell, B. (1956). "Mathematical logic as based on the theory of the types". In *Logic and Knowledge*. London, George Allen & Unwin.

Strachey, J. (1934). "The nature of the therapeutic action in psychoanalysis". *Int. J. Psychoanal.,* 15: 127-159.

Tarski, A. (1956). "The concept of truth in formalised languages". In *Logic, Semantics, Mathematics*. Oxford, Clarendon Press.

Weisberg, R. (1986). *Creativity. Genius and Other Myths*. New York, Freeman.

NOTAS

[1] Mencionamos el aporte de R. H. Etchegoyen acerca del *insight* en sus dos características: ostensivo y descriptivo; en *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.

Parte IV

Modelos, teorías y valores en psicoanálisis

Las teorías de Freud y las teorías de la metodología contemporánea

[PONENCIA]*

El psicoanálisis presenta un múltiple atractivo para los epistemólogos: cuestiones de semiótica, temas de carácter sociológico, problemas relacionados con la lógica y el carácter sistemático del conocimiento psicoanalítico, validez de la interpretación, relaciones entre teoría y clínica, etcétera.

En este trabajo desarrollaremos solamente una faceta de esta temática: ¿es el psicoanálisis una ciencia? Contestar esto implicaría tener respuesta a la pregunta "¿qué es la ciencia?" y, por desgracia, no tenemos una opinión unívoca sostenida por todos los epistemólogos. Queremos nosotros hacer notar, simplemente, que si se toma el método científico tal como lo ejercieron estratégicamente los científicos del siglo pasado hasta el moderno método hipotético deductivo, el parecido entre investigaciones psicoanalíticas e investigaciones en otras disciplinas es suficientemente grande como para que no sea justo afirmar que el psicoanálisis es en realidad una actividad de orden muy distinto de aquellas a las que nos animamos a aplicar el epíteto de ciencia.

En particular está el tema de las teorías científicas. Freud, como Dalton, como Mendel, como Chomsky, comprenden que el estado de mayor madurez en la investigación científica es alcanzado cuando se dispone de teorías capaces de explicar y predecir. La estrategia ortodoxa del conocimiento científico parece ser siempre algo como: 1°) un problema intrigante que muestra la insuficiencia de marcos teóricos o hipótesis anteriores; 2°) nuevas hipótesis o teorías que contestan al problema y develan la incógnita; 3°) la demostración del carácter explicativo de la nueva teoría propuesta; en general esto significa establecer que es posible deducir el hecho intrigante de las hipótesis fundamentales de la teoría novel. En segundo lugar hay que mostrar que la teoría no solamente explica, sino que predice hechos nuevos o, por

* Segundas Jornadas Argentinas de Epistemología del Psicoanálisis. De la publicación "Choques y armonías entre teorías psicoanalíticas". Adep, noviembre de 1983. *Nuevo Correo bimestral*, abril-mayo 1989, Buenos Aires.

lo menos, es capaz de explicar otros acontecimientos que no son los que estaban involucrados en el problema que provocó la investigación. Así, en química, el problema en su momento fue la Ley de las proporciones definidas. La teoría que venía a contestar ese problema fue la Teoría atómica de Dalton. Su carácter explicativo se dio por su capacidad de poderse deducir, desde las hipótesis atomísticas, la razón de la constancia de los elementos en las combinaciones químicas capaces de producir una sustancia determinada. En una segunda etapa, la teoría muestra que permite predecir el comportamiento de elementos que primitivamente no habían sido investigados.

Del propio modo, Mendel, con sus conocidas hipótesis acerca de la herencia, no solamente es capaz de explicar la famosa proporción 1:3 en los cruzamientos de híbridos, sino también puede predecir nuevas proporciones en otro tipo de cruzamientos que llegan a la tercera o cuarta generación.

Del mismo modo, Freud y los colaboradores de sus trabajos proponen teorías con el fin de contestar a los problemas que la clínica va planteando.

En este momento es oportuno hacer notar que el método científico no se caracteriza en general solo por el uso de teorías, sino también por el empleo de casuística o de inducción para obtener leyes o regularidades generales. En el caso de Freud este aspecto es también muy importante, pero como ahora estamos ciñendo nuestra atención a las teorías científicas, queremos indicar que de todas maneras, para contar con hechos que haya que explicar o con observaciones que pongan a prueba nuestras predicciones, será necesario contar con una fuente casuística y también con una fuente inductiva.

En cuanto a las predicciones, que constituirían la segunda etapa de esta metodología —sin la cual una teoría, por el solo hecho de explicar no se consideraría suficiente para la credibilidad de la comunidad científica— sería necesario tener en cuenta el aspecto metodológico corroborativo característico del método hipotético deductivo estándar.

Cuando uno examina la obra de Freud encuentra que la aparición de una teoría o el empleo de una de ellas para resolver un problema intrigante se hace de tres maneras: en primer lugar se inventa una teoría totalmente nueva y original con el fin de aclarar un hecho intrigante que motiva la investigación. Luego se ve que la teoría tiene capacidad para explicar otras cosas o incluso para predecir. Un ejemplo en esta dirección está en la "Comunicación preliminar" a *Estudios sobre la histeria*, donde los autores —Breuer y Freud—, intentan aclarar el problema planteado por la intrigante cuestión de la aparición y desaparición de los síntomas histéricos. Esta teoría es la de los *estados hipnoides* y los autores muestran, con razón, que ella permite explicar por qué desaparecen los síntomas histéricos cuando se produce lo que ellos consideran el recuerdo con afecto del hecho traumático desencadenante. Digamos de paso aquí que decir que una teoría explica no quiere decir que la teoría sea cierta. Explica en tanto es posible deducir de sus principios el enunciado observacional relacionado con el hecho intrigante. La teoría puede fracasar por otras razones más adelante, haciéndose oportuno crear una teoría nueva posterior. De todos modos, una vez que los autores muestran que la teoría de los estados hipnoides es apta como modelo explicativo, no dejan de abordar otros hechos, como la etapa de los grandes movimientos en la descripción del ataque histérico según Charcot o el problema de por qué los histéricos intelectualmente suelen ser a veces superiores al promedio. Todo ello es también explicado satisfactoriamente por la teoría y Freud, como dice en un pasaje de *La interpretación de los sueños*, considera con razón que cuando una teoría explica más que lo que se le pide está dando, en cierto modo, indicaciones de su calidad positiva. Otro ejemplo de toda esta situación epistemológica lo da el modelo del Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, donde Freud está tratando de dar cuenta de ciertos hechos intrigantes en la formación de los sueños, como por ejemplo el de su carácter casi totalmente sensible y no conceptual y eso se logra haciendo una teoría, un modelo del aparato psíquico, cuya capacidad explicativa para el fenómeno de los sueños es cosa que Freud se encarga de mostrar. También aquí Freud señala que el modelo, impensadamente, sirve también para dar cuenta de fenómenos como el de la aparición de fenómenos histéricos. Siendo así, tendríamos otra ocasión en la que una teoría diseñada para explicar algo puede explicar otras cosas primitivamente no consideradas, evidenciando el éxito epistemológico al que ya hicimos referencia.

Un segundo tipo de situación, opuesta a la que acabamos de describir, es aquella en que el hecho intrigante puede explicarse sin inventar una nueva teoría. El ejemplo correspondiente aquí sería el del carácter y erotismo anal, donde Freud, queriendo explicar ciertos hechos intrigantes que hacen a rasgos caracterológicos, logra mostrar que con cierta teoría parcial acerca del desarrollo de los instintos, presentadas en *Tres ensayos de teoría sexual*, puede explicarse sin el añadido de ninguna nueva hipótesis la singularidad del carácter anal y también utilizando ese mismo tipo de modelo pueden hacerse pre-

dicciones acerca de otros rasgos caracterológicos.

Hay una tercera situación epistemológica que es un híbrido de las dos anteriores, donde se utiliza una teoría nueva para explicar ciertos hechos, pero es necesario añadir nuevas hipótesis y quizás modificar alguna de las anteriores. El ejemplo aquí sería *Introducción al narcisismo*, donde Freud utiliza su teoría de la libido y del origen de las cargas, pero introduciendo algunas modificaciones respecto a las propiedades estereotípicas de la libido, especialmente cuando habla de libido objetal y libido narcisista.

Hasta ahora venimos hablando del uso que hace Freud de una teoría con fines explicativos. Consideramos que queda clara la semejanza del procedimiento científico de Freud con la de los ejemplos extraídos de otras ciencias que mencionamos antes. Pero ahora queremos hacer mención de otro tópico. A veces las teorías anteriores fracasan y es necesario considerar la disyuntiva de conservarlas o adoptar una nueva teoría. Es conocido que puede adoptarse o una posición conservadora o una posición revolucionaria o drástica en este punto. Freud, según el caso, adopta cada una de las dos posibles estrategias. La primera estrategia es aquella en la que la teoría es conservada y las dificultades son trasladadas a hipótesis de trabajo que obligan a formular hipótesis *ad hoc* o una reinterpretación de la experiencia, como indica abundantemente el epistemólogo I. Lakatos. Freud, en diversas oportunidades, prefiere conservar la teoría modificando la interpretación de la experiencia o introduciendo hipótesis *ad hoc* que, como ocurre muchas veces en todas las ciencias, terminan por llevar a un descubrimiento científico. Quisiera citar como ejemplos, en primer lugar el descubrimiento de la fantasía, que es en el fondo una modificación de la manera de entender la experiencia del presunto recuerdo, sin por ello alterar los postulados del psicoanálisis y de sus mecanismos básicos. Otro ejemplo es el del Principio de realidad, que vendría en algunas circunstancias a constituir una gigantesca e importantísima hipótesis *ad hoc* para permitir conservar el principio del placer. Esto se lograría sobre la base de que el principio del placer es de todas maneras cierto, aunque la realidad nos obligue a una modificación de esta estrategia para equilibrar los montos hedonísticos positivos y negativos que podamos obtener en el presente y en el futuro. El tercer ejemplo es el de el Principio del placer, donde Freud, hasta la mitad de su conocido ensayo considera la posibilidad de explicar fenómenos como el de los juegos infantiles y los sueños traumáticos postulando una especie de mecanismo regulativo o de control que evite la irrupción de lo reprimido en circunstancias indeseables.

El resto del artículo muestra a Freud rechazando este camino, pero es interesante que lo haya considerado como posible y verosímil en primera instancia y aun hoy conocemos psicoanalistas afectos a la primera parte de las obras de Freud que prefieren seguir su primera sugestión; y no la drástica modificación involucrada por su teoría del Instinto de Vida y el Instinto de Muerte.

La segunda estrategia es modificar o cambiar radicalmente la teoría. Recién mencionábamos el caso de *Más allá del principio del placer* donde Freud, seguramente viéndose a sí mismo en una situación de escándalo como la mencionada por Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, cuando señala históricamente la presencia en el desarrollo de una disciplina de demasiadas anomalías y de demasiadas hipótesis *ad hoc* para solucionarlas, Freud, decimos, debe haber sentido que era hora de modificar la teoría del instinto erótico y el de autoconservación, reemplazándola por la teoría del Instinto de Vida y el Instinto de Muerte. No está de más en este punto volver a hacer comparaciones. La táctica de conservar la teoría modificando las hipótesis auxiliares es la que, como se sabe, llegó en el caso del estudio de las perturbaciones de la órbita de Urano a conservar la teoría de Newton pero postulando un planeta perturbador que al fin y a la postre mostró su existencia y que es conocido como el planeta Neptuno. En la otra estrategia posible tendríamos el ejemplo de la órbita de Mercurio, también convertida en elemento intrigante y perturbador, obligando finalmente a cambiar la teoría de Newton por la teoría de Einstein. Estos ejemplos muestran a nuestro entender que las acciones epistemológicas emprendidas por Freud en sus escritos no son muy diferentes de las que uno pueda encontrar en situaciones típicas evidenciadas por otras disciplinas de indiscutible prosapia científica.

Las diversas acepciones de la palabra "modelo" y el ejemplo del Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*

[PONENCIA]*

El propósito de las presentes reflexiones es llamar la atención acerca de las características semánticas del vocablo "modelo".

Y, para ejemplificar algunas recomendaciones metodológicas relacionadas con ese término, usaremos la célebre teoría del aparato psíquico que Freud describe en el capitulo séptimo de *La interpretación de los sueños*.

I. La palabra "modelo"

En un importante trabajo expuesto en 1960, el lingüista norteamericano Yuen Ren Chao (de la Universidad de California, Berkeley)[1] hacía notar que, tomando en cuenta únicamente la disciplina lingüística, la palabra "modelo" era empleada por distintos autores al menos en veintinueve sentidos diferentes. Un examen pormenorizado de la lista que este investigador ofrecía, permite advertir que importantes usos de tal vocablo, como por ejemplo algunos que corresponden al dominio de las matemáticas, o el que atañe como tema central a la especialidad lógica ahora denominada "teoría de modelos", no eran tenidas en cuenta por dicha enumeración.

Sin duda, al igual que "sistema", "organismo", "teoría" y otros importantes vocablos centrales del discurso epistemológico, "modelo" es un término afectado por una acentuada polisemia. En este sentido, el manejo un tanto informal y displicente de esa palabra, como si poseyera un significado unívoco no puede causar más que confusión.

Si se desea utilizar "modelo" de un modo científico riguroso, se

* En las "Jornadas de epistemología y psicoanálisis", organizadas por la Asociación Psicoanalítica del Uruguay en Montevideo, los días 25 y 26 de Mayo de 1990, jornadas que se desarrollaron precisamente con el titulo "Modelos en psicoanálisis". La primera parte constituyó la conferencia inaugural, en tanto que la segunda involucró la discusión final. Publicado en *Psicoanálisis*, 1990: 1, Buenos Aires.

hace necesario proceder a lo que Rudolf Carnap denomina una "elucidación" de ese vocablo.[2] "Elucidar", según lo entiende este pensador, consiste en reemplazar el sentido vago de una expresión por uno exacto y nítido. Esto en parte tiene carácter arbitrario y especulativo, pero debe estar sujeto a la condición de que haya una semejanza parcial pero acentuada entre el nuevo significado y el primitivo (o, al menos, que la extensión[3] que ahora posee la expresión coincida apreciablemente con la que antes tenía).

La operación de "elucidar" no produce un único resultado. Hay diversas maneras de elucidar una expresión, y todas ellas pueden entrañar un tipo de ventaja diferente. Por ello es que conviene diferenciarla de los procedimientos "esencialistas" que involucran la idea de que detrás de una palabra hay un único significado (la "naturaleza" o "esencia" expresada), alcanzable tal vez por un acto de intuición o por una "definición real".[4] Los científicos tienden en la actualidad a no considerar posible ni poseer sentido tal procedimiento, concibiéndolo como una actitud pretenciosa que no es compatible con la humildad que debe caracterizar a un investigador científico ni con una adecuada prudencia ontológica. La elucidación, por el contrario, tiene un claro sentido convencional e instrumental por lo cual, pese a que consiste en introducir rigor, está tan sujeta al escrutinio de la práctica y de la experiencia como las propias teorías científicas.

El propósito de la presente exposición es ofrecer algunas elucidaciones del concepto de modelo. Esta es una labor forzosamente incompleta, dada la enorme variedad de nociones ligadas a este término. Nuestro objetivo, desde ya modesto e incompleto, es hacer una "reconstrucción racional",[5] en el sentido de Carnap, de varias maneras distintas de manejar el vocablo, según la disciplina, el problema o el procedimiento metodológico involucrado en la actividad científica, técnica, clínica o práctica.

Cada una de las elucidaciones que aquí se analizan engloba en realidad una multitud de sub-usos, versiones o variaciones que no es posible enumerar en este espacio. En algunos casos mencionaremos algunas características epistemológicas y metodológicas involucradas por la noción o concepto correspondiente.

1) La primera elucidación de "modelo" emplea la noción de "estructura". Esta última también es una palabra que sufre de polisemia, y el análisis de todos los significados que con ella se ligan llevaría a efectuar una tarea semejante a la que pretendemos realizar en el presente trabajo. La acepción que aquí utilizaremos es una muy típica de

la lógica y de la matemática contemporánea.[6] En principio, una "estructura" es un conjunto de entidades entre las que se distinguen ciertos objetos especiales, ciertas propiedades y relaciones y también algunas operaciones y funciones (en el sentido matemático de este vocablo). Las entidades en cuestión pueden ser concretas, abstractas o formales, en cuyo caso tendríamos respectivamente estructuras concretas, abstractas o formales; en cierto modo, las estructuras biológicas son concretas, en tanto que las aritméticas o —en general— las matemáticas son formales. Pero hay un punto importante: las estructuras así concebidas son abstractas, en cuanto son el resultado de un acto de abstracción consistente en que no se toma en cuenta, se "abstrae" (en su sentido etimológico, se separa) todo aquello que no está explícitamente considerado en la definición de la estructura, es decir, en la lista que la constituye. Una de las consecuencias de esta idea es que dos estructuras que descansen en el mismo conjunto de entidades pueden ser distintas, si las relaciones, objetos especiales o funciones consideradas son distintas.

Entre las estructuras puede haber una importante relación, la de "isomorfismo", consistente en la existencia de una representación o correspondencia (es decir, hablando francamente, de una función) que asigna a cada objeto de una estructura un objeto de la otra, sin que falte ni sobre objeto alguno sin compañero asignado o asignante, de modo que objetos diferentes tengan asignados diferentes y viceversa. Además, para cada relación o función de la lista definitoria de la primera estructura debe asignársele una relación o función "compañera" en la otra estructura. Finalmente, si en la primera estructura dos objetos, por ejemplo, están en una relación R, los compañeros de la otra estructura deben tener la relación compañera S de R, y viceversa. En cierto modo, el isomorfismo es como un retrato de un paisaje en una foto, pero en un sentido más general que hace que una melodía sea isomórfica a una partitura, o una música lo sea respecto de las oscilaciones de los surcos de un disco fonográfico.

Esto sentado, podemos caracterizar la primera noción de "modelo" como una peculiar relación entre estructuras. Esta relación posee dos componentes, uno lógico y uno pragmático. El componente lógico establece que una estructura es modelo de otra si ella es isomórfica a la otra. El componente pragmático consiste en que, además, la primera estructura se utiliza para investigar la otra. Expliquemos esto con un poco más de detenimiento.

No siempre es posible estudiar directamente una estructura. Pero, si se posee la certeza de que otra estructura le es isomorfa y esta es

accesible a la investigación, resulta posible tomarla como objeto de estudio, establecer leyes y tesis, para luego, a través del isomorfismo, deducir cómo son las propiedades de la estructura dada. Cuando esto sucede, es decir, cuando se dan las condiciones lógicas y pragmáticas que vinculan la segunda estructura con la original, diremos que aquella es un modelo de esta.

A este uso de la palabra "modelo" nos referiremos con la denominación "modelo estructural por isomorfismo" o, simplemente "modelo por isomorfismo".

Desde un punto de vista epistemológico, la validez de los modelos como método para alcanzar conocimiento, depende del grado de seguridad que exista en cuanto a la verdadera existencia de isomorfismo entre las dos estructuras. En algunos casos hay completa certidumbre; este es el caso —importantísimo en la historia de la ciencia— del isomorfismo entre las estructuras de la geometría y de la aritmética, célebre descubrimiento simultáneo del filósofo Descartes y del matemático Fermat, que llevó a la "geometría analítica", imprescindible instrumento para la ciencia moderna. Yendo más atrás, diríamos desde Pitágoras en adelante, todo procedimiento de medición cuantitativa establece una relación isomórfica entre magnitudes y estructuras numéricas, aunque aquí el isomorfismo puede ser solo una aproximación. En general, la existencia de isomorfismo es solo una hipótesis. En tal caso, las leyes e informaciones que se obtengan con este procedimiento modelístico deben considerarse también como hipótesis. Toda la estrategia sirve entonces para producir una teoría, cuyo valor gnoseológico depende de la verdad de las hipótesis acerca de la existencia del isomorfismo. Esto es interesante desde el punto de vista del "contexto del descubrimiento", pues muestra —como lo sostiene Thomas Nickles—[7] que no es verdad que él está compuesto únicamente por los factores psicológicos y sociológicos que concurren en el acto de crear o descubrir, sino que también hay factores lógicos, como el de emplear estructuras e isomorfismos como camino para hallar leyes y conocimientos.

Ejemplos de este tipo de modelización abundan. Las maquetas son el ejemplo típico. Conviene notar que una maqueta depende de cuál es la estructura arquitectónica que se toma en cuenta. Si solo se toman en cuenta relaciones espaciales, una maqueta de cartón es suficiente; si además se consideran tópicos concernientes a la resistencia de los materiales, la maqueta debe a su vez estar conformada con elementos cuyas propiedades en cuanto a dinámica, resistencia y estabilidad sean isomórficas a las de los componentes de la estructura original.

También hay que considerar los prototipos de aviones o de máquinas. Bueno es observar, en cuanto al tamaño, que un modelo puede ser mayor, igual o menor que la estructura estudiada. Un mapa posee menor magnitud, pero un modelo en madera de la molécula de hemoglobina tiene tamaño mayor. Esto siempre que las cuestiones de tamaño sean pertinentes.

La "simulación" mediante ordenadores es otro ejemplo de modelística. Consiste en que la máquina constituya en la pantalla o con sus datos numéricos estructuras isomórficas a la que se desea a estudiar. Bueno es hacer notar en este punto que las estructuras analizadas no tienen por qué ser sincrónicas, sino que es posible que sean dinámicas, espacio temporales e implicando evolución en el tiempo. Mapas, cartas, diseños, diagramas, etcétera, todos ilustran esta familia de modelos.

Uno de los tipos más distinguidos de modelos por isomorfismo lo proporcionan los "modelos matemáticos" (téngase en cuenta, sin embargo, que esta denominación es utilizada también en otro sentido, como en seguida veremos). Aunque la estructura de partida sea concreta o empírica, la estructura modelo puede ser abstracta o formal y consistir en entidades matemáticas (números, v.g.) y relaciones cuantitativas o lógicas. La ventaja está, al igual que en el caso de la medición, en que la ciencia matemática proporciona métodos muy poderosos para analizar y "manipular" las estructuras numéricas o formales, mucho más efectivos que los que se disponen para el estudio directo de las estructuras concretas. Naturalmente, el éxito de esta metodología depende, como ya dijimos, de la verdad de la hipótesis de isomorfismo. Esta metodología es muy atractiva, y así se explica que muchos filósofos de la ciencia hayan hecho sinónimos de expresiones como "método científico" y "medición" o "cuantitatividad"; pero esto es un abuso, pues hay valiosas estructuras matemáticas en las que el número no interviene, aunque sí el orden y la estructuración lógica.

Para terminar este tópico, digamos que la condición de isomorfismo es a menudo debilitada, reemplazándola por relaciones algo más vagas de semejanza en algún respecto. Esto debilita considerablemente la exactitud del método modelístico, pero aun así puede resultar útil, sobre todo si se tiene en cuenta la regla por la que, sea cual fuere el procedimiento con el que se llega a formular leyes y conjeturas acerca de una estructura, es imprescindible pasar de modo independiente a una contrastación de las hipótesis obtenidas.

2) En ciertas ocasiones, la noción de modelo no expresa una relación entre estructuras sino más bien una relación entre teorías. Ello ocurre cuando es necesario o deseable construir una teoría acerca de un tipo peculiar de entidades, y las primeras tentativas conducen a imitar el éxito que otra teoría anterior o ya existente tuvo en otro dominio o ámbito de objetos. Esta imitación se basa en mera analogía, y consiste en traducir las hipótesis fundamentales de la vieja teoría a formulaciones semejantes en la forma lógica o gramatical (pero no en el contenido) relativas a las cosas de las que habla la nueva teoría. Ejemplos serían el uso de teorías biológicas para formular por analogía teorías políticas, o el de teorías psicológicas para construir hipótesis acerca del comportamiento de comunidades o grupos.

La vieja teoría sería, en este sentido, un "modelo" para la nueva. Al igual que en el caso anterior, hay un componente lógico y otro pragmático. El lógico implica la existencia de semejanza formal. El pragmático se relaciona con el hecho de que el científico elige una teoría como inspiradora. Un modelo así puede muy bien denominarse "modelo por analogía entre teorías".

Si se toman ciertas precauciones, este método puede ser útil. Digamos que muchos pensadores se oponen a su uso debido a la convicción según la cual ámbitos ontológicos de naturaleza distinta deben poseer características distintas, de modo que trasmitir una ley válida en un dominio a otro de muy diferente naturaleza es una fuente segura de error. Pero esto está equivocado; como lo demuestra el caso del isomorfismo entre temáticas diferentes, ilustrado por el ejemplo paradigmático de la geometría analítica de Descartes y Fermat que antes mencionamos. También el éxito de reducciones de teorías —como el de la termodinámica a la cinética molecular— lo demuestra. El único problema que hay aquí es otra vez el hecho de que el procedimiento corresponde al "contexto de descubrimiento", que las analogías sugieren pero no prueban, y que luego de obtenida la nueva teoría hay que pasar a contrastarla y ponerla a prueba de modo independiente. Fuera de ello, como procedimiento metodológico para tratar de resolver problemas no es objetable, y ha producido reiterados éxitos en la historia de la ciencia.

Una precaución es necesaria cuando se utiliza este método. Aunque la estrategia tenga éxito, solo es lícito aceptar en la nueva teoría como válido aquello que pueda deducirse de las hipótesis fundamentales obtenidas por analogía. Pero estaría mal que si en el dominio objetal del que trata la vieja teoría hay ciertas propiedades de la que esta no trata, igual se proceda por semejanza y se dé por descontado que la traducción a la nueva teoría también vale. El procedimiento

modelístico solo permite afirmar lo que se infiere de las nuevas hipótesis fundamentales, y nada más.

3) Los lógicos y los matemáticos emplean una noción de modelo totalmente distinta a las habituales en el campo de las disciplinas fácticas o empíricas. Ha tenido mucha aceptación, hasta el punto de constituir el tema central de disciplinas relativamente nuevas como la semántica lógica o la teoría lógica de modelos. Desde el punto de vista del conocimiento no formal no es quizá una noción muy útil, pero hay que reconocer que algunas de las corrientes epistemológicas actuales, como las de Sneed o Stegmüller,[9] hacen un uso esencial de ella. Vamos a aludir a esta idea como "modelo en el sentido lógico-matemático".[10]

Un sistema axiomático de las matemáticas es un lenguaje formal, en que los términos no tienen designación fija, donde lo que importa es deducir formalmente y calcular. Hay "axiomas", que son meramente fórmulas arbitrariamente elegidas como punto de partida, y "teoremas", que son fórmulas que se deducen formalmente de los axiomas. Una interpretación de un tal sistema, lenguaje o cálculo, es un diccionario que da sentido y designación a los términos, con lo que se hace posible utilizarlo con propósitos prácticos. Un sistema posee infinitas interpretaciones, de ahí el interés científico de la matemática (que, de paso sea dicho, explica la naturaleza de las aparentemente misteriosas relaciones entre matemática pura o formal y la matemática aplicada).

Pues bien, para los matemáticos un modelo de un sistema axiomático es una interpretación acertada, en el sentido de que los axiomas se hacen verdaderos y los teoremas también (por haber sido deducidos correctamente de los axiomas).

La utilidad de los modelos reside aquí en que las aplicaciones hacen útil la matemática. Además, si se sabe que una determinada teoría científica es interpretación de un sistema matemático, entonces es lícito disponer de los teoremas como verdades de la teoría. Del matemático bien puede decirse que es un investigador que estudia por anticipado, formalmente, todo lo que es válido en cualquiera de los modelos del sistema axiomático que está considerando.

Naturalmente, para esta fructuosa aplicación de los métodos de la matemática, es necesario estar seguro de que los axiomas se transforman en verdades en la interpretación. En general, esto es posible solamente a modo de hipótesis, por lo cual, en cierto modo, es necesario contrastar que los teoremas sean ciertos en el modelo. La experiencia puede terminar en refutación, mostrando que el presunto modelo no era tal y que el sistema usado no era el conveniente.

Este empleo de la palabra "modelo" va a contrapelo del uso familiar del término en física, según el cual construir un modelo es de alguna manera "formalizar" una descripción acerca de una estructura concreta. En cambio, para los matemáticos, dar un modelo en el presente sentido es salirse de la formalización para obtener una interpretación.

4) Un "modelo didáctico" de una teoría consiste en quitarle significado a los términos descriptivos de esta y reinterpretarlos de una manera familiar. Esto se hace cuando la teoría no es clara y la reinterpretación permite hacerla más intuitiva y comprensiva. De ahí la denominación de "didáctico". Cuando una teoría es nueva sucede con frecuencia que no es fácil aprehender sus conceptos y captar sus tesis. El modelo, en la presente acepción, ayuda al entendimiento de la teoría. Claro que, a medida que pasa el tiempo, los estudiosos se acostumbran a las nuevas concepciones y la comprensión se hace directa, sin la mediatización del modelo. Con el tiempo, el interés del modelo se limita a su empleo en las clases universitarias; aun así, cada vez con menor necesidad.

No puede negarse cierto interés en el procedimiento, especialmente cuando es difícil manejar un formalismo o un algoritmo intrincado. Algunos autores, como Nagel[11] llegan a pensar que el modelo (en esta acepción) es parte de la teoría que, según su punto de vista, estaría constituida por tres partes: el núcleo teórico —formado exclusivamente por las "hipótesis teóricas puras", o sea las que contienen únicamente términos teóricos— las reglas de correspondencia —proposiciones que ligan términos teóricos con términos empíricos— y, finalmente, el modelo. En los puntos de vista de Stegmüller puede verse algo semejante. Es necesario decir que no se advierte para nada que si una teoría es un instrumento que proporciona conocimiento, el modelo tenga que formar parte; él no proporciona información sino que ayuda a pensar las hipótesis, lo cual es algo muy distinto. El modelo, no cabe duda, es externo a la teoría. Además, distintos investigadores pueden manejar la teoría ayudándose en modelos distintos. Y otros, de mentalidad más computacional, no necesitan de modelos.

El empleo de modelos en esta acepción entraña un peligro, y es bueno estar alerta para evitarlo. Es muy tentador, una vez que se ha reinterpretado la teoría, creer que una proposición reinterpretada que es verdadera en el dominio elegido para el modelo didáctico es *ipso*

facto válida en la teoría original. En realidad, tal cosa no tiene por qué ser cierta. Aunque sea redundante decirlo, en la teoría dada solo vale lo que se deduce de las hipótesis fundamentales o principios de la misma (y ello en el marco del supuesto de que la teoría parte de verdades). El modelo puede, pues, convertirse en un obstáculo epistemológico, más que en una ayuda.

Digamos que, curiosamente, este modelo es en cierto modo un caso particular de modelo lógico-matemático. Pues, para obtenerlo, es necesario suprimir el sentido o designación de los términos descriptivos de la teoría dada, con lo cual se transforma en un sistema axiomático o cálculo. Y, cuando se da el segundo paso, es evidente que se proporciona un "diccionario" que da a aquellos términos un significado diferente, el que hemos llamado "más familiar". Pero como eso se hace procurando que los principios de la teoría se hagan verdaderos en la reinterpretación, está claro que estamos produciendo un modelo en el sentido lógico-matemático.

5) Una reconstrucción muy importante del concepto de modelo, quizá la más importante y difundida, es la que lo hace equivalente a la noción de teoría. Un modelo sería, lisa y llanamente, un sistema hipotético deductivo. Las hipótesis del sistema formularían conjeturas acerca del sector de la realidad que se pretende estudiar. Quizá decirlo así sea un poco fuerte, pues muchos "instrumentalistas" verían en una teoría más un instrumento lógico o discursivo para la acción práctica que un conjunto de aserciones acerca de la realidad. Pero, de todos modos, un modelo sería aquí una teoría, cualquiera sea la interpretación epistemológica que se dé a esta palabra. Aludiremos a este modo de entender la palabra de marras como "modelo-teoría".

Como ya antes dijimos, un modelo en este sentido es una especie de formalización de nuestros conocimientos de la realidad. Por eso consideramos antes que los modelos lógico-matemáticos parecen ir a contrapelo de los modelos en el presente uso teórico. Hablando de modo laxo, interpretar y formalizar son operaciones epistemológicas o lógicas que van en dirección contraria una respecto de la otra. En cierto modo, interpretar es una acción que va a lo concreto,[12] en tanto que formalizar va en dirección de lo abstracto o formal. Pero hay que tener en cuenta que la construcción de una teoría hipotético deductiva no es todavía una abstracción total, pues aun estamos en el terreno de las proposiciones que pueden ser verdaderas o falsas. En todo caso, para formalizar por completo habría que quitar significado a las expresiones, para obtener de este modo un sistema axiomático de los

que emplea la matemática pura. Es por ello tal vez, que resulta prudente considerar en ocasiones como modelos no solo a las teorías hipotético deductivas, sino también a los sistemas axiomáticos de la matemática. Pero esto último tal vez sea legítimo solo si hay alguna interpretación del sistema que lo haya originado, una interpretación que sea la "modelizada". Si se nos permite un galimatías, podría decirse que un sistema axiomático es un modelo, si uno de sus modelos lógico-matemáticos está formalizado por él: el sistema sería modelo de ese "modelo en el sentido lógico matemático".

Esta acepción de "modelo" admite variantes: a) La palabra "teoría" debería usarse cuando el tema es muy importante, amplio o profundo, en tanto que "modelo" es mejor cuando se trata de problemas de menor magnitud, alcance o enjundia. Por ejemplo, está bien hablar de "la teoría de Newton", pero un conjunto de hipótesis acerca del funcionamiento de una fábrica sería más bien "un modelo de la fábrica"; b) un modelo sería una proto-teoría, es decir, una teoría todavía parcial y vagamente constituida, sin estar del todo terminada. Esta acepción, como la anterior, suele ser frecuente entre sociólogos; c) "Modelo" es una teoría constituida únicamente por términos teóricos; todo lo demás, las reglas de correspondencia por ejemplo, quedarían fuera del modelo. Esta modalidad es de uso predilecto entre los físicos.

De cualquier manera, el problema metodológico que plantean semejantes modelos es clásico: hay que contrastarlos para ver cuál es su valor gnoseológico. Todo lo que se diga sobre teorías vale para estos modelos y viceversa, pues son lo mismo.

6) "Modelo" indica a veces una simplificación, tanto de una estructura como de una teoría. Si se trata de lo último, un modelo es por ejemplo una teoría económica o física que desprecia variables o rasgos para quedarse con pocos elementos, de modo que puedan facilitarse los cálculos o razonamientos. Los modelos, a medida que se complican y reflejan más adecuadamente las complejidades de la realidad, se transforman en legítimas teorías. Hay que reconocer que estos modelos, aun cuando son a sabiendas una falsedad, permiten aproximarse a la realidad y aun manejarla con cierto grado apreciable de éxito. Ciertos modelos del comportamiento de la luz son, en este sentido, "modelos" de los procesos luminosos.

A veces "simplificación" puede entenderse o reemplazarse por "aproximación". Esta es la manera de entender, por parte de Chomsky,

ciertas gramáticas que constituyen modelos del lenguaje ordinario.[13] Ellas a la vez simplifican al lenguaje cotidiano y se van pareciendo cada vez más a este. Pero son más sistemáticos y admiten un manejo por medio de autómatas que no sería posible por ahora con el lenguaje ordinario, dado su complejidad. Los lenguajes que permiten entrar en una computadora son también modelos del lenguaje ordinario, en este sentido.

Epistemológicamente, la precaución que hay que tener con estos modelos es no olvidar que son falsos y pueden llevar a error. Es necesario una explícita contrastación continua, para medir las coincidencias y diferencias con la realidad.

7) Algo, sea un objeto, una estructura, una acción o una teoría, es un modelo si es digno de ser imitado. Aunque en su origen esto tuvo un sentido ético, lo que importa es que desde algún punto de vista hay algún aspecto valorativo que hace muy conveniente reproducir las características imitadas. Esta acepción, aunque interesante, no tiene demasiado atractivo epistemológico. Sin duda, en los modelos por analogía entre teorías, hay algo de lo que aquí se dice en cuanto a méritos del modelo y de lo bueno que es imitar. Tal vez también los modelos por isomorfismo cumplen a veces una función análoga. Pero esta no ayuda especialmente a la construcción del conocimiento.

Una observación final. No debe confundirse el proceso de modelizar con el de reducir. Cuando una teoría se "reduce" a otra, en cualquiera de los sentidos habituales, ello no implica que la teoría reductora sea un modelo de la reducida. Que la hidrodinámica o la neurología hayan sido modelos para las teorías "económicas" de Freud, no quiere decir que él esté reduciendo esas teorías a la neurología o a la hidrodinámica.

II. El "modelo del Capítulo VII"

Es frecuente advertir que la teoría que Freud desarrolla en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños* es mencionada como "el modelo del Capítulo VII". Por tomar un ejemplo, en el libro *Modelos de la mente* de John Gedo y Arnold Goldberg[14], la teoría en cuestión es mencionada como "el modelo tópico" y se hace notar que es "el primero de los modelos propuestos por Freud". En las páginas anteriores señalamos ya que el vocablo de marras posee un espectro muy amplio de acepciones cuyas propiedades epistemológicas y metodológicas son muy diferentes[15]. Resulta imprescindible introducir algún rigor y preguntarse en qué sentido puede usarse, en relación con las ideas del pensador vienés, la expresión "modelo".

Una primera versión de "modelo" alude al isomorfismo o semejanza entre dos estructuras y al hecho de elegir una de las dos para estudiar la otra a través del isomorfismo. Aquella es, precisamente, el "modelo" de la otra.[16] Algo de esto se advierte en el trabajo de Freud, pues se advierte su intención de describir el aparato psíquico como si fuese una estructura, y no hay duda de que él piensa que sería acertado descubrir las características de esta tomando estructuras estudiadas en otros campos como modelos. Freud parece apoyarse fundamentalmente en tres modelos: el de una estructura hidrodinámica, el de una estructura electrodinámica y el de una estructura neuronal.[17]

En estas circunstancias, debería decirse, no que Freud presenta un modelo, sino que presupone tres modelos. Metodológicamente, como procedimiento para el "contexto de descubrimiento", nada hay de malo en esto, siempre que se tenga en cuenta que, para estar seguros que de este modo se obtienen verdades acerca de la nueva estructura, hay que demostrar que el pretendido isomorfismo con el modelo existe. En casos como este, en que las estructuras son fácticas, no matemáticas, tal isomorfismo es solo una hipótesis, de modo que la información que así se obtiene es también hipotética. Lo cual no es sorprendente, pues lo que Freud intenta hacer es en el fondo producir una teoría del aparato psíquico. Precauciones adicionales: definir con exactitud en qué consiste el isomorfismo y cuidarse de no traspasar propiedades del modelo que son externas al isomorfismo.

Otra acepción de "modelo" alude a una relación entre teorías, cuando una de ellas es tomada como "inspiradora" de otra, por ejemplo, tomando las leyes de la primera reinterpretándolas —conservando su forma lógica— en términos de la segunda teoría.[18] En este sentido la situación es análoga a la anterior. Freud se apoya —o se "inspira"— en tres modelos: la hidrodinámica, la electrodinámica y la neurología. Además habría que considerar también al "Proyecto de una psicología para neurólogos", ya que la teoría en él diseñada parece tener influencia directa en las tesis del Capítulo VII.[19] Este es un procedimiento también característico de las estrategias del "contexto de descubrimiento", especialmente cuando se trata de producir o encontrar una teoría nueva que solucione algún problema de la investigación científica.

La precaución metodológica aquí consiste en no considerar válida en la nueva teoría todo lo que es verdadero para el dominio estudiado por la "teoría modelo", sino únicamente aquellas que sean la traducción o interpretación de las hipótesis derivadas de esta, ya que la relación de deducción que las liga a los principios del modelo se conserva en la traducción, de modo que así se obtienen hipótesis derivadas de la nueva teoría.

Está claro además que las "teorías modelos"[20] no poseen otra función que esa, "inspirar". El valor de la nueva teoría es asunto independiente, que exige experiencia y contrastación.

También en este punto conviene notar que las ideas de Freud no constituyen un modelo —en esta acepción—; los modelos, como ya dijimos, son las tres o cuatro teorías físicas y fisiológicas ya mencionadas.

Un error frecuente respecto de Freud es ubicarlo como "reduccionista". Probablemente no pueda negarse que su inspiración, su elección de modelos es claramente fisicalista. Pero epistemológicamente, un modelo no determina cuál es la materia de la que la nueva teoría habla. Lo único que puede decirse es que hay cierto isomorfismo o semejanza lógica entre el discurso del modelo y el de la nueva teoría. Pero el sentido y designación de los términos es diferente. Que en uno de los modelos se hable de cargas electroquímicas en las neuronas no determina que las catexias o excitaciones sean lo mismo, ni siquiera que sean físicas. El significado y la referencia de un término como "catexia" o "carga psíquica" lo da el contexto de la teoría y puede ser de índole ontológica muy diferente a la de los objetos del modelo. Insistimos: la operación de reducir una teoría a otra es distinta a la de tomar una teoría como modelo de la otra.

Entre las interpretaciones de la palabra "modelo", como ya señalamos, está la que a veces es denominada "modelo didáctico", que consiste en quitar significado a los términos descriptivos de una teoría dada —difícil de comprender intuitivamente— para otorgarles un nuevo sentido que facilite su entendimiento. Aun cuando su utilidad didáctica es innegable, epistemológicamente presenta el peligro de traspasar a la teoría original ideas que solo corresponden a la reinterpretación. El "modelo telescópico" con el que Freud explica sus ideas en el Capítulo VII tiene un propósito didáctico, esto está claro. Pero como el telescopio involucra espacio físico, muchos lectores han sucumbido al error de entender la "tópica" freudiana como implicando que las cargas psíquicas o las catexias se mueven realmente en el espacio físico. La noción matemática de "espacio" y la de "lugar" no son aplicables únicamente al espacio físico, sino también a toda estructura concreta o abstracta que cumpla ciertas condiciones relacionales. Así hay espacios de sonidos, de valores y hasta de ideas. La naturaleza del espacio del que Freud habla solo puede captarse parcialmente extrayéndola de los postulados o principios de la teoría. Todo lo demás es extrapolación y es un error metodológico. La teoría que el pensador vienés nos ofrece puede ser aceptada y utilizada tanto por un científico fisicalista como por un dualista, ya que la naturaleza última de las entidades de las que se habla no queda determinada por el contexto de las hipótesis (cosa que, por lo demás, es lo que habitualmente ocurre con todas las teorías científicas que utilizan términos teóricos).

Habíamos dicho que, una de las acepciones más importantes de la palabra "modelo" es la que la hace sinónimo de "teoría", lisa y llanamente[21]. En este sentido, lo único que puede decirse es que realmente el trabajo de Freud es un "modelo", pues es un conjunto de hipótesis. Epistemológicamente esto involucra los problemas estándar que plantean los sistemas hipotético deductivos: contrastación, significado de los términos teóricos, consistencia, consecuencias observacionales, compatibilidad con otros dominios del saber, fecundidad como instrumento de investigación. No es el cometido de este trabajo analizar este aspecto de la cuestión aunque no puede menos que señalarse que el modelo tiene bastante éxito explicativo y un innegable poder de incitación a la creatividad.

A veces, dijimos, "modelo" quiere decir simplificación o aproximación. Cuando una teoría se construye a sabiendas despreciando rasgos o variables, con el propósito de simplificar un problema y permitir un manejo instrumental aproximativo, algunos prefieren usar "modelo" y "no teoría". En este sentido, curiosamente, el trabajo de Freud parece merecer la denominación de "modelo". El propio creador del psicoanálisis lo reconoce así cuando manifiesta, en su propio trabajo, que "tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica... Tenemos derecho, creo, a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio".

Hay otras acepciones de nuestra problemática palabra, que puntuamos más arriba, que no parecen tener directa pertinencia en las presentes discusiones. Por ejemplo, aquellos sentidos valorativos que

hacen de un modelo un objeto, teoría o conducta —según el caso— digna de ser imitada. La palabra "paradigma" parece tener en ocasiones un alcance parecido. Aunque Thomas Kuhn no lo aceptaría tal cual, es innegable que en su concepción, un "paradigma" es un modelo en el sentido en cuestión para una comunidad científica en un momento dado. Pero entonces las ideas de Freud en el Capítulo VII constituyeron en un tiempo un modelo, al menos para cierta cantidad de entusiastas. Y es probable que, en virtud del éxito y aceptación que actualmente tienen las ideas y métodos de la psicología cognitiva, vuelva a constituir un modelo para ciertos investigadores.[22, 23]

Recordemos aquella importante acepción de la palabra "modelo" que usan los matemáticos y los lógicos y que ha dado lugar a importantes disciplinas del campo de las ciencias formales como la "semántica lógica" o la "teoría de modelos". Para decirlo brevemente, los modelos son interpretaciones que hacen verdaderos los axiomas y los teoremas de un sistema matemático formal (que, como se sabe, no es otra cosa que un cálculo o algoritmo sin interpretar, en el que los símbolos y expresiones con función designativa tienen suspendida la referencia). El interés de tales modelos es el de que constituyen aplicaciones de la matemática y en tal razón justifican prácticamente el estudio e investigación de las disciplinas formales.

No nos hemos ocupado particularmente de estos "modelos" pues no tenemos propensión alguna a considerar las teorías fácticas como cálculos a los que se les agrega, según la circunstancia y oportunidad, reglas de correspondencia. Esta es una tradición fomentada por importantes lógicos y epistemólogos como Ramsey o Campbell, y vuelta a poner de moda por los estructuralistas del tipo de Sneed y Stegmüller.[24] Cuesta pensar que las teorías psicoanalíticas sean predicados formales aplicables a ciertas estructuras —los "modelos"—; las hipótesis psicoanalíticas son más bien aserciones acerca de conductas y entidades psicológicas, y a veces enunciados metalingüísticos sobre el discurso de los pacientes. Hay que recordar que, en su origen, las ideas de Sneed se dirigían exclusivamente a la física, y es dudoso que a él o a Stegmüller se le hubiera ocurrido ni remotamente aplicarlas a disciplinas como el psicoanálisis. Conocemos algunos intentos de calcar los métodos estructuralistas de estos pensadores a la ciencia freudiana, pero tenemos la entera convicción de que se trata de un completo paso en falso. No obstante, si se persiste en avanzar en esta dirección nos parece que uno de los ejemplos que mejor se adaptaría a las estrategias de Stegmüller sería precisamente la teoría propuesta por Freud en el mentado Capítulo VII, la cual debería

verse como una teoría axiomática (¡un predicado conjuntístico!), en tanto que los aparatos psíquicos de las distintas personas serían los modelos. No deja de ser interesante, aunque como mera curiosidad.

De paso sea dicho, no es que estos modelos sean totalmente inaplicables al psicoanálisis. Los modelos didácticos, antes descritos, son en realidad un caso de modelos lógico-matemáticos. Pues son la interpretación (reinterpretación) en términos familiares del algoritmo o sistema axiomático formal que resulta de quitar significación a las teorías modelizadas.

Después de todos estos análisis, queda claro que la polisemia del término "modelo" es grande y que hay que tener cuidado con lo que se dice cuando se habla del "modelo del Capítulo VII". Si se quiere resumir las dificultades semánticas señaladas en una sola frase, con cierto aspecto de galimatías pero reflejando las complicaciones del caso, podemos decir:

El modelo (teórico) que Freud desarrolla en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños* tiene por modelos (analógicos) a teorías como la hidrodinámica, la electrodinámica, la fisiología neuronal y cerebral y también el modelo (teórico) presentado por el sabio vienés en el "Proyecto de una psicología para neurólogos" y admite como modelo (didáctico) el llamado "modelo telescópico"; es un modelo (simplificador o aproximativo) de la realidad psíquica —o de la estructura de la psiquis— en el que se describe una organización hipotética isomorfa a ciertos modelos (estructurales) extraídos de la hidrodinámica, de la electrodinámica, etcétera; en su momento constituyó un modelo (paradigmático) para pensar e investigar la realidad psicológica de cada individuo, la que ahora se propone como modelo (en el sentido de Stegmüller) del predicado teórico que Freud inventa, es decir, su teoría.

Bibliografía

Badiou, A. (1972), *El concepto de modelo*. Buenos Aires, Siglo XXI, traducción de Hugo Acevedo.

Bourbaki, N. (1951), *Algèbre*. Paris. Hermann.

Carnap, R. (1950), *Logical Foundations of Probability*. London. Routledge and Kegan Paul.

Chomsky, N. (1965), *Aspects of the Theory of Syntax*. Cambridge, Massachusetts.

Erdelyi, M. H. (1988), *Psicoanálisis. La psicología cognitiva de Freud*. Barcelona, Labor.

Etchegoyen, R. H. (1986). *Los fundamentos de la tecnica psicoanalitica*. Buenos Aires, Amorrortu.

Freud, S. (1895), *Proyecto de una psicología para neurólogos*. En Freud (1968), Volumen III, pp. 883 a 988.

Freud, S. (1901), *La interpretación de los sueños*. En Freud (1948), Volumen I, pp. 231 a 581.

Freud, S. (1948-68). *Obras Completas*. Madrid. Biblioteca Nueva Volumen II, 1948. Volumen III, 1968.

Gedo, J. y Goldberg, A. (1980). *Modelos de la mente*. Buenos Aires. Amorrortu. Traducción de Leandro Wolfson.

Klimovsky, G. (1986), *Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica*. En Etchegoyen (1986), pp. 433 a 456.

Mendelson, E. (1964), *Introduction to Mathematical Logic*. Princeton, Van Nostrand.

Nagel, E. (1968), *La estructura de la ciencia*. Buenos Aires. Paidós. Traducción de Néstor Míguez.

Sneed, J. D. (1971), *The Logical Structure of Mathematical Physics*. Dordrecht. Reidel.

Stegmüller, W. (1963). *Estructura y dinámica de teorías*. Barcelona. Ariel. Traducción de C. Ulises Moulines.

Suppes, P. (1960), *A Comparison of the Meaning and Uses of Models in Mathematics and the Empirical Sciences*. En Suppes (1969), pp. 10 a 23.

Suppes, P. (1969), *Studies in the Methodology and Foundations of Science*. Dordrecht. Reidel.

Wang, H. (1963), *A Survey of Mathematical Logic*. Amsterdam. Horth-Holland.

Yuen Ren Chao (1960), "Models in Linguistics and Models in General". En *Logic, Methodology and Philosophy of Science*, de Nagel, E., Suppes, P. y Tarski, A, Stanford. Stanford U.P.

NOTAS

[1] Véase Yuen Ren Chao (1960).
[2] Véase Carnap (1950), especialmente el primer capítulo.
[3] La extensión de un concepto es la clase de las entidades a los que el concepto puede aplicarse.
[4] Hay dos clases de definiciones que es preciso no confundir. La definición nominal aclara cuál es el significado de una palabra o de un término. La definición real nada tiene que ver con el lenguaje, y pretende aclarar qué es una cosa, cuál es la naturaleza de una entidad. Desde la antigüedad sabemos utilizar la palabra "agua" sin demasiada ambigüedad, pero recién el siglo pasado supimos que el agua es dos partes de hidrógeno y una de oxígeno. Pero los lógicos y epistemólogos contemporáneos opinan que la definición real de las cosas la proporcionan las leyes científicas, o sea las hipótesis de alto nivel que constituyen las teorías científicas. De modo que el auténtico problema de la definición es el de la definición nominal.
[5] La idea de "reconstrucción racional" —la sustitución de una opinión vaga por una teoría rigurosa, o de una noción imprecisa por un concepto bien construido— se debe a Carnap, según lo afirma Hans Reichenbach en la página 2 de su célebre *Elements of Symbolic Logic*, New York, MacMillan, 1947.
[6] Puede consultarse, por ejemplo, *Introduction to Model Theory and to the Metamathematics of Algebra*, de A. Robinson, Amsterdam, North-Holland, 1963, p. 9. Véase también un texto clásico como el de Mendelson (1964). Es importante notar que los matemáticos usan a veces "estructura" en una acepción algo diferente, aluden a clases de estructuras que satisfacen condiciones comunes. Por ejemplo, una estructura de "grupo" es la clase de todas las álgebra asociativas, con unidad e inverso. Véase Bourbaki (1951).
[7] Véase "Scientific Discovery and the Future of Philosophy of Science", ensayo introductorio al libro *Scientific Discovery, Logic and Rationality*, compilación editada por Thomas Nickles, Dordecht, Reidel, 1980, en las pp. 1 a 60.
[8] Acerca de la antipatía de ciertos escritores en relación con determinados usos de "modelo", puede consultarse Badiou (1972).
[9] Véase Sneed (1971) o, mejor aún, Stegmüller (1983).
[10] Véase Mendelson (1964) y también Wang (1963). Asimismo es oportuno consultar el texto de Robinson mencionado en la nota 6, pero es necesaro tener en cuenta que este autor no utiliza "diccionarios"; más bien emplea estructuras hacia las cuales van las interpretaciones de los sistemas axiomáticos. De paso, el primer capítulo de Wang (1963) es útil para discutir la noción de sistema axiomático, sus usos y su origen.
[11] Véase el segundo párrafo del capítulo V de Nagel (1968), p. 93 y siguientes.
[12] El lector advertirá, sin duda, que la noción de "interpretación" que aquí se está usando no es la que se emplea en psicoanálisis. En relación con esta última, véase Klimovsky (1986), y en este volumen, pp. 209 y 212.
[13] Por ejemplo, en el párrafo cuarto del primer capítulo de Chomsky (1965).
[14] Véase Gedo, J. y Goldberg, A. (1980), p. 28.
[15] Para reafirmar lo ya dicho en cuanto a la existencia de una gran variedad de acepciones de la palabra "modelo", es oportuno consultar Suppes (1960).
[16] O sea, lo que antes hemos llamado "modelo por isomorfismo".
[17] Véase Freud (1901), Cap. VII (en esa edición figura como Cap. IX) y, sobre todo, Freud (1895).
[18] O sea, lo que antes denominamos "modelo por analogía entre teorías".
[19] Repetimos lo dicho en la nota 17.
[20] Es decir, los "modelos por analogía entre teorías".
[21] Es decir, lo que antes hemos llamado un "modelo-teoría".
[22] Es decir, un "modelo-teoría" tomado como "paradigma".
[23] En Erdelyi (1988) se señalan los notables puntos de contacto entre las ideas de Freud y las de la psicología cognitiva. Como sucedió con otros tópicos, las anticipaciones de Freud son notables.
[24] Véase Sneed (1971) o, mejor aún, Stegmüller (1983).

Un modelo de la teoría de la memoria a partir de algunos trabajos de Freud

[PONENCIA] *

Nuestra finalidad es proponer una especie de elucidación que sin pretender un esquema exhaustivo, o totalmente válido contribuya a la modelización de una teoría de la memoria. Al respecto nos parece útil respetar lo más posible las ideas de Freud, punto de partida de nuestra comunicación, pero no pretender una identidad absoluta sino que nuestro esquema implica también cierta autonomía conceptual. Por ello mismo nos parece importante que estos esquemas puedan ser completados o cuestionados en la discusión acerca de su utilidad.**

Una primera aproximación a los artículos con que Freud examina problemas vinculados a la memoria nos sugiere la necesidad de separar dos campos a veces superpuestos.

I - Lo que llamaríamos campo de "registro" referido a las conjeturas sobre el "origen" de la memoria a partir de experiencias perceptuales y su almacenamiento.

II - El campo de la "evocación" o rememoración implicando el "funcionamiento" de la memoria ante distintas circunstancias.

A partir de estas dos perspectivas intentaremos describir una serie de "pasos" que conceptualicen el origen y funcionamiento mencionados. Debemos aclarar que "pasos" no debe entenderse como un orden secuencial o temporal ni tampoco como sinónimo de instancia (pues en cada paso pueden estar implicadas distintas instancias). Se trata con este término de modelizar los distintos eslabones que originan y

* En colaboración con Antonio Barrutia y Benzión Winograd, para las Primeras Jornadas de Epistemología del Psicoanálisis, Adep, Buenos Aires, 1981.

** En la discusión final del funcionamiento de este esquema surgió la posibilidad y quizás la conveniencia de la descripción de un aparato registrador de fantasías diferenciado del aparato de registro y evocación sensoperceptual. No se nos escapa que esta alternativa demuestra que nuestro esquema propuesto es incompleto al no dar cuenta de los problemas del registro de las fantasías y su discriminación en relación a los registros sensoperceptuales. Por ello mismo hemos descartado por el momento ocuparnos del análisis y la explicación de los fenómenos alucinatorios. *[N. de los Autores].*

hacen funcionar la cadena de la memoria. Aclarados estos supuestos, agruparemos los distintos pasos de esta manera:

En el paso (1) ubicamos la entrada de estímulos al aparato psíquico; lo llamaremos de *captación*, corresponde al proceso sensoperceptual y los estímulos entran tanto del exterior como del interior del aparato. Se puede describir este paso como una especie de filtro que determina lo que entra al aparato no importando para este modelo su naturaleza material o energética. También se lo podría vincular con el concepto de "estructura de la sensibilidad", término introducido por Kant.

En el paso (2) se produce el fenómeno de almacenamiento, es decir el estímulo sedimenta, se trataría de un segundo filtro en el cual el aparato preformado hace un aporte al dato filtrado para su almacenamiento.

Creemos que este paso posee cierto papel estructurante pues cada instancia no toma la totalidad de lo aportado por la sensibilidad; así una instancia puede tomar en cuenta solo la relación de simultaneidad, otra solo la de analogía. Nos parece que se podría denominar a este paso esquema de "registro", el cual no aludiría a un proceso simultáneo sino a una agrupación de sistemas con cierta independencia mutua.

En el paso (3) se agregan aportes de sentido a través de elementos conceptuales o semióticos, dependiendo de la zona del aparato en que se hace el registro. Este paso implicaría entonces una cualificación del registro, es decir un agregado de nuevos niveles significativos (semióticos) a los mencionados en (1) y (2). Por lo tanto, estaría vinculado con la capacidad racional del ser humano que adjudicaría significados (conectados a categorías y valores) a lo registrado en los pasos anteriores. También se lo podría relacionar con lo que Kant denominara "categorías del entendimiento". El paso (4) corresponde a la recuperación de lo registrado y archivado implicando desorganización y reorganización. Este paso debe ubicarse en lo que llamábamos el campo de la evocación. Distinguiremos en este paso dos etapas o modos: a) Una reconceptualización en el sentido de que lo evocado implica mecanismos de selección; b) Lo evocado a su vez derivaría en un nuevo registro.

Es de notar que en algunos artículos de Freud ("Recuerdos encubridores" y "Mecanismos psíquicos del olvido") se encuentran referencias a lo que llamamos campo de la evocación y sus distorsiones. La tesis consistiría en que en las distorsiones de la evocación existe una "intencionalidad" en función de conflictos específicos. En trabajos

como "Psicoterapia de la histeria" y el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños* el modelo de la memoria correspondería a los pasos (2) y (3), es decir al de almacenamiento y la agrupación a través de los agregados conceptuales.

Algunos comentarios generales sobre el modelo

Nos interesa explicitar algunas propuestas a nuestro juicio relevantes sobre el funcionamiento y posibilidades de este esquema que consideramos en gran parte compatible con las ideas de Freud.

1) El aparato psíquico tiene la posibilidad de acceso a un conocimiento objetivo y por ello es importante que una teoría de la memoria admita esta posibilidad.

2) A partir de este supuesto se examinan distintas alternativas de la participación subjetiva en el registro de las experiencias y su distorsión.

Como ya mencionamos, relacionamos con este enfoque, inferido de Freud, los aportes de Kant en cuanto el estudio del conocimiento subjetivo. Queremos enfatizar que junto a la posición subjetivista que comparten Kant y Freud respecto al conocimiento es necesario diferenciarlos en cuanto al marcado realismo ontológico freudiano.

3) En cuanto al problema de las distorsiones nos parece, que son más evidentes y manifiestamente intencionales las que corresponden a la evocación. Sin embargo en el campo clínico del psicoanálisis a través de los trastornos comunicativos visualizables en la patología de la transferencia y contratransferencia, podemos afirmar la existencia de distorsiones por lo menos en los pasos (2) y (3) del aparato. En este sentido queremos señalar que el examen más riguroso de estos fenómenos exigiría una discusión de un esquema de aparato psíquico que permita modelizar el concepto de "Yo" e incluya los fenómenos del narcisismo y la regresión. Este análisis que es también uno de nuestros temas de estudio, entendemos que excede los límites de esta comunicación.

4) La estructura de la evocación en cuanto permite un cierto conocimiento del mundo por una parte y la manifestación de conflictos relacionados con el mismo, presenta cierta semejanza con la estructura de una teoría científica. Ambas tienen características hipotéticas y en su presentación está la posibilidad de correcciones o rectificaciones.

Estas últimas pueden ser consecuencia de necesidades internas o externas, incluyendo las posibles intervenciones terapéuticas.

En este sentido queremos señalar una cierta simetría entre los pasos (2) y (3) de la estructura del registro con los dos pasos que integran la evocación, respectivamente, b) y a).

5) Como última reflexión queremos enfatizar la importancia de un esquema que permita ubicar, describir y explicar la posibilidad de corregir o rectificar las diferentes distorsiones en el registro y la evocación de la memoria, permitiendo la posibilidad de acciones o modos de evocación más cercanos a los registros más objetivos o realistas del aparato psíquico.

El orden de las hipótesis: el caso del displacer y de las cargas psíquicas

[CONFERENCIA]*

Según el modelo hipotético-deductivo, tres notas principales caracterizan a una teoría científica:

1) La teoría es una colección de enunciados con la propiedad de ser "cerrada" para la deducción lógica (es decir, las consecuencias lógicas de enunciados de la teoría son también enunciados de la teoría);

2) Una parte de los enunciados de la teoría está constituido por hipótesis (esto es, por enunciados no verificados ni refutados pero que se suponen verdaderos);

3) Los enunciados restantes —y parte también del conjunto mencionado en 2)—, son enunciados de nivel uno (es decir, enunciados singulares o muestrales de carácter empírico). Dichos enunciados se dicen "consecuencias observacionales" de la teoría.

A estas tres notas se añade la condición de consistencia lógica de la teoría (es decir, la de inexistencia de un enunciado de la teoría cuya negación sea también enunciado de la teoría). En estas condiciones, se considera que la teoría está en condiciones de cumplir dos cometidos principales: explicar y predecir. Limitándonos únicamente al caso de las consecuencias observacionales, diremos que la teoría "predice" una consecuencia observacional si esta no está aún verificada, y que la "explica" si esta ya estaba verificada. En este último caso, hay que añadir algunas exigencias suplementarias; el enunciado explicado no debe ser una de las hipótesis fundamentales de la teoría (o sea, no debe ser uno de los enunciados de la teoría que no sea consecuencia de otros enunciados de la teoría), ya que de lo contrario la presunta explicación tendría carácter trivial.

Sin embargo, parece necesario señalar un aspecto adicional a los ya señalados. Un sistema hipotético deductivo se formula de ordinario estipulando algunas de sus afirmaciones como "enunciados de partida" o "hipótesis fundamentales" —todas ellas siendo preferentemente

* En las Primeras Jornadas Argentinas de Epistemología del Psicoanálisis, Adep, Buenos Aires, 1981.

enunciados del tipo mencionados en el ítem (2)—; los demás enunciados serían las "hipótesis derivadas" de la teoría o las ya mencionadas consecuencias observacionales de ella. Tales hipótesis fundamentales poseen un papel tan distinguido en ciertas formulaciones de una teoría que, por ejemplo, a la pregunta de cuál es la teoría (mecánico-dinámica) de Newton uno seguramente contestaría que es la constituida por el principio de reposo, el de acción y reacción y el de masa. En cierto sentido, la respuesta es incompleta porque en realidad hubiéramos debido dar el conjunto total de todos los enunciados (derivados, teoremas, consecuencias de toda clase, etcétera) que integran la teoría. Lo que ocurre es que es imposible proceder así pues tal conjunto es infinito (y además no es exhaustivamente conocido, ya que todavía hay infinitas consecuencias de la teoría newtoniana aún no obtenidas). Esta situación obliga a distinguir entre "teoría", el mero conjunto de enunciados mencionado en (1), y "axiomatización de la teoría", que es el mismo conjunto en cuestión pero con una determinada estructura deductiva, más precisamente con un orden determinado de prelación lógica a partir de ciertos enunciados ubicados como hipótesis fundamentales.

Es obvio y bien conocido que una teoría puede axiomatizarse de muchas maneras diferentes. Es de notar desde ya que desde el punto de vista de la utilización de la teoría para predecir consecuencias observacionales, no tiene importancia alguna cuál es la axiomatización empleada. Basta que la predicción pueda efectuarse.

Quizá haya razones instrumentales u operacionales que hagan una manera de axiomatizar más ventajosa que otra. Pero, desde un punto de vista racional y gnoseológico, lo único que aquí cuenta es que la consecuencia predicha pueda obtenerse del conjunto de enunciados que integra la teoría. Los distintos modos de ordenar o axiomatizar una teoría no parecen hacer verdadera diferencia en lo que hace a la predicción. En particular, la cuestión de si una teoría tiene "contenido empírico" o posee carácter científico de acuerdo con el criterio de demarcación de Popper, así como la cuestión de si la teoría esta corroborada o refutada, es independiente por completo de la axiomatización elegida. Sólo es pertinente el conjunto de enunciados que está involucrado por ella.

Es tentador pensar que, en igual sentido, dos axiomatizaciones de una misma teoría deben tener el mismo poder explicativo. Debería existir simetría entre lo válido para la predicción y lo que debe cumplirse para la explicación. Claro que al respecto es bueno recordar precedentes donde la presunción de simetría se frustró: es el caso de

los modelos estadístico, parcial, genético, etcétera, de explicación. Pero como la definición de explicación dada más arriba parece relacionarse con el modelo nomológico deductivo de explicación, donde el llamado "principio de simetría" entre predicción y explicación parece cumplirse, habría buenas razones para sustentar que la indiferencia respecto de la axiomatización vale también en el caso de la explicación.

Creemos que la cosa debe ser tomada con toda cautela. Si es cierto que las verdades matemáticas son todas tautologías (es decir, verdades lógicas), serían todas lógicamente equivalentes y constituirían en cierto modo una única proposición (formulada en cada caso de modo diferente). Pero nadie puede negar, cuando se estudia matemática mediante un orden lógico, que las verdades complicadas quedan explicadas por las simples, precisamente mediante el proceso lógico de la demostración. En cierto modo, parecería que la explicación supera la relación lógica de equivalencia y dependiera de algún aspecto "intencional" ligado a la manera en que se está deduciendo (la forma lógica entre otras cosas, por ejemplo).

De una manera análoga, hay todo derecho a pensar que, aunque dos axiomatizaciones sean equivalentes en el sentido de definir la misma teoría, no son equivalentes en cuanto al modo en que los enunciados se explican unos a otros en cada una de las formulaciones.

Si la presunción recién formulada no está desencaminada, esto tendría ciertas consecuencias en lo relativo a la construcción de teorías. Tomemos el caso de las teorías psicoanalíticas. Desde el punto de vista de la predicción y, en particular, de la acción clínica y terapéutica, es de presumir que el problema de la axiomatización elegido es indiferente. Esto daría razón al hecho de que entre los terapeutas no existe verdadera inquietud por conocer cómo sería conveniente ordenar las proposiciones psicoanalíticas; ni siquiera hay demasiada inclinación por establecer qué es lo que verdaderamente pensaba Freud acerca de este orden en sus propias teorías. Pero, en relación con el poder explicativo del psicoanálisis (que, curiosamente, como se sabe, era para Freud mayor que el poder predictivo), no deja de ser un tema fascinante el de saber cómo explica esta disciplina las leyes del aparato psíquico o de la personalidad humana según la jerarquización lógica deductiva que se imponga a las proposiciones de sus teorías.

A modo de ejemplo de la situación a la que estamos haciendo alusión, vamos a proponer un ejemplo "en miniatura", una caricatura de parte de la teoría psicoanalítica, con el objeto de mostrar que cambiando la axiomatización de una teoría se altera la atmósfera explicativa de ciertos procedimientos gnoseológicos, y que desde el punto de

vista epistemológico, los resultados no son exactamente equivalentes. Esta caricatura está construida con elementos de la propia teoría freudiana, pero tomados de una manera harto simplificada.

Sean las siguientes tres hipótesis:

H1) Todos los seres humanos tienden en todo instante a disminuir su monto de displacer;

H2) Todos los aparatos psíquicos tienden a disminuir su nivel o monto de carga psíquica;

H3) En todo ser humano, el monto de displacer aumenta o disminuye si aumenta o disminuye el monto de carga psíquica que hay en su aparato psíquico.

La teoría que vamos a considerar, T, es la constituida por estos tres enunciados H1, H2, H3 y todas sus consecuencias lógicas (construidas en el vocabulario habitual de la teoría económica freudiana).

Antes de considerar distintas axiomatizaciones de esta teoría T, es conveniente examinar cada una de estas hipótesis por separado con el objeto de señalar algunas de sus propiedades lógicas y epistemológicas.

H1 es una versión simplificada del llamado "principio del displacer", aunque Freud se refiere a este tipo de tópico como "principio de placer" y aun como "principio de placer-displacer", ya que a veces se añade que el ser humano intenta en todo momento incrementar su monto de placer. No está del todo claro cuál es la relación entre placer y displacer (¿cualidades independientes? ¿simple negación? ¿cualidades opuestas?); pero como es indudable que Freud privilegia la evitación de displacer, vamos a utilizar su idea del modo simplificado ofrecido en H1. En esta forma es un enunciado de nivel dos, es decir, una generalización empírica que como tal no emplea términos teóricos y que en principio puede obtenerse como hipótesis aceptable por inducción. ¡Pero cuidado, que no deseamos irritar a los popperianos!: esta inducción no es probatoria ni validatoria; es simplemente un instrumento del contexto de descubrimiento que ayuda a formar la hipótesis y a darle estatuto de tal. En cierto modo, aceptando que el dato introspectivo es válido cuando está intersubjetivamente establecido como evento aunque no como acontecimiento (en el sentido de Popper), puede decirse que el principio de displacer es una ley empírica que puede establecerse sin el auxilio de la psicología profunda ni la teoría del inconsciente (ni siquiera de la teoría económica, aunque pudiera haber razones históricas que la ligaran a esta). Además enunciado de esta manera, el principio de displacer aparece como un principio he-

donista (relacionado con lo que los epicúreos llamaban el "placer activo", consistente precisamente en evitar una situación dolorosa). Notemos también que al considerar que el vocabulario usado en H1 es empírico (el vocabulario "descriptivo", claro está) estamos tomando la decisión de que "displacer" es empírico, es decir, que no puede usarse para entidades teóricas como ideas o emociones inconscientes (esto no está claro en Freud ni en otros autores, pero nos parece señalar un uso dominante).

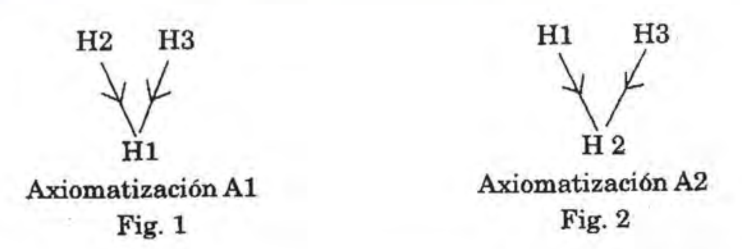
H2 puede muy bien llamarse "principio de disminución de carga" y aparece en los textos freudianos de diversa manera (y generalmente de modo bastante más complicado). No siempre Freud distingue entre esta afirmación y la de H1, pero ello se debe a la estrecha conexión teórica que él concibe entre estas dos hipótesis. El principio de "constancia" (postulando un nivel mínimo de carga, en las neuronas o en el aparato psíquico, según el caso), el de "inercia", postulando que las neuronas o el aparato psíquico tiende a desembarazarse de las cargas, o el de "nirvana", postulando que el aparato psíquico tiende a un nivel de carga cero —y muchas formas más complicadas de estructurar principios económicos—, son todas formas algo más elaboradas de la que aquí por razones de simplicidad elegimos. Es de hacer notar que H2 contiene vocabulario teórico (no empírico) y que por ello es un enunciado de nivel tres. Por consiguiente no puede ser sugerido por inducción; es una ley teórica (no empírica) en el sentido de Nagel, y por ello el método de prueba por "casos" le es inaplicable. Peor aun, se trata de un enunciado de nivel tres "puro", es decir, sin un solo término empírico. Por consiguiente H2 tomado aisladamente no es contrastable y por consiguiente no es en sí misma una hipótesis científica.

Sólo adquiere cientificidad puesta en conjunto con una hipótesis de nivel tres "mixto" que ligue los términos teóricos que hay en ella ("aparato psíquico", "nivel de carga", "carga psíquica") con los términos empíricos de que se dispone (como es el caso de "displacer"). Este papel de nexo o de "hipótesis puente" lo cumple precisamente H3.

En efecto, H3 es un enunciado de nivel tres mixto, esto es, contiene vocabulario empírico y también teórico (los términos antes mencionados). Más aun, es una "regla de correspondencia" en el sentido de Nagel y Carnap; puede escribirse en la forma "A, si y solo si B", donde A es la proposición empírica que afirma aumento de displacer, y B la proposición teórica pura según la cual hay aumento de nivel de carga. H3 puede muy bien llamarse "principio de correspondencia" (entre displacer y niveles de carga), aunque es curioso que Fedida denomine precisamente a esta hipótesis "principio de placer". Pero se

ve de inmediato que es posible axiomatizar.

Es indudable que la teoría T constituye un ejemplo o modelo sobresimplificado de "teoría económica" (psicoanalítica). Pero se ve de inmediato que es posible axiomatizarla de dos maneras diferentes (entre muchas otras posibles, claro está). Vamos a denominar estas dos maneras A1 y A2.



Axiomatización A1
Fig. 1

Axiomatización A2
Fig. 2

Están representadas respectivamente en las figuras 1 y 2. En la axiomatización A1 se eligen como hipótesis fundamentales H2 y H3, es decir, los principios de disminución de carga y de correspondencia. Se ve sin dificultad que con tales principios como punto de partida el principio de displacer H1 sale como hipótesis derivada.

Al decir esto, es oportuno indicar que el empleo de la palabra "principio" no denota aquí otra cosa que un respeto a la costumbre de Freud de motejar de este modo a ciertos aspectos especialmente importantes de la realidad que él estaba investigando. Pero como la palabra "principio" se usa también, debido a una tradición que se remonta a Aristóteles, para indicar las hipótesis fundamentales, podría confundir al lector enterarse de que hay principios (H1) que no son principios (en A1). Que el principio de displacer se deduce de H2 y H3 es evidente. Dicho abreviadamente, si el monto de displacer está directamente correlacionado al de carga (H3) y las cargas tienden a disminuir, el displacer tenderá a disminuir también. La situación deductiva está diagramada en la Fig. 1, donde las hipótesis fundamentales están arriba en el primer renglón, las líneas flechadas indican el paso deductivo y la hipótesis derivada está abajo. La axiomatización A2 elige, en cambio, como hipótesis fundamentales a H1 y H3, obteniendo como hipótesis derivada a H2. El razonamiento es análogo y, volviendo a abreviar, se ve que si el monto de displacer está directamente correlacionado con el de carga (H3) y el displacer tiende a disminuir (H1), las cargas tenderán a disminuir (H2). El diagrama de la fig. 2 ilustra esta situación: también aquí las hipótesis fundamentales están arriba en el primer renglón, las líneas flechadas indican

el paso deductivo y la hipótesis derivada H3 está abajo.

No debemos perder de vista que, en un sentido, ambas figuras y ambas axiomatizaciones corresponden a una misma teoría, precisamente T. Pero no es difícil advertir, como nos proponíamos hacer, que se trata de dos cosas muy distintas desde un punto de vista gnoseológico. En el primer caso, el de la axiomatización A1, es evidente que se ha elegido como punto de partida dos hipótesis teóricas, en tanto que la hipótesis derivada es empírica. Esto hace pensar que se ha buscado un modelo teórico, trans-empírico, que cala en los aspectos profundos de la realidad, y que con él se ha logrado explicar una regularidad empírica (probablemente conocida con anterioridad por inducción). Es como si el principio de displacer se hubiera obtenido por medios observacionales, inductivos, conductísticos y luego, pidiéndose una explicación del mismo e inventándose para ello un modelo "profundo" que dé cuenta, a partir de regularidades no observables, de las pautas de comportamiento, se lograra una explicación de lo aparente y manifiesto sobre la base de las leyes, los elementos básicos no observables del aparato psíquico. Una situación parecida a la que ocurrió en los comienzos de la moderna teoría atómica, donde Dalton, para explicar las leyes de las proporciones definidas y de las proporciones múltiples, regularidades conocidas empíricamente por inducción, postuló la hipótesis atómica (que concierne a inobservables).

Procedimientos análogos pueden encontrarse en la teoría de los quarks, en la genética mendeliana, en la lingüística chomskiana, etcétera.

En la otra manera de axiomatizar, la de A2, se parte de la regularidad empírica H1, el principio de displacer. Se adjunta H3, que esta vez —en virtud de su mencionada forma "A si y solo si B" y de su carácter de regla de correspondencia—, puede interpretarse como un tipo de "definición operacional" (en sentido amplio, en el cual las reglas de correspondencia pueden pensarse a la vez como hipótesis y como caracterizaciones parciales de significado). De esta manera, la teoría puede interpretarse como una manera de investigar y deducir cómo es la realidad más allá de lo observable. Ahora, en lugar de explicar, parecería que estuviéramos obteniendo nuevo conocimiento. Forzando un poco las cosas, es como si *definiéramos* "carga psíquica" como aquella que disminuye en el aparato psíquico si y solo si disminuye el displacer, y luego dedujéramos sus propiedades, en particular su tendencia a un nivel menor de carga.

Desde otro punto de vista, si interpretamos que la hipótesis de correspondencia H3 transforma al objeto teórico "carga" en base empírica metodológica, es tentador interpretar la axiomatización A2 como un intento de ensanchar la experiencia psíquica (sacándola de modelos estrechos como el del displacer) y encontrar nuevas regularidades en el comportamiento humano.

En resumen: A1 es un punto de vista no empírico cuyo propósito es explicativo de las regularidades empíricas ya conocidas, y muestra una intención teórica "profunda" de comprensión del mundo. Aquí un modelo no inductivo de la realidad parece explicar un conocimiento de carácter inductivo. A2 parece expresar en cambio un punto de vista empírico, donde la intención no parece explicativa sino de ampliación del conocimiento y de la experiencia, o de penetración gnoseológica en el mundo situado más allá de lo observable.

Conseguido el propósito de mostrar que las diferencias de orden en las axiomatizaciones de una teoría alteran el estatus gnoseológico de la misma, solo resta preguntarse cuál pudo ser la verdadera intención de Freud en lo concerniente a tópicos como el principio de displacer, ya que hemos usado este ejemplo. No es fácil contestar, entre otras razones por no poder establecer con nitidez si el inventor del psicoanálisis pudo advertir en aquel entonces un problema de esta naturaleza. Es evidente que en sus primeros trabajos, el principio de placer-displacer es considerado el hecho fundamental y las cargas, un fenómeno algo más suplementario. Posteriormente parece ser al revés. De cualquier manera, tenemos la impresión de que Freud prefiere con frecuencia el primer modo de axiomatización frente al segundo cuando se trata de asuntos similares. En los primeros trabajos sobre histeria, por ejemplo, las hipótesis sobre aparición y asociación de estados hipnoides parecen acuñarse para explicar las regularidades concernientes a la aparición y desaparición de los síntomas histéricos. Estaríamos pues ante una axiomatización de tipo 1. Otro tanto ocurre con el modelo del Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*. Algo semejante parece ocurrir con la teoría narcisista de la líbido en relación con fenómenos como las parafrenias y otros relacionados.

Nuestra opinión es que la estructura del pensamiento de Freud es más "teoricista" que "operacionalista", y se relaciona más con las axiomatizaciones del tipo de A1 que del de las de A2.

El problema metodológico de la comparación de teorías: el caso S. Freud y M. Klein

[PONENCIA]*

Uno de los problemas metodológicos del psicoanálisis reside en el fenómeno de la multiplicidad de teorías que conviven dentro de su territorio. Cuando decimos "teoría" queremos decir "conjunto de hipótesis supuestas simultáneamente". Nadie puede negar que dentro del psicoanálisis existe cierta unidad temática, pero tampoco puede dejar de advertirse que existen teorías diferentes y aun incompatibles, a modo de distintas respuestas a la problemática básica. En primer lugar, está el hecho de que las hipótesis y supuestos cambian de autor en autor; no son los mismos en Freud que en Klein, ni en Bion que en Lacan, etcétera. Por otra parte, esos supuestos cambian, según el momento del desarrollo científico de un dado autor que uno considere; no es igual el pensamiento teórico de Freud en 1895, en 1910 o en 1925. Y, para colmo, está el hecho de que las hipótesis psicoanalíticas no parecen constituir un único cuerpo de afirmaciones; a veces se puede sospechar que el psicoanálisis, en un momento determinado de su desarrollo y para un autor dado es más bien una familia de teorías usadas simultáneamente, algunas presuponiéndose a las otras, o independizándose unas de otras hasta un cierto grado.

El problema no es enteramente gratuito, y se relaciona más bien con aspectos metodológicos que podrían motejarse de "peligrosos". Por ejemplo, es muy común encontrar en las explicaciones proporcionadas por los psicoanalistas una cierta yuxtaposición de teorías de diferentes autores. Eso no tiene nada de malo, salvo cuando se sospecha que algunas de tales teorías son incompatibles entre sí, de modo que su empleo simultáneo engendra contradicción (y de las contradicciones, como nos enseña la lógica formal, se deduce cualquier cosa, aun

* En colaboración con Rodolfo D'Alvia, Alfredo Maladesky y Augusto Picollo. Presentada en las Primeras Jornadas Argentinas de Epistemología del Psicoanálisis, realizadas por la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis (Adep), en Buenos Aires, 20 y 21 de noviembre de 1981. Publicada en la *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, n° 8, 1983, Buenos Aires.

lo falso). Por otra parte, aun no habiendo contradicción, puede resultar que las indicaciones terapéuticas que se deduzcan de dos teorías rivales sean distintas, lo que causaría una contradicción pragmática, ya que no lógica. Finalmente, digamos que está el hecho filosófico de que con las teorías psicoanalíticas se quiere alcanzar conocimiento, y como dos teorías alternativas no pueden ser verdaderas a la par, una de ellas no puede expresar conocimiento.

Es oportuno entonces no exagerar y notar desde ya que a veces el uso simultáneo de dos teorías no tiene nada de malo; ello acaece cuando una de las teorías es una extensión que efectúa un aporte nuevo e independiente de las teorías anteriores. En resumen, una de las razones justificativas de un examen lógico y metodológico de la relación entre teorías consiste en el interés de detectar incompatibilidad, para evitar la contradicción que resulta del uso simultáneo de sus respectivas hipótesis, o en detectar compatibilidad, para poder juzgar cuando se trata de añadidos y extensiones.

En este trabajo se intenta enfocar estos problemas para las teorías de Freud y de Klein, tratando de cotejar las hipótesis del primero con los desarrollos y aportes de autores kleinianos, tarea que algunos de nosotros venimos desarrollando de hace algunos años. Por supuesto, solo una ínfima parte de las mismas se tomará en consideración, más como ilustración de los puntos metodológicos que deben tenerse en cuenta en este tipo de discusión que como auténtico intento sistemático y exhaustivo, cosa que se deja para una oportunidad más adecuada. El problema es entonces, establecer las analogías y discrepancias que existen entre las hipótesis de uno y otro autor. ¿Cómo comparar dos teorías? Lo principal parece ser detectar si hay o no hipótesis discrepantes acerca de un mismo tema. En realidad, la cosa es más complicada. Los temas están aludidos mediante las palabras o términos que la teoría y sus hipótesis emplean. Y aquí surgen problemas. ¿Están o no las mismas palabras utilizadas con igual sentido? ¿Cuándo ocurre que las hipótesis se contradicen? ¿Qué pasa cuando un tema desaparece o es subvalorado? Todo esto muestra que hay que tomar precauciones.

En este trabajo se toman términos aislados, "instinto", por ejemplo, para ver qué distintos sentidos están yuxtapuestos en su uso, y cómo los dos autores mantienen o modifican tales usos. Nos parece útil distinguir las siguientes posibilidades:

0) El término estudiado —o la acepción del término que se quiere analizar— que figura en la primera teoría, desaparece por completo en la segunda teoría. Ello no implica forzosamente contradicción, pero

en algunos casos puede involucrar una divergencia, ya que la desaparición del término puede implicar un cierto desmerecimiento de la importancia que da al tema la primera teoría.

1) El término es usado en las dos teorías, y la segunda presupone los usos de la primera teoría. Pero esto sucede de manera superflua, advirtiéndose que en la segunda teoría no se da verdaderamente importancia al tema, de modo que su presencia es en realidad algo así como mera cortesía. En el fondo, es una situación algo análoga a la de 0).

2) El término es usado en las dos teorías, y la segunda presupone los usos de la primera teoría. Pero ahora son admitidos con seriedad y empleados sistemáticamente. Sin embargo, no se hacen aportes ni se formulan nuevas hipótesis. En este sentido, la segunda teoría coincide tal cual con la primera.

3) El término, una vez más, es usado en las dos teorías, y la segunda presupone los usos de la primera teoría. Pero se efectúan nuevos aportes y se formulan nuevas hipótesis. Puede decirse que la segunda teoría extiende la primera añadiendo nuevas contribuciones.

4) El término es también usado en las dos teorías, y la segunda presupone el sentido que su uso en la primera teoría le asignaba. Pero ahora los nuevos aportes, las nuevas hipótesis, constituyen una franca discrepancia. Se trata de una franca divergencia, y este sería el primer momento en que el uso simultáneo de ambas teorías implicaría contradicción.

5) El término es usado en ambas teorías, pero la segunda asigna un sentido nuevo; o bien el término no aparece en la primera teoría pero aparece de manera novedosa en la segunda. Además, las hipótesis concernientes a este término en la segunda teoría involucran discrepancia o divergencia con la vieja teoría. En una palabra, se trata de un tema novedoso pero manejado en contraposición con las creencias de la primera teoría. Igual que en 4), el uso simultáneo de ambas teorías engendraría contradicción.

6) El término es usado en ambas teorías pero la segunda asigna un sentido nuevo; o bien el término no aparece en la primera teoría pero aparece de manera novedosa en la segunda. Pero no hay discrepancia; se trata de un tópico nuevo, un nuevo aporte que extiende y amplía el conocimiento. De ningún modo el uso simultáneo engendraría dificultades.

Como primer intento de sistematizar y a manera de ejemplificación general ubicamos algunos de los términos clásicos más usados por Freud y luego empleados por los autores kleinianos, dentro de las categorías del listado que mencionamos más arriba:

Posibilidad 0 (aparecen en la primera teoría y desaparecen en la segunda): instintos de autoconservación, instintos del yo.

Posibilidad 1 (usados por cortesía): ello.

Posibilidad 2 (usados tal cual): dualidad instintiva, psiquismo inconsciente.

Posibilidad 3 (aparecen usados como igual término con nuevos aportes): mecanismos psíquicos, mecanismos de defensa, transferencia.

Posibilidad 4 (aparecen usados con franca discrepancia) y *posibilidad 5* (aparecen usados con franca discrepancia más algo novedoso y en contraposición): instintos de vida y de muerte, fantasía, complejo de Edipo.

Posibilidad 6 (aparecen usados en sentido nuevo y con nuevos aportes): envidia, reparación, posición, identificación proyectiva, técnica lúdica, pareja combinada.

Para un desarrollo particular, como lo mencionamos más arriba, tomaremos el término *instinto*. Es imposible una comparación directa del uso de esta palabra en las dos teorías sin discriminar diversos rasgos semánticos de la misma. Conviene distinguir tres aspectos diferentes en los que los autores no proceden de idéntica manera.

En primer lugar tomarían el instinto como: 1) Tendencia, es decir en un sentido teleológico. 2) Corporización sustancial, es decir, como sustancia y 3) Configuración en que el aparato psíquico está colocado, o sea como estado. De acuerdo a estos ítems y con respecto al instinto de vida en Freud, la parte teleológica del ítem 1) —entendiendo con ella la aptitud del aparato psíquico de compensar sus variaciones haciéndolas dirigir hacia una meta, estado final o estado de equilibrio—, sería la preponderante y la homeostática la de menor significación. En cambio en M. Klein el aspecto teleológico es menos significativo, siendo el homeostático el más significativo. En esta teoría el instinto de vida sería el dador de mayor organización, orden, actuando como un factor antientrópico. Con respecto al instinto de muerte sería al revés: en Freud el aspecto homeostático es de mayor peso y el teleológico el menos importante. En cambio para M. Klein el instinto de muerte cobra decididamente un carácter teleológico y se desvanece el homeostático, más precisamente dicho, homeostático termodinámico, o sea tendencia a un estado de equilibrio con el menor orden posible. Estos términos estarían incluidos en el caso 4 de nuestro listado, no hay discrepancia semántica, sino discrepancias en cuanto al funcionamiento, dándose así una discrepancia científica.

Esto lo veríamos, haciendo una apreciación en bloque, lo cual en-

cierra el peligro de distorsionar lo que ocurre en cada corte cronológico, en el pensamiento de cada uno de los autores.

En lo que respecta al instinto como sustancia, Freud admite en cuanto al instinto de vida, un tipo de sustancia, la libido, y solo de paso alude al instinto de muerte como tal. En Melanie Klein en cuanto al instinto de vida, no deja de admitir la cosa en sentido sustancial y agregar su carácter estructurante, pero además pone mayor énfasis en el instinto de muerte. Respecto al instinto de vida, la posición de M. Klein se ubicaría en 4 o en 5, porque conserva su carácter substancial, y en 5 porque aparece un nuevo carácter, el estructurante del aparato psíquico; en cambio el instinto de muerte se ubica en 5.

Respecto del "estado", se puede entender de dos maneras; si estar en estado de instinto de muerte significa tener más sustancia, la diferencia es la dicha anteriormente en relación a sustancia; si estar en estado es estar más desorganizado, pareciera que las dos teorías serían análogas en este aspecto, estaríamos entonces en el caso 3.

Hacia un modelo de los aportes psicoanalíticos de Heinz Kohut

[PONENCIA]*

Este trabajo tiene por objeto efectuar un examen metodológico de la teoría de Heinz Kohut, sin pretender una evaluación de sus aciertos como teoría del aparato psíquico ni como estrategia terapéutica.

Los trabajos de Kohut son en primera instancia, un conjunto de hipótesis acerca de la génesis, desarrollo y estructuración del aparato psíquico. Que este conjunto de hipótesis constituya una teoría en el sentido del método hipotético deductivo, no resulta claro. De acuerdo con el propósito de este trabajo podría describirse la producción de Kohut como una estratificación de varias teorías o modelos, cada una de las cuales toma a las anteriores como presupuestas en las que apoyarse pero aporta las hipótesis específicas de ese estrato.

Un problema interesante desde el punto de vista epistemológico y metodológico que plantea dicha estratificación, es el de si se trata de un conjunto de teorías cada vez más discrepantes o alternativas, a las propuestas o modelos freudianos; o si a pesar del uso de diferentes palabras o ideas existe un isomorfismo oculto que hace que no sean tan diferentes entre sí como parece. Podría sostenerse que aparentemente hay algunas diferencias entre Freud y Kohut y esto haría que la aludida estratificación de teorías tuviera las características de un modelo original y peculiar dentro de la variedad de modelos originales que es posible encontrar en el campo psicoanalítico.

La tarea de hacer una comparación modelística entre Kohut y Freud de todas maneras, es imposible si uno no posee una modelización adecuada de las propuestas de Kohut, con lo cual una primera línea de avance hacia el problema que acabamos de plantear es disponer de un modelo.

A su vez, debe tenerse en cuenta que la palabra modelo es ambigua, razón por la cual cuando se pide modelizar las ideas o aportes de un autor en realidad se están pidiendo cosas diferentes. En este

* En colaboración con Antonio Barrutia, Benzión Winograd, Alicia Fagliano y Liliana O. de Perelman, en las Jornadas sobre Modelos en Psicoanálisis, en la APU, Asociación Psicoanalítica Uruguaya, Montevideo, 1990.

trabajo se tiene en cuenta que producir un modelo de las ideas de Kohut es una mezcla de dos factores: uno es un intento de aproximación provisoria a las concepciones de Kohut y el otro implica la formulación de ciertas hipótesis acerca de lo que el autor pudo haber pensado, por lo que probablemente sea muy difícil descifrar las intenciones de Kohut con toda exactitud. Por el momento, en esta estrategia de avance, debemos tener en cuenta que lo que se ofrece como modelo del pensamiento de Kohut es algo distinto del modelo de Kohut mismo. Por esto último se entiende la teoría de Kohut y por lo primero nuestra manera de entender algunos de los elementos que él ofrece.

Volviendo al tema de los estratos, los autores del trabajo delimitan seis, que a grandes rasgos serían los siguientes:

T0.- Entes fundamentales que conforman una teoría presupuesta de carácter ontológico.

T1.- Génesis primaria de la estructura psíquica del lactante con los movimientos que producirán la conformación de dos núcleos: self grandioso e imago parental idealizada.

T2. - Estructuración del aparato psíquico del niño desde la configuración del self hasta la formación del superyó.

T3. - Conformación del aparato psíquico del adulto y modalidades de funcionamiento de sus componentes.

T4.- Teoría de la patología. Criterio de enfermedad, génesis de la misma y relación con las estructuras del aparato psíquico del adulto.

T5.- Teoría de la terapia.

Antes de entrar en una discusión más detallada de los estratos, diremos que cada uno de ellos es una especie de teoría presupuesta del siguiente. A veces como ocurre con T0 respecto a las demás, por el carácter ontológico de la primera. En otros casos por tratarse de una problemática posterior. También cabe aclarar aquí que en algunos casos una teoría anterior es presupuesta en el sentido de que sin esas hipótesis no se pueden enunciar las teorías que siguen, en tanto que en otros casos la teoría que sigue es una consecuencia deductiva de la anterior. Acerca de qué es lo que ocurre en cada etapa cuando se salta a la siguiente, debemos advertir que es un problema abierto, porque

habría que tener la formulación completa de la teoría de Kohut para decidir qué tipo de relación es la que ocurre.

ESTRATO T0

Los autores consideran que Kohut cuenta con las teorías de *Introducción al narcisismo* de Freud, como teoría presupuesta y a partir de ellas arma un desarrollo particular de la teoría del narcisismo freudiano.

El punto de partida de Kohut para desarrollar una explicación genética de la organización psíquica, no es distinto del de Freud: para ambos el individuo humano nace con necesidades particulares de afecto y cuidado que deben ser proporcionados por el entorno familiar primario. En esa matriz se van a desarrollar las concepciones teóricas posteriores; las relaciones con los personajes del entorno familiar del sujeto, van a ser mediatizadas por vectores afectivos que representarían la movilización de cargas en doble dirección: tanto el afecto que el bebé produce o descarga y el que necesita para satisfacer sus carencias.

En T0 se admite la existencia de ciertos elementos básicos y de un modo elemental e imprescindible de funcionamiento. Los objetos o entidades que están en danza, parecen ser, dicho sea sin pretensión exhaustiva, los del entorno familiar, más lo que vamos a llamar "vectores afectivos", que corresponden a las necesidades primarias del individuo y también a los aportes afectivos que vengan desde el exterior, sean estos requeridos o no por las necesidades. Este modo de funcionamiento provoca un sistema básico de efluentes y afluentes afectivos que serán descriptos en T1. Los aportes ambientales constituyen un conjunto heterogéneo que provocará un comportamiento diferenciado de las corrientes de vectores afectivos. Esto es lo que conducirá a la formación del self grandioso y de la imago parental idealizada.

ESTRATO T1

Esta es una teoría genética primaria que se arma utilizando los elementos de T0; se parte entonces de que la estructuración del psiquismo infantil se apoya en dos necesidades psicológicas básicas: a) el niño necesita ser el centro del interés materno en los momentos iniciales del desarrollo; b) el niño necesita registrar una figura paterna

con atributos de fuerza y vitalidad, que a su vez genera respuestas correlativas en la estructura interna del psiquismo infantil. Esto lleva a un aglutinamiento de vectores afectivos alrededor de un polo interno que corresponde a la madre.

Desde allí parten vectores que se dirigen hacia otro sector generando un segundo polo, relacionado con las necesidades descriptas en b) y corresponde al padre. Los dos polos formados por el aglutinamiento de vectores afectivos alrededor de las figuras parentales serían los que satisfarían las necesidades primarias del bebé.

Las primeras frustraciones crean un estado de desequilibrio que lleva a la constitución definitiva de dos núcleos, que conformarían lo que Kohut metafóricamente denomina sustancia psíquica.

Estos dos núcleos sustanciales son el self grandioso y la imago parental idealizada y sentarían las bases para nuevos sistemas cuya función es la búsqueda de la perfección.

La modalidad de intercambio y circulación de vectores correspondería a lo que los físicos llaman proceso dinámico estacionario, donde la organización psíquica del individuo queda claramente dividida en dos sectores. Este estado dinámico estacionario debe entenderse además como una satisfacción de necesidades elementales: el self grandioso tiene que ver con los aspectos estimativos del individuo y la imago parental idealizada consistiría en advenir una figura protectora.

Estos dos núcleos conformarán el self. El narcisismo es definido por Kohut como la carga libidinal del self. Vale la pena detenerse en lo que el autor señala en *Formas y transformaciones del narcisismo*, acerca de la carga valorativa negativa que pesa sobre el término narcisismo, basada en el prejuicio que opone narcisismo a amor objetal. Es oportuno notar que Kohut al hacer esta observación, intenta evitar que se transforme toda una teoría con propósitos fácticos, en una descripción valorativa acerca del funcionamiento del aparato psíquico. Esto coincidiría con la tesis de Nagel del cap. 13 de *Estructura de la ciencia* cuando separa en un concepto, los aspectos caracterizadores de los valorativos, que pueden tener fuentes independientes y en algunos casos hasta perturbar el aspecto científico de la discusión. Del narcisismo de Kohut, hay que tomar únicamente, la cuestión de cómo está funcionando el sistema que él describe. Lo demás es un añadido sobre el cual no hay que prejuzgar, de la misma manera que el psicoanálisis pidió muchas veces que no se prejuzgue sobre las consecuencias éticas de la teoría psicoanalítica tal como Freud la describe por ejemplo, en *Moisés y la religión monoteísta* y en *El malestar en la cultura*. El hecho es que si tiene razón en la cuestión fáctica, esa es la única cuestión científica que interesa.

ESTRATO T2

Si bien se insiste en la constitución bipolar de la estructura psíquica del niño, se hacen suposiciones acerca de la mecánica que determina la conducta. En este estrato partimos entonces del self constituido que incluye los dos núcleos: el self grandioso y la imago parental idealizada. Ambos cumplen distintas funciones, de acuerdo con su génesis particular. Si el desarrollo se da en ciertas condiciones de normalidad bajo circunstancias favorables (frustración óptima) el self grandioso se va fundiendo en la trama de contenidos yoicos permitiendo obtener capacidad de coherencia frente a los conflictos. La carga del self grandioso no es transferida a otros objetos y se retiene en el núcleo del self, alimentando la necesidad de ser mirado y admirado. La imago parental idealizada, es integrada al ideal del yo, aspecto del superyó, transformándose en una estructura reguladora de los impulsos, a la vez que permite la adquisición de autonomía e individuación. Su carga es transferida a los objetos externos por idealizaciones, los cuales son reintroyectados para pasar a formar parte de la estructura psíquica. Estos dos núcleos son considerados los determinantes de las ambiciones (self grandioso) e ideales y talentos humanos (imago parental idealizada).

Esta configuración de la estructura psicológica no termina hasta el inicio de la pubertad, momento en el cual cristaliza la formación del superyó nuclear idealizado. Hasta tanto esto ocurra, el sujeto se encuentra en períodos de vulnerabilidad donde pueden ocurrir regresiones (por desilusiones traumáticas) que conducirán a defectos estructurales.

ESTRATO T3

Describiremos aquí las influencias permanentes que siguen ejerciendo los dos núcleos en el aparato psíquico del adulto.

El self grandioso determina la fuerza de las ambiciones del sujeto y la necesidad de ser admirado; permite gozar de las actividades y logros, a la vez que detectar a través de los sentimientos de vergüenza y decepción, los fracasos y deficiencias para ser corregidos; permite realimentar aspectos importantes de autoestima.

La imago parental idealizada, cuando esté integrada en la personalidad, configura los ideales del sujeto vehiculizados a través del ideal del yo (aspecto constitutivo del superyó). La omnipotencia, omnisapiencia y perfección adjudicados al progenitor en períodos tempranos, le dan al superyó la calidad emocional de absoluto respeto de las normas e ideales.

La personalidad adulta madura, logra una redistribución de la libido narcisista y la integración psicológica de las estructuras infantiles. El aparato psíquico maduro, logra equilibrar la relación entre self grandioso, yo e ideal del yo, en un estado de armonía tal que permite desarrollar las ambiciones de acuerdo con sus ideales a la vez que estar protegido de la vulnerabilidad narcisista, la propensión a la vergüenza y la culpa.

En Kohut, la hipótesis de desarrollo normal, significa la permanencia de lo que encontramos como configuraciones infantiles, pero en forma plástica, que permite los reacomodamientos necesarios a la realidad por medio de sucesivos aprendizajes.

ESTRATO T4

Si durante el desarrollo evolutivo descripto en T1 y T2 ocurren traumas severos o desilusiones traumáticas, promovidas desde el medio externo, ambos núcleos quedan fijados en su forma original y se funden en forma defectuosa en el entramado yoico. Al no transformarse en instancias reguladoras, el individuo queda atrapado en la búsqueda de objetos externos que mantengan la homeostasis narcisística.

Estos objetos a los cuales el sujeto no discrimina por sus cualidades reales, son elegidos por la necesidad de sustituir sectores estructurales del aparato psíquico, que no se consolidaron durante el desarrollo.

Esto explicaría lo que ocurre en un grupo de problemas psicopatológicos que Kohut denomina trastornos narcisísticos de la personalidad y de la conducta, que se diferencian claramente de las psiconeurosis y de la psicosis.

El núcleo psicopatológico explicativo de los trastornos narcisísticos son las problemáticas del self; en el caso de las psiconeurosis el núcleo psicopatológico explicativo es el complejo de Edipo.

(1) *TRASTORNOS DEL SELF.* (Self no cohesivo). Las consecuencias del daño prolongado conducen a: a) psicosis, "depresión vacía" y

enfermedad circular del síndrome maníaco depresivo. b) estados fronterizos donde hay un self rudimentario compensado.

(2) *TRASTORNOS NARCISÍSTICOS.* (Debilitación temporaria del self): a) trastornos de conducta: adicciones y perversiones. b) trastornos de la personalidad referidos a estados psicológicos: depresiones y trastornos de la autoestima.

Aunque fuera tentador decir que T4 es una teoría cuyas *hipótesis* se deducen de las anteriores, en realidad esto no es totalmente cierto porque algunos hechos provienen en forma autónoma, de la investigación empírica y vienen a sumarse. Lo que sí es cierto es que T4 no podría formularse sin tener las teorías anteriores que establecen la base conceptual. Por otra parte, sin las enunciaciones de los estratos anteriores, tampoco podrían haberse advertido esos hechos.

ESTRATO T5

Kohut aplica el término transferencia, es decir la repetición en la situación clínica de los conflictos históricos y con la persona del terapeuta, a los fenómenos relacionales que ocurren en los tratamientos de las personas con problemáticas del narcisismo. La transferencia narcisística queda definida por el conflicto bipersonal donde el paciente trata al terapeuta, en forma indiscriminada, como un objeto de su self grandioso o de su imago parental idealizada. En las transferencias neuróticas descriptas por Freud, el analista representa alguna de las estructuras del complejo de Edipo.

Dentro de los alcances de la teoría de la libido en el modelo freudiano, la transferencia neurótica se realiza en el campo de la libido objetal. En el modelo kohutiano, la transferencia narcisística se realiza en lo que para Freud sería el campo de la libido narcisística. Esto implicaría que en la transferencia neurótica hay una adecuada discriminación sujeto-objeto que no se da en la transferencia narcisística.

Si bien desde el punto de vista metodológico pareciera que existe una discrepancia entre los dos autores en cuanto al modelo hipotético-deductivo de lo que cada uno piensa, lo que ocurre es que Kohut ha caracterizado una situación diferente que tal vez Freud no habría advertido.

Los autores creen que es útil señalar esta cuestión porque las discusiones en las que se aborda este problema, generalmente no son claras a partir de que el análisis del término transferencia, en los distintos esquemas referenciales psicoanalíticos, muestra que el mis-

mo término corresponde a diferentes concepciones.

Retomando el tema de la clínica en Kohut, si se produce la activación terapéutica de la imago parental idealizada estamos en presencia del fenómeno llamado transferencia idealizada. Si lo que ocurre es una activación terapéutica del self grandioso se da la transferencia en espejo.

Las perturbaciones que surgen en el equilibrio transferencial de las personalidades narcisísticas son de gran importancia estratégica para poder operar en el sentido de conducir al paciente hacia el logro de un fortalecimiento yoico y de los ideales (transferencia idealizada) y un mayor realismo en las ambiciones e incremento realista de la autoestima (en el caso de la transferencia en espejo).

En cuanto al papel del analista en estas situaciones clínicas, Kohut advierte que no se debe fomentar la idealización de la propia figura, aunque sí debe aprovecharse la movilización espontánea de la imago parental idealizada o del self grandioso. Estas transferencias no deben rechazarse ni interpretarse precozmente, debe permitirse su desarrollo y evitar su interferencia. La posibilidad de despliegue y desarrollo de ambas es imprescindible para el tratamiento psicoanalítico de las personalidades narcisistas, ocupando un lugar similar al que ocupa la transferencia erótica en el psicoanálisis de las neurosis de transferencia.

Es necesario que el terapeuta esté prevenido para no moralizar sobre el narcisismo y para evitar abstracciones en las interpretaciones clave, porque las interpretaciones y reconstrucciones hechas en la transferencia narcisística corresponden a intensas relaciones objetales de parte del paciente y son un aporte positivo que permiten el desarrollo y la posterior modificación.

En cuanto a la posibilidad de trabajo psicoanalítico, con las estructuras psicopatológicas descriptas en T4, Kohut considera que en los cuadros del grupo 1, estaría contraindicado, aunque en el caso de los borderlines admite que se puede trabajar con psicoterapias que permitan afianzar los aspectos homeostáticos de la personalidad. El tratamiento psicoanalítico llevaría a una fragmentación del self rudimentario.

El grupo 2 sería abordable con éxito con la técnica psicoanalítica si se tiene en cuenta el propio desarrollo teórico hecho por Kohut.

Las funciones del lenguaje y los escritos psicoanalíticos

[PONENCIA]*

Tengo que dejar claramente sentado que mi presencia aquí no expresa el punto de vista de un psicoanalista en cuanto a la cuestión que se ha planteado, sino el hecho de que como epistemólogo me he visto muchas veces en la situación de tener que juzgar escritos psicoanalíticos, obras psicoanalíticas, entendiendo uno que está ante un discurso que tiene diversas facetas, algunas de las cuales tienen que ver con la verdad, y otras tienen que ver con el modo en que esta verdad es transmitida. En cuanto al psicoanálisis, lo mismo que en otras disciplinas, lo que a mí me preocupaba era ver qué tipo de conexión había entre los dos problemas; y si los prejuicios que uno podría traer de otras ciencias en cuanto a que la belleza no tiene nada que ver con el cometido científico de un artículo, se hacían presentes también en el psicoanálisis.

Quizás aquí haya que hacer notar algo que se acepta mucho en este tipo de discusión y es la llamada teoría de las funciones del lenguaje, que puede ser una especie de principio guía en esta discusión.

Se dice que el discurso tiene por lo menos tres funciones principales. Algunos dicen que más; en el libro *Principios de la recta razón,* de Leonard, se sostiene que en el lenguaje hay dieciséis funciones diferentes. Pero las tres principales son las que se llaman la función informativa, la función expresiva y la función persuasiva-directiva. En la función *informativa* el lenguaje está diseñado para transmitir informaciones. Sus reglas semánticas ordinarias están concebidas para eso, la posibilidad de describir hechos o acciones en determinadas situaciones apropiadas. Y cuando uno oye decir algo o lee, tiene que atenerse —si es una buena información la que se le ofrece— a estas reglas semánticas y a las reglas de discurso para comprender acerca de qué se está informando y si lo que se pretende informar corresponde o no a lo que en algún sentido podríamos denominar "lo que pasa".

* En la mesa redonda "Belleza y verdad en la literatura psicoanalítica", organizada por la Comisión de Publicaciones, en APA, el 25/10/1991. Integraron también la mesa los doctores Carlos Mario Aslan y Leonardo Peskin. Publicada en *Revista de Psicoanálisis*. APA, Tomo XLIX Nº 1, Buenos Aires, 1992.

La otra función, que es justamente la que puede ser útil para el otro lado de nuestro tema, el de la belleza, es la llamada función *expresiva,* con la cual se quiere decir —si lo decimos de una manera un poco ceñida— que el lenguaje, además de su función informativa, de alguna manera sirve de indicador, tiene alguna correlación con estados de ánimo o propósitos no informativos, como puede ser justamente el de carácter estético. De manera que a través de la comunicación y a través del discurso uno percibe estados de ánimo o percibe estructuras que han sido traídas a cuento por el escritor porque son bellas, por ejemplo, o porque de alguna manera hay actitudes, entre ellas actitudes estéticas dirigidas hacia ellas. La tercera función es la que se llama *persuasiva-directiva,* y es indiscutiblemente una de las principales ligadas al lenguaje, que es la que se sostiene como la virtud que el lenguaje posee de ser un instrumento para modificar las acciones de los demás. De modo que cuando uno escribe algo, o cuando uno dice algo, o cuando uno se comunica, hay un propósito de influir en las actitudes, y también de modificar las acciones del otro. Hay la tesis de que se trata de funciones que tienen independencia, de manera que puede estar presente nada más que una de ellas y las demás ausentes; pueden estar presentes las tres en distintos grados, pero no hay una correlación directa entre la una y la otra. En este sentido, en principio uno podría pensar que la belleza de la comunicación está ligada a la segunda función, la de carácter expresivo; en tanto que la verdad corresponde a la función informativa.

Como científico, y como lógico, estoy inclinado y es por lo menos lo que podríamos llamar lo estándar dentro de los hábitos científicos, a ceñirme en la lectura a la función informativa en primera instancia, porque lo que uno tiene que juzgar es si aquello que se está transmitiendo como información vale o no vale. Tal puede ser la no dependencia y la no vinculación entre el problema de la belleza y el problema de la verdad, que siempre recuerdo una observación que un matemático hizo acerca de otro, uno de los más notables matemáticos argentinos. Decía de él —se trataba de Mischa Cotlar, no hay por qué ocultarlo— que si había dos demostraciones alternativas para utilizar en una memoria para dar a conocer un descubrimiento, y de las dos demostraciones había una que era mucho más fea, seguramente Mischa Cotlar iba a elegir ésa. Nadie sabe muy bien por qué; sería un poco cuestión de psicoanalistas averiguar por qué ocurría eso. Probablemente se trata de una opinión provocada por la envidia. No obstante lo cual lo que decía estaba bien, era un descubrimiento, por eso se lo apreciaba; y de paso sea dicho que en los textos escritos por otras

personas, cuando se citaban sus descubrimientos, se reconstruía la comunicación poniéndola en un estilo más bello.

Claro que uno podría preguntarse si es exactamente así. Hay otra distinción que se cruza con esta, y es que a veces la belleza puede estar en aquello que está uno informando. O sea, en las estructuras o hechos que uno precisamente, de acuerdo a la primera función del lenguaje, está transmitiendo. Y eso puede ser. Indudablemente que la belleza puede ser intrínseca a los temas. Lo que pasa es que uno no puede como científico ceñirse únicamente a los temas que son los más bellos y a los que tienen belleza en su propia estructura porque uno quiere conocerlo todo, y como dijo algún filósofo inglés alguna vez, hay que amar a la verdad no solamente cuando es bella y suave, sino también cuando es áspera y dura. Y evidentemente tenía razón. Sin embargo, hay que reconocer que para muchos científicos algunas cualidades que tienen que ver con problemas de estética en el fondo podían ser indicadoras de que uno iba por el camino de la verdad. Eso estaba dirigido hacia la física; no sé si vale en el caso del psicoanálisis. Yo creo que realmente la belleza de un tema o de una situación no es indicadora de que uno esté aprehendiendo la realidad. En física hay un mito según el cual entre una teoría simple, una teoría armónica y una complicada, es preferible la simple o la armónica. Quien tenía ese prejuicio era Einstein. Hay una célebre anécdota. Tenía un ayudante que ante un problema de física debía buscar la solución matemática. Y más de una vez pasó que el ayudante dijera: "He encontrado esta solución". Y Einstein miraba y decía: "¡Qué feo!"; y se iba sin dar explicaciones, por ejemplo. Bueno, en realidad ese punto es un tanto peligroso, como lo han hecho notar muchos epistemólogos.

Mario Bunge, por ejemplo, es autor de un célebre artículo que se llama "El mito de la simplicidad". En general habría que preguntarse por qué no podría ser lo bello precisamente lo más complicado, enrevesado o abstruso. Ésa es una discusión que hay entre los admiradores de Paganini y los admiradores de Bach, por ejemplo; es decir, ¿qué es lo más bello, la melodía simple, o es bella la estructura arquitectónicamente complicada? De cualquier manera a mi entender, y después de experiencia de muchos años, en general en física la verdad se ha ido por los caminos más inesperados, enrevesados y hasta incoherentes en algunas situaciones. De manera que la verdad es, por así decir, independiente de la belleza. Esta última no tiene para la verdad ningún valor de indicación. Pero en donde es posible que la transmisión del conocimiento, sobre todo en la divulgación científica y en la pedagogía, posea ingredientes de belleza, me parece que ha-

cerlo es casi una condición *sine qua non*. Creo que ante un tema dado, si hay la posibilidad de comunicarlo con belleza, con claridad y con simplicidad, eso es obligación del pedagogo, es obligación del divulgador científico, y en cierta medida también de la persona que comunica sus descubrimientos. A propósito del filósofo inglés Alfred North Whitehead, que es un hombre muy notable pero muy oscuro, el filósofo inglés Joad decía que uno de los problemas que hay con Whitehead es si su carácter abstruso es expresión de la oscuridad o es oscuridad de expresión. A mí me parece que en general hay un fenómeno un tanto parecido a este, sobre todo en la literatura psicoanalítica francesa, y en la literatura francesa que corresponde más a cierto tipo de discurso filosófico según el cual si uno es enrevesado, paradójico, vago y utiliza ciclos dentro de ciclos en su discurso para tratar de oscurecer lo que se puede decir muchas veces en pocas palabras, parece que eso de alguna manera para cierta gente fuera preferible.

Y en general sin embargo podría pensarse que ese tipo de costumbre es el indicador de que hay poco que comunicar, y que uno de alguna manera lo va cubriendo con una capa de pintura brillante y metálica, irrelevante para la cuestión. De modo que si hay algo que admirar en Freud precisamente es que él no ha hecho de ninguna manera uso de fuegos artificiales para comunicar sus descubrimientos. Indudablemente los tres años de seminarios con Brentano sobre Aristóteles y sobre la lógica aristotélica le han dado un estilo especial de comunicación; y si bien a veces parece que hubiera alguna confusión, porque era un hombre que creaba y pensaba escribiendo, uno puede, acostumbrándose a cierta lectura de Freud, captar inmediatamente los esquemas de tipo científico, lógico y argumentativo que está usando.

Y lo bello que hay en Freud justamente es que lo pueda comunicar en un estilo que de ninguna manera es aburrido, que siempre tiene, no la sugerencia oculta, sino la indicación de nuevas vías de investigación o de analogías, o señalando lo que desde el punto de vista filosófico o humanístico es el valor trascendente de lo que, tomado independientemente, podría ser nada más que un descubrimiento de carácter local.

Por esto me parece que viendo muchas de las maneras y hábitos de comunicación que existen en la literatura psicoanalítica contemporánea, y especialmente en las comunicaciones científicas que aparecen en muchas revistas, lo que noto es que el camino hacia la verdad es escaso. Aparecen sugerencias, hipótesis generales, pero hay muy poca preocupación para ver cuál es el respaldo clínico o el respaldo de

tipo científico o argumentativo que dé prueba de que se estén cumpliendo los requisitos de la función informativa. Y muy a menudo eso a veces intenta ser compensado con un modo un tanto alambicado de exposición; muchas veces ni siquiera eso, porque suele ser desordenado y meramente una colección de ideas, en que los conceptos que intervienen no poseen claridad alguna. Los conceptos tienen la costumbre de ser lo más vagos posible si uno no los obliga a ceñirse a cierto tipo de precisión, con lo cual se produce algo que solo es nebulosidad, digamos, que alguien puede cubrir con riqueza y sugerencia, pero en realidad de alguna manera no existe.

Ese tipo de situación me parece que indica pobreza y frialdad en el fondo en la escritura; cosa que cuando uno lee a Freud ni por asomo va a encontrar. La claridad, el orden, la armonía y la sistematicidad están tan a la vista que uno no tiene más remedio que ceder a la presión de lo que se le quiere convencer; y de alguna manera esa sería —por así decir— la raíz de la belleza de ese estilo. De cualquier manera me inclinaría a pensar que en el caso del psicoanálisis la preocupación fundamental en la comunicación es la que corresponde a la función informativa, que tiene que ser clara, ordenada, armónica y sistemática en razón del objetivo mismo de este tipo de función. Y si en igualdad de condiciones eso se puede hacer con un vocabulario nítido, sugerente, que indique analogías, vías de investigación, o pueda revelar en qué medida eso que se comunica es una importante ruta de acceso a las más profundas localidades del alma humana, o de la psiquis, bienvenido. Esto si uno quiere hacer del psicoanálisis una actividad científica.

Evidentemente es inevitable que un tema como el del psicoanálisis pueda servir también para investigaciones filosóficas y para investigaciones o actividades de tipo estético-literario. Ahí no hay nada que decir porque en la vía del arte los caminos para producir belleza y para producir fuerza son muy diversos; y en cuanto al psicoanálisis puede uno realmente en el caso de la filosofía hallar una fuente para muchas de las más intrincadas y ricas sugerencias que algunos filósofos, Heidegger, Sartre, Habermas, por ejemplo, han encontrado oportuno utilizar, o en los usos literarios del psicoanálisis que van desde muy ocultas e indirectas alusiones, pero que tienen mucha fuerza, como las que hace Thomas Mann en *La montaña mágica,* por ejemplo. Y en este sentido sin duda que, aparte de lo que hay también de función informativa y captación de la verdad por estos caminos, sí tiene que ver con la belleza. Pero creo que no hay que confundir esto, que es muy respetable, con el objetivo intrínseco de la comunicación científica

psicoanalítica, el texto científico, que no es un texto filosófico, ni es un texto literario; es realmente una manera de trazar diseños y teorías acerca del mundo real, o la parte del mundo real que el psicoanalista investiga, sea este el mundo interno, sea esta la pareja analítica, sea esta la situación patológica u ordinaria de los seres humanos en determinado tipo de circunstancias. Y ahí el requisito va por la función informativa, y no por las otras funciones.

Acerca del concepto de interpretación

[PONENCIA]*

Interpretación es un término polisémico que, en alguna de sus acepciones, implica la búsqueda de un sentido —muchas veces oculto— en una expresión lingüística, en un signo o meramente en un estado de cosas. Si consultamos el segundo de los libros de lógica de Aristóteles (libros que constituyen la serie denominada *Organon*), el volumen llamado precisamente *De la interpretación*, veremos que el tema es el análisis formal de los enunciados y cómo interpretarlos. Vista como una operación lógica, la interpretación rivaliza en importancia con sus rivales disciplinares como la definición o la deducción, que quizás tuvieron históricamente más éxito y popularidad. Pero sería un error quedarse en esto, pues la interpretación fue y es algo relacionado con libros sagrados y cuestiones teológicas. La problemática ligada a nuestro vocablo constituye un espectro muy vasto que alcanza a capítulos muy amplios de las ciencias sociales.

Hay también en este tema aspectos epistemológicos. Hay ciertas analogías entre interpretar y explicar. Como la teoría de la explicación constituye uno de los tópicos principales de la filosofía de la ciencia actual, y puesto que hay semejanzas entre interpretar y hacer uso de las "explicaciones conceptuales", la epistemología contemporánea no ha dejado de prestar mucha atención a esta problemática. No puede negarse que los científicos, ante un hecho insólito o intrigante, suelen manifestar la necesidad de "interpretarlo", con lo cual están queriendo decir que desean una explicación. Como se sabe, explicar es deducir el hecho en cuestión a partir de leyes y usando apropiados datos contextuales. Si es así, desde el punto de vista epistemológico la interpretación de un hecho no es otra cosa que su inserción en el cuerpo de las teorías científicas y de los datos fácticos.

Es interesante preguntarse por la interpretación como se usa en psicoanálisis. En el Capítulo 35 del libro de R. Horacio Etchegoyen *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* hemos desarrollado una investigación acerca de los diferentes aspectos epistemológicos plan-

* En Coloquio organizado por Fundación Colonia del Sacramento. Publicado en *Interpretar, conocer, crear... Diálogo desde la in(ter)disciplina*. Ediciones Trilce, 1994, Montevideo, Uruguay. Editores Ricardo Bernardi, Beatriz de León, María Isabel Siquier. Fundación Colonia del Sacramento.

teados por esta temática[1]. Distinguiamos allí tres cuestiones distintas:

1. La interpretación como "lectura" de un material no consciente. A partir del material manifiesto y utilizando regularidades y leyes del aparato psíquico, se deduce el material leído. Intervienen la lógica y las teorías psicoanalíticas que proporcionan las mencionadas leyes. Aunque el acto de interpretar involucra espontaneidad y destreza, no puede efectuarse si no se posee un marco teórico —en contra del punto de vista de los pensadores "hermenéuticos"—.

1 bis. La interpretación como "hipótesis" acerca de un conjeturado material manifiesto. Aquí la hipótesis cumple una función explicativa: a partir de ella y usando leyes del aparato psíquico es posible deducir el material manifiesto que se quiere interpretar. Es semejante a 1., pero es conjetural y no seguro, como cuando se hace una "lectura" (la deducción va aquí al revés que en 1). También aquí es necesario un marco teórico.

2. La interpretación como un "acto semántico". Aquí se toma el material manifiesto como signo y se trata de alcanzar el contenido (el designado, lo simbolizado, etcétera). Es necesario captar el código o la forma de simbolización, y ello implica una estrategia hipotético deductiva para hipotetizar el código (y su corrección cuando la modelización es inadecuada). Esta es una tarea que también se realiza espontáneamente, pero de cualquier manera se advierte su carácter no dogmático y la característica de hipótesis que por arrastre tiene el producto de la interpretación.

3. La interpretación como "instrumento terapéutico". Esta es la función más importante de la interpretación desde el punto de vista psicoanalítico. Desde esta perspectiva, la interpretación es una acción A que se efectúa para lograr un efecto (terapéutico) B. Pero ello es así si existe una ley que asegure que cuando se da A (en apropiadas circunstancias) entonces se da B. También aquí se advierte la necesidad de un marco teórico que proporcione tales leyes.

En un sentido más amplio que los considerados para el psicoanálisis (pero, de todos modos aplicable a esta disciplina), la interpretación —al igual que su pariente epistemológica, la "explicación conceptual"— consiste en indicar que una estructura parcial, la que hay que interpretar, está en realidad "incrustada" formando parte de una estructura mayor. El caso es que la estructura menor sola es ininteligible, en tanto que como integrante de una estructura mayor "adquiere sentido", se hace comprensible. Un gesto aislado puede no indicar nada, pero formando parte de una conducta toma un significado que antes no se aprehendía.

Adviértase que en general la estructura mayor se presenta a nuestra atención solo de modo hipotético, en un doble aspecto: a) La "hipótesis de existencia", que conjetura que la estrúctura mayor existe y b) La "hipótesis de inserción", que afirma que la estructura menor forma parte de la estructura mayor. Como todo ejercicio hipotético, esto implica imaginación conjetural y marco teórico.

Otra variante es aquella en que se descubre que una misma estructura debe comprenderse de manera diferente. Esto ocurre cuando estamos ante una perspectiva insólita y se debe analizar y "recomponer" los elementos perplejizantes.

Lo último, aunque no lo menos importante, corresponde al uso artístico —tanto teatral, operístico como musical— en el que se trata de reproducir (a veces con enriquecimiento estético) una estructura, la obra de arte, tal como la imaginó un autor. Es interesante notar que en esta acepción el problema del significado no está presente o está muy atenuado; por el contrario, el que parece destacarse es el concepto de "reconstrucción" y en cierto modo, la noción básica de "construcción", que en varios sentidos parece ser el fundamento metodológico de ciertas disciplinas científicas contemporáneas y aun de determinadas epistemologías.

Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica

[ARTÍCULO]*

1. Introducción

El problema que plantea la estructura lógica de la interpretación y su contrastabilidad no es para nada fácil, y pocos son todavía los lógicos que tienen afición por estos temas. Hemos tenido la oportunidad de discutirlos por años con muchos psicoanalistas y, si alguna conclusión prometedora hemos llegado a extraer finalmente, una parte importante del mérito es de los amigos que han tenido intervención en esas discusiones.

Vista por un lógico o un epistemólogo, la interpretación en psicoanálisis plantea problemas parecidos a los que se presentan cuando se quiere fundamentar las teorías físicas y las razones para aceptarlas o rechazarlas, así como también a los que se plantean en ciencias sociales, más concretamente en disciplinas como la historia, cuando se les quiere aplicar el concepto de explicación.

Quizás algunos de los debates más interesantes en la epistemología contemporánea están por este lado; también es donde menos acuerdo hay, de modo que, entre las analogías que nosotros vemos dentro de este mosaico de dificultades, se podría decir que, más que resultados ciertos, existen diversas variantes y posibilidades.

El primer problema que se plantea es el de la naturaleza lógica de la interpretación. ¿Qué es lo que ocurre cuando se lleva a cabo una interpretación, qué estructuras encuentra en ella un lógico? De los varios aspectos que inmediatamente se encuentran como características del acto de interpretar, tres llaman la atención y llevan a problemas diferentes: el explicativo, el semántico y la vertiente instrumental. Nos vamos a referir más al primero que a los restantes, pero no debemos olvidar que los tres son de interés.

Varias son las ocasiones en que hemos intentado precisar qué hay en el problema de la interpretación desde el punto de vista epistemológico. No es cosa fácil porque los psicoanalistas mismos parecen

* Capítulo 35 del libro *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica* de R. H. Etchegoyen. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1986.

no ofrecer una completa unanimidad conceptual y un perfil claro de lo que ellos entienden por interpretación, de manera que, a veces, no se sabe qué es lo que se está discutiendo. Algo bastante curioso es que, en los largos, extensos y riquísimos trabajos que signan la labor freudiana, la palabra interpretación aparece poco, a pesar de ser una de las nociones centrales de su teoría, uno de sus principales aportes.

Es evidente que muchos de los usos que él hace de la interpretación en *La interpretación de los sueños* (1900) son más bien canónicos, donde "interpretación" quiere decir algo así como una clave explicativa de lo que está sucediendo en la psiquis o en la conducta del sujeto y no otra cosa. Pero hay otros contextos en la obra de Freud donde la interpretación aparece más bien como un instrumento de la terapia psicoanalítica y de la tarea clínica, como algo peculiar que no es ya meramente de tipo epistemológico sino que posee también las características de instrumento de acción. No vamos a referirnos, sin embargo, a las distintas concepciones que sobre la interpretación tienen los mismos psicoanalistas, porque nos parece que esa es una tarea que les corresponde a ellos. Algo de esto se ve en el libro de Louis Paul *Psychoanalytic clinical interpretation* (1963), donde los artículos compaginados muestran una atractiva variedad de concepciones acerca de la interpretación.

Dijimos que en la interpretación psicoanalítica se superponen tres fenómenos que siempre allí coexisten.

El primero es de orden epistemológico y se relaciona con el tipo de conocimiento que la interpretación ofrece. Una interpretación es una especie de teoría en miniatura acerca de lo que hay detrás de un fenómeno manifiesto. De este modo, interpretar implica producir un modelo o una hipótesis de modo semejante a lo que haría un físico cuando quiere señalar qué hay detrás de un efecto. A esto lo podríamos llamar la vertiente gnoseológica de la interpretación, y plantea problemas epistemológicos típicos.

La segunda faceta ligada al fenómeno de la interpretación es de tipo semiótico, tiene que ver con significaciones. Lo que aquí se hace es algo parecido a una captación de los significados que está ofreciendo el material que la interpretación atiende. Aquí la labor se parece a la de un lingüista o un semiótico y es de un orden diferente al gnoseológico, si bien no puede dejar de reconocerse que hay aspectos comunes.

El tercer aspecto es instrumental y quizás, en cierto sentido, terapéutico; y es que la interpretación en psicoanálisis es una acción: el que interpreta está haciendo algo con el fin de producir una modificación o un determinado efecto en el paciente.

2. El aspecto gnoseológico

Lo que primero se impone a nuestro espíritu al estudiar el fenómeno de la interpretación es que es un acto de conocimiento; con ella intentamos obtener un conocimiento: es una afirmación que el analista hace en relación con el material ofrecido por el paciente, con el propósito de leerlo, describirlo o explicarlo. Por qué no utilizamos una sola palabra, explicar, enseguida va a aclararse. De todos modos, este es el aspecto teórico, de conocimiento hipotético deductivo implicado por la interpretación. Lo primero que queremos hacer notar es que en una interpretación el psicoanalista formula una proposición, enuncia lo que los lógicos llaman una sentencia declarativa, o sea algo en lo que el psicoanalista puede estar equivocado o acertado. En la mayoría de los casos, la afirmación que constituye la interpretación es de carácter hipotético, porque la verdad o falsedad de lo que se está diciendo no es conocida. Por supuesto, no lo es directamente por el paciente; pero tampoco lo es para el terapeuta. La interpretación tiene en gran medida características de conjetura y, como tal, es más bien una especie de aventura que exigirá, como decía el profeta, que se la mida por sus frutos. Sólo al conocer cuáles son los efectos de esa declaración podrá ponderarse su exactitud.

Para entrar ahora a discutir el aspecto explicativo, empezaremos por decir que desde un punto de vista lógico vale la pena distinguir dos tipos de interpretaciones: las que se obtienen por lectura y las que surgen como hipótesis, por explicación.

Para darnos a entender, hagamos previamente algunas alusiones de carácter epistémico. Primeramente, mencionemos una característica del tipo de teoría y de discurso que el psicoanálisis maneja y que se relaciona con la evidente diferencia que hay entre un tipo de material que epistemológicamente podríamos llamar directo, que está más o menos próximo a la descripción, a la observación, a la práctica clínica, y que corresponde al material empírico (en psicoanálisis es más corriente llamarlo "material manifiesto"); y, en segundo lugar, lo que epistemológicamente podríamos llamar el material teórico, que no es directamente visible y observable, al que hay que llegar de manera indirecta; aquí estaría el material latente, inconsciente.

Lo que acabamos de señalar es una diferencia que se hace en ciertas disciplinas científicas entre lo que pudiéramos llamar el lado empírico y el lado teórico de la realidad estudiada, diferencia que por otra parte no se va a encontrar en todas las disciplinas. Hay teorías que son puramente empíricas, teorías que construyen grandes hipótesis, y muy ingeniosas, pero sobre material detectable y observable. La teoría de la evolución de Darwin, tal como su autor la expone en la primera edición de *El origen de las especies*, en 1859, por ejemplo, es de este tipo; teoría muy bien armada, ingeniosa y enormemente explicativa porque da cuenta de una cantidad de hechos, permite hacer predicciones y es a su vez explicada por la genética, pero no hace alusión a material teórico; todas sus nociones (características, variedad, determinación, adaptación) se pueden definir perfectamente de una manera manifiesta, de una manera empírica. No es así lo que ocurre en genética ni en química ni tampoco es lo que ocurre en psicoanálisis.

Es verdad que un psicoanalista sabe que el material inconsciente puede también en cierto sentido observarse, detectarse y describirse; pero hay una diferencia bien clara: una cosa es hablar de la conducta del paciente, del material manifiesto y otra muy distinta hablar de su estructura psíquica, de sus fantasías, de su inconsciente. Ahí hay realmente un salto gnoseológico tan grande como el que acomete el químico cuando deja de hablar del color del papel tornasol y se pone a hablar de la órbita de los electrones en la estructura atómica y del desplazamiento de los electrones en esas órbitas. En este sentido, lo que pasa dentro del aparato psíquico, lo que precisamente le interesa al psicoanalista, el corazón de lo que en este sentido "ve", tiene bastante analogía con lo que le interesa a un químico en cuanto a la estructura interna de moléculas, átomos y electrones. Desde este punto de vista son situaciones teóricas bastante parecidas. Un problema que el psicoanálisis tiene en común con todas estas teorías de la ciencia natural es cómo se puede fundamentar nuestro conocimiento, cómo es posible lograr la ordenación, la sistematización de esa parte de la ciencia que no es directamente accesible, directamente operable, empíricamente tangible.

El problema de la interpretación involucra directamente esta cuestión, porque el que interpreta (en la forma tradicional en que puede pensarse que la interpretación psicoanalítica existe, desde Freud en adelante) no está ni describiendo, ni correlacionando, ni siquiera está colocando un hecho descriptivo en el contexto de otros hechos descriptivos. En realidad, en el sentido ordinario de la palabra, una interpretación trasciende siempre la conducta del paciente, el dato empírico, y cala mucho más hondo en estructuras primitivas que están en el inconsciente, en hechos reprimidos, en pulsiones instintivas y muchos otros elementos que de ninguna manera son gnoseológicamente comparables a lo que manifiestan la conducta propiamente dicha y el

material verbal del paciente. Y aquí es donde viene la segunda cuestión: ¿cómo se hace para alcanzar con la interpretación el material al cual interesa llegar, cuál es el procedimiento adecuado?

3. La interpretación-lectura

En ciencia existen muchos procedimientos para poder acceder a lo que no es directamente visible o epistemológicamente directo. Un tanto metafóricamente, pero no mucho, podríamos decir que el microscopio y el telescopio son algo así, porque permiten técnicamente llegar a observar lo que no es directamente observable, lo que no está empíricamente dado. Sin embargo, para observar mediante el microscopio o el telescopio es necesario tener previamente una teoría. Si no hubiera una teoría, podría uno reaccionar como muchos colegas de Galileo: no queriendo observar nada mediante ese instrumento, que para ellos —debido a sus prejuicios— debió ser mágico, encantado y defectuoso. Si realmente no hubiera una teoría científica que lo justifique, el telescopio podría ser pensado como algo embrujado. Realmente no se vería por qué tiene que garantizar conocimiento. Existe afortunadamente una teoría, una teoría independiente de la biología o la astronomía, que es la óptica, cuyas leyes correlacionan lo que está del lado de la vida cotidiana, de la práctica inmediata (y que en el aparato está en el ocular), con lo que está del lado del objetivo, que es precisamente lo que quiere conocerse. De modo que cuando alguien ha internalizado la óptica depositando en ella de buena fe la garantía de que los instrumentos sirven, ya no va a discutir más problemas de óptica cuando haga astronomía o biología: acepta realmente que cuando observa ciertos fenómenos de este lado del aparato óptico es que hay tales o cuales cosas del otro.

Las leyes que correlacionan un tipo de variable con otro, el lado empírico con el no empírico, se suelen llamar en la jerga epistemológica reglas de correspondencia. Son también hipótesis, son también leyes que alguna teoría científica ha proporcionado y que correlacionan lo visible con lo que no lo es, el material manifiesto con el contenido latente, para emplear las clásicas expresiones psicoanalíticas que Freud introdujo al estudiar el sueño.

Para entendernos acerca de la discusión que sigue, lo que estamos llamando material manifiesto, desde el punto de vista epistemológico es material observable, es lo que puede llamarse material empírico, el material para cuyo conocimiento habría acceso hasta en el sentido conductístico de la palabra. Que el paciente ha dicho tal o

cual cosa, o que no lo ha dicho (esto a veces es también importante y para los lacanianos aun más), es un hecho que puede registrarse; incluso si hubiese filmadoras o aparatos de registro oculto, allí estaría el hecho y no se podría negar. Al lado de esto tenemos lo que pertenece al sector inconsciente del individuo, todo lo que es material latente, inobservable o no empírico, que los epistemólogos suelen llamar, usando una nomenclatura que no nos gusta pero que está impuesta, los objetos "teóricos" (según la nomenclatura anglosajona); esto quiere decir los objetos "que uno conjetura con auxilio de la teoría, pero que no son directamente observables". Para el psicoanálisis la conducta es directamente observable, el inconsciente no lo es, solo es conjetural o indirecto. Pero, precisamente, lo que al psicoanálisis le interesa es llegar al inconsciente, porque allí es donde está lo importante, de modo que su problema es cómo fundamentar lo que se conjetura, a partir de la conducta directamente observable. En este sentido, el psicoanálisis es una disciplina con mucha más osadía que el conductismo, porque este no quiere saber de ese otro lado de la cuestión, que para él no es científico; lo científico para el conductismo es quedarse solo con lo que es directamente observable. El psicoanalista piensa, en cambio, que lo científico será sustentar lo que se diga acerca del inconsciente.

De esta manera, se podrá distinguir entre material observable, que llamaremos A, y material de tipo B, inobservable, conjeturable. Y no cabe duda de que la interpretación es algo que trata de vincular el material A con el B.

A veces lo observable A se vincula con lo conjeturado B mediante una ley que dice si A entonces B. O también: si ocurre A entonces ocurre B. Si tenemos una forma redonda A de este lado del ocular, entonces, y en virtud de que he aceptado las leyes de la óptica, tendremos B, una célula, por ejemplo, del lado del objetivo. En cierto modo, cuando estamos frente a A podemos entender, si hemos internalizado la ley en cuestión —como decíamos antes—que estamos ante B, o como si estuviéramos viendo, aunque en realidad lo único que vemos de verdad es A.

Un epistemólogo empirista muy a la inglesa aquí protestaría, nos diría que, en realidad, desde el punto de vista más serio de la historia del conocimiento y de su fundamentación, lo único que se puede decir es que conocemos A: pero todos sabemos que el acto de conocer, como también el acto mismo de percibir implican una mezcla inextricable y "gestáltica" de aspectos empíricos y conceptuales. Aun la visión del libro que tenemos sobre la mesa es algo que se nos da como dato em-

pírico y en forma totalmente inmediata, sin dividirse en una etapa en que hay un dato que después interpretamos. Evidentemente, en forma ingenua, estamos ante un libro, aunque, en realidad, lo que pasa es algo más complejo en que percibimos una "Gestalt" formada por elementos sensibles y elementos conceptuales que corresponden al concepto de libro. En conclusión, si un científico ha internalizado en su concepción del mundo ciertas leyes, indudablemente cuando está frente a la mancha o imagen del ocular, "gestálticamente" estará viendo lo que dice que ve y que está, en realidad, en el objetivo —la célula o el microorganismo—. Cuando se internaliza una ley de estas uno termina por ver, por tener experiencias que van más allá de la experiencia preteórica; dicho de otra manera, las hipótesis del tipo que dijimos terminan, como los anteojos, por hacerle "ver" a uno lo que no podría realmente ver sin ellos.

Aquí hay una cosa interesante porque, con todo esto que dijimos, podríamos estar insinuando que, a lo mejor, los psicoanalistas tienen, por analogía a los biólogos, una especie de "óptico privado" que les proporciona un tipo de microscopio que les permite llegar al material latente a través del material manifiesto. Tal idea es totalmente acertada, si bien la diferencia es que, mientras los biólogos tuvieron la suerte de que los físicos les proporcionaran el tipo de ley "si A entonces B" para utilizar el microscopio, los psicoanalistas tuvieron que hacerse su propia óptica a través de sus teorías. En realidad, es el psicoanálisis mismo el que llega al tipo de ley "si A entonces B" que permite en forma inequívoca, a través de un rasgo de conducta y de esa regla de correspondencia, comprender qué está pasando internamente en la persona estudiada.

Los ejemplos que podamos dar seguramente pecarán de ingenuos como todos los que quieren ilustrar un campo ajeno al especialista. Si tomamos en consideración la forma en que Freud explica la estructura de los fenómenos patológicos en *El yo y el ello* (1923) y en *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), podemos enunciar una ley que, expuesta simplemente, nos diga una cosa como esta: si una persona está en la ocasión apropiada para desarrollar una acción para la cual manifiesta interés y deja sin embargo de hacerla, entonces es que el superyó ha inhibido la acción del yo. Se comprende que estamos ante una afirmación del tipo "si A entonces B", porque estamos diciendo que si se da la carencia de una acción por parte de un agente en circunstancias adecuadas entonces ocurre que el superyó ejerce una acción inhibitoria. En realidad, desde el punto de vista epistemológico, el superyó y la acción inhibitoria no son material manifiesto, material empírico. Para una fundamentación epistemológica del psicoanálisis, el superyó no es dato; lo que sí es dato es que se ha dejado de hacer una acción que el contorno favorecía y que había interés manifiesto por parte del agente en hacerla: está el muchacho, está la muchacha en las circunstancias apropiadas, ella deseosa y con el mayor beneplácito; a él le gusta la chica; pero no se sabe qué ha pasado, de pronto él toma un libro y se pone a leer. Estos son los datos, no el superyó y su acción inhibitoria.

Sin embargo, el psicoanálisis ha llegado a una hipótesis como la que pusimos de ejemplo basándose en los estudios de Freud; y esta hipótesis puede estar muy bien contrastada, puede estar realmente muy apoyada por una empiria anterior, de modo que un psicoanalista no la discute más, porque tiene ya sobrados motivos para pensar que, con ese aparato teórico conceptual, él se desempeña bastante bien. Afortunadamente, ningún científico prácticamente está haciendo el planteo epistemológico continuo de todo lo que hace, y creemos que los pacientes huirían despavoridos ante la idea de que el psicoanalista está constantemente reexaminando epistemológicamente la teoría que emplea para curarlo. De manera que, en el tipo de ejemplo que dimos, hay siempre una tal ley que está incorporada al "automatismo teórico" del psicoanalista. Pero, claro, si tenemos ese tipo de ley, tenemos lo mismo que el biólogo cuando presupone la óptica del microscopio; tenemos algo tal que, si estamos en el conocimiento de A, que aquí es la carencia de conducta positiva a la cual yo me refería, y como sabemos que eso está relacionado con B, lo que pasa en el inconsciente, podemos hacer ese tipo de lectura "gestáltica", conceptual, de la experiencia. Del mismo modo que en la vida cotidiana tenemos todo el derecho a decir que poseemos como dato que esto que está en mi mesa es un libro, el psicoanalista dirá que tiene como dato la inhibición del yo por el superyó de la persona en cuestión.

En resumen, cuando la forma lógica de la relación entre una variable y otra es la que estamos considerando, efectuamos la "lectura" de B, que como ustedes han notado no es visible, a partir de A que es lo visible.

Señalemos una vez más que si aplicamos la ley "si A entonces B", es porque estamos suponiendo que las variables A y B están en una particular relación, de modo que A implica B, suposición que se supone sustentada por una determinada teoría psicoanalítica.

Este tipo de relación entre A y B que nos permite hacer una "interpretación-lectura" consiste en que A es condición suficiente para B, y, también, como dicen los lógicos, B es condición necesaria para A. Esto quiere decir que no puede darse A sin estar presente B. Cuando

una ley como esta se ha incluido en una teoría, nos permite "leer" en el material lo que no veríamos sin la ley, en nuestro ejemplo la acción inhibitoria del superyó a través de la conducta peculiar del muchacho. Si tenemos una ley que nos dice que cuando esa conducta está presente, entonces forzosamente la inhibición debe estar presente, podemos decir que estamos leyendo la inhibición a través del dato manifiesto.

Quien no dispusiera de la teoría, o simplemente no estuviera muy habituado a utilizarla, no podría hacerlo; eso es cierto. Un lego no vería el superyó inhibiendo al yo; vería simplemente una conducta intrigante, incomprensible. En este sentido, repito, la teoría nos permite ver lo que sin ella no podríamos ver: tiene, realmente, el mismo efecto que una lente de aumento. No por repetida, la metáfora deja de ser exacta. De igual modo, las reglas semióticas nos dicen cómo captar un significado de un modo análogo: si tenemos un signo A (constituido por rasgos visibles) y queremos leerlo aprehendiendo su sentido B, las reglas que establecen sentido nos enseñarán que "si se da el signo A entonces está el sentido B". Por esto es que estamos hablando de "leer", si es que hacer tal cosa es captar el sentido B a través del signo A.

Cuando el material manifiesto está ligado con el material latente por alguna relación legal del tipo que acabamos de decir, o sea por una hipótesis que dice que si este material manifiesto está tiene forzosamente que acompañarse de tal material latente, estamos entonces autorizados a decir, y para este caso solamente, que la interpretación es una lectura, que nosotros estamos captando realmente lo que ocurre en el inconsciente a través de lo que observamos, a través del material manifiesto. Más aún, insistimos en que puede decirse, con toda naturalidad y sin reparos, que lo estamos viendo. Esto, entre paréntesis, produce cierto escándalo entre los que no meditaron el problema de la epistemología del psicoanálisis, sobre todo porque a veces se habla de comunicación de inconsciente a inconsciente, de captar directamente el inconsciente del otro, y estas formas de decir son siempre muy sospechosas para quien viene de afuera y estará tentado a pensar en la telepatía, en relaciones mágicas, en algún tipo de misterioso canal subterráneo universal que conecta dos mentes distintas.

En realidad, después de lo que hemos dicho no parece haber dificultad alguna desde el punto de vista lógico. El problema está claro: si el psicoanalista, a través de su teoría (y de su práctica), ha incorporado algún tipo de ley que relaciona el material manifiesto con el latente de la manera que hemos caracterizado "si A entonces B", entonces es cierto que accede legítimamente a la experiencia de estar viendo el inconsciente del otro pero en el mismo sentido en que un biólogo no duda ni por un momento de que está viendo la célula con su microscopio; y así como el biólogo no se hace el menor problema gnoseológico por su forma de hablar, tampoco tiene por qué hacérselo el psicoanalista.

Desde el punto de vista lógico, pues, el problema es claro, aunque no se nos escapa que puede haber dificultades técnicas implicadas en este tipo de interpretación. No entraremos a discutirlas, porque no son de nuestra competencia; pero queremos señalar que, aunque estas interpretaciones-lecturas puedan ser objetadas técnicamente por no ser instrumentales, porque facilitan una excesiva intelectualización o por lo que fuere, no dejan de ser irreprochables para el lógico.

Nuestra primera conclusión, entonces, es que hay un tipo de interpretación que es una lectura, en la que el material latente es leído a través del material manifiesto, donde leído quiere decir detectado a través de una ley. Cuando la ley es del tipo "si A entonces B", el material manifiesto es lo que se llama una condición suficiente, su presencia basta y sobra, es suficiente, para que colijamos la presencia de aquello que debe estar acompañándolo. El otro, el material latente, es la condición necesaria, y es lo leído.

Una meditación al margen en este momento es que, de todas maneras, para que esto sea posible, el intérprete tiene que haber incorporado las leyes, sea a través de su aprendizaje de la teoría psicoanalítica o, en forma no explícita, mediante la referencia indirecta que le suministren sus maestros. Es decir, finalmente, aunque nuestros maestros pueden no ser la óptica por entero, serán al menos los anteojos que usamos; porque uno aprende de esta manera muchas leyes, muchas regularidades, simplemente porque la práctica dirigida se lo enseña. Vaya esto como una pequeña justificación del importante papel que desempeña la teoría en el aprendizaje, y esto va para los historiadores, para los sociólogos, para los psicólogos clínicos, para los psicoanalistas. Sin incorporar las hipótesis que establecen este tipo de correlación, no habría posibilidad de hacer el tipo de lectura que en este caso es la interpretación psicoanalítica. Pero este es también el caso de la interpretación sociológica, que sería la lectura de una variable (o de un hecho) a través de indicadores, como ellos dicen —y los indicadores se suponen variables o datos manifiestos—.

4. La interpretación-explicación

En nuestra opinión, sin embargo, el caso típico de la interpretación psicoanalítica no es el que acabamos de caracterizar sino el inverso, donde el contenido manifiesto es la condición necesaria y el contenido latente la condición suficiente. Esto quiere decir que la ley que esta vez el psicoanálisis nos da es que si B está presente en el inconsciente, entonces tiene que ocurrir A en la conducta. Como puede apreciarse, el ejemplo está ahora al revés: antes teníamos que "si está A es que está acompañado de B"; ahora decimos que si está B es que está acompañado de A, pero A es lo visible. Por consiguiente, ver A no nos permite ahora decir con seguridad que estamos ante B. Cuando esto ocurre, frente al material manifiesto ya no podemos decir sin más que estamos leyendo el contenido latente, pues esto sería cometer un error lógico fundamental; es cierto que si uno bebe cicuta entonces se muere, pero no es cierto que si alguien está muerto es porque bebió cicuta; hay muchas otras formas de morirse.

Frente a esta configuración, lo que podemos hacer es suponer que el contenido latente es B, porque estamos ante el material A y la ley dice que si está B en el inconsciente tiene que aparecer el material A en el contenido manifiesto. Sin embargo, debe tenerse presente que a lo mejor hay otra causa C que puede estar promoviendo la presencia de A, en lugar de B (pues tal vez también sea cierta la ley "si se da C entonces se da A"). Para dar un ejemplo de este tipo podríamos partir de la clásica configuración edípica y establecer, para el caso de un varón, una ley que dijera que si la imago del padre es agresiva entonces, según la teoría de la trasferencia, este hombre también tiende a ver en las figuras varoniles con las cuales está en relación de dependencia una nota de agresividad. Con esta ley no sacamos, sin embargo, del hecho que el paciente está describiendo a alguien como agresivo, que le está transfiriendo la figura del padre. Podría ser cierto todo lo que dijimos; pero, a lo mejor, hay otra causa por la cual en este momento él está viendo a Fulano, material manifiesto, como agresivo. Podría, por ejemplo, estar expresando un conflicto de rivalidad con un hermano, podría estar proyectando en este Fulano su propia agresividad contra la madre y, desde luego, podría estar observando objetivamente los hechos. Tenemos que limitarnos entonces, en principio, a decir que la tendencia de este paciente a ver una persona como agresiva es por la hipotética existencia de la imago del padre o por alguna otra razón. Qué ocurre exactamente de veras no lo sabemos y, de todas maneras, no podemos decir que estamos "leyendo" a través de su material manifiesto la imago agresiva del padre.

Sin embargo, es muy probable que el psicòanalista, pese a todo, diga: sí, pero es la figura del padre no más. Cuando hace esto, el psicoanalista no ha leído el material latente, lo que realmente ha hecho es formular una hipótesis; la hipótesis, muy útil, de suponer que el material latente es así. Suponer esto le resulta explicativamente útil, porque dispone de una ley que dice que cuando ese material latente está presente, tienen que ocurrir tales o cuales cosas en la conducta manifiesta. A partir de la hipótesis de que la imago agresiva del padre gravita en este momento en el ánimo del paciente, más la ley que dice que esa imago inconsciente se acompaña de tales o cuales referencias o de tal o cual material, se explica por qué el paciente ha ofrecido el material que aportó.

El modelo de lo que aquí ocurre es lo que se suele llamar un diseño explicativo, que tiene bastantes complicaciones, por cierto. No deseamos entrar ahora a caracterizar el llamado modelo de Hempel (1965) y su estructura lógica en cuanto pauta de lo que es una explicación. Baste la idea de que en este tipo de interpretación primero se propone una hipótesis y, al ver que de la hipótesis, con ayuda de una ley, se puede deducir lo ya conocido (el material manifiesto), decimos que lo hemos explicado.

Pensamos que esta forma de interpretar es la más habitual, porque creemos que el psicoanálisis es más bien una teoría modelística: proporciona un modelo de funcionamiento del aparato psíquico del cual se desprenden ciertas consecuencias sobre la conducta manifiesta de los seres humanos y en particular de los pacientes. En este sentido, parece que en psicoanálisis es más frecuente, aunque no obligatorio, que operen leyes del tipo que estamos ahora estudiando: si ocurre internamente algo del tipo B, es que se va a ver algo del tipo A. En los casos que nos preocupan, por ende, interpretar será proponer una hipótesis y ver cómo de ella sale deductivamente, con el auxilio de leyes, lo que queríamos explicar.

En la práctica clínica un psicoanalista no da los pasos que estamos caracterizando, por supuesto. El psicoanalista tiene internalizada la teoría psicoanalítica, como también tiene internalizada la lógica del pensar efectivo y práctico, igual que todos nosotros. Lo que decimos es que, cuando un psicoanalista está ante el material manifiesto, mediante un procedimiento un tanto rápido y automático, se propone varios modelos, varias posibilidades de lo que internamente ocurre, examina también rápidamente y en forma automática cuál de esos

modelos es más apto para deducir de él la conducta efectiva que ya conoce y, al advertirlo, lo atrapa inmediatamente y decide que ese modelo es explicativo. La interpretación, por consiguiente, se utiliza como hipótesis, la hipótesis de lo que ocurre internamente.

La ley que se aplica en estos casos proviene del psicoanálisis, lo mismo que las leyes que permitían lecturas; otra vez forma parte del aprendizaje, de la práctica teórica que el psicoanalista ha incorporado durante su aprendizaje; para llevar a cabo la operación que nosotros acabamos de describir hay que poseer realmente un mínimo adiestramiento teórico, aunque lo hagamos automáticamente; porque la capacidad de producir una gran cantidad de modelos y ver rápidamente cuáles son los aptos para explicar deductivamente el material así lo exige: el paciente hace muchas cosas, todos los seres humanos hacemos muchas cosas, y todas son en algún sentido interpretables; pero al psicoanálisis le interesa de alguna manera atrapar aquellas que son susceptibles de una interpretación más significativa e interesante. Para que del torrente casi infinito de actos que el paciente como ser humano hace podamos atrapar aquel que nos interesa como psicoanalistas, tenemos que poseer el olfato teórico que permita ver detrás de ese material qué modelo podría haber que, conectado lógicamente, terminara por ser una interpretación interesante de la conducta del paciente.

Después de esta especie de apoteosis del papel de la teoría para demostrar cómo gravita en el acto de interpretar, tenemos que decir aquí, sin embargo, que hay una diferencia entre lo que es interpretación ahora y lo que era interpretación en el primer caso. Si no se discute el psicoanálisis, si el psicoanálisis está incorporado como teoría, en el primer caso, el de lectura, no hay nada que decir, se ha leído y basta. Cuando a través del material manifiesto se llega al material latente a partir de una relación de lectura, tipo microscopio, sabemos que, forzosamente, si el material manifiesto que vemos está ahí, es porque tiene que estar allí el material latente, y asunto terminado. Es verdad que se podría aquí observar que, quizás, el psicoanálisis, aunque tiene más de modelo determinista que probabilístico, toma a veces las correlaciones dichas más bien como tendencia y probabilidad que en forma rigurosa, y que no debe decir uno ni siquiera con la ley del tipo "si A entonces B", que ha leído B inexorablemente a través de A: debería solamente decir que es probable. No queremos detenernos demasiado en el fondo de esta cuestión, que no es esencial para el problema que estamos discutiendo; además, con todas las precauciones del caso, se entiende que es así. Lo que importa es que, por este camino, la lectura es la lectura y es como si uno hubiese ensanchado la base empírica: uno ve mejor al paciente, en una perspectiva más amplia.

El otro tipo de interpretación, el explicativo, en que la correlación es "si B entonces A",[1] es otro problema. La interpretación es una hipótesis acerca de lo que pasa con B, de lo que ocurre del lado interno de la cuestión. Es una hipótesis que hacemos porque intentamos conocer al paciente, lo queremos conocer mejor, lo mismo que los científicos hacen hipótesis porque quieren conocer la naturaleza del universo; pero las hipótesis hay que contrastarlas. ¿Cómo se puede valorar una hipótesis interpretativa, es decir una interpretación?

La contestación que daría un epistemólogo ingenuo es que una interpretación, lo mismo que cualquier hipótesis, se valida o contrasta a través de las consecuencias lógicas que tiene y de lo que podemos deducir de ellas. Cuando hacemos una hipótesis, de ella se pueden deducir consecuencias prácticas, clínicas, observables. Si las cosas resultan como afirmamos es que la interpretación es buena; en cambio, si no es así, la hipótesis (la interpretación) es mala. *Grosso modo* esto es lo que ocurriría. De paso sea dicho, no estaría mal recordar acá una especie de eslogan del método científico y es que, por mucho que una hipótesis haya tenido buenas consecuencias prácticas, clínicas y observacionales, eso no la demuestra como cierta: la razón es que los lógicos saben que, desgraciadamente, razonando correctamente, de lo falso se puede deducir lo verdadero. Es una tragedia lógica esto que estamos diciendo, pero no hay nada que hacerle. Los que inventaron la lógica se dieron perfecta cuenta de que las leyes lógicas solo garantizan que si se parte de verdades se tiene que llegar a verdades: esto es seguro, ahí la lógica se porta bien. En cambio, si uno parte de falsedades, a la lógica no le importa la cuestión porque, digamos, para la lógica, el que parte de falsedades debiera ser como el que se acuesta con chicos y amanece mojado, tiene que atenerse a las consecuencias. En tal sentido, la lógica no garantiza nada acerca de lo que pasa si uno parte de falsedades. Desgraciadamente, entonces, a veces uno parte de falsedades y, sin embargo, llega por deducción a verdades. Cuando se parte de una hipótesis, si esta es falsa permitiría deducir consecuencias verdaderas. Claro que se podría prohibir tal cosa. Pero, ¿cómo se sabe que una hipótesis es falsa? Esta es precisamente la dificultad. Pues la gracia de formular una hipótesis es que uno no sabe si es verdadera o falsa; se supone que es verdadera pero no se sabe a ciencia cierta lo que pasa. La historia de la ciencia mues-

tra continuamente esto. No es imposible, pues, que una interpretación falsa permita extraer consecuencias verdaderas; de modo que es perfectamente posible que una interpretación sea apoyada por el material manifiesto y sea sin embargo falsa. De cualquier manera esto es lo que opinaría un hipotético deductivista, porque, al final de cuentas, en este sentido, una interpretación no es muy diferente de cualquiera otra hipótesis. Si realmente empieza a irle sistemáticamente bien en la práctica clínica posterior al momento en que se ha emitido, es una buena señal a su favor; si le va mal, en cambio, es señal en contra.

Vamos ahora a considerar algunas dificultades específicas del método científico cuando se lo aplica al psicoanálisis; pero antes quiero señalar que, a veces, los dos tipos de interpretación que hemos estudiado se juntan y la ley es del tipo A si y sólo si B. En este caso hay una conexión del tipo "condición necesaria y suficiente": si está esto debe estar lo otro, si está lo otro debe estar esto. Cuando se presenta una situación tan conveniente, tenemos al mismo tiempo explicación y lectura. No siempre las leyes son tan buenas, pero puede ocurrir.

Con esto llegamos a ver que hay tres posibilidades gnoseológicas para la interpretación: explicación, lectura y simultáneamente explicación y lectura.

En su *Introducción del narcisismo*, por ejemplo, Freud (1914) parece utilizar un tipo de ley que es la siguiente: hay una especie de conexión del tipo "si y solo si", condición necesaria y suficiente, entre la libido que está invistiendo la representación de un órgano o de un objeto externo o de una estructura de la personalidad, por un lado (de carácter inconsciente o latente) y afectividad conductual dirigida hacia un objeto, un órgano o una parte estructural de nuestro aparato psíquico. Si la libido está así, la conducta será así; si no, no. La conducta es "si y solo si". Al sobreentender eso, Freud tiene un arma de lectura y de explicación al mismo tiempo. Por ejemplo, arma de lectura, cuando ve un individuo muy interesado por sí mismo, con gran sobrestimación y preocupación por sí mismo, él entiende que la libido debe estar invistiendo al yo: la libido de este hombre está puesta en su yo porque este hombre se está sobrestimando. Esta es la parte de lectura: con ver qué es lo que está haciendo el sujeto, se da cuenta dónde está la libido.

En algunas circunstancias, sobre todo en relación con la conducta narcisística, es al revés: si suponemos que la libido es narcisista podremos deducir que este individuo tiende a sobrestimarse. Estaríamos explicando su conducta.

5. Algunas dificultades específicas

¿Hay algo que decir en contra de esto? Desgraciadamente la situación es bastante más complicada que lo puesto hasta ahora en evidencia. En las ciencias sociales y en el psicoanálisis habría realmente una diferencia especial que complica la cuestión y produce las dificultades que definen el meollo mismo de la epistemología de la tarea interpretativa. Es que la interpretación, como ciertas hipótesis en las ciencias sociales, tiene características que son un tanto negativas; forman parte de lo que en el lenguaje de las ciencias sociales se llaman hipótesis autopredictivas (o "profecías autocumplidas") y también hipótesis suicidas, según qué es lo que ocurra.

Es muy sabido por los sociólogos que una hipótesis, independientemente de que sea verdadera o falsa, por el hecho de que se dice, desencadena una serie de procesos que pueden terminar por su aparente confirmación o por su aparente refutación. Es bastante claro el viejo ejemplo, real sea dicho de paso, que cuenta Nagel en *The structure of science* (1961). Un periódico neoyorquino anunció que un banco, el Banco del Estado de Nueva York, un banco particular a pesar de su nombre, estaba atravesando dificultades y era muy probable su quiebra. A la tarde, los clientes atemorizados produjeron una corrida de tal magnitud que el banco efectivamente quebró. Aparentemente el diario tuvo razón, la hipótesis fue corroborada; pero uno huele una trampa en todo esto, porque si el diario no hubiera dicho lo que dijo, a lo mejor el banco no hubiera quebrado. En este sentido, la hipótesis está viciada porque es autopredictiva: por el hecho de que se la dice provoca consecuencias que terminan por corroborarla.

También hay casos bastante obvios en que una hipótesis, por el hecho de que se dice, puede terminar por ser refutada. Si un periódico hubiera dicho en otros tiempos, por suerte ya pasados, que corrían rumores de que el general Mengano y el general Zutano van a dar mañana un golpe de Estado y van a apresar a todo el gobierno, es muy probable que a la tarde el gobierno hubiera metido en chirona a los generales en cuestión y entonces no se diera golpe de Estado alguno. Esto, sin embargo, no es una refutación de lo que el diario dijo; el diario podría sostener que si no hubiera dicho lo que dijo, si no hubiera cometido la infidencia, el golpe se daba.

Desde el punto de vista metodológico, acá hay ciertamente una dificultad. Y es que el valor de la hipótesis queda aparentemente sin poder ponerse a prueba si esta situación, la de que la hipótesis se

diga, se produce. Esto alcanza a la interpretación, que casi por definición es una hipótesis que debe ser dicha, a la que el paciente va a reaccionar precisamente por el hecho de que le es dicha.

No es esta en sí una dificultad insalvable, porque, volviendo al ejemplo sociológico de antes, consideraríamos que en esa situación no hubo contrastabilidad, ya que su posibilidad se frustró por el hecho de que la hipótesis fue dicha. Esto no quiere decir, sin embargo, que científicamente aquí no hay nada que hacer, porque hay leyes (las leyes de la propagación del rumor, no las leyes económicas de cómo cierran los bancos) que dicen qué es lo que pasa cuando se echan a correr ciertos rumores. En nuestro ejemplo, el sociólogo ha visto cómo se corrobora la ley que dice que un banco, cuando hay rumores de que está en dificultades, puede quebrar por una reacción temerosa del público.

La relación que hay entre una hipótesis dicha y la reacción empírica que sobreviene al decirla no queda pues al margen del método científico. Es este un punto interesante que vale la pena señalar; y otro es que, de todas maneras, la hipótesis primitiva no se ha refutado ni se ha hecho con ella nada pertinente, porque se comprende que una ley científica rige solo en ausencia de perturbación. Nadie contrastaría una ley científica si no es en condiciones adecuadas. Si alguien quiere comprobar inocentemente la ley de que al acercarle un fósforo encendido un inflamable estalla, no la refuta si se pone el inflamable en un recipiente hermético, porque la ley en realidad dice que el fósforo debe acercarse cuando no hay una perturbación de ese tipo. Una ley solo se cumple en ausencia de perturbaciones y hay que definir cuáles son las perturbaciones. Se comprende que una ley sociológica del tipo de las que estamos considerando diría que cuando los bancos pasan por tal o cual dificultad, por ejemplo en momentos en que han colocado toda su inversión en inmuebles y no tienen liquidez, si sobreviene un momento de iliquidez general, terminan por quebrar. Evidentemente, una ley como esta se podría contrastar observando qué es lo que ocurre con algunos bancos cuando todavía los periódicos no se han hecho eco de sus dificultades. Hay una enorme cantidad de posibilidades de investigación económica de este tipo. Esto está claro.

Los problemas que se plantean con la interpretación son similares. Por lo pronto el testeo de interpretaciones tiene a veces una contrapartida perfectamente posible y normal, y es que el psicoanalista llegue a formular *in mente* la hipótesis interpretativa pero no se la comunique al paciente todavía. No hay razón por la cual haya que

contarle al paciente todo lo que uno piensa acerca de él, de manera que hay conjeturas sobre la estructura interna del paciente que en cierto sentido se podrían llamar hipótesis interpretativas aunque no se hayan dicho, las cuales, ellas sí, podrían ser contrastadas normalmente por el método hipotético deductivo. Si proponemos una hipótesis con los datos que poseemos acerca del paciente, podrían deducirse ciertas predicciones sobre su conducta futura que terminarán por corroborarse o refutarse. De manera que comenzaríamos por decir que, aun definiendo la interpretación como el hecho concreto y explícito de formular una hipótesis interpretativa y admitiendo que esto indudablemente provoca una perturbación, esto no impide al psicoanalista de todas maneras hacerse sus hipótesis *in petto* acerca de cómo es el paciente y tratar de verificarlas por medio de su conducta futura. La interpretación en ese sentido no es pues un escollo, al contrario, puede estar bastante apoyada desde este costado del problema. No es menos cierto, sin embargo, y vale la pena señalarlo, que los efectos autopredictivos y suicidas de una interpretación existen evidentemente, como señala Wisdom (1967).

Si el paciente tiene la amabilidad de corroborar nuestra hipótesis interpretativa antes de formularla, si ya hubo suficientes indicadores como para considerar que hay corroboración, la interpretación se formula por fin con apoyo suficiente porque, como dijimos al principio, además de tener un carácter afirmativo hipotético, la interpretación es instrumento, es un arma y no solamente una hipótesis. Uno hace algo en el enfermo para provocar un cambio. Permítaseme de paso señalar que utilizar un instrumento para producir eventos implica también el conocimiento de leyes de correlación: uno tiene que saber que si se hacen ciertas cosas se van a producir ciertos cambios. Insistamos una vez más: si uno no tiene suficiente preparación teórica, si uno carece de práctica teórica en su formación, no sabrá que el uso instrumental de ciertas cosas va a causar ciertos efectos.

Pero volvamos a lo que considerábamos. Es obvio, y así lo señala Wisdom, que por obra de ciertos mecanismos de defensa, o simplemente por sugestión, es perfectamente posible que el paciente no solo rechace explícitamente una interpretación sino que, además, el material emergente a continuación no se adapte a la interpretación, o, al revés, si a uno le gustó la interpretación porque le sirve de pantalla para cosas más peligrosas, empiece a arrojar material empírico para corroborarla aparentemente. Freud lo estudió concretamente en "Construcciones en el análisis" (1937), uno de sus últimos trabajos, donde insiste en que ni el sí ni el no del paciente sin más pueden tomarse

como corroboración y refutación.

El hecho de que la interpretación tenga la característica de "hipótesis dicha" lleva a la situación que hemos llamado de hipótesis autopredictiva o suicida, y ello plantea problemas bastante atractivos para el epistemólogo y para el metodólogo. ¿Cómo proceder realmente? Creemos que se pueden hacer muchas cosas. Aquí no hay una insalvable dificultad, hay más bien un refinamiento. Primero está, como ya lo hemos dicho, el hecho de que hay oportunidades en que nuestras hipótesis interpretativas no forman parte de nuestras interpretaciones explícitas y las guardamos para nuestra intelección privada del paciente, y a las que podemos poner a prueba mediante los métodos habituales con que una hipótesis se puede contrastar; es parte de lo que pudiéramos llamar "el costado silencioso" de la labor del psicoanalista. Segundo, parece bastante probable para muchos psicoanalistas (pero para otros es totalmente falso y hay detrás de esto una gran complicación) que, en realidad, la parte de la conducta adaptativa a las interpretaciones sea bastante estrecha y se limite a la conducta verbal manifiesta y ostensible, a lo inmediatamente dado; que, en realidad, haya muchísimos canales de comunicación con respecto al paciente y una gran cantidad de elementos de carácter verbal, no verbal y conductístico que resultan indicadores suficientes para examinar lo que está realmente pasando con el analizado (Benito M. López, comunicación personal).

En este sentido parece que, en gran medida, el testeo de las interpretaciones está ahí de todas maneras, en el material empírico, clínico, que realmente se posee. Sin contar que, además, por otra parte, hay muchas veces cuestiones que hacen a datos históricos que pueden de alguna manera, indirectamente, ser accedidos o conocidos por el psicoanalista posteriormente y que constituyen también una suerte de indicadores.

Permítanme señalar, ya que este es un tema erizado de obstáculos metodológicos, que aun podría insinuarse que, si bien es cierto que la conducta posterior del paciente puede ser particular y adaptativa a la interpretación, el psicoanalista puede distinguir, según el cuadro clínico, la estructura interna y los problemas latentes del analizado, que el modo de adaptarse es distinto cuando la interpretación es correcta y cuando no lo es. Podría decirse que el modo de resistirse a una interpretación exacta no es el modo de resistirse frente a una interpretación que no lo es. De manera que, finalmente, habría lo que podríamos llamar un interesante problema de semiótica y de canales de comunicación, que mostraría que los modos de resistencia, las

maniobras dirigidas en contra o a favor de la interpretación por parte del paciente, y que dificultan la verificación, son, sin embargo, maniobras peculiares que, de alguna manera, se podrían trasformar en indicadores de la exactitud o inexactitud en su lado informativo.

A esto último apunta lo que señala Wisdom, cuando propone evaluar la interpretación estableciendo el tipo de defensa que adopta el paciente. La defensa debe abordarse con la misma teoría con que se formuló la primera hipótesis interpretativa, de modo que el analista no podrá utilizar el material asociativo (y defensivo) para formular una interpretación ajena a la teoría que originó la primera.

6. Los aspectos semánticos e instrumentales de la interpretación

Dijimos al comienzo que la interpretación psicoanalítica debe contemplarse por lo menos desde una triple perspectiva. Hemos visto ya, y con cierto detenimiento, el aspecto gnoseológico de la interpretación y nos toca ahora ocuparnos de los dos restantes, el semántico y el instrumental.

El aspecto semántico tiene que ver con la función simbólica o de signo que está contenida en la actividad del paciente. Interpretar en el sentido semántico implica un ejercicio de significación, un acto de asignar significado.

Podría discutirse mucho en cuanto al significado de la interpretación. Digamos entre paréntesis que la semiótica contemporánea es una ciencia múltiple y con muchas escuelas, de manera que aquí tropezamos con una dificultad adicional por cuanto la idea misma de señal, significado, sentido o símbolo va variando de teoría en teoría.

De acuerdo con el punto de vista que ahora estamos considerando, resulta que el material manifiesto no solo tiene relaciones "legales" con el material latente, sino, además, relaciones de significación. Estas no son exactamente lo mismo que las relaciones "legales", que en mis ejemplos parecen ser algo parecido a correlación, a causa y efecto.

Lo que en realidad se quiere enunciar cuando se afirma que el material manifiesto simboliza un material de otro orden, inconsciente o latente, es que opera como indicador, que los elementos del lenguaje tienen sentido para referirse a los objetos.

¿Qué puede querer decir todo esto? Hay aquí una disparidad muy grande de situaciones a contemplar. Señalaré dos o tres casos para ver cuál es el problema. En algunas oportunidades la relación que

tiene un signo con lo significado es lo que se llama una relación natural. Es, por ejemplo, el sentido en que se puede acertar que el trueno es signo de tormenta o que el humo señala que hay fuego. Cuando es eso lo que se quiere decir, la señal se trasforma en un indicador de lo señalado, lo que no introduce demasiada novedad a nuestra discusión, porque son precisamente las relaciones a las que me referí cuando hablaba de condiciones necesarias y suficientes. Sería el sentido de afirmar, por ejemplo, que si la conducta impaciente de un analizado simboliza la avidez del bebé es porque hay una condición necesaria y suficiente entre haber pasado por una emergencia de privación durante la fase oral y la presencia de este material en la trasferencia. Lo que introduce novedad aquí, una verdadera novedad, es que existen ciertas reglas implícitas que hacen que algo simbolice otra cosa, como lo hace un código. Por mucho que se escarbe, la palabra "papá" no tiene ningún elemento parecido con el padre como realidad objetiva, no se la puede conectar con lo que representa del modo en que se enlazan el humo y el fuego, no aparece un carácter "legal" de causa a efecto. Habrá, sin duda, razones históricas, filológicas que llevaron a que ciertas comunidades usen esa palabra y no otra, pero no es exactamente lo mismo. Ha habido una adopción, por así decir, de esa relación de simbolización. ¿Por qué se dan estas relaciones de simbolización? Las hay de muchas formas. Hay también códigos naturales en este sentido, o sea que el ser humano puede adoptar ciertos códigos porque tiene una propensión a hacerlo. Sería algo parecido a cómo ciertos animales tienden a huir de sombras que se mueven, porque su código genético los ha programado para eso. Es lo que se puede llamar "símbolos naturales". El psicoanálisis no ha encontrado muchos, pero hay observaciones muy interesantes que muestran que el ser humano toma ciertos símbolos como naturales, en relación con una determinada situación. No son lingüísticos. Se han realizado experiencias hipnóticas en distintas culturas y la reacción ha sido muy pareja acerca de lo que es un símbolo fálico, por ejemplo, sin que medie ninguna convención lingüística.

Otro tipo de relación de simbolizaciones es la que se llama "por isomorfismo", por la cual la estructura del signo corresponde a la forma de lo simbolizado. Esta es la razón por la cual los estructuralistas han creído encontrar una correspondencia muy fructífera entre la estructura de un cuento, un relato o un sueño y la de un mito o una creencia profunda.

Lo tercero es el caso de los códigos convencionales entre los cuales el lenguaje es típico. Hay aquí una estructura simbolizando otra

por medio de ciertas reglas de convención. El problema que se le plantea al psicoanálisis es que, evidentemente, no es solo el lenguaje el único operador con el cual el ser humano realiza convenciones según las cuales algo empieza a simbolizar otra cosa. Hay una cantidad continua de códigos aleatorios e impuestos a través de los cuales el hombre va trasformando objetos en símbolos convencionales de otras cosas. Lo que hay que captar son esas convenciones. Nuevamente, este es un terreno donde el psicoanalista se encuentra ante un problema epistemológico muy serio, porque tiene que hacer dos cosas: primero advertir el código *ad hoc* que en un momento determinado ha adoptado el paciente y luego reconocerlo en el devenir del proceso psicoanalítico. Todo esto constituye un campo epistemológico bastante complicado y sobre el cual hay mucho que decir.

Veamos por fin, brevemente, el *aspecto instrumental* de la interpretación psicoanalítica. Parece claro que una interpretación "hace" algo; interpretar no es meramente opinar acerca de lo que está pasando en o con el paciente, no es meramente formarse un cuadro estructural acerca del paciente para guardárselo en silencio; uno lo dice, y al decirlo está evidentemente obrando, está efectuando un modo de acción, de operación. De manera que la idea de interpretación está aquí indisolublemente ligada al hecho de que se trata de un modo de acción, de una forma de instrumentar la relación con el paciente, y esto es cierto no solamente para el psicoterapeuta que interpreta buscando promover un cambio en el paciente sino también para el analista que no busca otra cosa que provocar el *insight*, porque esta es, de todos modos, una forma de operar sobre el paciente aunque sea, de hecho, muy distinta a la anterior.

En este sentido surgen desde el punto de vista lógico todas las dificultades más o menos ordinarias y complicadas que encuentran los juristas, cuando tratan de definir, por ejemplo, qué es una acción, qué es una consecuencia de la acción, cuál es la responsabilidad de la acción, qué es un efecto inherente y un efecto secundario de la acción, qué culpa y responsabilidad hay, etcétera. Estos problemas son indudablemente muy interesantes, pero solo nos vamos a referir a ellos de manera tangencial.

Así como el principal problema en el área gnoseológica de la interpretación es separar lo verdadero de lo falso, en el aspecto instrumental lo decisivo es definir lo bueno y lo malo. Con lo verdadero y lo falso nos referimos al conocimiento del paciente, con lo bueno y lo malo, en cambio, tenemos en cuenta la finalidad de la terapia. Esta finalidad supone

otra referencia teórica, que complica bastante las cosas.

En el aspecto instrumental hay lo que podríamos llamar una especie de código normativo ético detrás del proceso terapéutico y esto es lo que aclara la cuestión. La interpretación tiene siempre motivos instrumentales, terapéuticos, y los aspectos valorativos subyacentes tienen que ver con la curación. Naturalmente, esto a su vez implica una definición valorativa de la curación y de lo que se considera normal y patológico. Lo mismo que en el caso del aspecto informativo, en este aspecto de la cuestión, de todas maneras, vamos a estar insertos en una teoría, una teoría axiológica que requiere toda una serie de entendimientos iniciales. Así como tenemos que entendernos acerca de si es cierto o no que el paciente está sentado, que dijo tal cosa o no dijo tal cosa, que tiene o no tiene tal síntoma, se supone que también habrá que poseer un entendimiento previo sobre si tal cosa es deseable o no deseable. Esto, sin embargo, no impide la actitud neutral del psicoanálisis y del psicoanalista en su aspecto cognoscitivo. Aunque podamos estar en desacuerdo sobre los valores últimos que hay que conseguir mediante la terapia analítica, de todas maneras, independientemente de esto, hay una cosa que es lógica y objetiva, y es que si aceptamos el valor V1 y queremos alcanzar resultados que correspondan a nuestro valor V1, tenemos que hacer uso de ciertas leyes de causa y efecto, leyes del psicoanálisis que dicen que, para producir V1 hay que producir la causa a. Si cambiamos de opinión y más que producir V1 queremos producir el valor V2, entonces acudiremos a otra ley que dice que para obtener V2 primero hay que haber producido la causa b, de la cual V2 será efecto. Hay pues, en conclusión, un aspecto del psicoanálisis independiente de la cuestión valorativa, el de las relaciones de causalidad o las relaciones semióticas que hay entre las variables que constituyen el motivo de la investigación psicoanalítica.

Sea cual fuere el sistema de valores que tengamos, las leyes causales están dadas con cierta independencia objetiva. Podemos discutir como juristas si está bien o no matar a alguien de un balazo; pero hay una cosa neutral que está más allá de las distintas posiciones éticas y es que el tiro fue causa de la muerte. Al considerar el lado instrumental de la interpretación necesitamos separar dos cosas: primero, lo que podríamos llamar el *background valorativo,* que está implícito en la enseñanza de la interpretación y de sus valores instrumentales; y, segundo, una serie de problemas causales y no valorativos, que son propiedad "objetiva" de todos al mismo tiempo. Este es el sentido en que el aspecto no valorativo de las ciencias configura el patrimonio común de todos los puntos de vista, aunque sean

valorativamente diferentes. Las leyes de la causalidad están al servicio de todos; cuáles de las relaciones causales vamos a usar y con qué propósitos, eso depende de posiciones ideológicas y de otros factores. Indudablemente, para que podamos aplicar valorativamente una interpretación necesitamos conocer las relaciones causales entre la interpretación y la conducta.

De acuerdo con la teoría de la acción, entonces, la terapia toma la interpretación como un instrumento, no para conocer al paciente sino como agente de cambio.

Hay aquí una serie de cosas interesantes, que Freud discutió en 1937 en "Análisis terminable e interminable" y en "Construcciones". Lo que él encuentra primero es el modo en que un paciente responde a la interpretación, que no tiene aleatoriedad completa respecto de lo que se dice; y, además, algo que a nuestro entender es un asunto muy curioso, y es que hay alguna conexión entre el efecto instrumental de la interpretación y sus excelencias gnoseológicas. Freud afirma que la interpretación equivocada causa un efecto de poca monta frente al tipo de cambio o reacción conductual que produce la interpretación acertada. La reacción del paciente ante la interpretación o construcción verdadera es mucho más notable y apropiada. Es un descubrimiento importante y no forzoso, porque la eficacia instrumental del acto de interpretar no tiene por qué venir ligada a su verdad. En periodismo y en *marketing* para el caso de distribución de un producto se sabe que el buen éxito de una información o una campaña publicitaria no está ligado a que sea verdadera, desgraciada situación que todos conocemos y que constituye la base de la teoría de la ideología.

El pensamiento de Freud en este punto afirma, entonces, que la ideología del paciente (uso la palabra "ideología" en un sentido muy metafórico y general, como todo lo que el paciente cree y le pasa, así como sus defensas y su sugestionabilidad, etcétera) no puede ser suficiente como para evitar que los efectos de la verdad se pongan en evidencia. Los epistemólogos no han señalado todavía la importancia que esto tiene. Creemos que lo dicho basta para mostrar las tres zonas en que se mueve la epistemología del psicoanálisis: el problema de la teoría (explicación y lectura), el problema de la acción racional (con la teoría que la respalda) y el inmenso problema de cómo advertimos la cualidad simbólica (convencional o natural) que lleva del material manifiesto al latente.

Estos son los tres problemas, típicos pero de distinto orden, con lo que se enfrenta el epistemólogo frente a esta espinosa cuestión. Hemos tratado de mostrar que el instrumento interpretativo en psicoa-

nálisis no es como la aguja de un manómetro que se mueve y toma distintas posiciones. La interpretación no es una señal simple y automática; requiere, por el contrario, como todo lo que es hipótesis y teoría, creatividad e ingenio. Por esto, la libertad de pensamiento favorece la aptitud para interpretar. Un individuo propenso a reacciones estereotipadas no va a hacer, en general, buenas interpretaciones. Es que el ejercicio de interpretar es muy peculiar, es un acto de creación espiritual (desde el ángulo lógico) y esto explica que la personalidad del psicoanalista se vaya enriqueciendo por el hecho de ejercer la interpretación; pero esta es ya una hipótesis que habría que contrastar.

7. Reflexiones finales

Como teoría del aparato psíquico, el psicoanálisis se ubica frente a otras teorías psiquiátricas o psicológicas y, por lo demás, parece difícil pensarlo como *una* teoría, ya que hay temas muy diferentes estudiados dentro del psicoanálisis. No es lo mismo la teoría del instinto que la teoría de los mecanismos de defensa, la teoría económica, la teoría estructural u otros puntos que podríamos recordar. Tomando el psicoanálisis en bloque, evidentemente Lacan, Melanie Klein y Hartmann son bastante diferentes. Cada una de estas posiciones tiene, en cierto modo, un cuadro teórico distinto, no solo en bloque, sino también en cuanto a los detalles del funcionamiento del aparato psíquico. Quien está produciendo hipótesis interpretativas y las está contrastando, lo hace en un marco teórico global; no hay lo que pudiéramos llamar una interpretación aislada. Para hacer interpretaciones no solamente es necesario contar con un arsenal bastante grande de reglas de correspondencia del tipo de las que ya hemos señalado sino que es también necesario estar insertado en una concepción teórica del funcionamiento del aparato psíquico. Si no nos ponemos de acuerdo acerca de cuál es la posición en que estamos colocados la discusión se hará difícil y hasta imposible; no tiene sentido hablar del testeo de las interpretaciones en el vacío.

Aprovechamos la oportunidad para decir que, cuando se examina la interpretación, en cierto sentido se testea todo el marco teórico en el que uno se ha colocado. Si bien esto es absolutamente cierto, es oportuno recordar aquí que el psicoanalista (y en general el científico) no va a cuestionar su teoría a poco que el resultado del experimento fracase. Hay toda clase de razones sociológicas y metodológicas para saber que de ninguna manera lo primero que hace el científico ante un aparente contraste es echar por la borda sus grandes hipótesis.

Dirá que la interpretación es mala —¡y más lo dirá si está juzgando la interpretación de otro, la interpretación del colega!—. Sin embargo, si llega a suceder que empiezan a ocurrir inconvenientes con las respuestas a las interpretaciones, si sintiéndose uno bien preparado y experto empieza a fallar sistemáticamente, en un momento dado uno se pregunta de dónde viene este tipo de dificultad y si no será que el marco teórico en el que está colocado es lo que está estorbando la eficacia de las interpretaciones. Ese es el momento en que el analista puede pensar que lo que ocurre en su práctica de alguna manera le está mostrando que es hora de cambiar algo dentro del corazón teórico mismo.

Esto que estamos diciendo se puede ver en la historia del pensamiento de Freud. A Freud en cierto momento le empiezan a fallar algunas cosas en su relación con los pacientes (la hipnosis catártica, por ejemplo) y, sin embargo, no es llevado a pensar de sí mismo que es un torpe, y que aplicó mal el método (catártico). Curiosamente nunca perdió la fe en sus aptitudes como científico; más bien perdió la fe en algunas de sus hipótesis científicas pese a que en el fondo se podían readaptar. El ejemplo más típico al respecto —y el más heroico— es cuando hacia 1896 abandona la teoría de la seducción, para construir luego la teoría de la libido.

Todas las ciencias tienen algo en común y algo diferente. Tienen en común lo que podríamos llamar "las grandes estrategias de su problemática". Cuando hablamos de ciencias en las que hay un aspecto fáctico que de alguna manera se relaciona por medio de las leyes lógicas con la teoría, las relaciones entre un aspecto y el otro se asientan en las propiedades generales de la corroboración y la refutación. Pero diríamos también que, de ciencia en ciencia, cambia el tipo de material que se está estudiando; y esto significa, primero, un cambio de naturaleza y, segundo, un cambio en las leyes empíricas. La estrategia no cambia, pero sí la táctica y en particular la metodología que hay que emplear. Evidentemente, no es igual el estudio de sistemas aislados o de cuerpos semiaislados, por ejemplo, que el de un organismo vivo con partes interrelacionadas. No puede ser lo mismo, el tipo de idea que hay que emplear cambia. Incluso si no atendiéramos al ser humano y tuviéramos que comparar la mecánica de las bolas de billar y el funcionamiento de una computadora veríamos que hay algo cualitativamente diferente. Esto no hace que el problema lógico de cómo se valida un modelo sea muy distinto en un caso o en otro; pero la técnica con que uno toma el material y produce hipótesis va cambiando. En tal sentido, los problemas generales que hacen a la teoría psi-

coanalítica, a la construcción de sus conceptos, a la delimitación de su empiria, a la formulación de partes de la teoría, etcétera, no es muy distinto de lo que ocurre en la epistemología de muchas otras disciplinas. En cuanto a las peculiaridades del material mismo que está en danza, el psicoanálisis tiene más afinidad con lo que se puede encontrar en sociología, por ejemplo, que en química o física.

Sin embargo, a pesar de que la diferencia existe, a nuestro entender, y que cambian completamente la táctica, el *modus operandi* y la instrumentación de la teoría, nos atreveríamos a afirmar que, en el fondo, tal diferencia no es tanta como parece. Porque, al final de cuentas, ¿cómo podrá avanzar el científico sino haciendo modelos de lo que pasa? Puesto que la empiria viene muy complicada y con una gran cantidad de factores, algunos de los cuales son ocultos, si uno no produce modelos, la empiria misma o lo que es ostensible no basta. Entre paréntesis, la mejor defensa de lo que decimos es el psicoanálisis, en cuanto teoría cuyo mérito consiste en hacer hincapié sobre la mayor gravitación que tienen en sus *aplicaciones* el material inconsciente o latente que el material manifiesto.

Si es así, si de la producción de modelos se trata, no hay que escandalizarse entonces de que haya muchos procedimientos para acceder a los modelos; será cuestión de modalidad de carácter, habrá gente que tendrá un temperamento más a lo anglosajón para producir modelos con variables separadas y tratar de alguna manera de discriminar las variables y estudiar correlaciones y conflictos entre las variables; otros tendrán tendencia hacia los modelos biológicos; otros hacia el modelo cibernético y —por qué no— a lo que podríamos llamar la producción de modelos *sui generis* para el psicoanálisis. Porque, al final de cuentas, si el psicoanálisis se desarrolla como ciencia madura, terminará por encontrar que los modelos que le llevan al éxito son los que le son propios y no los que salieron por analogía a los de las otras disciplinas; y entonces, así como la biología tiene sus modelos homeostáticos y la sociología sus modelos estructurales, el psicoanálisis tendrá sus *modelos psicoanalíticos*.

En tal sentido, diremos que, en última instancia y lo mismo que en las otras ciencias, la peculiaridad del material psicoanalítico no cambia la estructura lógica profunda del problema de la validación de las teorías; pero si cambia el tipo de imaginación, el acto creativo del investigador para proponer sus hipótesis, para formar sus teoremas, sus teorías.

Aquí es donde nos encontramos con algo *sui generis* del psicoanálisis, y quien no haya trabajado en psicoanálisis y no comprenda bien

su metodología no se dará cuenta de cómo se producen sus modelos ni se hará cargo de las dificultades inherentes al problema con que el psicoanálisis trata.

Digamos, pues, en conclusión, que el psicoanálisis se debe integrar a las otras disciplinas científicas subordinándose a las exigencias generales del método, sin por ello abdicar de lo propio que hace a su particular idiosincrasia.

Luego de dejar planteado este gran problema, que surge continuamente cuando se discute la epistemología del psicoanálisis, quisiera ocuparme brevemente de otro, poco o nada considerado y en cierto modo simétrico al anterior. Pocas veces, por cierto, alguien se hace la pregunta opuesta, si el psicoanálisis ha hecho algún aporte a la comprensión de la epistemología general. Porque, indudablemente la física y la matemática han hecho contribuciones a la epistemología que permitieron entrever bastante la estructura lógica de las teorías. ¿Habrá algo en el modo psicoanalítico de pensar que influya en la propia visión que el epistemólogo tiene de la marcha de la ciencia? Sin ser un experto en Bion o Money-Kyrle, creo que estos autores, por ejemplo, han intentado de alguna manera, sistemáticamente, avanzar algo por este camino; y me parece que, precisamente, la peculiaridad de sus problemas y el modelo particular del psicoanálisis, de su pensar, pueda causar un efecto indirecto y revolucionario en el estudio de cómo se formaron los modelos científicos en física, en química y en las otras teorías, dando las razones profundas. Porque, claro, se encuentran libros en que hay una descripción precisa de cómo se formaron los paradigmas y las teorías científicas y cómo dejaron de ser; pero da la impresión que los psicoanalistas tendrán que decir algo acerca de cómo las motivaciones inconscientes influyen de alguna manera en que aparezcan ciertos modelos y no otros en la formación de las teorías científicas.

En este sentido, el psicoanálisis puede aportar algo de mucho valor, y muy suyo, para la comprensión del desarrollo de las demás disciplinas.

Nota

[1] Recordemos que la afirmación "si B entonces A", así como la anterior "si A entonces B" son, de acuerdo con lo dicho más arriba, "reglas de correspondencia", es decir, ligan conceptos y fenómenos "empíricos" A con nociones y acontecimientos "teóricos" B. Su papel en ciencia es muy importante, como la presente discusión lo muestra.

Las elecciones responsables frente a las supersticiones académicas

[ENTREVISTA]*

> "Los pobres necios que se negaron a mirar por el telescopio de Galileo sabían lo que traían entre manos; si veían las lunas de Júpiter, se verían obligados a creer lo que no deseaban creer; por lo tanto, resultaba más sabio no mirar".
> John M. Ziman, *El conocimiento público*

CARINA MAGUREGUI: *Cuando hablamos de ética solemos recurrir a los planteos de la tragedia griega. MacIntyre opina que la tarea moral del protagonista trágico puede llevarse a cabo mejor o peor —con independencia de la elección realizada entre las alternativas rivales— pues de antemano no hay elección correcta que pueda hacer. El protagonista trágico puede comportarse heroicamente o no, generosamente o no, con elegancia o sin ella, prudente o imprudentemente. Llevar a cabo esa tarea mejor más bien que peor será hacer lo que es mejor para él o ella como individuo, como padre o hijo, como ciudadano o miembro de una profesión. ¿Podríamos vernos a cada uno de nosotros como personajes trágicos cotidianos, tan solo por el hecho de que a cada momento estamos tomando decisiones?*

GREGORIO KLIMOVSKY: Ordinariamente los problemas de ética se ligan a indecisiones que se presentan cuando en una situación hay dos o más vías posibles entre las que se puede elegir. La cuestión ética radica en cuál de esas elecciones posibles favorece más al género humano o en el caso particular a los directamente involucrados. En el sentido negativo sería cuál de ellas perjudica más o contraviene principios éticos.

Sin embargo, hay una relación más complicada que conecta el tema ético con el tema del conocimiento. Pero, por lo general, en los tratados de ética médica y de biomedicina dicha relación queda relegada al olvido. Por ello, es conveniente plantear qué elementos quedan involucrados cuando se tiene que tomar una decisión. Notemos que este es el problema de la medicina: ante un síntoma, un síndrome o una enfermedad, el médico tiene que elegir un curso de acción y según cómo lo haga dicha elección tendrá efectos positivos o negativos. De hecho, entonces, la responsabilidad del médico es muy grande desde el punto de vista ético pues estamos hablando de una elección que a veces involucra sufrimiento, alivio del sufrimiento, prolongación de la vida o recuperación de un estado de bienestar. Una elección efectuada de manera defectuosa sería para la justicia algo así como un delito culposo, aunque no implique mala intención.

¿Qué es lo que tiene que tener en cuenta un médico, un profesional o, en general, cualquier persona que tiene que tomar una decisión, ya sea política, individual o frente a un proyecto?

La idea es que existen tres grandes factores de conocimiento y filosóficos que intervienen a la hora de tomar una decisión. En primer lugar, uno se propone un objetivo frente a una decisión. La decisión no es algo arbitrario sino que implica actuar de manera tal que, por ejemplo, un síntoma desaparezca o bien se trata de elegir entre varios proyectos alguno que revista interés nacional o se toma una decisión de carácter político-económico para asegurar el valor de una moneda o la conveniencia de aceptar un préstamo.

Cuando pretendemos alcanzar un objetivo, el paso inicial consiste en preguntarnos si desde el punto de vista lógico —debido a la estructura de los conceptos involucrados para pensar el proyecto o por las deducciones y creencias que de alguna manera están involucradas en el planteo del objetivo— hay o no contradicciones. Si las hubiere, el proyecto sería directamente inaplicable y el objetivo no se podría lograr. Así lo señala el principio lógico de no contradicción: una situación no puede ser y no ser simultáneamente. Por consiguiente, lo primero que tenemos que hacer frente a un proyecto, ante un objetivo o una toma de decisión es interrogarnos acerca de la estructura lógica del proyecto o de la elección y esto implica pensarlo correctamente desde el punto de vista lógico. Luego debemos analizar si las informaciones o composiciones que efectuamos al pensar la elección se contradicen. La contradicción puede surgir no solo de una oposición directa entre una tesis A y no A sino también de cuestiones deductivas. A veces el objetivo o la elección son complejos y se expresan en muchas frases. Éstas y las deducciones que se pueden realizar a partir de ellas son las que en ocasiones generan contradicción. Un

* Reportaje realizado por Carina Maguregui, publicado en *Conversaciones sobre Ética y Salud*, Centro Editor de la Fundación Favaloro y Torres Agüero Editor, pp. 59 a 70, Buenos Aires, 1996.

conjunto de decisiones que lleva a contradicción es él mismo contradictorio y en consecuencia impracticable. Por ello, insistimos en el aspecto lógico, en la práctica del hábito de análisis lógico del conocimiento que como acabamos de ver implica varias incógnitas y problemáticas simultáneas. Esto es algo que quien tiene la responsabilidad de tomar decisiones debe aprender a dominar.

Pero el asunto no concluye aquí. Dentro de las posibles elecciones no contradictorias que quedan —una vez que se eliminan las que la lógica rechaza— todavía existe todo un espectro de posibilidades del que hay que escoger. Es cuando entra en escena un segundo factor o dimensión: el conocimiento.

El conocimiento cimentado según las leyes y teorías científicas nos indica lo que es tácticamente posible llevar a cabo. Una elección puede parecer lógica, no ser contradictoria y, sin embargo, imposible de realizar —ya sea por la falta de una técnica específica disponible o simplemente porque no hay forma de violentar las leyes naturales para lograrlo—. Este es un punto muy importante; si no hay información científica adecuada no puede haber una nítida discriminación entre proyecto razonable desde el punto de vista científico y proyecto absurdo de acuerdo con nuestros conocimientos de las propiedades de la realidad.

El conocimiento es la segunda dimensión implícita —aparte de la lógica— que interviene en la toma de decisiones. Si no hay un marco de conocimiento científico adecuado la decisión parece ser algo hecho casi al "boleo", una especie de apuesta un tanto azarosa que termina muy mal.

> *Si partimos de la hipótesis de que ninguna persona vive realmente la vida que pretende sino la que resulta de: su interacción con los demás, de su relación con otras personas, el relato de la vida de cualquiera es parte de un conjunto de relatos interconectados. Si somos "co-autores"; de nuestra vida ¿cómo podemos compatibilizar nuestras propias necesidades con las de los que nos rodean sin alejarnos de nuestras intenciones, realizando elecciones auténticas?*

Justamente para compatibilizar entra en juego el tercer factor al que aludimos. Aun eliminadas las elecciones, proyectos u objetivos que la lógica y el conocimiento científico consideran inadmisibles, restan —probablemente— varias posibilidades más y aquí es donde aparece la dimensión ética de las decisiones.

El factor ético nos permite valorar y justipreciar la importancia o

la conveniencia de las elecciones restantes. La reflexión ética nos ayuda a discernir cuál de las elecciones beneficia verdaderamente a la humanidad, a la nación o al enfermo. Este es un problema de valores y tocaría el tema de la axiología, esa "parte" de la filosofía que se ocupa de cuál es la naturaleza de los valores y cómo de alguna manera tenemos una responsabilidad hacia ellos. Hay elecciones lógicas, no contradictorias y fácticamente posibles pero condenables desde el punto de vista ético. Uno puede imaginar un médico que entre los cursos de acción que lógica y científicamente son factibles para tratar de suprimir un síntoma o una enfermedad elija el que le reporta honorarios más altos. La elección se basa, sin duda, en un criterio puramente económico. El valor que respalda la toma de esta decisión no es un valor ético por lo que la elección resulta defectuosa.

La reflexión ética —en cierto modo— nos compromete, en el caso de nuestro ejemplo compromete al médico, a favorecer al paciente y no exigir de él más de lo necesario para conseguir un resultado positivo.

La ética es también una combinación de conocimientos científicos con problemas filosóficos. Es en parte científica porque no se pueden imponer principios éticos para cuya consecución haya que violentar leyes naturales o posibilidades tecnológicas. Este es el defecto que muchas veces tienen ciertas ideologías que son éticamente muy defendibles pero que en determinadas situaciones no se pueden aplicar porque contradicen leyes.

En el caso de la medicina, no cabe duda que aquellas cosas que son éticamente elegibles para actuar sobre el enfermo tienen que considerar en su "peso valorativo" el conocimiento de las leyes (y teorías científicas) para saber si lo que se está eligiendo es posible de realizar.

La esencia de la ética es la problemática filosófica que indaga en qué consiste lo bueno y lo malo éticamente, qué es obligatorio, qué está permitido y qué está prohibido y, en general, todo aquello relacionado con el compromiso y el deber. Si nuestro discurso fuera el de la ciencia jurídica, tendríamos un problema más que es el de la responsabilidad, la culpa y el castigo.

> *La deontología ¿es un compromiso moral o un código? Al no tratarse ya de una reflexión ética personal sino de una serie de valores que comparte un grupo determinado —en nuestro caso particular nos referimos a la deontología médica— ¿no se cae en el peligro de convertir a la ética en un conjunto de reglas, obediencias y pactos?*

En cierto sentido, el problema de la deontología médica está también

mezclado con algo de la problemática jurídica a la que hacíamos referencia pero toda cuestión espinosa desaparece cuando se practica sistemáticamente la toma de decisiones responsable.

Llevar a cabo una elección responsable requiere una combinación de lógica, conocimiento y ética. Dentro de la dimensión lógica incluyo las matemáticas, el cálculo y todo lo que es formal en el pensamiento. El conocimiento científico contempla la totalidad de las posibilidades fácticas, las leyes naturales y la adecuación de teorías. Y, por último, la ética brinda la orientación a las decisiones.

Un médico responsable analiza las tres dimensiones señaladas a la hora de tomar decisiones. El tipo de relación que su profesión le impone con los demás seres humanos así se lo exige.

¿Cómo influye la formación científica inadecuada y la aplicación de un procedimiento científico no aconsejable en la toma de decisiones?

El médico, el profesional o, en general, toda persona que va a emprender una acción política con respecto a sus semejantes tiene que tener, efectivamente, algún criterio sobre el valor más o menos positivo de ciertas teorías científicas, el peligro de otras o la falta de conocimiento que hay que reconocer frente a teorías nuevas que no han sido suficientemente contrastadas. De hecho, el método científico consiste —tal como actualmente se lo entiende— en una investigación de todos los elementos de apoyo y también contrarios que pueda haber para adoptar o no una teoría.

Si no somos metodológicamente cuidadosos a este respecto puede ser que por simples razones subjetivas o estéticas creamos que una teoría es válida y la usemos arrastrando todos los peligros consecuentes si ella no está debidamente probada. Por otra parte, a veces, el entusiasmo por una aparente corroboración puede llevarnos a considerar probada o admisible una teoría cuando esta no lo está. Hubieron casos en la historia de la medicina en que semejante actitud ocasionó verdaderos desastres.

Un hecho ocurrido en la ciudad de Cincinnati, Estados Unidos, en 1905, puede ilustrar perfectamente este punto. En aquel año, la comunidad médica creía que existía una enfermedad a la que denominaron asma tímica —posteriormente comprobaron que se trataba de una idea errónea—. Esta patología "parecía" estar provocada por un crecimiento desmesurado de la glándula del timo que hipotéticamente ejercía presión sobre las vías respiratorias (bronquios) de bebés y niños. La presión del timo era la supuesta responsable de los

accesos y dificultades respiratorias que en algunos casos podían llegar a producir la muerte.

El uso de palabras como "parecía", "hipotéticamente" y "supuesta" es intencional ya que todas eran meras conjeturas y nada más. Surge entonces una primera cuestión para apuntar: ¿cuán seguros estaban los médicos de aquel entonces de la existencia del asma tímica? (Como dato curioso debo decir que en la actualidad todavía muchos médicos hablan de ese síndrome y, algunos de ellos, lo hacen con seriedad).

Parece que nadie se preocupó demasiado por las comprobaciones y así fue como Alfred Friedlander, un médico de Cincinnati, "ideó" la manera de combatir y, sobre todo, prevenir semejante patología. En 1905, a diez años del descubrimiento de los rayos X, Friedlander aconsejó la aplicación sistemática de radiaciones durante un mes a los niños que parecían tener una propensión o un desarrollo del timo un tanto irregular para que este se redujera en tamaño y con él el peligro de la enfermedad. Para garantizar que la tremenda enfermedad no pudiera desarrollarse en los niños sanos hizo extensivo el consejo como medida preventiva masiva.

Friedlander incurrió en dos gravísimos errores por falta de conocimiento: A) supuso que el tamaño del timo era indicativo de patología respiratoria y B) supuso que la aplicación sistemática de rayos X reducía el timo pero era inocua para el resto del organismo. Ambas eran suposiciones incorrectas pero nadie se tomó el trabajo de contrastarlas y fueron "aceptadas" como válidas.

La aplicación de rayos X a bebés y niños como medida preventiva contra el asma tímica tuvo una aceptación masiva no solo en Cincinnati sino también en el resto de los Estados Unidos a tal punto que llegó a convertirse en una especie de "moda médica".

Pero esto no termina aquí, el entusiasmo llevó a seguir suponiendo sin comprobar. Así es que las bondades de la irradiación preventiva alcanzaron luego a una gama amplia de síntomas y patologías de las vías respiratorias, incluso las amígdalas. En este punto debemos llamar la atención sobre otro error, esta vez de diagnóstico, por el cual en aquel entonces se creía que el desarrollo de las amígdalas en los chicos era algo anormal que debía ser combatido. (Aún hoy muchos médicos creen que es necesario extirpar las amígdalas. El hecho es que la reducción gradual del tamaño de las amígdalas alrededor de los veinte años de edad es un proceso considerado estadísticamente natural).

Un tiempo después comenzaron las críticas pero ya era demasia-

do tarde. Cientos de miles de chicos habían sido irradiados. Una investigación sistemática entre los niños de los Estados Unidos demostró, en los años treinta aproximadamente, que la aparición de un timo de gran tamaño era una cosa bastante normal. Más del 50 por ciento de los niños presentaban un timo de tamaño considerable, entonces era muy difícil concebir que fuese anormal algo que estadísticamente es normal. También con anterioridad se había señalado que el timo –órgano muy flojo y esponjoso– no podía ejercer por su crecimiento una presión tal que produjera estrechamiento de los conductos bronquiales. Así quedó claro que la primera presuposición de Friedlander era directamente una equivocación, un error de conocimiento que desató una tragedia.

Fueron irradiados cerca de un millón de niños, de los cuales, el 20 por ciento desarrolló cáncer en la garganta, la laringe y distintas zonas del aparato respiratorio. Alan Mazur, sociólogo norteamericano y una de las víctimas afectadas por los errores de Friedlander, realizó un análisis sociológico del caso considerándolo un paradigma de las culpas éticas causadas por falta de conocimiento, apresuramiento y cuestiones de "moda". Sin contar los muchos errores de carácter teórico y de diagnóstico que también se cometieron. El mismo Mazur desarrolló cáncer de laringe como consecuencia de la irradiación durante su niñez y tuvo una compleja operación que le salvó la vida. Tomé este ejemplo dramático por el hecho de que no solo el desarrollo del cáncer es un "accidente" que podría adjudicarse al error de los médicos como *delito culposo* sino que miles de niños murieron por esta causa, razón que nos llevaría a hablar de *genocidio culposo.*

Otro caso que ejemplifica cómo el mal uso de una teoría puede producir efectos terribles es el del médico francés F. J. V. Broussais.

En su momento, Broussais desarrolló una teoría muy curiosa según la cual para cada enfermedad –de origen fisiológico en el sentido ordinario o de origen mental– debía haber un órgano infectado o excitado responsable de los síntomas. Su pintoresca teoría le deparó más de una burla de sus pares contemporáneos y las ridiculizaciones del propio Balzac hasta que finalmente fue derrotado por la estadística. Aunque, más que la estadística, fue la muerte de un íntimo amigo tratado por él la que puso en evidencia su error.

Las ligeras suposiciones de Broussais llevaron a tratar el cólera, por ejemplo, como un problema de excitación o irritación anormal de un órgano. Hubo una gran controversia al respecto, Broussais se defendió pero las pruebas de la estadística terminaron señalándolo con el índice. Miles de enfermos de cólera en Francia y en otros países de

Europa murieron por tratamientos inadecuados. Y aquí cabe preguntarse: ¿cuál fue la falta ética?

La falta consistió en haber usado una teoría simplemente porque a alguien, en este caso Broussais, se le ocurrió una "especie de modelo científico" sin darse cuenta que para poder aplicarlo de manera masiva había que hacer investigaciones serias. Los ensayos del tipo presencia y ausencia, con grupos testigo, placebos, testeos y pruebas de campo brillaron por su ausencia. Nadie realizó comprobaciones en forma sistemática ni obtuvo datos con valor estadístico. Broussais reunió algunos "números" y "observaciones" de sus tratamientos pero ni remotamente alcanzaban para conformar una muestra representativa. Su teoría no tenía respaldo científico pero de todas formas se aplicó.

Ejemplos como el del asma tímica o la teoría de Broussais se multiplicaron en nuestro país y aún hoy lo hacen. Aproximadamente en la década de 1930 llegó a la Argentina un famoso médico español llamado Fernando Asuero. Este caballero aseguraba que mediante una operación sencilla podía curar una gran variedad de afecciones crónicas y en algunos casos psicológicas. La intervencion consistía en el toque del nervio trigémino con una varilla especial.

El doctor Asuero, híbrido de "médico y mago", tuvo su momento de éxito hasta que el desarrollo inexorable de las enfermedades abandonadas a su curso natural terminaba matando a los pacientes "curados" por el toque del trigémino.

¿Podemos tomar el caso de la crotoxina como un ejemplo de apresuramiento para sacar conclusiones mezclado con algo de superstición o, en cierto modo, iluminismo respecto a la probable –aunque no comprobada– efectividad de la droga? Hoy sabemos que la aplicación de crotoxina se ensayó como supuesto tratamiento contra el cáncer en seres humanos cuando no se habían realizado las experimentaciones previas necesarias en animales. En 1987, una comisión de expertos del Conicet consideró que las "pruebas" presentadas para defender el uso de la droga eran poco serias pues consistían en fotos trucadas, protocolos que no existieron, membretes no correspondientes y una serie de irregularidades. Los pacientes que recibían la crotoxina estaban convencidos de que era un experimento respaldado por instituciones públicas serias. De los ochenta pacientes iniciales que tomaron crotoxina murieron setenta y nueve.

Sí, el de la crotoxina es un caso de apresuramiento y falta de responsabilidad. Los experimentos que realiza un investigador pueden ser brillantes y extremadamente convincentes para él, pero de-

ben probar su validez ante otros antes de resultar aceptables. Un solo observador, por honrado que sea —si suponemos que lo es— puede engañarse pero para precisión científica resulta esencial que otros también lo vean.

El método científico es el instrumento adecuado para validar o no las observaciones. Sus normas intrínsecas permiten investigar sin perder de vista tanto los potenciales alcances como las verdaderas limitaciones. Es cierto que se necesita más valor para rechazar un resultado experimental que para aceptarlo incondicionalmente pero este, y no otro, es el camino a seguir.

Las suposiciones enquistadas, las subjetividades, las creencias personales, la adhesión incondicional a teorías aún no probadas, el seguir una "moda científica" por una inclinación que podríamos denominar estética, el apego narcisista a las propias convicciones no fundamentadas contribuyen a la gestación de una especie de "superstición académica" que hay que desterrar.

La experimentación es el puente entre lo empírico y lo teórico. La sustancia básica de la teoría es la lógica y junto al razonamiento lógico aceptamos a la matemática, el cálculo y toda clase de pensamiento formal. Nadie duda hoy de que la mayor parte de la matemática es absolutamente correcta, en el sentido de que sus teoremas se derivan con rigor de sus axiomas. También esto constituye conocimiento científico y como ya señalamos las tres dimensiones del problema a la hora de tomar una decisión son: la lógica, el conocimiento y la ética.

Si un médico no está al tanto de las nuevas teorías, no tiene los conocimientos necesarios sobre biofísica y química biológica, no comprende la compleja interrelación de los procesos del organismo, su delicada homeostasis e incluso su cibernética, si no tiene ni idea de cómo puede influir un fármaco o una droga nueva en el mecanismo celular, peca por ignorante y esta ignorancia lo conduce al error sistemático.

Esto me recuerda un episodio sucedido en la Universidad de La Plata, en una de las épocas funestas que le tocó vivir a nuestro país, cuando —una vez más— el nivel de formación de profesionales dejaba mucho que desear. Reunidos en el patio de la Facultad de Medicina, profesores y estudiantes debatían la situación educativa, los contenidos de los programas de estudio, la calidad de los docentes y las posibles medidas a tomar, cuando un hombre se levantó y dijo: *"Solo me resta hacer una invocación para que las cosas mejoren de alguna forma y el día de mañana la gente no sea atendida por médicos brutos como yo"*.

Ética, acción y ciencia

[PONENCIA][*]

Me parece sumamente importante la realización de este Congreso en estos tiempos de actividad interdisciplinaria. Aunque el tema sea ética, esta reunión es de médicos preocupados por el sentido ético valorativo humanista de su profesión. Yo me dedico a la filosofía de la ciencia, que es una especialidad de orden diferente. Se produce una situación que es interesante por esto; hay un viejo cuento en el ambiente de la filosofía de la ciencia que establece qué diferencia hay entre un especialista y un espistemólogo.

Según esta definición el especialista es un hombre que conoce cada vez más de un sector cada vez más estrecho del espectro científico; a medida que progresa sabe más de una zona más estrecha, termina sabiendo todo de nada. En tanto que el epistemólogo, que tiene que comprender como funciona toda la ciencia y sus intercomunicaciones, forzosamente tiene que ocuparse cada vez más de muchas ciencias y especialidades, lo que provoca cierta superficialidad, de modo que termina sabiendo nada de todo. Para compensar las dos posiciones, encuentros como estos pueden llevar a evitar la nada y el todo y colocarnos en una posición conveniente y finita en cuanto a cómo podemos llegar a conclusiones unánimes. Debo decir con toda sinceridad que no represento para nada una tendencia filosófica que cree que ya hay verdades indiscutibles que se pueden pontificar destruyendo todas las escuelas que no están en la posición que uno sustenta. En parte por mi sentimiento democrático la filosofía es una discusión, un intercambio respetuoso entre muy distintas posiciones, y en cada una de ellas se tiene el deber moral de no tratar a otro como una persona que tiene malas intenciones para destruir la personalidad humana. Todos tenernos nuestro camino y nuestras buenas intenciones; creo que lo que tenemos que hacer es comprendernos y llegar a un común denominador. Acepto sí, que por muchas que sean las distintas filosofías (algunas de las cuales son muy antagónicas) no es lo mismo ser reduccionista y creer que todo es molécula, que pensarlo holísticamente y aceptar la existencia de elementos y sustancias ma-

[*] En la mesa sobre "Fundamentos filosóficos de la ética médica" en el Congreso Nacional de Ética Médica. Editado por el Concejo de Médicos de Córdoba, en agosto de 1993, pp. 89-96.

ravillosas que tienen que ver con nuestra existencia. En un congreso como este lo que interesa es que la gente de distintas posiciones y con distintas razones va a convenir que el individuo humano es algo maravilloso, que merece su respeto ya sea porque es una entidad extraordinaria, ya sea por razones religiosas, místicas o de diversa naturaleza. Yo no voy a dar una lista de las distintas posiciones éticas y sus terribles antagonismos pero pienso que se puede aprovechar la ocasión para recordar a Kant que señala un punto que creo que nos une a todos (se sea partidario de él o no). Hay una observación suya que me he guardado como una maravilla; creo tiene que ser la guía de nuestra conducta y es que cada ser humano por separado es un infinito, es un universo en cuanto a su complejidad y su valor y por consiguiente no hay justificación oportunista o heurística de ningún tipo que pueda justificar que se maten individuos porque eso favorezca a una mayoría.

Según Kant no hay mayoría o minoría, aunque haya una sola persona disidente vale tan infinito como todos los demás infinitos sumados, por el principio matemático de que infinito más infinito es infinito.

Creo que esto es importante en relación con lo que voy a decir puesto que paso a ocuparme de los aspectos valorativos, de carácter ético, ligados a la teoría de la acción, y en particular de la acción tecnológica y clínica.

En la medicina, como en la política y en la sociología el problema del valor del ser humano como infinito es algo muy importante. Los médicos se encuentran con ese problema como uno de los más preocupantes y dolorosos que tienen en su tarea y pienso que ese es un común denominador, aunque haya habido toda clase de aberraciones. Pero he visto que entre los filósofos que estamos dispuestos a sentarnos en una mesa a conversar y discutir pese a nuestras radicales posiciones, para construir democráticamente la conciencia de que se puede trabajar de consuno para resolver cierto tipos de problemas, esto es de alguna manera aceptado.

Pero yo quería referirme a una cuestión metodológica que nos ha preocupado a todos aquellos interesados en el problema de la acción humana. Indudablemente la función del médico tiene que ver con acciones. Hay una acción terapéutica que es la que constituye el sentido de su profesionalidad y de su investigación. Comprender qué es lo que está involucrado en una acción es muy importante porque no se trata de la acción automática provocada por agentes causales, por ejemplo, algo se cae porque se soltó, sino a aquel tipo de acción en el

que hay decisión. Hay varias vías de acción y uno elige la vía de acción correspondiente. Se puede pertenecer a muy distintas posiciones filosóficas y aceptar que en un cierto sentido el acto de elección de una acción está relacionado con el libre albedrío. Lo que pasa es que es un problema muy complicado. Otra vez en busca de comunes denominadores, cuando uno tiene que estudiar el problema del libre albedrío, lo que hay que aceptar —como lo señala Popper, el famoso filósofo austríaco-inglés en su libro *La sociedad abierta y sus enemigos*—, de hecho, sería lo siguiente: puede no aclararse lo que pasa en el individuo cuando toma una decisión pero la libertad y el libre albedrío y el sentido de la responsabilidad consisten en que no hay coacción interna o externa, independiente de la razón y del ser conceptual, pensante y emocional de la persona que le compela a tomar cierto curso de acción y objetivo. Elegirá uno determinado por circunstancias históricas, porque tiene la libertad concedida, en el sentido en que los dualistas muchas veces usan el sentido de la palabra, pero para la ley, para la jurisprudencia, para el sentido de estas discusiones, la elección y el libre albedrío consiste en eso, en que hay varios cursos de acción y lo que hace el individuo no es el resultado de una obligación o coerción impuesta por otros.

Esto tiene ciertos grados. Algunos sociólogos preguntarán hasta qué punto nuestro libre albedrío está muy limitado por el aparato jurídico y la historia de las coacciones de los grupos de poder, de las estructuras político sociales. Todo médico sabe muy bien que él no está compelido a hacer lo que no tiene que hacer. En cierto sentido la elección de su terapia es libre, y por esto es responsable y por esto hay una problema ético en la medicina.

¿Qué cosas están involucradas cuando se tiene que elegir un curso de acción?

Fundamentalmente son seis (hay muchas más); cada una de ellas lleva un tipo de conexión con cierta parte del conocimiento humano o el campo de la filosofía.

Una acción elegida, si no es aislada sino intencional, está dirigida a un propósito, un objetivo. Los objetivos que uno se pueda proponer son infinitos, aunque sean en relación con un problema.

Si la acción es racional hay una primera etapa (primer elemento de los seis) en la que hay que averiguar si el objetivo es posible, se pueden plantear muchos objetivos, por ejemplo si yo quisiera estar aquí por mi amor por la cultura argentina y al mismo tiempo en París para enterarme de otros avances. Ese objetivo sería muy lindo pero irrealizable y lo tendría que descartar. Esa famosa frase de Dostoievski

en *Los hermanos Karamasov* en la que decía: "dos más dos igual 5, es imposible pero qué hermoso"; yo lo diría al revés es hermoso pero imposible. Si hacemos una acción racional no nos fijaríamos como objetivo algo imposible. Sabemos que hay imposibilidad cuando en el sentido del objetivo internamente es inconsistente. Ahí intervienen elementos de carácter formal con respecto a nuestro pensamiento. Aunque suelen ser palabras que provocan cierta aversión por razones vocacionales, debo decir que la parte del conocimiento humano que se ocupa de si un objetivo es consistente, internamente posible, es la lógica, entendiendo no solo la lógica formal antigua, la lógica matemática actual, sino la matemática ella misma que es un capítulo muy refinado del razonamiento lógico y en cierto modo también la estadística que da informaciones un tanto atenuadas de incompatibilidades de distintas hipótesis y creencias. Por consiguiente si la acción es racional y se quiere eliminar en la vida del tomador de decisiones aquellas que son lógicamente imposibles, evidentemente tiene que concurrir cierto tipo de adiestramiento que tiene que ver con haber estudiado temas que atañen a cómo formamos nuestros conceptos, una condición que se impone muy a menudo en nuestras discusiones acerca de lo que es un objetivo, un fin, justo, adecuado, conveniente, todas palabras muy vagas. Aun en ciencias sabemos que palabras como "probabilidad" tienen varios sentidos; probabilidad lógico-matemática, probabilidad empírica (tendencia de los experimentos repetidos), probabilidad subjetiva (tiene que ver con nuestra capacidad de apostar), y meteorológica, que es un invento didáctico americano por el cual las perspectivas del tiempo son siempre 30%, 70% y 90%. La probabilidad puede tener cualquier número, pero estos meteorólogos nunca dicen 83% por ejemplo. Lo que pasa es que se quiere decir lo que se dijo siempre: que hay un poco, bastante o mucho de probabilidad, pero si lo dice así la gente no lo toma en serio, si lo dice en porcentajes entonces es científico, entonces hay que tomarlos en serio y darles estatus científico a los meteorólogos, que lo merecen pero no por eso.

Si pasa esto con la palabra "probabilidad", todo el mundo sabe que con palabras como "justo", "adecuado", "conveniente", "moral", es realmente muy peligroso. Hacer afirmaciones acerca de la moralidad o inmoralidad de cierto tipo de conductas, como uno oye, si no se declara como se constituyó el concepto, se puede tornar rápidamente irracional.

También hay que ver si al describir el objetivo, lo que se hace formulando las características de la estructura de la situación a donde uno quiere llegar, no hay incompatibilidad lógica (cosas que corresponden a relaciones deductivas).

Vendría también además el conocimiento matemático que cada vez va mostrando con mayor claridad cómo se constituyen los objetivos. Creo que es un error pensar que hay una dicotomía entre objetivos éticos y formulaciones matemáticas porque esta tiene la capacidad de hacer nítido lo que es vago, y si un objetivo ético se hace nítido es muchísimo mejor.

Aun después de haber eliminado objetivos contradictorios uno tendría el problema de si los objetivos son naturalmente y físicamente posibles. Se pueden plantear muchos objetivos y descubrir que hay incompatibilidad desde el punto de vista científico (ciertos requerimientos al mismo tiempo no pueden darse).

No puede ocurrir como he visto en un programa de un partido político norteamericano donde se decía que se iba a luchar en contra de los impuestos y a favor del aumento de las obras públicas. Ese era un programa delicioso pero hay leyes económicas que dicen que para financiar las obras públicas se necesita dinero y el dinero, pese a la genética vegetal, no se ha descubierto que crezca en los árboles, parece que proviene de los impuestos, por lo tanto hacer un programa como ese era científicamente contradictorio.

Este es el punto en que la información científica aparece como un componente inescapable de la decisión racional y de la teoría de la acción racional.

Estoy hablando nada menos que de la elección de los objetivos. Pero junto con esto, que muestra que además de la lógica y disciplinas formales se necesita la información y la teoría del campo de las ciencias fácticas y naturales, surge la importancia de la información científica para la ética.

En el caso de la medicina qué sentido tendría plantear problemas de ética médica si no hubieran leyes, teorías y conocimientos sobre los procesos patológicos que el médico forzosamente tiene que manejar. Es un componente que no puede descartarse de modo alguno.

Todavía después de eliminar los objetivos contradictorios y los científicamente imposibles va a quedar una cantidad grande de posibilidades. Lo que resta son cuestiones de preferencia; es donde hay que elegir porque uno valora como más preferible un determinado objetivo sobre otro. Estas preferencias pueden ser de muchas naturalezas. En la teoría general de la acción hay muchos tipos de valores que pueden aparecer aquí, valores estéticos, utilitarios, hasta valores de tipo moral. Esto ocurre también en la medicina ya que se cruzan distintos objetivos desde el punto de vista ético. Si se habla de medicina social, o se habla de psicoanálisis se está en planos bastante dis-

tintos respecto al tipo de valoración o preferencia. Lo que es importante es que entre los valores hay algo que es el valor ético, lo que está ligado a lo bueno y lo malo y también a lo que es obligatorio, que constituye el núcleo central.

Aquí tengo que convenir, si bien la ciencia natural tiene mucho que decir al informar como lo han hecho muchos antropólogos y psicólogos al hacer la historia de cierto tipo de procesos, que la discusión filosófica no tiene como en matemática sistemas deductivos, dogmáticos indiscutidos y eternos (ni en matemática lo hay en el fondo ya que la geometría se ha dividido en varias geometrías posibles, lo que ha planteado el problema a los físicos sobre cuál es la más conveniente para explicar los hechos). De todas maneras en filosofía hay modelos y discusión entre la gente que propone distintos modelos, esto es la dialéctica filosófica que aparece como un complemento de la ciencia y de la lógica para quienes tienen que elegir cursos de acción o fijarse objetivos.

Esto es interesante porque estaría mostrando, desde un punto de vista interdisciplinario, que es poco probable que se pueda constituir una ética médica si no se produce una especie de conjunción en la investigación, sistemática y prudente. Ética médica no puede ser solo una aspiración, tiene que ser una disciplina científica y una discusión filosófica, hecha con fuerte peso, como muchos especialistas lo han encarado. Esto está mostrando que un equipo que plantee problemas de objetivos tiene que ser una conjunción interdisciplinaria, en este caso, de lógicos matemáticos, médicos, científicos interdisciplinarios y filósofos, produciendo la forma típica del siglo XX de pensar los problemas e interconectar las especialidades unidireccionales en un todo que permita poder aclarar los problemas y los objetivos mejor que lo que hemos hecho hasta ahora.

Detallé tres cosas y había prometido seis, pero es que en realidad es una repetición porque ahora en vez de los objetivos se trataría de los medios o cursos de acción, o sea de qué tipo de acción es la que yo utilizo para conseguir el objetivo, qué tipo de encadenamientos de acciones. Son estrategias y tácticas largas y complicadas y exigen su tiempo. Desde el punto de vista lógico tiene muchísimas etapas. Por qué se elige un determinado curso de acción y no otro, ¿qué es lo que hace que la conducta profesional sea de tal tipo o no?

Se me dio, alguna vez que estaba aburrido, por hacer una investigación sociológica entre egresados científicos que consistía en lo siguiente.

¿Usted por qué hace lo que hace en su profesión? ¿Por qué cree lo que cree?

Usted que es psicoanalista, ¿por qué hace terapia psicoanalítica? ¿y por qué cree en el psicoanálisis? Y usted que es ingeniero ¿por qué utiliza el método de Cremona? Si usted es una persona racional no me va a contestar que lo hace porque le da la gana. Las contestaciones fueron muy curiosas.

La primera que yo obtuve por personas tan simples como sinceras era; "mire, nosotros hemos aprendido ciertas teorías y ciertos procedimientos y si no los aprendíamos no aprobábamos la materia y no conseguíamos el título" de modo que la explicación tiene que ver con cómo se realizó nuestra carrera.

No, esa no es una justificación porque le pueden haber enseñado mal y además los programas podrían estar mal hechos. Entonces dijeron "lo que pasa es que todo lo que nosotros hacemos nos lo enseñaron los profesores universitarios, científicos de prestigio". Perdónenme, yo respeto mucho a mis colegas pero ustedes saben, las universidades en latinoamérica sufrieron toda clase de peripecias, hubo profesores que entraron por concurso y tenían mucho mérito, otros entraron por la ventana porque era más deportivo, pero en realidad no hay mucha garantía de solvencia de parte de los profesores, por lo tanto la ofrecida no es una justificación. Nueva perplejidad; entonces se dijo: "No, lo que pasa es que lo que hemos aprendido y hacemos nos ha dado éxito, tiene eficacia, y es por eso que lo hemos adoptado". Bien, le acepto lo que usted dice siempre que me aclare un problema previo, que no es fácil, ¿por qué lo que tiene eficacia es verdadero? En política no siempre es así. Usted tendría que definir qué tipo de eficacia es la que está señalando y tendría que convencernos de cuál es la conexión epistemológica entre lo que usted hace y lo que cree como verdadero. La cosa quedaría ahí. Y esta es una buena pregunta, ¿por qué ciertos cursos de acción y no otros?, ¿cuál es la justificación epistemológica? Aquí surgen otra vez los tres problemas que decíamos y algunos más.

Primero hay cursos de acción que son totalmente contradictorios, están mal armados lógicamente. También aquí la lógica interviene en el sentido que hay cursos de acción de los cuales no se deduce o sí se deduce que va a ocurrir el objetivo; si hay deducción, el proceso tiene lógica.

Lo segundo es que los cursos de acción para que sean eficaces deben implicar causalidad, la causalidad tiene que ver con leyes naturales e interviene la ciencia con todos sus artificios. Quien no conoce suficientemente las leyes científicas y el estado de las disciplinas no puede justificar la elección de su curso de acción.

Tercero, hay muchos cursos de acción posibles que pueden llegar

al objetivo pero a lo mejor desde el punto de vista valorativo no son deseables, y aquí viene el famoso problema de fines y medios y de la compatibilidad ética y moral de los cursos de acción con el objetivo al cual se quiere llegar y aquí uno ¿cómo hace?, además de pedir auxilio y trabajar interdisciplinariamente con filósofos.

Problema difícil, como notó Jeremías Bentham, famoso filósofo economista utilitarista entre los ingleses, quien quiso hacer un álgebra de los valores y de las estimaciones, cosa que en este momento se está intentando hacer otra vez. Pero son tantos los factores, cursos de acción, que un álgebra como esa es difícil y hay que trabajar más con un pálpito, inspiración artística, más que por cánones científicos. En una palabra, la acción terapéutica es analizada desde el punto de vista de la filosofía de las ciencias como una conjunción bastante complicada de elementos lógicos, científicos y éticos-filosóficos. Esto es lo que está mostrando, y justifica también, que cada vez haya más inclinación a eventos como estos en que médicos, especialistas, profesionales, científicos, son cada vez más concientes que la racionalidad de su acción unilateral, como profesionales de una disciplina no puede ser en el fondo unilateral e implica un concierto muy amplio de conocimientos. Esto es un punto que en la organización pedagógica de la *currícula* en las universidades, en el reciclaje de los graduados, o en los congresos y formación de equipos científicos hay que tener en cuenta y muy claramente.

Hay una cuestión ética ligada al aspecto científico que tiene que ver con la labor médica. Si uno adhiere a una teoría científica o a una creencia sin que haya el debido sustento en cuanto a comprobación de lo que se hace, se pueden producir hasta homicidios culposos. En el libro del sociólogo Alan Mazur, *La dinámica de las controversias tecnológicas*, se cuenta un caso de la historia de la medicina, realmente extraordinario.

Fue una creencia que venía de principios del siglo XVII según la cual cuando el timo se agranda, hay peligro de muerte en los niños que lo tienen grande, porque comprime a la laringe y bronquios y puede provocar disfunciones respiratorias que pueden llevar a la muerte. Hoy día se sabe que no —se empezó a ver claro en los años '20 y '30 de nuestro siglo— de que el timo, por más que sea grande, es esponjoso y por lo tanto no puede hacer fuerza mecánica para producir esas disfunciones. Hay un trabajo estadístico determinante de 1930 mostrando que esto no podía ser. Todavía en 1900 la creencia era muy fuerte. Se inventan los rayos X y a un señor Friedlander, en 1905, se le ocurre aplicar los recién inventados rayos X para irradiar el timo y

achicarlo. Esto dio lugar a una moda que se extendió hasta el punto que se la empezó a aplicar preventivamente aunque no hubiera timo grande, y después se la empezó a aplicar a la amigdalitis y adenoides. Por otra parte se declaró que la irradiación a los bebés y niños era inocua. La cosa siguió unos cuarenta años hasta que las estadísticas de lo que había ocurrido después de muchas generaciones mostró que esa concepción había circulado mucho más de lo que uno podía pensar.

En los Estados Unidos se había irradiado a bebés y niños de a centenares, de a miles, a un millón de personas, sin tomar precauciones. El resultado fue como lo dice el autor (que fue una de las víctimas) que hubo una notable incidencia del 45 al 60% de cáncer tiroideo fundamentalmente. Ahí no hubo ninguna falta ética porque en realidad eso implicó el perjuicio de un error científico.

Lo que yo quería señalar como moraleja es que esos muertos y esos afectados de cáncer fueron víctimas de una desaprensión científica. La falta de información, la moda, la creencia graciosa en que eso era inocuo, provocó este tipo de resultados. La moraleja es que todo científico, y el médico no escapa a esta regla, puede ser un homicida culposo si no estudia y discute profundamente todos los aspectos de las decisiones científicas que va a tomar en cuenta en sus acciones terapéuticas. Por consiguiente la información, la discusión epistemológica, la controversia teórica y la valoración científica de los elementos informativos que uno utiliza son realmente una clave de carácter ético respecto a lo que está haciendo. Quien es médico y no tiene la debida información científica, o es parcial o es sujeto de modas y de mitos, es un potencial homicida culposo o por lo menos algo semejante.

Hay que recordar que el método científico implica dos cosas, aparentemente contradictorias, pero que no lo son. Hay que poner en conjunción y combinación, excelente información de todo lo que aparece, de las controversias, y de los elementos de prueba o disprueba que pudiera haber sobre lo que aparece, en conjunto con las discusiones éticas y prudentes acerca de lo que va pasando. Como dice Karl Popper la esencia del método científico consiste en poner en duda inmediatamente todo lo que se plantea como hipótesis e información. ¿Por qué esa posición tan contraria? Porque el ponerse en contra tiene esta ventaja, si la cosa está equivocada se va a descubrir y si no, al ponerse en contra advertirá que la cosa es fuerte y resiste.

Es el momento en el que podría haber una justificación para usar el conocimiento dado. Si no tenemos la prudencia de ser discutidores, democráticos, dialécticos continuos, de todas las teorías y modas que aparecen, no procedemos de acuerdo con el método científico. Si ade-

más no complementamos esto con la debida información y banco de datos que todo científico debe manejar en la actualidad, también podemos llegar a la posición equivocada.

Esta es una indicación acerca de lo que podríamos llamar por un lado la ética del método científico como dice Popper, pero por el otro los aspectos éticos de la labor científica cuando hay que aplicarla a las decisiones. Creo que da una idea clave de por dónde anda este tipo de preocupación y por qué el carácter de urgente y de autoconciencia que tiene este tipo de encuentros.

Psicoanálisis y ética: el origen de los conceptos éticos en Freud, su relación con el cambio psíquico y la cura analítica

[ARTÍCULO]*

> "Al mismo tiempo, respetamos la libertad personal del paciente en cuanto sea compatible con estas precauciones; no le impedimos la ejecución de propósitos poco trascendentales, aunque se trate de evidentes simplezas, y no olvidamos que solo la propia y personal experiencia hace al hombre sabio".
>
> S. FREUD, *Recuerdo, repetición y elaboración.*

Introducción

Se podría decir con toda razón que, desde sus comienzos, el psicoanálisis, siendo, o queriendo ser, una ciencia del funcionamiento mental humano, abordó el estudio de una amplia gama de comportamientos personales y modalidades interaccionales que incluían diversas cuestiones pasibles de ser consideradas desde distintas posturas filosóficas, y en especial desde el campo de la ética. De hecho, y desde la más remota antigüedad, el género humano viene planteándose, y proponiendo diferentes respuestas al problema del bien y del mal, cuáles son los significados de estos términos, y si de su conocimiento pueden desprenderse normas de conducta que aseguren el logro del bien personal y colectivo, y que nos eximan de los padecimientos que nos causamos y causamos a los demás por ignorarlas.

Dedicado entonces el psicoanálisis a investigar las consecuencias normales y patológicas que sobre el desarrollo de la mente tienen dichas interacciones, y enriquecida su técnica por la importancia cada vez mayor asignada al fenómeno transferencial, se abrió una doble vía de contacto con la ética y con sus especiales modos de considerar estos mismos problemas.

Por un lado, al irse organizando el psicoanálisis como un *corpus* teórico científico, desde los primeros escritos de Freud pudo ir proponiendo hipótesis que dieran cuenta, desde un punto de vista genético,

* En coautoría con Susana Dupetit y Samuel Zysman. En *Psicoanálisis,* Apdeba, Vol. XIV n°1, Buenos Aires, 1992.

de los términos y problemas arriba mencionados. El origen del sentimiento de culpa, para citar un ejemplo, que durante siglos interesó a teólogos y filósofos por igual, pudo empezar a explicarse desde una perspectiva que si bien cuestionable o refutable, señaló una importante ampliación de lo que hasta ese momento podía decirse sobre el tema, desde cualesquiera de los campos por el que fuera abordado. Por supuesto que las hipótesis psicoanalíticas no son cualquier hipótesis, y el solo hecho de formularlas coloca a quien lo hace en una determinada posición en el campo de la ética. Pero sobre esto volveremos más adelante.

Por otro lado, el creciente refinamiento de la técnica del psicoanálisis y el conocimiento más preciso de las vicisitudes que imprimen al proceso de la cura con su participación tanto el médico como el paciente, produjeron otro cúmulo de situaciones que interesan simultáneamente al campo de la ética. También aquí, y como ejemplo, podemos decir que el establecimiento cada vez más riguroso del *setting* analítico, incluyendo la regla de abstinencia en su concepción más amplia, obligó a plantear una normativa, una serie de reglas y prescripciones que aunque sea a título de asegurar la cura, empezaron a señalar lo que está bien y lo que está mal en un tratamiento. De este modo, llega a decir Etchegoyen recientemente *(Los fundamentos de la técnica psicoanalítica,* p. 27): "Así como hay una correlación estricta de la teoría psicoanalítica con la técnica y con la investigación, también se da en el psicoanálisis, en forma singular, la relación entre la técnica y la ética. Hasta puede decirse que la ética es una parte de la técnica o, de otra forma, que lo que da coherencia y sentido a las normas técnicas del psicoanálisis es su raíz ética. *La ética se integra en la teoría científica del psicoanálisis no como una simple abstracción moral sino como una necesidad de su praxis"*. [Itálicas nuestras].

El mismo concepto de "cura" y los motivos que guían a los psicoanalistas a su consecución podrían plantearse también desde esta perspectiva de lo que se "debe" o no hacer; como así también las relaciones entre analistas, que no por serlo dejan de estar expuestas a las dificultades y obstáculos de toda relación humana.

Vemos entonces que los contactos entre psicoanálisis y ética son múltiples, variados, y estuvieron presentes, reconocidos o no, desde los principios de nuestra ciencia. Existe un creciente interés en explorarlos, aunque en honor a la verdad debemos admitir que esta tarea ya ha comenzado, y baste citar para justificar esta afirmación los trabajos de Money-Kyrle y de Lacan, entre otros. El interés que nos anima es el de sumarnos a ella siguiendo de cerca los aportes hechos hasta la actualidad. Por eso nuestra primera comunicación parte de las ideas del fundador.

Aunque la obra de Freud abrió incalculables horizontes a la psicología y a la semiótica, sus creencias filosóficas eran, sin duda, reduccionistas, materialistas y su concepción ontológica estaba cercana a la visión fisicoquímica del mundo imperante en la ciencia de la época. Cierto es que sus formulaciones teóricas del psicoanálisis se hicieron cada vez más independientes de esta actitud, especialmente en los últimos años; un mérito metodológico de Freud es que no es necesario aceptar o rechazar el monismo o el dualismo para compartir sus teorías. Lo que importa es que las consecuencias de sus hipótesis permiten corroborar estas últimas. No obstante, Freud nunca abjuró de la tradición científica en la que se formó, la de Du Bois-Reymond, Haeckel, Helmholtz, Mach y otros. Para ellos, como para él, "ciencia" era "ciencia natural". En varias ocasiones declaró que al descubrir el psicoanálisis había en realidad hallado una nueva ciencia natural. Ese temperamento reduccionista no solo se centra en sus modelos y pensamientos acerca de la psiquis. La religión y la ética no escapan a sus penetrantes análisis. En el último caso, como la ética posee un papel central en cuestiones jurídicas, morales, políticas y humanísticas, la posición reduccionista plantea objeciones y rechazos análogos a los que en otros campos provocaron Galileo, Darwin y Marx.

La discusión es importante. Pero la vaguedad de ciertos términos hace muchas veces confuso el intercambio de argumentos, de modo que no siempre se sabe con claridad qué se está atacando y qué se está defendiendo. Por empezar, ¿qué se está afirmando cuando se dice que Freud es reduccionista en ética? El cometido de este trabajo es contribuir a contestar con alguna precisión esta pregunta y evaluar sus aportes, señalando a qué corriente de la ciencia ética pertenecerían de acuerdo a su naturaleza conceptual. En principio, para dar claridad al contenido y discusión del tema señalaremos algunos puntos previos.

La ética y sus problemáticas

Recordemos que la disciplina ética suele dividirse en diversas partes, de las cuales conviene distinguir tres. En primer lugar está la *metaética o ética-crítica,* cuyo cometido es: a) fundamentar los enunciados éticos (especialmente aquellos considerados como "principios éticos" o "principios morales"); b) aclarar el significado de los términos éticos —haciendo nítido el sentido de vocablos como "bueno", "malo",

"justo" o "injusto", "moral" o "inmoral", "permitido", "obligatorio" o "prohibido", etcétera. Sin duda, iluminar el contenido de las palabras parece el primer paso para comprender qué es lo que se afirma cuando se enuncia una proposición ética. De modo que la parte a) presupone la parte b).

Otra división de la disciplina que estamos discutiendo es la *ética normativa*. En ella se trata de encontrar las proposiciones generales a partir de las cuales sea posible deducir normas éticas particulares y, aún más, procedimientos de conducta y decisión para los casos singulares. Este es el cuerpo central de la ética. Se ha hecho notar con frecuencia que la ética científica es análoga a una disciplina científica natural ("principios", "consecuencias", "aplicaciones"), en tanto la metaética correspondería a la "metaciencia" o "epistemología", que examina la validez de los axiomas científicos y aclara el uso de los términos teóricos. Esta semejanza sugiere otro parecido. Así como en ciencia no hay una sola teoría posible para cada tema, no tiene por qué haber un único sistema de ética normativa. De hecho, es lo que pasa. La diferencia es que en el campo científico existen criterios (el llamado "método científico") para preferir una teoría a otra, en los que la experiencia parece desempeñar un papel nodal. Pero no está claro cuál es el método para decidir entre teorías éticas. La experiencia, sea dicho de paso, parece aquí más cuestionable; por ejemplo, la conducta general de la gente puede ser de cierto tipo, y sin embargo puede verse que esa conducta está equivocada. En un momento dado, la mayoría de la población alemana parece aprobar a Hitler, pero no parece ser una prueba de que Hitler tuviese razón. Sin embargo, las actuales escuelas progresistas en jurisprudencia aceptan que son los fallos de los jueces los que sustentan los principios del derecho, y no al revés, ya que de otro modo habría el peligro de que el dogma o el prejuicio sustentasen el orden jurídico.

La tercera parte de la ética que queremos recordar es la *ética aplicada*. Como esta denominación lo indica, se trata de la discusión (aprovechando la ética normativa) de problemas especiales como el aborto, por ejemplo, o la distribución desigual de la riqueza. Aunque parecería que estamos aquí lejos de los intereses del psicoanálisis, fácil es ver que tal cosa no es cierta. Pues la profesión psicoanalítica y, en particular, el respeto a condiciones de *setting* plantea problemas de ética aplicada. Todos tenemos presentes los intrincados problemas ligados a los criterios de analizabilidad, indicaciones y contraindicaciones, aspectos del llamado "contrato" analítico, como manejo de información, tiempo y dinero, etcétera. Y, lo más curioso, que reservamos para la parte final de este trabajo, es que parece haber conflicto

entre las actitudes y normas de Freud en este punto frente a sus teorías generales acerca de la naturaleza de la ética.

Reduccionismo y naturalismo

¿Pero, qué es lo que hace nuestro pensador vienés en materia de ética? ¿Por qué dijimos que también en este campo es reduccionista?

Una importante escuela, la *naturalista* (de la que existen una enorme cantidad de variantes), sostiene que los términos éticos son eliminables, en el sentido de que todo lo que puede afirmarse con ellos puede decirse de manera equivalente sin emplearlos, utilizando solamente el vocabulario usual de las ciencias naturales. Así, si "bueno" se entiende como "experimentar placer" y "malo" como "sentir displacer", obtendríamos la versión del naturalismo ético conocida como "hedonismo", en tanto que si definimos "bueno" como "máximo beneficio para la sociedad" y "malo" como "mínimo beneficio para la sociedad", obtendríamos la versión llamada "utilitarista". Los argumentos de Freud apuntan a una versión naturalista de tipo hedonístico, pero con cierto deslizamiento utilitarista. Por qué los conceptos éticos se forjaron así en las primeras etapas de la sociedad humana, no es asunto arbitrario ni simple. Se trata de un proceso complejo, que no estaría a nuestro alcance comprender si no dispusiéramos de algunos elementos que la teoría psicoanalítica proporciona.

Comencemos por decir que Freud discute, principalmente en obras como *Totem y tabú*, *Moisés y el monoteísmo*, *El malestar en la cultura*, o en la correspondencia con Einstein, temas que corresponden a metaética. Es verdad que adopta un método genético, pero su cometido es explicar cómo se originaron en la sociedad primitiva las actitudes éticas y los conceptos morales. No es que el ser humano posea una ética intuitiva y ya programada que le permita entender qué es lo bueno y lo malo y que luego, las vicisitudes de la historia, lo hubieran llevado a creer que lo bueno son tales cosas y lo malo tales otras. En *El malestar en la cultura (S.E.,* XXI, p. 124) dice textualmente: "Podemos rechazar que exista una capacidad original, o natural, por así decir, de distinguir lo bueno de lo malo". [Traducción de los autores]. Lo que realmente parece sostener es que no hay intrínsecamente en la naturaleza humana nada ético, y que la ética, lo mismo que la religión, es un epifenómeno surgido de una maraña de actitudes conflictivas, en las que lo básico corresponde al instinto, al displacer, a los impulsos agresivos, al deseo de existir, y otros factores análogos.

Insistimos: Freud nos muestra cómo surgió la idea de lo permitido y de lo prohibido, y también de la culpa y el castigo. Primitivamente solo había conducta efectiva para conseguir alimento y territorio. Pero la constitución de las primitivas sociedades implicó cuestiones de poder y de rivalidad. En efecto, estas cuestiones lo llevan a la teoría del parricidio primitivo y la culpa como génesis de la conducta ética, en la cual incluye el nacimiento de la cultura que reprime las pulsiones instintivas sexuales. Esta represión, que tiene en su base las amenazas de castración y expulsión (muerte por aislamiento) es con variantes no significativas, el fundamento de la organización cultural y de la constitución primaria de la ética normativa. El individuo humano reprimiría sus energías sexuales por temor (a la castración, a la muerte y a la pérdida del amor parental) y por amor, constituyéndose moral a partir de la identificación con el padre (superyó). Cómo desde aquí se desarrollaron las nociones éticas y se constituyó una primera ética normativa, este es el aporte de la teoría psicoanalítica, tal como lo vé Freud.

El naturalismo de Freud

El título de este trabajo: "El origen de los conceptos éticos en Freud", puede entenderse de dos maneras. Una de ellas se refiere a las hipótesis que Freud fue formulando para explicar genéticamente la aparición de los términos y las proposiciones éticas, en el ser humano y en la sociedad. La otra se refiere a cómo se fue gestando y desarrollando la propia ética de Freud, tal como aparece en sus trabajos y se explaya muchas veces en afirmaciones contradictorias con su reconocido celo profesional e interés humanitario. A lo largo de su obra se pueden reconocer diferentes maneras de acercarse a este terreno, según el énfasis mayor estuviese puesto en la psique individual o en los destinos colectivos de la humanidad.

El modelo mental descripto en el "Proyecto...", y reformulado en el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, al que Freud adhirió hasta introducir la teoría estructural y la segunda teoría instintiva, nos muestra una serie de dispositivos encaminados a obtener placer y evitar el displacer. Desde este punto de vista es "bueno" lo que asegura el placer (por medio de la descarga de los estímulos acumulados), y es "malo" todo aquello que lo impide o dificulta. Podemos decir que Freud es aquí un naturalista ético, en especial, desde el punto de vista metaético.

La distinción entre diversas clases de "bienes" (cosas que consideramos deseables, buenas o valiosas), típica cuestión que se plantean los éticos, nos lleva a formular una primera división: aquellos "bienes" que mencionamos como respuesta a la pregunta: "¿qué consideramos bueno en sí mismo?", son el llamado "bien intrínseco". Hay otras cosas que son "bienes" porque su utilidad consiste en que permiten alcanzar a los primeros, son los "bienes instrumentales". Múltiples combinaciones y entrecruzamientos de ambos tipos de "bienes" plantean otros tantos problemas éticos: los bienes intrínsecos a veces pueden ser instrumentalmente malos, y viceversa.

Para Freud la obtención de placer es el "bien intrínseco" y las estrategias para su logro son "bienes instrumentales". Cabe aclarar que placer y displacer no necesariamente son uno el negativo del otro; ambos dependen de una fuente que les da origen e incluso podrían ser simultáneos. También podemos añadir que al introducir Freud la contraposición entre principio de placer y principio de realidad, no solo da un paso en dirección a estudiar el funcionamiento del ser humano en relación con sus semejantes, sino que plantea otro dilema ético, que es el del placer inmediato versus el placer mediato. De este modo también se redefine lo que es "bueno" y "malo" y lo que es instrumental para alcanzar lo "bueno". A veces, cadenas de hechos imprevisibles pueden llevar del placer inmediato al displacer, o sea a lo "malo". El funcionamiento del aparato psíquico así concebido incluye los aspectos cognoscitivos, sin los cuales no habría desarrollo de estrategias encaminadas al bien intrínseco.

Hasta aquí tenemos entonces a un Freud naturalista en cuanto a la ética y hedonista en la definición del "bien intrínseco". La reducción de las tensiones en el aparato psíquico por medio de una descarga adecuada sería el camino a la "felicidad" que resultaría de un monto global de "placer" obtenido por diversas transacciones entre lo mediato y lo inmediato.

Sin embargo, y a la par de estos desarrollos, otra línea de pensamiento viene abriéndose camino en la obra del maestro. Podemos rastrearla desde 1915, en "Pensamientos para tiempos de guerra y muerte", hasta 1938, con *Moisés y la religión monoteísta*, quizás su última obra magna.

Por este camino, Freud se plantea múltiples interrogantes, pero, en especial, el origen y el papel de la agresión en el ser humano, el origen y el significado de las reglas y normas, convivencia, la adquisición de la cultura y, en fin, su visión global de la naturaleza humana y de lo que cabe esperar de su desarrollo. De vuelta tenemos a un

Freud naturalista, pero ahora lo "bueno" y lo "malo", y las normas y reglas de convivencia que son inherentes derivan, en última instancia, de un sistema de castigos y prohibiciones. En la historia ancestral, impuesto por el jefe de la horda primitiva; en la historia individual, por el padre con la elaboración del complejo de Edipo y la formación del superyó. Este no consiste en otra cosa que en la internalización de ese sistema de premios y castigos, con que se marca la inserción del individuo en la sociedad (o el sujeto en la cultura, según se quiera decir). El sentimiento de culpa nace de la tensión entre este superyó y el yo. Freud rechaza la hipótesis del conocimiento intuitivo de lo que es bueno y malo; estos conceptos se adquieren por la sujeción a estas normas internalizadas, y comprobamos muchas veces que lo que es "malo" desde esta perspectiva, puede no serlo desde lo que son los intereses del yo. Freud refuta a Jung —"Historia del movimiento psicoanalítico"— en cuanto se refiere a los orígenes del complejo de Edipo y opone el impulso sexual a lo místico. Estos puntos de vista llevan a sistemas éticos diferentes, con dos distintas concepciones psicoanalíticas, una de las cuales debe quedar refutada.

En *El malestar en la cultura*, que junto con *El porvenir una ilusión* es la obra en que Freud especialmente se detiene en estas cuestiones, estudia el origen de la experiencia mística y rastrea su origen hasta el "sentimiento oceánico" que vincula con la primera relación con la madre.

Otras interesantes aportaciones pueden encontrarse en el *Moisés...*, pero es en la correspondencia con Einstein, en "El porqué de la guerra" donde hallamos una síntesis global de sus puntos de vista sobre la agresión intrínseca al ser humano, su inevitabilidad, y los grandes costos, en términos de renuncia instintiva, que significa el desarrollo sostenido de la civilización.

No solo el naturalismo de Freud se hace palpable en estas opiniones de una época en que él mismo se hallaba cercano a la muerte, sino una cierta visión trágica y pesimista del destino humano y las dificultades de su desarrollo. Impresiona releer el intercambio epistolar entre dos grandes de todos los tiempos, de los que uno seguía creyendo en la posibilidad de apelar a los más nobles sentimientos humanos para disipar las nubes que se cernían sobre el mundo, mientras el otro sintetizaba sus hallazgos teóricos de más de cincuenta años para explicarle la poca confianza que tenía en tales esfuerzos. Para Freud, no solo los logros culturales del hombre padecen de una gran fragilidad, sino que no habría nada que obligue o justifique el defenderlos especialmente, ya que asientan de todos modos sobre un fondo de lucha y hostilidad que emerge de continuo, a pesar de cuantos esfuerzos los humanos realizan para su represión.

Es interesante señalar en este punto una llamativa dualidad entre el Freud que teoriza sobre el instinto de muerte, la agresión, y la dificultad con que los seres humanos enfrentan la instauración de normas éticas en su vida cotidiana, y el Freud que se muestra permanentemente interesado en aliviar el sufrimiento de sus semejantes, en transformar como él decía "la miseria neurótica" en sufrimiento humano común, imbuido de un alto sentido de responsabilidad profesional y entrega personal a esta causa. Y no solo eso, sino que esta misma tarea lo encontró siempre listo a realizarla conforme a muy claras reglas de conducta que conforman en la práctica una verdadera normativa de la actividad psicoanalítica propiamente dicha.

Nos podríamos preguntar si no constituye esto una evidente contradicción que Freud sostuvo a lo largo de su vida. En efecto, ¿qué podía llevarlo, a pesar de sus opiniones, a desarrollar y aplicar un método que, se admita o no, sirva para ayudar a los humanos? Podría parecer que fue víctima de una contradicción que acecha a los éticos normativos, en cuanto pueden aparecer como incompatibles los enfoques axiológicos y teleológicos de las normas. En cualquier otra área de actividad puede darse el caso de normativas que atiendan más a "valores" que se quiere preservar, que a las consecuencias últimas de su aplicación. O, al revés, que por concentrarse preferentemente en lo que se quiere lograr, descuiden en forma abierta o encubierta los valores que están en juego. Pero ocurre que en psicoanálisis esta contradicción es solo aparente, puesto que los valores que sostiene, las nociones de lo que es "bueno" o "malo", lo que se "debe" o no se "debe" hacer, son inseparables de lo que se quiere obtener con la cura, o sea con lo teleológico.

Pensamos entonces que la contradicción es solo aparente, o, en todo caso, parcial. Sabemos que Freud fue, además de otras cosas, un gran clínico. No era posible que desarrollara y aplicara su método eficazmente sin ser coherente con su propia estructura. A la hora de teorizar, podía perfectamente exponer su especiales puntos de vista sobre el origen, significado y legitimidad de los principios éticos generales y sobre las normas que reglan la actividad humana. A la hora de atender a sus pacientes y aun a la de presentarnos sus casos, no podía menos que actuar como una persona de firmes y elevados principios morales, que coinciden absolutamente con los que emanan del método aplicado.

Ética y técnica psicoanalítica en la obra de Freud

Llegados a este punto nos parece que debemos explicar a nuestros lectores cómo se originó esta investigación, que puede quizá parecer alejada de las preocupaciones que surgen a diario en el ejercicio de la clínica psicoanalítica.

Por un lado, nos encontramos con el importante capítulo de la patología mental en que predominan las transgresiones éticas que como todos sabemos crece día a día en su incidencia como motivo de consulta. Las adicciones y las perversiones pueden en este sentido considerarse destacados exponentes del mismo.

Por otro lado, se nos fue haciendo evidente con el correr del tiempo que existe una entrañable vinculación, un lazo indisoluble de continuidad entre técnica y ética en el ejercicio del psicoanálisis.

Lo que queremos dejar afirmado aquí es que se trata de un efecto de la coherencia lógica interna del método el que así ocurra, y que es por eso que se vuelve imposible vulnerar uno de sus principios sin hacerlo con el todo, y que por lo tanto la ética intrínseca del psicoanálisis se deteriora en la misma medida en que se producen las fallas del procedimiento. Existen situaciones muy conocidas en la clínica en las que se vuelve evidente todo este cruzamiento: son aquellas patologías que se oponen al proceso psicoanalítico, con ideologizaciones que tienden a apartar al psicoanalista de su tarea, convirtiéndolo en cómplice —conciente o no— de una labor que destruye su objetivo esencial de búsqueda de la verdad y el conocimiento. Sólo a través de la libre asociación y de su correlato de atención flotante es posible alcanzarlo, y en esto encontramos un cambio metodológico a la vez que una norma ética: debemos dar paso a la verdad del paciente. Es este sin duda el gran mérito de Freud, quien dejó así fundada la diferencia entre el psicoanálisis y las otras psicoterapias. El analista tratará de no influir con sus conflictos e ideales el desarrollo personal del paciente.

Esta manera particular de amalgamarse la técnica y la ética se despliega simultáneamente en varios sentidos:

a. La condición de que el analista haya experimentado y practique en sí mismo aquello que propone;

b. El analista se compromete así a favorecer de manera constante la libertad asociativa del paciente, con lo cual las resistencias, actos fallidos, lagunas mnémicas, sueños, etcétera, van ocupando su lugar y plasmando la neurosis transferencial.

La interpretación de todas estas manifestaciones lleva a la cura entendida como cambio psíquico estructural.

De esta manera, asimismo, queda definido el psicoanálisis, por excelencia, como psicoterapia *per via di levare*. Esto es, lo repetimos una vez más, la estricta coincidencia de una regla metodológica con una norma ética, que habrá de facilitar el acceso a la verdad individual de quien nos confió su tratamiento.

Permítannos ahora invitarlos a un breve recorrido por algunos de los escritos técnicos de Freud, donde creemos que encontrarán igual que nosotros una toma de posición ética esperanzada y combativa, en suma, una actitud ante la vida.

"Si al realizar tal selección nos dejamos guiar por nuestras esperanzas, corremos el peligro de no descubrir jamás sino lo que ya sabemos, y si nos guiamos por nuestras tendencias, falsearemos seguramente la posible percepción".

Y más adelante,

"Como puede verse, el principio de acogerlo todo con igual atención equilibrada es la contrapartida necesaria de la regla que imponemos al analizado, exigiéndole que nos comunique, sin crítica ni selección algunas, todo lo que se le vaya ocurriendo. Si el médico se conduce diferentemente, anulará casi por completo los resultados positivos obtenidos con la observación de la 'regla fundamental psicoanalítica' por parte del paciente". ("Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico", 1912. Versión en español de López Ballesteros, BN, tomo II, pp. 418-28, Madrid).

"Mientras no comprendamos nada, nada podremos conseguir y cuanto más vayamos aprendiendo a comprender, mayor será nuestro rendimiento terapéutico" [...] "Pero no debemos olvidar que tampoco es posible situarnos ante la vida como fanáticos higienistas o terapeutas" [...] "Las neurosis poseen su función biológica, como dispositivos protectores y su justificación social, su ventaja, no es siempre puramente subjetiva [...]".

Y agrega en el párrafo final del artículo:

"Para terminar, quiero daros la seguridad de que cumplís vuestro deber en más de un sentido tratando psicoanalíticamente a vuestros enfermos. Además de laborar al servicio de la ciencia, aprovechando la única ocasión de penetrar en los enigmas de la neurosis, y además de ofrecer a vuestros enfermos el tratamiento más eficaz que hoy por hoy poseemos contra sus dolencias, cooperáis a aquella ilustración de las masas de la cual esperamos la profilaxis más fundamental de las enfermedades neuróticas, por el camino de la autoridad social". ("El porvenir de la terapia psicoanalítica", 1910. Versión en español de López Ballesteros, BN, tomo II, pp. 402-07, Madrid 1968).

Esta noción de autoridad social de Sigmund Freud, es la de una autoridad basada en el conocimiento de las pasiones y conflictos a través de una relación diádica en la cual, uno de los miembros, por conocer la experiencia, está en condiciones de explicar los sucesos que van acaeciendo. Dicha explicación implica una ética relacional y experiencial desde la cual, el ejercicio de la autoridad, de la alteridad y de la verdad, a través de la función referencial del analista, llega a su máximo exponente.

Bibliografía

Brundt, R., (1959) *Ethical Theory.* Englowood Cliffs, N. J., Prentice Hall, cap. 14. *Teoría ética.* Trad. Esperanza Grizán, Alianza, 1982.

—— (1974) *Encyclopædia Britannica.* "Ethics", Ed. T. Vl, p. 976.

Etchegoyen. R. H., (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica.* Amorrortu Ed., Buenos Aires.

Freud S., (1973) *The Standard Edition of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud.* The Hogarth Press, London.

—— (1900). *The interpretation of dreams*, 4-70b.

—— (1910). The future prospects of psycho-analytic therapy, 11-141, 145, 146.

—— (1912). Recommendations to physicians practising psycho-analysis, 14-112, 115, 117.

—— (1914). On the history of the psychoanalytic movement, 14-61 c/62b, 14-62a. (1914). Remembering, repeating and working-through, 14-153. (1918). Thoughts of the times on war and death, 14-298d.

—— (1915). Observations on transference love, 14-1 69d.

—— (1923). A short account of psychoanalysis,19-208d.

—— (1926). The question of lay analysis, 20-206b.

—— (1929). Doctor Reich and the problem of Quakery: A letter to the Nene freie Presse, 21-196b, 21-196c.

—— (1929). *Civilization and its discontents*, 21 -142, 21 -111 b, 21 -143d, 21 -126b, 21 -142c.

—— (1933). *New introductory lectures on psycho-analysis*, 22-166ª.

—— (1938). *Moses and monoteism: Three essays*, 23-118d, 23-119b.

Hospers, H., (1964) *La conducta humana.* Tecnos, Madrid.

Mac Intyre, (1982) *Historia de la ética.* Paidós Studio, Buenos Aires.

Zysman, S., (1990). *Ética y postulados metodológicos: apuntes sobre una posible interrelación.*

Conductas éticas y no-éticas en psicoanálisis. Correlaciones entre lógica, ética y ciencia

[PONENCIA]*

Introducción

Este trabajo es uno de los resultados de seis años de investigación interdisciplinaria sobre psicoanálisis y ética realizado por un lógico y epistemólogo, y dos psicoanalistas en ejercicio de la profesión. En un trabajo anterior (G. Klimovsky; S. Dupetit; S. Zysman, 1992) hicimos un seguimiento de la obra de Freud, destinado a rastrear allí sus aportes al conocimiento de los orígenes de la ética. Otros autores habrían de ser consultados luego, para ampliar estos hallazgos. Dijimos también que, pese a sus manifestaciones de escepticismo sobre la naturaleza humana, su propia conducta, y en especial las manifestaciones de ella que a título de actitudes técnicas se desprenden de los historiales clínicos, contienen muestras permanentes de su preocupación ética. Pensamos que los lineamientos perdurables de su método incluyen proposiciones metaéticas y demandan al practicante gran coherencia entre los fines propuestos y los medios sugeridos para alcanzarlos. Esto nos ha llevado al estudio de las relaciones entre lógica, ética y ciencia para la comprensión más profunda y desapasionada del tema.

Esta nueva orientación de nuestra investigación se vio favorecida por la observación de fenómenos recurrentes, tanto a nivel de la práctica cotidiana, como en la enseñanza y en las relaciones entre analistas. Nos estamos refiriendo al hecho de que manifestaciones tan comunmente aceptadas, tales como "es mejor que el analista sea una buena persona", en ningún lugar que sepamos encuentran una fundamentación lógica, que supere las meras expresiones "inspiracionales", de buena voluntad, o "sentido común". No sabemos qué responder a nuestros alumnos respecto a qué es una buena persona, ni por qué esto es un requisito para que alguien sea un analista. A la

* Presentada en el 38° Congreso Psicoanalítico Internacional, Amsterdan, julio de 1993. Realizado junto con Susana Dupetit y Samuel Zysman. Publicado en el *Libro Anual de Psicoanálisis*, del IJPA, São Paulo, Brasil, 1995.

inversa, tampoco tenemos respuestas suficientes cuando se trata de la analizabilidad de "malas personas", categoría imprecisa que sin embargo las actuales condiciones de vida, las drogas y los regímenes totalitarios nutren sin cesar. No podemos sostener lógicamente por qué "las fallas de ética del psicoanalista devienen ineludiblemente en falencias técnicas" (R. H. Etchegoyen, 1986, p. 27), ni nos atrevemos a sostener la simetría opuesta, a saber, que una falla técnica comporta una transgresión ética. Los problemas inherentes a las condiciones formales del tratamiento psicoanalítico no escapan a esta problemática, y esto se torna acuciante en momentos en que el psicoanálisis se ve sometido a serios embates que cuestionan su legitimidad y su pretensión de ser una psicoterapia científica, distinta a las demás, que se promocionan como más rápidas y eficaces. Nos parece advertir que los psicoanalistas nos hemos fabricado un atolladero al pensar en el tratamiento psicoanalítico como algo a desarrollarse con arreglo a una serie de estipulaciones técnicas (que no son otra cosa que un conjunto de enunciados fácticos, y, como tales, ajenos por completo a los términos éticos).

No menos complicaciones nos crea el justificado temor a caer en actitudes *moralizadoras* o en una enumeración de obligaciones y deberes del buen psicoanalista que pueda dar lugar a formas larvadas de censura y persecución. El *furor calificandi* —o bien *furor iudicandi*, si se nos permite este modo de decir— inspira tan serios reparos como los que en su momento expuso Freud frente al *furor curandi*.

Sin embargo Freud nos enseñó en múltiples ocasiones a transformar los obstáculos en instrumentos de trabajo. La aspiración ética está presente en todas las manifestaciones del ser humano y en el psicoanálisis también. A esta altura del desarrollo de nuestra ciencia no podemos rehuir el desafío y simplemente solucionar las dudas sosteniendo la inexistencia de ligazones entre ética y ciencia (psicoanálisis). Así como utilizamos el método científico en el psicoanálisis para estudiar la irracionalidad del inconsciente podemos utilizarlo también con el conglomerado de trabas racionales y emocionales que nos ocupan ahora y dedicarnos a su demorada consideración.

Siguiendo esta orientación el estudio de las relaciones entre lógica, ética y ciencia (psicoanálisis) nos ha llevado a conclusiones que queremos transmitir:

a. Hay relaciones lógicas entre ética y ciencia.
b. Es posible encontrar implicaciones éticas en la conducta de un científico (psicoanalista) a través del estudio de dichas relaciones.
c. Creemos estar en condiciones de afirmar que dadas ciertas características del método psicoanalítico, sus objetivos y teorías implícitas (fines y medios), las *implicaciones* éticas de su aplicación son prácticamente inseparables de la confirmación o refutación de las mismas.
d. En el estudio, investigación, elección de teorías y su consecuente aplicación por un psicoanalista pueden describirse conductas que entran en diferentes denominaciones de la ética normativa y en cuanto a la definición de bienes intrínsecos en la metaética.

Para poder exponer las bases sobre las que se sustentan estas conclusiones tendremos que recorrer con ustedes el camino que hemos seguido para llegar a ellas a lo largo del cual nos encontramos con problemas que caben bajo las siguientes denominaciones:

1. Clasificación ética de la conducta humana.
2. Consideraciones sobre las clases de proposiciones éticas.
3. El problema de los medios, los fines y los valores.
4. Ética y psicoanálisis.

Consideraciones sobre tipos de conducta humana y clases de proposiciones éticas

De acuerdo con los pasos que venimos dando en nuestra investigación se nos hizo necesaria la introducción de una nomenclatura de la conducta humana vista desde la perspectiva ética. Sin perjuicio de que la misma pueda ser discutida por separado la utilizaremos a continuación a fin de poder demostrar la validez de las hipótesis que presentamos en este trabajo.

a. Diremos que una conducta es a-ética cuando la consideramos fácticamente como un hecho con toda independencia de consideraciones éticas. Por ejemplo: un señor corre rápidamente y se resbala.
b. Otra posibilidad: que veamos dicha conducta como calificable desde el punto de vista ético como correcta. Por ejemplo: un señor que corre para auxiliar a alguien que se ha caído.
c. Una conducta que desde el punto de vista ético calificamos como negativa o incorrecta lo que sucedería si una persona ante la visión de alguien que se ha caído huye corriendo.

Diremos entonces que una conducta es *a-ética* cuando está en el

primer caso; que es *ética* (positivamente ética) si está en el *segundo*; y que es *no-ética* (o que no es ética) en el tercero. Deseamos señalar que queda así planteado el problema de si la conducta psicoanalítica (del terapeuta) puede ser ética o no-ética o si por el contrario puede afirmarse que todo lo relativo a la conducta psicoanalítica es a-ético. Desde esta perspectiva nuestra intención en este trabajo es sostener que: 1) existen ejemplos muy claros e importantes de conductas éticas y no-éticas correspondientes a los casos segundo y tercero; y 2) que siempre las conductas psicoanalíticas de manera directa o indirecta tienen alguna conexión lógica con aspectos de carácter ético tanto positivos como negativos.

El primer problema que vamos a discutir es el de la relación del conocimiento fáctico, es decir de aquel que se refiere a sucesos que acaecen en la realidad, con el conocimiento ético que involucra valores, obligaciones y, en cierto sentido, acciones vistas desde una perspectiva moral. Existen, acerca de la relación entre ambos tipos de disciplinas, diversas posiciones que van desde un polo que drásticamente afirma que se trata de dos cuestiones totalmente distintas que no tienen implicaciones mutuas, la del conocimiento de lo que es una cosa, y otra muy diferente, el conocimiento del deber ser. Otra posición, más ligada a lo que tradicionalmente se conoce como naturalismo ético, pero no solamente a él, considera que hay una relación más estrecha de la que es aparente y que en algún sentido las afirmaciones de carácter fáctico implican afirmaciones de carácter ético y viceversa.

Respecto del psicoanálisis, donde estas posiciones aparecen a veces diversamente representadas, resultaría por una parte que el conocimiento del psicoanálisis no tiene más aplicaciones éticas que las que corresponden en general a las teorías de las decisiones y que para constituir una teoría del conocimiento psicoanalítico la ética resulta un problema independiente que puede, de alguna manera, dejarse completamente de lado. Diferente es la otra posición que se sustenta en este escrito, según la cual hay conexiones lógicas que hacen inevitable la interdependencia entre las dos cuestiones y creemos oportuno señalar la naturaleza de esta interrelación.

Pero para que pueda comprenderse el alcance de esta problemática lógica, nos parece importante comenzar por una consideración algo distinta que puede resultarnos útil a modo de analogía y metáfora. En epistemología existe el llamado problema de los términos teóricos. Como es sabido, además de los términos lógicos, existen términos empíricos que se refieren a observables, a datos de nuestra experiencia que deben diferenciarse de los términos teóricos que designan entidades inobservables y que están más allá de la práctica y de la experiencia cotidiana o inmediata. En física, "aguja de un dial" sería el término empírico, pero "átomo" sería un térmico teórico.

En una teoría uno puede encontrar, entre las hipótesis y afirmaciones que la constituyen, enunciados o proposiciones que no contienen términos teóricos y que, por ello, correctamente pueden denominarse enunciados empíricos. Serían los que afirman que en el ámbito de lo observable las cosas se dan de tal o cual manera o ha sucedido un hecho observable de tal o cual tipo.

Enunciados teóricos son los que contienen al menos un término teórico con lo cual ya, por ello, la situación descripta se hace en principio inobservable. Llamaremos enunciado teórico —y esta es la manera en que lo vamos a entender en lo que sigue— a todo enunciado que contenga un término teórico. La palabra teoría no está relacionada con este modo de usar "teórico", y es perfectamente posible, como ocurrió con la primera teoría de Darwin, que esté constituida únicamente por enunciados empíricos mantenidos a modo de hipótesis sin que figure ningún enunciado teórico. Pero muchas de las más importantes teorías científicas, entre ellas las teorías psicoanalíticas, hacen uso de términos teóricos. A su vez, en esta situación, los enunciados teóricos pueden ser de dos tipos. Por un lado, los que vamos a llamar puros, donde se manejan únicamente términos teóricos además de los términos lógicos; y aquellos que vamos a llamar mixtos y que en la literatura se conoce también como hipótesis o reglas de correspondencia que vinculan términos empíricos con términos teóricos. Si tuviéramos una teoría que contuviera solo enunciados teóricos puros, se comprende que esto daría un grado de abstracción tal a nuestro discurso que no podríamos conectarlo con los problemas empíricos y prácticos que pudieran preocuparnos. Habría un verdadero divorcio entre el lado empírico del discurso científico y el lado teórico. Pero, afortunadamente, están las reglas de correspondencia que actúan como puente entre el lado teórico de la realidad que estudiamos y el lado empírico u observable del mismo. Gracias a las reglas de correspondencia es posible construir deducciones que lleven desde el lado teórico de la teoría, es decir, desde el lado no observable de la teoría, a consecuencias observacionales que son las que queremos explicar o las que queremos predecir.

Pero acá ocurre algo importante: en tanto que los términos empíricos pueden entenderse perfectamente porque uno llega a utilizarlos por *aprendizaje* ostensivo de los objetos a los cuales ellos se aplican,

los términos teóricos en cuanto a su sentido, son en principio un misterio, no se entiende a qué se refieren. No obstante, es interesante observar que desde los enunciados teóricos y merced a las reglas de correspondencia que los vinculan con los enunciados empíricos, es posible sacar conclusiones de tipo observacional. En una palabra, el lado teórico de una teoría puede servir para ganar conocimiento del lado empírico.

Si esto es así, podríamos, simbolizando con *T* el conjunto de todos los enunciados teóricos de una teoría y con *E* el conjunto de todos los enunciados empíricos, ver claramente como hecho posible que *T* puede implicar *E*. Y como hay en lógica una regla de contraposición que dice que cuando un enunciado *A* implica otro *B*, la negación de *B* implica la negación de *A*, si de *T* se implica *E*, de no *E* se implica no *T*. Lo cual muestra algo muy importante y es que el conocimiento empírico puede implicar y, por consiguiente, proporcionar conocimiento teórico. Esto es importante aunque no del todo inusitado ya que sabemos que en el método hipotético deductivo es característico que una observación, un dato empírico, pueda invalidar una teoría. Es decir, un dato empírico puede implicar la negación de una teoría.

Lo que resulta de toda esta discusión es que aunque uno puede separar el mundo de lo empírico por un lado y el mundo de lo teórico por otro, es obvio que se implican mutuamente y que están —gracias a la estructura de las teorías científicas— en notable interdependencia.

Esta discusión puede servirnos ahora para construir otra enteramente paralela que se refiera a lo ético. Ahora la distinción no será empírico versus teórico (no observable); ahora hay que distinguir entre términos fácticos que se refieren a objetos o entidades o procesos de lo real —sean observables o no—, de los términos que se refieren a valores, obligaciones o a situaciones de carácter moral, que vamos a denominar términos éticos. Ahora, en vez de empírico versus teórico, tendremos la oposición fáctico versus ético. De manera enteramente paralela y siguiendo algunas ideas de Brandt (1959) podríamos denominar enunciado fáctico al que solo usa términos fácticos. Estos enunciados, es obvio, describirían situaciones o estados de cosas naturales. Son los estudiados por las ciencias naturales y proporcionan información fidedigna, o tal vez corregible, acerca de lo que ocurre en el mundo real del espacio-tiempo o de lo psicológico o sociológico. Enunciado ético sería en cambio el que contiene al menos un térmico ético, y con total analogía a las clasificaciones anteriores habría que distinguir entre enunciados éticos puros, que solo contienen térmicos éticos, de enunciados éticos mixtos, una especie de regla de correspondencia que haría de puente entre los términos éticos y los términos naturales. Estos enunciados mixtos, repetimos, estarían compuestos simultáneamente por ambos tipos de términos, éticos y fácticos, y podrían ser singulares (referidos a un caso particular) o generales, a los que podríamos equiparar con las reglas de correspondencia.

En cierto modo, siguiendo ideas kantianas respecto a la naturaleza de los principios éticos, podría pensarse que estos últimos estarían constituidos por enunciados de carácter puro, enunciados éticos puros. En tanto que las reglas de correspondencia serían las que permitirían la aplicación de los principios éticos a cuestiones específicas, que en parte habría que describir utilizando términos fácticos.

Uno puede tomar como ejemplo de enunciado ético puro el que dijera algo así como que lo injusto es éticamente malo, en tanto que una regla de correspondencia que aquí es una afirmación puente entre lo ético y lo fáctico, sería algo como decir que una acción injusta cometida por un hombre con respecto a otro crea tales o cuales tipos de conducta o de síntomas. Es importante notar otra vez que si tuviéramos nada más que principios puros o enunciados éticos puros, no sería posible deductivamente extraer consecuencias de carácter fáctico. *Y esto sería grave, porque suponemos que la ética, si tiene algo de interesante, es la posibilidad de aplicarla concretamente a la conducta humana.* Pero, gracias a la presencia de los enunciados éticos mixtos, o sea de estas nuevas reglas de correspondencia, es posible deducir enunciados éticos de enunciados fácticos. Y esto es importante y puede esquematizarse en símbolos. Si enunciamos con *EE* enunciados éticos y con *EF* enunciados fácticos mostrando que de *EE* se implica *EF*, pero por la misma regla de contraposición que antes mencionamos resultaría entonces que de no *EF* se podría deducir no *EE*, lo cual muestra que es posible de los enunciados empíricos extraer consecuencias de carácter ético.

Lo primero, *EE* implicando *EF*, es de alguna manera lo conocido y está relacionado con lo que se denomina ética aplicada, pero que de enunciados de tipo fáctico se puedan implicar enunciados de carácter ético, esto es justamente lo que como antes señalamos hay estudiosos y pensadores que no están dispuestos a admitir. Pero de acuerdo con lo que dijimos a propósito de la regla de contraposición, está muy claro que si la negación de un enunciado fáctico es también un enunciado fáctico y la negación de un enunciado ético es también un enunciado ético, entonces, como de no *EF* se desprende no *EE*, queda claro lógicamente que de lo fáctico se desprenden consecuencias éticas.

Esto implica nada menos que justificar la pretensión de utilizar

los hallazgos científicos del psicoanálisis como aporte para el estudio de la metaética. Si esto fuese así, podríamos igualmente sostener que para la obtención de información ética se requiere en algunos casos previamente información fáctica, o sea, científica.

Presentemos ahora un ejemplo sobre el modo clásico de entender la transferencia:

1. La transferencia es la expresión de una tendencia inconsciente a repetir modalidades conductuales de la infancia, actualizadas en la relación con el analista (enunciado teórico).
2. En todo tratamiento psicoanalítico se observan manisfestaciones transferenciales (enunciado fáctico).
3. El analista *debe analizar* [1] las manifestaciones transferenciales del paciente para comprender su pasado (enunciado ético mixto).
4. Es bueno que el analista *analice* la transferencia de su paciente (enunciado ético, respecto al cual queremos destacar que se no se hubiera podido llegar al mismo de otro modo).

Cabe aclarar aquí la doble naturaleza del término *debe*:

a. El debe instrumental, ligado a los pasos que debemos dar para la obtención del fin propuesto.
b. El debe ético, que implica la responsabilidad ética de dar un curso significativo al sufrimiento del paciente: no convocar a los demonios si luego no se sabe qué hacer con ellos. Sabiendo qué hacer con ellos, es una falla ética no hacerlo.

Acerca de los valores, los medios y los fines

Una de las mayores dificultades con que tropezamos en la confección de este trabajo se debe al hecho de haber tenido que remontar la corriente en sentido opuesto. Nos referimos a la tarea de redescubrir, definir y afirmar los valores implícitos en la práctica psicoanalítica. En otras disciplinas, y en otras épocas, los bienes intrínsecos "pedían" las normas para verse materializados a través de actos coherentes. Dice E. Singer (1965) que:

> "se plantea el problema de los valores morales en la medicina, en un documento que es tenido como la transcripción de la oración matinal de Maimónides antes de salir a visitar a sus pacientes. En esa oración Maimónides afirma sencillamente que se considera bueno preservar la vida y la salud de las criaturas de Dios. Por conseguiente *suplica la ayuda divina para que solo una norma lo mueva a actuar*: el deseo de proteger y prolongar la vida". [Las itálicas son nuestras].

En el mismo sentido podemos recordar la cita de R. H. Etchegoyen (1986, pp. 19-20) acerca de la reforma hospitalaria de Pinel y Esquirol, consistente en liberar a los "locos" de sus cadenas, e instituir el llamado "tratamiento moral". En él, es dable observar a primera vista la vigencia de los valores de libertad, igualdad y fraternidad que estaban en la base de la Revolución Francesa. Tenemos noción de que estas afirmaciones podrían llevar a jerarquizar la postura "relativista" en metaética. No es esta nuestra posición ni consideramos esta la oportunidad para discutir este tema. Solamente queremos enfatizar el hecho de que a nuestro juicio, una definición de valores y bienes intrínsecos importa en la práctica un camino a seguir, punto de vista sobre el que algo tendremos que decir enseguida, y que se vuelve especialmente relevante en nuestra disciplina. Nos atreveremos a sostener que los valores implícitos en la normativa psicoanalítica han ido "desvaneciéndose", por así decir, a lo largo del desarrollo de nuestra ciencia. En efecto, para nosotros psicoanalistas, ha ido tomando preeminencia la aparición de las nuevas teorías con sus postulados técnicos. Si bien por un lado esto ha enriquecido al psicoanálisis, por otro ha dificultado el estudio de los bienes intrínsecos que le son inherentes y cuya presencia pesa en la normativa que de las mismas se deriva. No nos parece aventurado decir que para una consideración más fundamentada de los problemas éticos que implica la práctica cotidiana del psicoanálisis en una época en que el cuestionamiento de valores es generalizado, estos temas no pueden ser dejados de lado. Nos parece también que este es el aporte que podemos hacer a la tarea que ha comenzado a encarar la IPA en lo que se refiere a la promulgación de un código de ética, por un lado, y a la definición de los estándares del tratamiento psicoanalítico, por otro. Los fenómenos que todos conocemos y que pueden adscribirse a lo que se ha dado en llamar la "posmodernidad" (crisis de valores, derrumbe de ideologías y sistemas de gobierno, cuestionamiento de la razón y del conocimiento científico, y fin de la historia) contribuyen no poco a la confusión general de los psicoanalistas, que quisiéramos con nuestro trabajo contribuir a examinar.

Haciendo un deliberado recorte de la literatura psicoanalítica disponible, que dejará afuera las ideas de pensadores tan valiosos como Bleger (su idea sobre objetivos mayéuticos del psicoanálisis) y Money-Kyrle (su definición de los malos entendidos), Liberman (sus aportes

al conocimiento de la iatrogenia en psicoanálisis) nos referiremos especialmente a los aportes de Freud. Al obrar así, pensamos no solo volver a las fuentes, sino también disponer de un material que sorprende por su claridad y definición y sigue siendo un punto de encuentro de todos los psicoanalistas. Hacia los finales de nuestro primer trabajo, presentado en 1990, citamos un párrafo de "El porvenir de la terapia psicoanalítica" en que dice:

> "Para terminar, quiero darles la seguridad de que cumplís vuestro deber en más de un sentido tratando psicoanalíticamente a vuestros enfermos. Además de laborar al servicio de la ciencia aprovechando la única ocasión de penetrar en los enigmas de las neurosis, y además de ofrecer a vuestros enfermos el tratamiento más eficaz que por hoy poseemos contra sus dolencias, cooperáis a aquella ilustración de las masas de la cual esperamos la profilaxis más fundamental de las enfermedades neuróticas, por el camino de la autoridad social." (S. Freud, 1910, pp. 402-407).

No cabe duda de que Freud considera como bien intrínseco el conocimiento científicamente obtenido acerca de los "secretos" de las neurosis y que él constituye un "debe" en el sentido ético, ya que proporciona a los pacientes el "más eficaz remedio" para sus sufrimientos *obtenible hoy* (itálicas nuestras), al tiempo que contribuye por la vía del esclarecimiento al bienestar de la comunidad y no solo del individuo[2].

Podríamos multiplicar las citas de Freud en que esto se hace evidente, y seguramente al hacerlo no podríamos evitar cometer alguna omisión.

Lo que ocurre es que algunos valores y bienes intrínsecos están de tal modo ínsitos en su obra, que sería prácticamente imposible citarla toda. También podemos afirmar aquí que en lo que se refiere a esa "llamativa contradicción" que mencionamos aquella vez (G. Klimovsky; S. Dupetit; S. Zysman, 1992) entre la actitud escéptica de Freud y los valores éticos presentes en su método no es tanta: una cosa es definir valores y otra distinta emitir juicios acerca de la flaqueza humana para sostenerlos.

Digamos ahora que los siguientes valores y bienes intrínsecos están indudablemente contenidos en el método freudiano: verdad, conocimiento, libertad, lealtad, honestidad —que abarca confidencialidad y cumplimiento de acuerdos— sin olvidar la fortaleza necesaria para defender todo esto. Así, por ejemplo, podemos leer:

> "La voz del intelecto es suave, pero no descansa hasta hacerse escuchar [...] La primacía del intelecto se halla, es verdad, en un futuro distante, pero probablemente, *no infinitamente* distante: Presumiblemente se propondrá los mismos fines cuya realización esperáis de vuestro Dios (por supuesto dentro de los límites humanos, en la medida permitida por la realidad externa) a saber, el amor al hombre y la disminución del sufrimiento [...]"
> "Nuestro dios, LogoV, quizá no sea muy poderoso y solo pueda cumplir una parte de lo prometido por sus predecesores. Si debemos reconocer esto, lo haremos con resignación. No por ello perderemos nuestro interés en el mundo y en la vida, porque aquí tenemos un soporte del que carecéis. Creemos que es posible ganar por medio del trabajo científico algún conocimiento sobre la realidad del mundo, que incremente nuestro poder y de acuerdo al cual podamos arreglar nuestra vida." (S. Freud, 1927, pp. 53-55).

En el psicoanálisis ha existido desde el comienzo un lazo inseparable entre la cura y la investigación. El conocimiento aporta el éxito terapéutico. Era imposible tratar un paciente sin aprender algo nuevo; era imposible ganar nuevo conocimiento sin advertir resultados beneficiosos. Nuestro procedimiento analítico es el único en que esta preciosa conjunción está asegurada. (S. Freud, 1910a, p. 256).

En un trabajo de 1991, Wallwork (1991, pp. 210-211) sostiene, a nuestro juicio acertadamente, que

> "[...] la aparente neutralidad del analista hacia el paciente no es, estrictamente hablando, carente de valores en absoluto, sino *un medio instrumental* al servicio del doble fin moral que gobierna la psicoterapia: el alivio del sufrimiento y el mejoramiento de la capacidad del paciente para gozar y tener libertad de acción". [itálicas nuestras].

Nos parece que esta puntualización es importante en la medida que contribuye a aclarar un punto confuso en la comprensión del concepto de neutralidad científica. La actitud de "espejo" aconsejada por Freud, que ha dado lugar a tantas discusiones en cuanto a su implementación, no parece consistir en una supresión de los sentimientos ni del juicio del terapeuta, sino un intento de supeditarlos a la consecución de un fin más importante. (Nada diferente tendríamos que comentar sobre la "suspensión de la memoria y el deseo" que propuso Bion). En resumen, lo que sostenemos es que encontramos valores en el psicoanálisis, algunos de los cuales recién enumeramos.

También que la neutralidad debe ser entendida como un "bien

instrumental", para la obtención de bienes tan fundamentales como el incremento del conocimiento y de la libertad. Por fin, que si todo esto es cierto, podemos deducir que deben existir normas de conducta acordes y coherentes. De esto hablaremos a continuación.

Hasta ahora hemos venido tratando de demostrar que existen relaciones lógicas entre teoría, normativa y ética. Hemos puesto de manifiesto la implicación de aspectos valorativos, tanto en la teoría como en los enunciados fácticos. En el caso de estar en lo cierto con nuestras afirmaciones, podríamos agregar que los valores enunciados hasta el momento no serían distintos de los fines a los que tiende nuestra práctica. Y, si es así, daríamos ahora un paso más, para mostrar que se puede establecer una relación lógica entre dichos valores (fines) y la normativa destinada a alcanzarlos.

Recordemos que hemos examinado la naturaleza de los enunciados fácticos (*EF*) y los enunciados éticos (*EE*), y sus mutuas implicancias. También hemos visto la necesidad de considerar la existencia de implicancias éticas en los enunciados teóricos y técnicos del psicoanálisis.

Lo que vamos a sostener ahora es que es imposible alterar uno cualquiera de los enunciados mencionados, sin provocar una alteración simultánea en los restantes, en función de la estrecha relación que los liga entre sí.

Por ejemplo:

1. Todo sujeto reprime recuerdos infantiles intolerables a su vida consciente, que restringen sus relaciones de auto y heteroconocimiento (Enunciado Teórico).
2. El método de la asociación libre favorece el aumento de conocimiento (Enunciado Fáctico).
3. Es bueno (instrumental) favorecer la asociación libre (Enunciado Ético Mixto).
4. Es bueno (en el sentido ético) tomar actitudes que favorezcan la asociación libre (Enunciado Ético al que solo puede arribarse a partir de los anteriores).

A esto agregamos que en general se supone que los fines buscados deben cumplir con una triple condición de factibilidad, a saber:

1. Deben ser lógicamente posibles;
2. Deben ser científicamente posibles;
3. Deben ser éticamente posibles (nos referimos al "posible" ético, o sea, preferible).

Dado que la consecución de los fines mencionados para el tratamiento psicoanalítico depende de la triple condición de posibilidad recién enunciada, se desprende que la alteración de uno de los mismos desgasta a los otros.

Por lo tanto, la alteración de las proposiciones fácticas o enunciados fácticos, por parte de un analista, resulta en una alteración de los enunciados éticos incluidos en el corpus teórico de la disciplina que ejerce y de los *posibles* enunciados científicos y éticos que hacen a la consecución de sus fines. Dicho de otro modo, un psicoanalista que altera el método con el cual accede a la consecución de sus fines, sin contrastación, evaluación y revisión de dicha alteración en su resultado con su paciente, con sus teorías y consigo mismo, está alterando enunciados éticos implícitos en la teoría y el diálogo con su paciente.

Bastaría un acuerdo mínimo en la comunidad analítica sobre cuáles enunciados teóricos y fácticos son indispensables para considerar a un tratamiento psicoanalítico como tal, para saber cuándo un analista está faltando a la ética, en forma sistemática o circunstancial, sean cuales fueren sus motivaciones inconscientes.

Ética y psicoanálisis

A lo largo de las consideraciones precedentes hemos tratado de ir mostrando las varias relaciones lógicas entre ética y ciencia (psicoanálisis). Hemos señalado la existencia de valores y bienes intrínsecos en la teoría psicoanalítica, y hemos puesto énfasis en señalar cómo, siendo que los enunciados teóricos, fácticos y éticos están relacionados fuertemente entre sí, una falla o error en uno cualquiera de ellos importa automáticamente una falla de los otros, y un desequilibrio global.

Al citar algunas opiniones de Freud, haciendo por supuesto una arbitraria pero inevitable selección, tocamos de paso algunos aspectos de la técnica. Nuestro deseo sería conformarnos con esto y ahorrar mayores trabajos al lector. Sin embargo esto no nos parece posible, sino que pensamos ampliar un poco más el tema de la relación entre la ética y el psicoanálisis, en la que hay dos aspectos destacables. Por un lado está la práctica psicoanalítica, con la multitud de decisiones fácticas que debemos tomar ni bien ha quedado formulado el contrato de trabajo; decisiones que involucran desde el encuadre hasta la formulación misma de las interpretaciones. Se acepta en general que este es el territorio dc la "ética profesional", donde los intercambios de tiempo y dinero, la confidencialidad, la curación, y hasta las teorías implícitas con que operan los terapeutas son temas sobre los que la ética tiene algo que decir. Tampoco debemos dejar de lado cierto tipo

de patologías, por caso, las drogadicciones, que en esta época plantea al terapeuta problemas difíciles de resolver, empezando por el de la preservación del método psicoanalítico. Digamos que en realidad cualquier patología y cualquier estructura pueden manifestarse en el curso del tratamiento a través de un problema ético y poner a prueba la claridad y la consistencia del analista, así como la eticidad de su práctica. Siquier y Faigón (1986) han abordado esta clase de situaciones en su estudio sobre el diálogo psicoanalítico; y Leo Rangell, en su ya clásico estudio sobre el síndrome del compromiso de la integridad, sostiene:

> "Las experiencias de la clínica y de la vida muestran que hay una zona gris, una frontera entre las neurosis y los compromisos de la integridad, tan común como la que hay entre neurosis y psicosis. [...]" (L. Rangell, 1990, p. 402).
> "La actitud analítica es en su misma esencia el modelo —espero que no el último bastión— de la obstinada incorruptibilidad. El mantenerla, es su meollo. No hay analista, sujeto al diario espectro de desplazamientos transferenciales, que no conozca y sienta el rango de presiones a que se lo somete, desde lo sexual, a lo material, a lo narcisístico)". (Idem, p. 408) [La traducción es nuestra].

Pero, cuando la patología del paciente incluye groseras fallas éticas, aunque a veces las mismas sean inaparentes, los obstáculos al curso del tratamiento, los ataques al conocimiento y al encuadre demandan un análisis en cuyo transcurso se hace visible cómo un síntoma, o un rasgo de carácter, y una norma ética adulterada se vuelven una misma cosa.

También, dijimos más arriba que dado el tipo de relación lógica entre enunciados teóricos, fácticos y éticos, la ciencia (el psicoanálisis) puede aportar conocimientos para la definición de los términos éticos (metaética). No somos los primeros en señalar esto.

Recordemos que en *Ética y psicoanálisis* (E. Fromm, 1960, p. 42), donde introduce su idea de ética humanista, Fromm sostiene que "el desarrollo de una Ética Humanista Objetivista, como ciencia aplicada, depende del desarrollo de la Psicología como ciencia teórica". Desde su particular punto de vista, que merecería una discusión aparte, dice también que

> "[...] ha habido pocos intentos, tanto desde el campo filosófico como desde el psicológico, de aplicar los hallazgos del psicoanálisis para el desarrollo de la teoría ética; hecho tanto más sorprendente cuanto que la teoría psicoanalítica ha aportado contribuciones que son particularmente relevantes para la ética."

Nos parece que no es necesario compartir todas las ideas de Fromm para reconocer la verdad de este aserto. En nuestra primera comunicación nos ocupamos justamente de rastrear estas contribuciones en la obra de Freud y dejamos abierta la instancia de proseguir la búsqueda en otros autores posfreudianos. Sin embargo, en esta oportunidad, y dado el enfoque con que se ha organizado el panel sobre Ética[3], dedicaremos esta parte de nuestra presentación al primero de los aspectos mencionados como relación entre ética y psicoanálisis, esto es, concretamente, la conducta del psicoanalista en el ejercicio de su profesión. No nos parece superfluo dejar dicho que no podemos hacer aquí un desarrollo exhaustivo del tema, sino más bien proponer un enfoque, un modo de entrar a considerar los problemas, tal que, si se muestra útil, podría servir para empezar a discutir los problemas de la práctica sobre una base compartida de racionalidad. Tampoco nos parece ocioso repetir que todos los psicoanalistas necesitamos en estos tiempos saber mejor cuál es el terreno común en que nos movemos, y cómo sostener nuestra identidad desde una mejor comprensión de las bases lógicas y éticas de nuestro quehacer. No podemos soslayar el hecho de estar viviendo un particular momento histórico, de grandes cambios sociales y culturales. Si es que la ciencia psicoanalítica ha de sobrevivir a pesar de los mismos, será, a nuestro juicio sobre la base de una medulosa discusión acerca de sus fines, los valores que sostiene, y la mejor manera de alcanzarlos.

Si aceptamos, aunque sea provisoriamente, que:

a. el psicoanálisis es en la práctica, un tratamiento en el que dos personas se comprometen a trabajar para incrementar el autoconocimiento de uno de ellos, porque de esto depende su libertad personal y un mayor grado de bienestar y eficacia en todas las áreas de su desempeño personal;
b. la ayuda que uno de ellos (terapeuta) brinda al otro depende de que haya pasado por la misma experiencia, puesto que su mente es el instrumento idóneo para realizar la tarea y, como lo sostuvo Freud, nadie puede ir más allá de sus propios puntos ciegos;
c. la eficacia del psicoanálisis proviene en gran medida del hecho de definirse como psicoterapia *per via di levare*. Esto implica sostener con hechos que el paciente acceda a cambios profundos en su personalidad en un proceso de remoción de obstáculos que debe

evitar que el terapeuta imponga su impronta personal (*via di porre*) a la cura.

Si a todo esto agregamos la enunciación de algunas teorías básicas presupuestas del análisis, como ser:

el inconsciente dinámico,
la sexualidad infantil,
la transferencia,

podremos afirmar sin demasiado temor a equivocarnos que disponemos de un importante repertorio de enunciados teóricos, fácticos, éticos y mixtos, que nos permitirán sostener enunciados sobre la eticidad de las conductas técnicas de los analistas, que se supone identificados con los postulados recién expuestos. *Dicho con otras palabras, los enunciados fácticos normativos de la técnica psicoanalítica pueden ser sostenidos de modo tal, que los componentes éticos presentes o deducibles de los enunciados teóricos correlativos se hagan evidentes y permitan emitir juicios sobre la eticidad de una conducta analítica cualquiera.*

Así, por ejemplo, podremos decir que el analista que no cumple con el requisito de su propio análisis, infringe una regla técnica en cuanto sus propios conflictos no analizados le impiden analizar y comprender la transferencia y la contratransferencia de su paciente. Pero en tanto se ha propuesto como terapeuta de ese paciente, y ha aceptado explícita o tácitamente que el mismo funde esperanzas de bienestar en ese tratamiento, está incurriendo en una conducta no-ética. Esto, debido a que uno de los valores que son ínsitos a las reglas técnicas analíticas, como el cumplimiento del compromiso adquirido, se ve quebrantado.

De modo similar, se puede sostener que el mantenimiento de una actitud de atención libremente flotante frente a las asociaciones del paciente, constituye una regla técnica con un trasfondo ético, puesto que el bien a ser preservado es el de la libertad del paciente para encontrar la mejor solución a sus conflictos sobre la base de su comprensión, y la misma solo puede adquirirse en ese peculiar tipo de interjuego. De ahí hay solo un paso a decir que los problemas que llamamos de *timing* de las interpretaciones también tienen un componente ético. Un analista que interpreta lo que todavía no está al alcance de su paciente según lo que asocia, es víctima del *furor curandi* y por más que el contenido de su interpretación pueda ser acertado, estaría obrando *per via di porre*. Y lo que él ofreció al proponer psicoanálisis a su paciente era otra cosa, en términos de la definición freudiana.

Un analista que al tratar a su paciente no se esfuerza en brindar el número adecuado de sesiones semanales, no solo plantea un problema técnico, sino también ético, puesto que el método demanda la presencia del terapeuta en una medida compatible con la tarea a realizar y con la fuerza de los sentimientos que se van a poner en juego. Y si el analista no lo hace por no poder enfrentar sus propias emociones, la falla ética es aún peor.

De igual manera podemos razonar en torno de la adhesión fanática a teorías de moda, o a la falta de consistencia entre lo que se dice y lo que se hace con los pacientes. La búsqueda de curas fáciles o rápidas, de adhesión por parte de los pacientes con actitudes demagógicas de facilitación de la tarea, importa fallas técnicas y también éticas, como pueden ser el mutuo soborno o el chantaje emocional.

Podemos decir que las normas del encuadre y del funcionamiento general del tratamiento analítico solo tienen razón de ser y se justifican en función de los fines que el mismo se propone. Ya hemos dicho que los fines deben cumplir con una triple condición de posibilidad. Agreguemos ahora que cabe la misma consideración para los medios destinados a alcanzarlos. Y también, recordando a Dewey (1930, pp. 34 y ss.) que podemos considerar que "el fin es meramente una serie de actos vistos en una etapa remota; y un medio es meramente la serie vista en una etapa más temprana [...] Medios y fines son dos denominaciones de una misma realidad [...]".

Esta misma problemática puede plantearse en términos de bienes intrínsecos y bienes instrumentales. La asociación libre es un bien instrumental para alcanzar el bien intrínseco que es la libertad, fundada en el conocimiento de los contenidos inconscientes y la integración de la personalidad. Las normas del encuadre son también, desde este punto de vista, bienes instrumentales. El análisis de la transferencia y de la contratransferencia es instrumental a los fines de asegurar un bien intrínseco, como es la eticidad de la conducta psicoanalítica, de la que depende el bienestar del paciente, ya que es en ese transcurrir emocional donde puede volverse eficaz la intervención analítica. El secreto profesional es un bien instrumental, puesto que opera para asegurar el logro de otro bien más importante, como es la asociación libre. Esta, a su vez, es instrumental a los fines de lograr el bien intrínseco libertad personal.

Sin embargo, volviendo al ejemplo de las drogadicciones, o en casos de conducta psicopática grave, el secreto profesional puede dejar de ser un bien instrumental, dejando paso en cambio a una comunicación ne-

cesaria a familiares para asegurar la continuidad del tratamiento.

Los filósofos morales, o éticos, se plantean el problema de cómo una enunciación de valores o bienes intrínsecos puede llevar a una normativa destinada a conseguirlos. Ya no se trata aquí de una oposición entre enfoques axiológicos y teleológicos (que en el análisis pueden verse operando de consuno). Se trata de establecer un nexo formal entre la axiología y la normativa. No podemos aquí profundizar este tema. Pero digamos, a fin de fundar mejor nuestra propuesta, que hay más de un acercamiento al mismo. Por un lado hay intentos basados justamente en la lógica. Hay modos de construir silogismos que den cuenta del hecho que al enunciar un valor se está simultáneamente señalando la razonabilidad del camino fáctico necesario para obtenerlo. Así por ejemplo, Garnett, cuyo aporte discute con gran extensión R. S. Hartmann (1965, pp. 242 y ss.), introduce el concepto de "objeto razonable de una actitud favorable", donde es justamente la razonabilidad la que permitiría pasar de enunciar un valor a señalar los pasos conductuales, o prácticos, que se siguen del mismo.

Por otro lado, filósofos pragmáticos como Peirce, citado en la *Encyclopædia Britannica* (1974, pp. 987-989), al enumerar los varios usos del lenguaje, señalan que todo empleo descriptivo del mismo implica de algún modo alguna referencia a la acción. Otros estudiosos como Hare y Stevenson, y también, filósofos como Austin, y especialmente Searle (*Speech Acts*, 1969) se ocupan de los llamados "actos de habla", en especial de los actos denominados ilocutorios. Una frase puramente descriptiva puede llevar a la acción en función del interés de la persona involucrada. Por ejemplo un enunciado puramente descriptivo como "el tren está por partir" puede llevar a la acción a quien deba abordarlo para llegar a su destino.

Podríamos citar multitud de situaciones similares referentes al psicoanálisis. Pero nuestra intención ha sido básicamente dar un primer paso en este sentido, que esperamos pronto sea seguido. Los intereses que nos han guiado no han sido otros que:

1. mostrar la posibilidad de una discusión racional sobre este tema;
2. recordar que la conducta analítica debe ser primordialmente ética;
3. proporcionar una base lógica para evaluar situaciones donde este aspecto esté en juego;
4. preservar el psicoanálisis legado por Freud y enriquecido por sus discípulos como bien a ser transmitido a generaciones futuras.

Bibliografía

Brandt, R. B. (1959). *Ethical Theory. The Problems of Normative and Critical Ethics*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

Dewey, J. (1922). *Human Nature and Conduct. An Introduction to Social Psychology*. London: Allen and Unwin.

Encyclopædia Britannica (1974, Vol. 6).

Etchegoyen, R. H. (1992). *The Fundamentals of Psychoanalytic Technique*. London: Karnac Books.

Freud, S. (1910d). The future prospects of psychoanalytic therapy. *S.E.* 11.

_____ (1927a). Postscript to The Question of Lay Analysis. *S.E.* 20.

_____ (1927b). The future of an illusion. *S.E.* 21.

Fromm, E. (1949). *Man for himself: An Enquiry into the Psychology of Ethics*. London: Routledge.

Hartmann, R. S. (1965). *El conocimiento del bien*. México: FCE.

Klimovsky, G., Dupetit, S. & Zysman, S. (1992). Psicoanálisis y ética: El origen de los conceptos éticos en Freud, su relación con el cambio psíquico y la cura analítica. *Psicoanálisis*, Vol. XIV, nº 1. [En este libro, Volumen II, p. 257].

Rangell, L. (1990). The Human Core. *The intrapsychic Basis of Behavior*, Volume 1. New York: Int. Univ. Press.

Searle, J. R. (1969). *Speech Acts*. London: Cambridge Univ. Press.

Singer, E. (1965). *Key Concepts in Psychotherapy*. New York: Basic Books.

Siquier, M. I. & Faigón, D. (1986). Ética y diálogo analítico. VIII Simposio y Congreso Interno de APdeBA.

Wallwork, E. (1991). *Psychoanalysis and Ethics*. New Haven: Yale Univ. Press.

Notas

[1] Nos referimos a analizar la transferencia, y no necesariamente a la forma y oportunidad de su interpretación.

[2] Planteamos, de paso, el problema que generan las modificaciones técnicas que a veces introducen algunos analistas, con la justificación de obtener una mayor dosis de placer individual del paciente ("Hay que vivir", por ejemplo) o una mayor disposición al "análisis" basada en la graciosa concesión de "facilidades" al paciente por parte de un analista omnímodo.

[3] Conductas éticas y no-éticas en psicoanálisis. 38º Congreso Internacional de Psicoanálisis, Amsterdam, 1993.

El futuro del psicoanálisis

[MESA REDONDA]*

Presentación, por MIGUEL ANGEL RUBINSTEIN

Buenos días. Vamos a dar comienzo a esta Reunión Extraordinaria que hemos titulado "El futuro del psicoanálisis".

El proyecto de remodelación de la sede de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados que encaró la administración de esta Institución, y que hoy es, como vemos, una presente realidad, significó desde todo punto de vista una apuesta al futuro. El futuro de esta Asociación está además indisolublemente ligado a otros futuros, pero particular y fundamentalmente, al futuro del psicoanálisis; de ahí que hayamos concebido la idea de realizar esta Reunión Extraordinaria en esta temporada inaugural de nuestras actividades científicas.

En otro marco, en el del II Congreso Psicoanalítico Internacional realizado en Nüremberg a fines de marzo de 1910, Sigmund Freud pronunció la conferencia inaugural del mismo a la que tituló "Las perspectivas futuras de la terapia psicoanalítica". En ella planteó que a esa altura del desarrollo de la entonces joven disciplina científica "en modo alguno hemos agotado —dijo Freud— nuestros recursos terapéuticos para la lucha contra la neurosis. Y podemos esperar en el futuro próximo una notable mejoría de nuestras posibilidades en ese terreno".

Agregó que dicha mejoría llegaría desde tres lados: un progreso interno en nuestro saber y en nuestra técnica; un aumento de autoridad; y un efecto universal de nuestra labor. Es innegable que tal mejora se logró, y precisamente desde esos lados señalados por Freud en aquel momento. No obstante ello hoy, 84 años después, en las postrimerías del siglo XX, el futuro inmediato del psicoanálisis se halla frente a un nuevo desafío, proveniente de un contexto cuyos ideales distan de los del análisis, por lo menos tanto como los de la sociedad victoriana de fines del XIX en la que el psicoanálisis vio la luz.

Después de un desarrollo notable que alcanzó su cúspide tal vez entre los años 50 y los 70, asistimos hoy a un hecho grávido de consecuencias, en particular para la práctica del psicoanálisis, lo cual es una sensible disminución en la demanda de tratamiento psicoanalítico.

El contexto de este fin de siglo enmarca al desarrollo del psicoanálisis en un mundo acuciado por situaciones como las derivadas del peligro de nuevas enfermedades —como el SIDA—, de la reivindicación social de la homosexualidad, del estímulo al consumo, de la revolución tecnológica, la injusticia social, el arte posmodernista, una tendencia a la hipertrofia del presente, en fin, un contexto sociocultural cuyos ideales de eficacia, eficiencia, éxito e inmediatez, producen un malestar que induce a quienes lo padecen a la búsqueda de soluciones distintas a la propuesta psicoanalítica.

Este contexto nos obliga a formularnos la pregunta: ¿hay futuro para el psicoanálisis?

Nuestra apuesta, mencionada al iniciar estas palabras, es que sí lo hay, y es justamente para intentar abrir un espacio en el que esta cuestión pueda ser debatida que hemos invitado a cuatro distinguidas personalidades a quienes les hemos pedido nos hagan conocer sus opiniones desde diferentes ángulos: el Dr. Eduardo Issaharoff, el Prof. Gregorio Klimovsky, el Dr. Jorge Saurí, y el Dr. Luis Córdoba. Vamos a comenzar con el Dr. Luis Córdoba.

LUIS CÓRDOBA: "Futuro" del psicoanálisis. Si pensamos cuando hablamos del futuro, ¿de qué hablamos? Hablamos de muchas cosas. Voy a señalar dos: una, hablar de un futuro implica de alguna forma hablar de un malestar; otra, hablar de un futuro implica miempre algún riesgo —tal vez inevitable— de hacer una proyección del presente en el futuro. Sabemos que nuestro presente está marcado por la subjetividad.

Cuando pensaba en esto me decía ¿qué hubiera pasado si este encuentro se hubiera realizado en los primeros días de marzo? Habitualmente en marzo, por lo menos entre muchos amigos y colegas, "cunde el pánico": ¿volvieron los pacientes?, ¿volvieron todos? Desde esa temática de los pacientes, y de la incertidumbre acerca del futuro inmediato, que es el futuro del año en curso, rápidamente se desliza hacia ciertos cuestionamientos sobre *el futuro del psicoanálisis,* y/o el futuro de la práctica psicoanalítica, que no es exactamente lo mismo.

En ese sentido, creo que hay que ser modestos cuando intentamos pensar o hablar del futuro, básicamente por esas dos razones: aquello que está implícito cuando se habla del futuro, de un malestar futuro o de una proyección muchas veces del presente en el futuro, y de ciertos malestares, varios, de la cultura en general, puestos en el futuro del psicoanálisis en este caso.

* Reunión científica en la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, realizada en Buenos Aires el 30 de julio de 1994. Participaron del Panel Luis Córdoba, Eduardo Issaharoff, Jorge Saurí, Gregorio Klimovsky, y Miguel Ángel Rubinstein como coordinador.

Cuando se habla del psicoanálisis, ¿se habla del futuro del psicoanálisis?; ¿se habla del futuro de la cultura en general?; ¿o se piensa que el psicoanálisis tiene un lugar específico, singular y propio dentro del futuro de la cultura?

Cuando se habla de psicoanálisis, ¿se habla de teoría psicoanalítica?, ¿se habla de la teoría y de la práctica psicoanalítica?, ¿se habla de la praxis de la profesión, del ejercicio de la profesión de psicoanalista?, ¿se habla de la relación del psicoanálisis con lo circundante, con el entorno, con lo social en un sentido amplio, o en un sentido más estricto por ejemplo, con las instituciones psicoanalíticas?

Inevitablemente este planteo me parece que está implícito también en cualquier reflexión acerca del futuro del psicoanálisis. La complejidad, por lo menos de estos puntos que enumeré, me llevó a cierta modestia en mi exposición.

Mis fuentes para esta exposición tienen dos orígenes; uno fue recorrer bibliografía, desde la que recién citaba Rubinstein, antigua; otros *Simposia* publicados en los años setenta, hasta otros más recientes, de diferentes autores y diferentes tendencias; y otros, reflexiones críticas desde revistas de difusión, Newsweek, L'Observateur, Times, que traen frecuentemente como portada temas que tienen que ver con el psicoanálisis.

Otra fuente, muy instructiva, fue conversar con amigos, amigos colegas y amigos no colegas. Fue interesante recorrer y escuchar posiciones tan variables, tan poco definidas, y —sigo pensando— tan determinadas por el malestar actual; era difícil saber, cuando hablábamos, si reflexionábamos sobre el futuro, o si hablábamos sobre un futuro a corto plazo, casi un presente. Mis fuentes fueron esas. De estas fuentes también surgieron mis esperanzas, que las sintetizo enormemente en una frase: mis esperanzas consisten en una *especie de estado de alerta permanente y deliberativo,* intrapsí, interpsí, y entre "psís" y "no-psís".

Me da la impresión de que lo que me queda más claro de todo lo que he leído —bastante, la utilidad de estos encuentros es que uno de repente se pone a leer cosas que a lo mejor no hubiera leído— (casi podría terminar mi exposición aquí) es que, si hay futuro —y creo que lo hay obviamente para el psicoanálisis—, y cómo será este futuro, va a depender de este estado de alerta permanente y deliberativo entre los colegas, en cada uno, en la propia teoría y entre psicoanalistas y no psicoanalistas.

De todas formas, de estas fuentes extraigo por lo menos un planteo, que es más o menos un denominador común. ¿Qué hay que hacer

para que el psicoanálisis no se enferme por su propio éxito, qué hacer? Si ayer el mundo resistía al psicoanálisis, que no sea el psicoanálisis el que haga resistencia al mundo en el futuro.

El psicoanálisis como un sistema no cerrado en sí mismo —otro denominador común—, sí abierto hacia otras disciplinas. Pero también denominador común, el difícil equilibrio, cómo hacer para ir conservando y defendiendo los fundamentos del psicoanálisis, no ser dogmático, no ser estereotipado, no ser repetitivo, no caer en un psicoanalismo; como así también de qué manera conservar lo esencial, lo original, lo fundante, lo singular y único del psicoanálisis, quedando abierto a las otras disciplinas que la cultura fue generando e irá generando. La rigidez y su empobrecimiento por un lado, un eclecticismo tipo *patchwork* por el otro; planteo trivial, esquemático, banal casi, pero no despreciable, a mi entender.

Si un paradigma es un conjunto teórico-práctico habrá que encontrarse con contradicciones entre la teoría y la práctica. Creo que se llama a este punto de encuentro *anomalías*. Y si estas anomalías no son atendidas (y digo atendidas a propósito, en el sentido de resueltas), palabra que conocemos, habrán de producir un aislamiento en la comunidad que las sostiene y es sostenida por ellas en relación a otros problemas importantes pero que no puedan ser formulados en los términos instrumentales que propone el paradigma de la misma comunidad.

Esto también es un denominador común, casi nadie, casi ningún artículo, casi ninguna persona con la cual conversé se atreve a decir —como es lógico— que el psicoanálisis se tiene que autoabastecer y profundizar en sí mismo. Casi nadie tampoco tiene respuestas claras a cómo saber cuándo lo interdisciplinario opera como una huida del psicoanálisis, o cuándo opera como un enriquecimiento. Digo huida en el sentido de cuando se tiene que apelar a otros recursos, no solo porque aquellos que estamos manejando no nos alcanzan, sino en un afán a veces apresurado, casi de huida, de salir, de escapar, de buscar —a veces desesperadamente, a veces no— otras herramientas, otros conceptos, otras ideas de otros contextos.

Cómo saber cuándo enriquecemos los famosos fundamentos del psicoanálisis, o cuándo los diluimos, consecuencia tal vez de cierta impotencia en la articulación teórico-práctica, en la práctica clínica solitaria, dura, sin certezas, sin garantías, generadora de angustia. Cuánta idealización puesta en conceptos, recursos, provenientes de otras disciplinas. Es otro denominador común, en esa especie de investigación que he hecho. En ese punto solamente confío en estar aler-

ta, despierto frente a esa alternativa. Nuevamente esa idea de estado permanente de alerta.

Emilio Rodrigué hace unos años decía —quizás luego cambió— que coincidía totalmente con la sesión del tiempo lógico, con la escansión, no aferrarse al tiempo cronológico, pero que le costaba mucho hacerlo, llevarlo a la práctica, porque él no confiaba mucho en sí mismo, que pensaba que por ahí interrumpía una sesión porque estaba "hinchado", porque estaba molesto, y que él no confiaba tanto en sí mismo como para confiar en el tiempo lógico.

Él lo decía como *boutade*, como chiste, pero me acordé en el sentido de cuáles son nuestros recursos, tal vez haya recursos más organizados, epistemológicos, para poder discernir ese momento en el cual escapamos del psicoanálisis, o ese momento en el cual no escapamos sino que buscamos en otro lado, esos momentos en los cuales cuidamos los fundamentos, pero otros momentos en los cuales al incorporar otra disciplina podemos bastardear los fundamentos, diluirlos, y eventualmente quedarnos con algo que no sabemos muy bién qué és. Por eso decía que solo confío en un estado de alerta, de estar despierto frente a esa posibilidad.

También confío en el esforzado trabajo de profundizar el conocimiento de estos conceptos[1] de otras disciplinas, paso previo a confrontarlos y eventualmente incorporarlos a los conceptos psicoanalíticos.

Lo mismo se puede decir en relación a los conceptos psicoanalíticos, tantas veces dados por ya sabidos.

Por otra parte, ¿cómo pensar el futuro del psicoanálisis sin los psicoanalistas?, es imposible, y sin los pacientes, imposible también. En ese sentido hay una problemática actual, señaló Rubinstein, pero quisiera agregar otra: en este momento nos encontramos por lo menos aquí en Buenos Aires, con una inadecuada relación entre la oferta de formación y la oferta de pacientes. Este es un tema para el futuro, no sé si es un tema para el futuro del psicoanálisis solamente, me pregunto si no es un tema para el futuro de la cultura y de la humanidad.

¿Cómo saber cuáles serán en el 2000 las demandas hechas al psicoanálisis? Se dice que la oferta genera y determina la demanda, es cierto, pero cuántas demandas futuras deberán encontrar ofertas adecuadas en su momento. ¿Será lo que dividirá las aguas entre psicoanálisis y otros recursos terapéuticos? Otro elemento importante para pensar, a mi criterio, en el futuro del psicoanálisis, es lo terapéutico, lo terapéutico en el psicoanálisis.

Propongo como discusión la idea de que el valor terapéutico del psicoanálisis, un valor *sui géneris*, propio, pero terapéutico al fin, atender el sufrimiento, el dolor psíquico, pueda ser aun más en el futuro una línea directriz para el psicoanálisis. Considero que si el psicoanálisis conserva su vitalidad, asume sus riesgos (que no son pocos, los del propio psicoanálisis, no me refiero al entorno), no bastardiza sus conceptos fundamentales, deberá seguir generando demanda; casi diría también "generando pacientes", aunque algunos se sonrían, yo mismo.

¿Esto qué quiere decir? Tengo la impresión de que si el psicoanálisis no cede demasiado —tema para discutir— en sus fundamentos, en lo que el psicoanálisis pueda ser, será la mejor forma de ir generando demanda de psicoanálisis. Posiblemente haya otros factores que modifiquen o marquen rumbos diferentes a esa idea, pero que tal vez no estén en manos del psicoanálisis. Los psicoanalistas también podemos ser los mejores aliados del psicoanálisis, pero también los más eficaces enemigos del mismo. Es mi deseo que el psicoanálisis sepa resistir a los psicoanalistas en ese sentido.

Tal vez el futuro del psicoanálisis tenga alguna relación con el proceso de la cura. Me parece una línea estimulante para pensar, y no solo desde el punto de vista metafórico, me parece una línea posible de pensar cómo podrá ser —reflexión— el futuro del psicoanálisis a partir de buscar analogías, equivalencias, puntos de encuentro con la realidad, la práctica de la cura, y también la cura como metáfora.

Quisiera transmitirles algunas consignas para esta militancia de alerta y debate permanente, con uno mismo y con los pares. Revisar siempre los fundamentos epistemológicos del psicoanálisis, confrontando así nuestra práctica con la de Freud. Parece todo un desafío pero creo que es lo que hacemos muchas veces sin saberlo, sería bueno que lo supiéramos. Además es lo menos que Freud esperaría de nosotros. El mismo citó a Goethe al decir "aquello que tus abuelos te dejaron como herencia, si quieres poseerlo, te lo debes ganar". Otra consigna: revisar siempre la práctica psicoanalítica en su contexto social. Incluye ahí, claro está, lo social en sentido amplio, y además toda la problemática de las instituciones psicoanalíticas. Transmisión y formación son áreas donde no debemos quedarnos dormidos, y son efecto de lo anterior, psicoanálisis y lo social; y tendrán sus efectos en el futuro del psicoanálisis. Tener en la mira temas teóricos y/o psicopatológicos donde a cada uno le parezca que el psicoanálisis podría aportar mucho más. Tengo una listita propia, un poco improvisada: Tánatos, el odio, la maldad, las adicciones, las psicosis, el vacío, las psicopatías graves, el análisis didáctico, la educación. Pienso que cada uno debe tener su listita. Y no olvidar, dentro de las consignas,

lo terapéutico. Cuando se habla de la muerte del psicoanálisis es bueno recordar la frase de Mark Twain que, al leer en un periódico la noticia de su propia muerte dijo: "La noticia de mi muerte es altamente exagerada".

EDUARDO ISSAHAROFF: Continuando con las preguntas que se hacía Córdoba, me hice la pregunta siguiente: ¿cómo se hace para hablar del futuro?

Me imaginé adivinando el futuro: recordé todas las veces que jugué al Prode y decidí de que yo no era bueno para eso. La otra posibilidad de hablar del futuro es crear. Si uno es un creador lo suficientemente potente, genera un futuro. Me miré en el espejo y dije: tampoco. La tercera posibilidad es pensar que existen procesos. Los procesos tienen algo así como un comienzo, un desarrollo y un fin; también podríamos decir que tienen un pasado, un presente y un futuro: por este lado podía empezar a hablar del asunto.

La pregunta siguiente era de qué proceso iba a hablar. Tenía que definir qué proceso iba a tomar para hablar de él. Y aquí elegí —después voy a explicar por qué— un proceso que sería *el proyecto de investigación sobre la mente humana*. Este proyecto de investigación podría ser visto como un proceso que está en marcha.

La pregunta siguiente fue de dónde había salido este proyecto de investigación sobre la mente humana. Me refiero a investigación científica y experimental, porque hay muchos tipos de investigaciones. Acotando el campo a la investigación científica y experimental acerca de la mente humana ubiqué obviamente hace cien años a Freud, como uno de los que inició este proyecto, una de las raíces de este proyecto. Pero no es la única raíz, hay otra raíz que yo creo que fue Ramón y Cajal.

Vamos a hablar un poquito sobre las circunstancias de Freud y de Ramón y Cajal para que yo pueda justificar por qué creo que ellos constituyen la raíz del proyecto que está transcurriendo de investigación científica acerca de la mente humana.

Para eso voy a utilizar una observación que a mí me llamó la atención y me va a ser muy útil, de dos autores, Rumelhart y McClelland; ellos dicen que en los sistemas jerárquicos, en los sistemas ordenados jerárquicamente existen dos estrategias para hacer investigación. Una estrategia es la que llaman *Top-Down*, quiere decir de arriba hacia abajo. La segunda estrategia, *Bottom-Up*, es de abajo hacia arriba.

¿Qué quiere decir esto? Que si uno parte de fenómenos o estructuras, que uno puede observar que tienen cierto grado de complicación o complejidad y va descendiendo desmenuzándolas en sus componentes más elementales está haciendo *Top-Down*, de arriba hacia abajo. Si hace lo contrario, si parte de elementos o de estructuras simples, o de estructuras elementales y va construyendo a partir de estos elementos estructuras más complejas, entonces está haciendo la otra estrategia.

Imagínense que está dibujado en el pizarrón una flechita que va hacia abajo y otra que va hacia arriba. Un poco más formalmente definido esto, podríamos decir que cualquier elemento de un nivel i, un nivel cualquiera, en la estrategia *Top-Down*, no tiene influencia sobre un elemento de un nivel superior, pero sí sobre un elemento de un nivel inferior. Es decir, irradia hacia abajo. En la estrategia *Bottom-Up* va a ocurrir la inversa, es decir que un elemento de un nivel i no va a tener influencia sobre un nivel inferior, sino que va a tener influencia sobre los niveles superiores. Es decir, irradia hacia arriba.

Vuelvo a Freud y Cajal. Freud partió de fenómenos complejos, de los síntomas, de los sueños, y fue desmenuzándolos, analizándolos, descomponiéndolos, en elementos más simples, los recuerdos y los mecanismos que regulan la forma en que se relacionan los recuerdos entre sí. Pensé que era defendible decir que Freud había optado por la estrategia *Top-Down*.

Cajal, en cambio, es el creador en su época de una teoría, la teoría neuronal, a partir de las tinciones argénticas, un método inventado por Golgi. Aplicándolo él dice que el cerebro no es toda una masa, está formado por pequeñas unidades que son las células, que las llamó neuronas, que se ponen en contacto entre sí, pero no un contacto físico porque no llegan a tocarse, y ese punto donde se ponen en contacto se llama sinapsis. Partió de la neurona y siguiendo la agregación de neuronas, sumando neuronas, entró a armar esto que es el cerebro.

También habría que señalar que Cajal no solamente creó la teoría neuronal, que competía con la teoría del sincicio —se creía que el cerebro era todo una masa sincicial, una especie de red— sino que también fue el primer conexionista —decía de que todo dependía del modo en que estaban conectadas las neuronas—. En este sentido competía con Wernicke, quien decía que el cerebro tenía localizaciones muy precisas.

Bueno, ustedes ven a estos dos hombres, Freud y Cajal, eligiendo estrategias totalmente distintas. Freud va de los síntomas, los sueños, a los recuerdos elementales que los componen, y Cajal va de las

neuronas a las estructuras más complejas del cerebro.

Sin duda alguno de ustedes está pensando lo siguiente: Freud empieza con ideas complejas y termina con elementos ideativos también, mentales también, psicológicos también, simples, no termina en neuronas. Y a Cajal le pasa lo mismo, empieza con neuronas pero no termina en ideas, termina en conjunto de neuronas.

Claro, aquí para justificar por qué considero que estos dos hombres fueron la raíz del proyecto de investigación científica de la mente, creo que debían satisfacer una condición más, que los dos tenían la visión completa del problema. Es decir que tenían la visión tanto de la estrategia *Top-Down*, como de la estrategia *Bottom-Up*, de la estrategia que baja como de la estrategia que sube. Pero en su tiempo no tenían ninguna posibilidad de llevar la interacción de las dos estrategias a un nivel experimental; entonces la única posibilidad que tuvieron fue desarrollar la interacción de las dos estrategias a un nivel ideal. Este es en Freud el "Proyecto de una psicología para neurólogos", donde él no parte del síntoma, o el sueño, o el recuerdo, o el *lapsus*, que son entidades complejas, sino que la primera palabra de la que va a partir es la neurona. Es el ensayo donde él pone sobre el tapete la posibilidad de desarrollar la otra estrategia. Pero obviamente no lo publicó porque no había forma de llevar la posibilidad de conectar las dos estrategias a un plano experimental, era solamente ideal. Entonces eligió una.

Lo mismo le pasó a Cajal al revés, cuando en sus escritos Cajal dice que los pensamientos son el aleteo de las neuronas por ejemplo, usa imágenes poéticas hermosísimas. Los dos exploraron las dos estrategias hace cien años, eran contemporáneos, y los trabajos de ellos son casi contemporáneos con mes y día de contemporaneidad, de simultaneidad; los dos eligieron cada uno una estrategia, pero quedó para el futuro la posibilidad de desarrollar la interacción de las dos estrategias.

Lo que está ocurriendo en nuestro tiempo, diría en un sentido más riguroso en los últimos cinco años, es decir lo que está ocurriendo a finales de la década del ochenta y a comienzos de la década del noventa, es que el desarrollo de la tecnología permite abordar un tercer nivel, que es la interacción entre estas dos estrategias. La posibilidad de que estas dos estrategias interactúen es la gran esperanza de resolver la aislación en la que tuvieron que desarrollarse hasta ahora la estrategia *Top-Down* y *Bottom-Up*.

¿Y cómo ocurre esto? Lo que cambió fue lo siguiente, la vieja concepción de tratar de poner en correspondencia los fenómenos psíquicos con los fenómenos del cerebro no funcionó, nunca funcionó, tampoco funciona ahora. Lo que ahora funciona es lo siguiente: los fenómenos que nosotros llamamos psicológicos son fenómenos muy complejos, y lo que podemos detectar con la tecnología que tenemos ahora es que —me voy a detener en un punto para aclarar— ella nos permite observar comportamientos o funciones de carácter mental en tiempo real, mientras están transcurriendo, observar qué es lo que ocurre en el cerebro de esa persona que está realizando esa tarea.

Y lo que podemos ver, a través de técnicas de imagen, es que las funciones se descomponen; es decir, lo que podemos observar en el cerebro son las funciones más elementales. Las funciones complejas resultan de la interconexión de distintas zonas —para una misma tarea cognitivo-emocional cualquiera intervienen muchas zonas— y la interconexión de estas zonas es la que genera el nivel de la complejidad que se nos presenta a la observación.

Por primera vez, entonces, podríamos decir que podemos encontrar una vía para comenzar a explorar en forma directa y experimental desde la asociación libre, y desde el "Proyecto" en forma simultánea.

De esto es de lo que se ocupan, dicho en otras palabras, en neurociencia actual. Desde ya la neurociencia actual es absolutamente inseparable del psicoanálisis, y creo que algunas razones deberíamos buscarlas en el origen, en las raíces del proyecto de investigación sobre la mente humana.

Quisiera señalar que hay dos antecedentes para Freud y para Cajal. Uno es Darwin, que observó sistemáticamente conductas y del que se desprende, o abre la posibilidad de la psicología experimental, es decir de la observación de conductas en laboratorio, y de la etología como observación de la conducta en la naturaleza.

El otro es Broca que, en 1864, es decir unos cuarenta años antes de Freud y de Cajal, hace el primer nexo entre una función y el cerebro. A partir de un paciente que entendía lo que se decía pero que no podía hablar termina diciendo que hablamos con el hemisferio izquierdo.

Voy a agregar que un neurocientífico, J. M. Barkow, escribe un artículo que se publica en junio de este año, donde plantea que la interacción entre las personas es una de las funciones más importantes que debemos preocuparnos por comprender. Su hipótesis es que esté ligada al formidable conexionado, a la muy grande capacidad computacional del cerebro humano respecto al cerebro de otros mamíferos.

Esto, el componente social, termina de completar las tres condiciones que hay que satisfacer para poder hablar de la investigación de la mente humana, que son las relaciones entre cerebro, mente y comportamiento social. Si no se satisface alguna es difícil que poda-

mos sostener que estamos hablando de la mente humana. Si sacamos una, podríamos encontrar ejemplos en lo que sería el comportamiento inteligente de mamíferos superiores, pero no mente humana. Y en este sentido, el lugar que ocupa la interacción entre los individuos es absolutamente central en el psicoanálisis.

Voy a llegar a un último punto. Es posible que este proyecto esté transformando las nociones, conceptos y categorías tradicionales, tanto de la psicología, del psicoanálisis, como de la psiquiatría; este proyecto en marcha está ya realizando estas transformaciones. Y las posiciones acerca del futuro de este proyecto son terreno de lucha filosófica; los filósofos se suben al ring y sostienen luchas bastante fuertes, diría, en el mejor sentido.

Básicamente, en un lado del ring están los que creen que existen dos tipos distintos de naturaleza, la naturaleza física y la naturaleza de lo mental: los *dualistas*. Los que están en el ángulo opuesto del ring, los *materialistas*, dicen que todas las teorías psicológicas finalmente serán reducidas a una teoría materialista. Hay otra posición que está vinculada a privilegiar la organización de los sistemas, que es el *funcionalismo*. Y finalmente una cuarta posición —estoy esquematizando mucho— que es lo que se llama el *materialismo eliminativo*, que dice que todo lo que sabemos, todas las categorías y los conceptos de la psicología y el psicoanálisis tradicional, la *folk psychology*, no son científicos y son totalmente falsos y van a ser eliminados por los nuevos conocimientos.

La lucha continúa, en muchos puntos creo que esta lucha va a ser resuelta por la simple marcha del proyecto; en la medida en que el proyecto de investigación avanza va a ir resolviendo muchas preguntas. Y muchas preguntas probablemente no sepamos y no haya modo de saber si serán resueltas o no. Mi posición particular es que no habrá un partido final, no habrá una final, habrá una serie de batallas parciales, pero van a transformar mucho la manera y el paisaje que vemos cuando miramos a la psicología y miramos a la mente humana.

Creo que esto ya está ocurriendo, pero que en los próximos años va a ocurrir en forma mucho más significativa y notable.

Nosotros, los psicoanalistas, formamos parte de este proyecto, lo sepamos o no, así planteado. Desde un comienzo, en nuestra actividad cotidiana, estamos participando de las vicisitudes y del desarrollo de este proyecto de investigación sobre la mente humana a nuestra manera. Y creo que es absolutamente imposible que nos mantengamos al margen de la evolución, de lo que va a producir y de lo que

está produciendo este proyecto, porque está transformando la clínica, tanto en los aspectos nosográficos como diagnósticos; las entidades clínicas están siendo transformadas.

Y, si hablamos de los problemas técnicos, creo que responden a factores que son externos, ajenos, pero que tienen mucha importancia. Cuando Córdoba planteaba la preocupación por los pacientes, yo diría que allí intervienen factores de carácter social y socioeconómicos, y muchos otros factores también, en el modo en que evolucionan los sistemas de creencias y de comportamientos de las sociedades. De manera que en ese sentido sí tendremos que acompañar todo este proceso que tendrá sus puntos altos y bajos dependiendo mucho de la capacidad que tengamos para poder comprenderlo y acompañarlo.

Pero esto es un problema totalmente distinto, y yo soy totalmente optimista respecto del progreso del psicoanálisis, de que estamos avanzando en la comprensión de lo que es la mente humana, que nuestra actividad es una contribución absolutamente única, indispensable e insustituible para este proyecto científico experimental sobre la mente humana.

GREGORIO KLIMOVSKY: Como ustedes saben no soy psicoanalista, vengo de dos campos totalmente distintos, el de la lógica y el de la epistemología, y sería una osadía de mi parte que deslizara pensamientos acerca del futuro del psicoanálisis. Por lo pronto, del aspecto clínico, del aspecto terapéutico, me falta algo muy importante que es la consustanciación con la tarea y también la apreciación de sus cualidades positivas y de su proyección en el ambiente en que vivimos. Y esto es demasiado como para poder tomar el psicoanálisis como si fuera una sola cosa y de ahí derivar alguna opinión acerca del futuro.

El propósito, entre paréntesis, de establecer una ponderación acerca de las bondades o fracasos del psicoanálisis como terapéutica, es un asunto que, creo, nunca ha sido bien investigado sistemáticamente, salvo casos como por ejemplo la investigación en la clínica de Robert Wallerstein, acerca de si después de haber dado de alta a los pacientes hay o no recidivas. Pero realmente resulta muy difícil a veces, ponderar con los métodos que uno dispone cuáles son realmente las excelencias o no de una terapia.

Se podría suponer, como por ahí se insinuó en una de nuestras exposiciones, que cuando llega el comienzo de año, en marzo uno puede temblar por lo que puede ocurrir acerca de la presencia o ausencia de los pacientes, pero en realidad este mismo problema, que podría tomarse como indicador del valor epistemológico y práctico de la tera-

pia psicoanalítica, creo que evidentemente presupone un problema bastante más complicado.

Puede suceder, cosa nada rara en nuestro país, que a la gente se le haya terminado el dinero, eso no tiene absolutamente nada que ver con las cualidades epistemológicas del psicoanálisis, como ocurre en una serie de campos de la labor y de las funciones de trabajo en la Argentina, donde puede ocurrir lo mismo.

Por consiguiente, y después de hacer esta reflexión, la pregunta es qué podría decir yo como epistemólogo acerca del futuro del psicoanálisis. Creo que poco, y en realidad no debería hacer siquiera la menor insinuación al respecto, entre otras cosas porque comparto en este punto una observación muy conocida de Karl Popper acerca de la imposibilidad de hacer pronósticos a mediano y largo plazo.

Porque realmente son tantas las variables que se conjugan en los fenómenos humanos de tipo político y cultural, que con lo que dispone uno en un momento dado puede ser hasta imposible adivinar para qué lado va la resultante. De eso me he convencido definitivamente considerando que cinco años antes de la caída de la Unión Soviética, ni Gorbachov, ni la CIA en Estados Unidos previeron lo que iba a ocurrir. Recibí cartas de Estados Unidos en aquel entonces, que contaban que realmente las autoridades norteamericanas no sabían qué hacer con eso del *Glasnot* y la *Perestroika*, y no entendían para qué lado podía andar la cosa. Bueno, anduvo por donde todos ustedes saben, y se trataba de un pronóstico a cinco años.

La razón que hay en la dificultad de hacer pronósticos es que el derrotero de los fenómenos sociales, y de los fenómenos culturales y científicos, depende, muchas veces de un descubrimiento científico, y nosotros no podemos hacer la previsión de cuáles van a ser los descubrimientos científicos del futuro. En el año 1935, por ejemplo, nadie sabía que se iban a inventar las computadoras tal como nosotros las conocemos, y nadie sabía aún en el momento en que se produce el fin de la Segunda Guerra Mundial que se iban a inventar los transistores, por lo cual lo que disponemos ahora, el mundo de la informática y la capacidad de utilizar modelos de simulación informáticos transforman en experimentales ciencias que hasta hace poco no lo eran; desde el punto de vista del método científico el panorama ha cambiado bruscamente. Y realmente tenemos que pensar las cosas, sea cualquiera la dirección teórica que se tome, en función de nociones como modelos, simulación, estructuras, análisis de estructuras; cosa que no se ha filtrado todavía en muchas disciplinas —se va haciendo poco a poco— y no perdería la ocasión de decir que salvo algunas excepciones que se van haciendo cada vez más intensas, no se ha hecho presente en psicoanálisis.

De manera que, con respecto al futuro del psicoanálisis, tengo la esperanza de que las nuevas metodologías que existen en ciencia actualmente cambien la artillería para pensar, para experimentar, para ponderar lo que nosotros hacemos. De todos modos, si bien no haré pronósticos, puedo tratar al menos de reflexionar sobre el aspecto teórico del psicoanálisis, que como epistemólogo es el que a mí me ha preocupado. Y vamos a admitir, por el momento, que existe algo que se llama la "teoría psicoanalítica", así en forma general y abarcativa con todas sus modalidades, y que eso es precisamente lo que apareció con Freud.

El problema que se plantea cuando se habla del futuro del psicoanálisis es si esta teoría que apareció con Freud va a permanecer o no como teoría, en el sentido vivo de la palabra, o está condenada a la desaparición porque nuevas teorías articuladas con conceptos y estructuras lógicas muy diferentes van a tomar la temática desde otro punto.

Se podría considerar, por ejemplo, el caso de la psicología cognitiva, que es una artillería bastante diferente para pensar el fenómeno de la conducta humana, y que, respecto del psicoanálisis en el actual momento, tiene la ventaja de que está mucho más próxima a los cambios metodológicos, que citamos recién acerca de la informática, y que quizás tenga asegurado un camino más exitoso.

Es verdad también, y vale la pena tenerlo en cuenta respecto de la pregunta acerca del futuro del psicoanálisis, que se puede ver algo significativo por ejemplo en el libro de H. Erdelyi sobre la psicología cognitiva de Freud, de editorial Labor, donde se muestra que una serie de descubrimientos de la psicología cognitiva contemporánea fueron anticipados por Freud, y que habría que considerar a este —como a veces se dice— como un precursor de algunos hallazgos, investigaciones e ideas que están en este campo.

Pero el problema que se plantea y que hay que contestar es: ¿qué va a quedar del psicoanálisis?, ¿va a desaparecer?, ¿o de alguna manera va a permanecer, a pesar de los cambios, complementaciones y transformaciones que en el campo teórico puedan darse?

No es fácil contestar esta pregunta. Si ustedes me permiten, yo tendría que hacer una analogía con otro campo, que es el campo de la física. Como ustedes saben la física sufrió una transformación, una revolución cualitativa descomunal cuando Newton escribió los *Principios Matemáticos de la Filosofía Natural*, y con una serie de concep-

tos y estilos de investigación cambió cualitativamente de forma drástica la manera en que se hace física.

Todos sabemos además, que cuando apareció Einstein en 1905 con sus trabajos sobre relatividad se consideró que había habido una nueva revolución y que Newton, de alguna manera, salvo para casos prácticos, había sido eliminado en función de una nueva teoría que pensaba las cosas de una manera diferente.

Vale la pena analizar este ejemplo por lo siguiente; es verdad que la teoría de la relatividad y todas las transformaciones que vinieron posteriormente cambiaron radicalmente la física, pero en un cierto sentido todo lo que después se hizo estaba basado precisamente en el tipo de ideas que Newton había traído consigo. La teoría de la relatividad es una especie de cambio en el que uno reconoce la fisonomía newtoniana; conceptos como el de fuerza, el de masa, el de velocidad, inercia, están presentes también en Einstein.

Entonces, se podría considerar que las nuevas teorías serán todo lo revolucionarias que ustedes quieran, pero si Newton no hubiera aparecido —ciertos conceptos básicos a los cuales no podemos renunciar de ninguna manera, aunque se vayan transformando de algún modo en la época contemporánea— las novedades einstenianas no podrían haberse dado.

Es interesante esto porque lo que entreveo, con respecto al psicoanálisis, quizás coincidiendo con algunos puntos que acá se dijeron, es que la teoría psicoanalítica tal como se dio en Freud va a cumplir, para el futuro y para la historia de la psicología y también de la psiquiatría, y de otras ramas de la cultura humana, un papel bastante parecido al que cumplió Newton. Es decir, seguramente vendrán grandes transformaciones que cambiarán la teoría psicoanalítica.

Me atrevería a ver esto como inevitable, porque después de todo basta echar una ojeada a la historia de la ciencia para ver que eso pasa fatalmente; lo entrevió el mismo Freud que en un párrafo escrito en uno de sus últimos trabajos dijo: "Después de todo hay que tener en cuenta que el psicoanálisis es una hipótesis, es una teoría constituida por hipótesis, y tarde o temprano tendrá su fin como teoría que se ocupa de la conducta humana". Aunque seguramente él pensaba que eso ocurriría dentro de 700 años —supongo yo—, y que habría un largo período y porvenir para el psicoanálisis.

De todos modos me parece que lo que Freud no profetizó es el hecho de que lo que vendría después de alguna manera conservaría el impulso y cierto tipo de conceptuación inicial, como ocurrió en las relaciones de la teoría de Newton con las teorías posteriores.

Esto me lleva a la siguiente meditación: creo que hay que tributar un homenaje al psicoanálisis freudiano y a las tradiciones que lo continúan bastante fielmente, con todos los cambios y adiciones notables que se han hecho, por ejemplo 1950, para fijar una fecha en que uno empieza a ver algunos cambios cualitativos.

Lo que está mal, que me parece que sigue viéndose de alguna manera como característica del pensamiento y del modo de investigación dentro del psicoanálisis, es que todavía gran parte de los escritos de investigación psicoanalíticos son en el fondo exégesis, tareas de carácter interpretativo acerca del pensamiento de Freud y cómo este se adecua o no a cierto tipo de clínica o a cierto tipo de experiencia. Eso me parece peligroso, porque si tal cosa adquiere demasiada influencia en el desarrollo de una disciplina se transforma en un impedimento.

No recuerdo quién fue de los filósofos contemporáneos —creo que fue Bertrand Russell entre otros—, que observó que el progreso de una disciplina implica de alguna manera dos estrategias: gran respeto para el creador, y segundo, tirarlo por la ventana, para que efectivamente se tenga la libertad de espíritu para reacomodar los conocimientos a lo que viene a continuación.

Entonces, el porvenir del psicoanálisis, me parece, si uno lo ve desde el punto de vista de la epistemología, tomando en cuenta los datos de la historia de la ciencia, tendrá bastante que ver con la flexibilidad y apertura que los psicoanalistas tengan para no pensar que Freud fue algo así como el ayatollah Komeini, y que en realidad cualquiera que no esté vinculado más o menos directamente a ese tipo de pensamiento es un infiel contra el cual hay que hacer la guerra santa.

Aprovecho para decir que la guerra santa contra los infieles en el campo psicoanalítico curiosamente se está dirigiendo contra Freud mismo en particular, porque una de las cosas que ha ocurrido, y que me parece realmente desgraciada, es que se está transformando al psicoanálisis en una especie de teoría semiótica o una suerte de capítulo de la lingüística y, como recién se insinuaba desde otro punto de vista, se está planteando esto como si todo intento reduccionista fuera algo pecaminoso, algo que transforma lo que es espiritual en una cosa meramente material, cientificista, o que destruye el verdadero objeto del psicoanálisis. Creo que tal como se van dando los descubrimientos fisiológicos por un lado, informáticos por el otro lado, los de la psicología cognitiva, no es eso lo que pasa.

Y respecto de esto que estoy tocando, de paso sea dicho, conviene hacer notar que en la historia de la ciencia también se ha presentado

a veces este tipo de situación ambigua con respecto a las relaciones que una disciplina tiene con otras disciplinas. Como ustedes saben, cuando apareció la termodinámica, la idea era que había algo totalmente distinto respecto de la mecánica newtoniana, aparecía el calor como una nueva forma de energía, un nuevo tipo de sustancia, y esto podría interpretarse como un nuevo campo que se escapaba de la mecánica y dinámica newtoniana y del modelo del universo como una máquina.

En cierto modo hay que reconocer que fue una revolución científica notable, siglo XVIII y siglo XIX, hasta que aparecieron algunas personas como Maxwell, Boltzmann y otros, que mostraron que era posible la reducción de los conceptos termodinámicos a conceptos mecánicos.

Esto, hoy día ya no es tan útil como fue en su momento, pero alguna cosa ha quedado. No hay que asustarse de que en el campo de la psicología los problemas de semiótica, los problemas mentales, los problemas de la conducta, admitan también una reducción en la que intervengan la neurociencia, la fisiología, la informática, la psicología cognitiva. Y en este sentido el porvenir del psicoanálisis está bastante ligado y hasta dependiente de cuáles sean las estrechas relaciones que como disciplina tendrá con las otras; y no esta especie de fundamentalismo que se ha dado especialmente en la llamada escuela francesa, en la que uno nota que cualquier intento de ligar el psicoanálisis como disciplina con todo el desarrollo de la ciencia en otros campos, es algo así como una herejía y un peligro pecaminoso para la investigación y para la autenticidad de este tipo de disciplina.

Aquí también hay que notar, de paso sea dicho, que la cuestión del reduccionismo se entiende a veces al revés. Hace poco he leído un artículo de Mario Bunge, en el que sostiene que el defecto del psicoanálisis —fíjense lo que dice— es que Freud y sus discípulos han sostenido que en realidad los fenómenos psicológicos son de índole metafísicamente mental, y esto en un momento en que todo el mundo sabe —dice él— que lo que existe es la materia y lo psicológico es únicamente una función del cerebro. Esto es decir algo que ni Freud dijo, y que no se ha demostrado nunca.

Freud, vale la pena hacerlo notar porque esto tiene implicaciones de carácter metodológico, fue muy cuidadoso respecto del problema del materialismo y del dualismo. Él era materialista y no cesó de señalar que él se ubicaba como lo que hoy día llamamos un materialista ontológico, que creía efectivamente que todo era reductible a la materia y esto por distintas razones. Después de todo era un hombre del siglo XIX y esta idea estaba muy arraigada en aquel entonces. Pero era lo suficientemente cuidadoso como para no tomar partido en la construcción de su teoría respecto a este particular.

Y la teoría psicoanalítica, no los modelos didácticos analógicos que él utiliza para expresarse, la teoría como él la construye está constituida por términos teóricos de los cuales no se dice que la interpretación sea dualista o sea monista, eso queda abierto para una investigación ulterior; lo que a él le interesa es que los conceptos que el psicólogo utiliza, o que el psicoanalista utilice, estén suficientemente caracterizados por las relaciones interteóricas que la teoría psicoanalítica constituye. De manera que el significado de las palabras en psicoanálisis está dado por la teoría psicoanalítica; en ese sentido el psicoanálisis es autónomo respecto de las posiciones filosóficas.

Si admite o no una reducción ese tipo de teoría es al mismo tiempo problema filosófico, el problema del dualismo versus materialismo, y al mismo tiempo problema científico, que está ligado al tipo de investigaciones que recién Issaharoff de alguna manera señalaba.

Este tipo de consideraciones darían para mucho, pero, como ya dije, no quiero hacer proyecciones sobre el futuro del psicoanálisis porque, siguiendo un poco la idea de Popper, me parece muy difícil o imposible, quizás atrevido, decir qué nuevo tipo de descubrimiento o de variable hará que la marcha de la ciencia vaya por tal costado y no por otro. De todas maneras, lo que se ve es que, sin una actividad interdisciplinaria y un tipo de investigación y de cuidado comparativo y al mismo tiempo relacional con otras disciplinas, el psicoanálisis corre el peligro de transformarse en una provincia fundamentalista, que va a obtener poco descubrimiento y poca incidencia en lo que viene. Se advierte, por lo que ha sucedido en la propia física, química, biología y otras disciplinas, el carácter global interdisciplinario que tiene todo el conocimiento.

Repito que esto no es un pronóstico, pero de todas maneras en forma un tanto escondida sí, porque tengo la impresión de que si no se toman ciertas precauciones en las fuentes del conocimiento y en la apertura espiritual de los que de alguna manera investigan en psicoanálisis, el porvenir del psicoanálisis puede ser un empobrecimiento tal que finalmente tenga su proyección y consecuencias en su actividad práctica. Y sobre todo en la consideración que el público y el ambiente científico pueda tener sobre ese tipo de actividad.

JORGE SAURÍ: Creo que todos, más o menos de entrada, nos preguntamos qué es hablar del futuro, lo cual creo esencial para poder centrar

el problema que se ha traído aquí. Hablar del futuro es hablar de lo que aún no es. Es una cosa evidente, el futuro no es; y lo que no es, es lo posible, es aquello que va a suceder, pero no sabemos lo que va a suceder. Y lo que va a poder suceder puede tener dos características, que llamamos el advenir o el porvenir. Puede advenir, y le advino al análisis, que fue prohibido en muchos lados, que fue repudiado por muchos medios, y que en otros lados se lo considerara como la panacea, como el único modo de pensar, como transformándose en una escuela de pensamiento global. Lo que va a advenir dependerá, en todo caso, de la situación en la cual esa disciplina va a estar puesta.

Pero también todos nosotros tenemos un porvenir. Nosotros por ejemplo vemos una chica que canta bien, que tiene buena voz, que tiene gusto por la música, y decimos que quizás pueda tener un porvenir como cantante. El porvenir depende de la organización de aquello que se está desarrollando.

Diría, entonces, que hoy nosotros nos tendríamos que preguntar, más precisamente, por el armazón del psicoanálisis, que nos va a poder permitir entrever cuál va a ser ese porvenir.

Hablar del porvenir es, por lo tanto, hablar de aquello que constituye la estructura misma —hablaba recién de armazón—, las líneas en las cuales se va desarrollando a partir del hoy, la dirección en la cual los procesos van teniendo lugar. Si nos preguntamos por eso, entonces van a surgir también otros problemas. Hablar del futuro es hablar de lo porvenir, de lo que podrá suceder, pero eso que podrá suceder nosotros de alguna manera vamos a poder, no diría saberlo, como bien lo señaló Klimovsky a raíz de Popper, pero más o menos prever, intuir, barruntar, qué es lo que va a pasar. Pero esos juicios que hacemos barruntando las cosas, esos juicios que hacemos teniendo una información incompleta acerca de algo, eso se llama la *conjetura*. Podemos *conjeturar* lo que va a suceder con el psicoanálisis, pero nunca decir lo que va a suceder en forma definitiva. Para poder conjeturar, entonces, nos vamos a tener que ver con esa armazón del psicoanálisis.

Quizás convenga seguir el consejo de Husserl y partir de las cosas mismas, y señalar solo tres o cuatro puntos que en mi criterio son básicos en la configuración del psicoanálisis.

Primero, el psicoanálisis se presenta en un momento en que entra en cuestionamiento la modernidad. Junto con Marx y con Nietzsche, Freud fue uno de los grandes cuestionadores de la modernidad y del rol central del sujeto. Esto surge a raíz de que aparece un cambio en el procedimiento.

Freud viaja a París a estudiar con Charcot, y de entrada, lógicamente, él se dedica a la práctica de la hipnosis. Pero de pronto descubre que no es tan necesario "ver" como es necesario "escuchar". Esto significó un cambio fundamental en la práctica y en la asistencia de los pacientes. Charcot se definía a sí mismo como un fotógrafo de las enfermedades. Había psiquiatras importantísimos como Magnan, que cuando le preguntaban si él escuchaba a un paciente decía "no, si es cosa de locos lo que dice, para qué escucharlo"; es decir, lo que se buscaba era una suerte de fotografía, una suerte de descripción bien determinada y bien definida de lo que se podía ver.

Freud descubre otra dimensión; ya se conocía esa dimensión, pero Freud la lleva al campo de lo científico: se descubre "la escucha". Ustedes saben que la escucha va más lejos que la mirada. Hay todo un espacio de la escucha que hace que yo pueda saber que existe alguien, por ejemplo, detrás de esa puerta gracias a que oigo lo que dice. Pero si está detrás de esa puerta lo que pasa es que me voy a encontrar con algo desconocido, no sé quién es el que está hablando, voy a percibir lo que dice, y voy a percibir lo que escucho.

Se me ocurre acá un símil —aquellos que recuerden la revista *Patoruzú* sabrán entender—: el indio Patoruzú pone la oreja en el piso y con eso oye lo que no puede ver. Esa fue una práctica constante en el espionaje, por ejemplo. Los romanos enviaban a sus *auscultatori*, a escuchar los ruidos del enemigo, y ellos después venían con los datos. Y esos datos se interpretaban.

Es decir que cuando yo escucho algo me encuentro con dos problemas: primero oigo palabras, oigo discursos; puedo interpretar esos discursos o, mejor aun, tomarlos como objeto de estudio en dos dimensiones; puedo hacer lo que se hace a partir de de Saussure, fijarme en el aspecto semiótico del problema, que es un poco lo que hace la escuela lacaniana, con sus ventajas y desventajas (como sucede siempre). Ciertamente la desventaja está que por allí se va a desencarnar un poco el problema del paciente y podemos caer así en el océano terrible de la teorización formalista.

Otro aspecto, en esto no hago sino repetir a Ricoeur, es el semántico. Nos preguntamos qué dice, no cómo lo dice, sino qué dice.

En realidad estoy esquematizando un poco, tampoco se puede decir que el lacanismo ignore el aspecto semántico, pero ciertamente prefiere el aspecto semiótico.

Entonces, cuando me pregunto qué dice, surgen dos cosas: que la palabra tiene un significado manifiesto, y también que esa palabra tiene un significado oculto, enmascarado, que puede querer decir otra

cosa. Es una experiencia diaria, por ejemplo decimos que esta persona tiene un aspecto agradable, y ya nuestro gesto está mostrando que la palabra "agradable" no quiere decir lo que en el consenso habitual se entiende por agradable, sino otra cosa que no nos atrevemos a decir pero que estamos insinuando. De alguna manera estamos nuevamente en un juicio conjetural.

La etimología sirve a veces para aclarar las cosas. "Conjetura" viene del latín, del verbo *iaco*; *coniaco* era la palabra latina sinónimo de *simbolon* en griego; es decir, lo conjetural tiene que ver con lo simbólico. La palabra es simbólica.

El conocimiento que podemos tener de aquello que el discurso, o la ilación de las palabras en frases, no dice, pero que nosotros de alguna manera interpretamos, es simbólico, siempre es conjetural. No podemos decir que es *evidente*, como reclama la ciencia.

Ciertamente el psicoanálisis tiene notas de cientificidad pero —como lo dice Klimovsky en un artículo que estaba leyendo hace poco—, no se le puede pedir que tenga los mismos caracteres de cientificidad que por ejemplo pedía el Círculo de Viena; es otro tipo de enfoque, que lleva a otro tipo de situación.

Entonces resulta que la segunda línea estructural ya no es solo la escucha y el discurso, por lo tanto la valoración de la palabra, sino que es la interpretación. Pero la interpretación psicoanalítica no es sino una modalidad de las tantas interpretaciones que podemos dar los seres humanos a los hechos, es una modalidad que se desarrolla en función de un cierto código; es decir, la interpretación psicoanalítica es una hermenéutica.

Como ustedes saben, la hermenéutica puede ser de muchos tipos. Gadamer en el momento actual está desarrollando y propugnando una hermenéutica histórica donde la tradición es fundamental. La hermenéutica ha sido un modo que el cristianismo ha usado para interpretar las Sagradas Escrituras. La hermenéutica se puede usar de muchas maneras.

La hermenéutica psicoanalítica es una hermenéutica que responde, como todas las hermenéuticas, a un código. El código es el conjunto de reglas con las cuales emitimos un mensaje o inscribimos un mensaje. Es decir, podemos suponer que lo que nos dice nuestro paciente es una suerte de texto que de alguna manera nos llega a nosotros y tenemos que decodificar. Sabemos que hay dos reglas básicas para decodificar, Freud las señaló, la condensación y el desplazamiento. Si quieren ponerlo en la jerga lacaniana[2] hablaremos de metáfora y metonimia.

Fíjense, una de las líneas de estructura es la valoración de la palabra. Y esa valoración de la palabra hace que el análisis de pronto descubra la dimensión de la semántica y de la semiótica. Recuerden que hoy día pensadores de la talla de Heidegger o de la escuela inglesa de filosofía del análisis del lenguaje, estuvieron y están trabajando en el mismo tema, esto es, en el tema del lenguaje.

El primero o el segundo número de la revista inicial de Lacan, *La Psychanalise* tenía la traducción hecha por el mismo Lacan de un artículo de Heidegger que se llamaba "Logos" (acerca de la palabra, del pensamiento acerca de la palabra). Esa es una primera dimensión en la cual un cierto porvenir del psicoanálisis está en coincidencia con ciertas disciplinas que se están desarrollando en el momento actual.

Nos damos cuenta, por otra parte, que también el psicoanálisis de alguna manera va a tener que converger con todo el pensamiento acerca de la hermenéutica que hay en el momento actual. Sucede que cuando interpretamos en psicoanálisis podemos caer en una suerte de terrorismo interpretativo; Foucault lo capta muy bien cuando señala que la interpretación psicoanalítica está encausada por dos situaciones: una es lo que podríamos llamar "nihilismo interpretativo". Foucault dice que si vamos sacando capa por capa todo lo que significan las cosas, en un momento nos quedamos sin las cosas —lo mismo que pasa con una cebolla, cuando vamos sacando catáfila por catáfila nos quedamos sin cebolla—, y en un momento caemos en el nihilismo. La otra, en el bando opuesto, es el dogmatismo psicoanalítico; aquello que hace que ciertas ortodoxias obliguen a que las cosas tengan que ser necesariamente interpretadas de esa manera y no de otra. Pero, ciertamente, es dentro de esa vía un poco terrorista que el psicoanálisis está constantemente desarrollándose y desplegándose. ¿Qué significa esto? Significa que el discurso que escuchamos no solamente puede ser interpretado como lo interpretamos, sino también tiene otras interpretaciones posibles. Esto es, el saber que nosotros adquirimos no es definitivo ni es el único que puede decodificarse a través del discurso del paciente.

Pero avancemos un tramo, y aparecerá el tercer eje estructural del análisis, el cual nos va a llevar a otra situación.

La palabra, el discurso que escuchamos, tiene un doble significado como tiene todo símbolo, una doble significación. De esa doble significación nosotros elegimos una, la oculta, la enmascarada, que es el objeto de nuestra interpretación. Pero si hay algo que no conocemos, si hay algo que necesitamos interpretar para caer en la cuenta de que existe, eso quiere decir que no somos concientes de eso. El tercer eje

estructural es el concepto de inconsciente.

El concepto de lo inconsciente, como ustedes saben, también ha cambiado bastante. Desde la primera concepción freudiana de que lo inconsciente era lo reprimido, ha ido cambiando. Otros autores, Jung por ejemplo, han entendido el inconsciente de otro modo y han tratado de decodificarlo a través de otro código, por ejemplo los arquetipos.

Lo importante es que, como André Green lo señala muy bien, por más que interpretemos nunca llegamos a agotar la situación; a pesar de que el ser humano anhela siempre llegar a la plenitud, la práctica terapéutica nos dice que nunca llegamos a agotar la situación. También acá se produce una doble manera de hablar del mismo hecho. Podemos hablar del registro de lo real, de lo real imposible que estudia el lacanismo, pero también podemos hablar del objeto perdido que es la cosa típica en el psicoanálisis. Los dos están hablando un poco de lo mismo, están hablando de los límites de lo humano. Pero al mismo tiempo están hablando de una suerte de deseo de algo que anida en nosotros que hace que querramos ir más allá de los límites.

Acá yo creo que se produce una convergencia con una serie de desarrollos fenomenológicos cuando hablan de la trascendencia. Entendiendo por trascendencia el hecho de ir más allá. No la adhesión a una formulación específica de la trascendencia o a una ideología de la trascendencia o un sistema de creencias, eso es otra cosa diferente.

Pero ciertamente el análisis plantea que llegamos a un momento en que los seres humanos no podemos agotar la situación, pero resulta ser que aparece otro problema, que el análisis lo ha desarrollado también, y es que descubrimos la dimensión del otro. El otro no es solamente aquel que está allí, sino que de alguna manera el otro es aquel que nos ayuda como compañero en nuestro peregrinar por la vida.

Ciertas escuelas se refieren aquí al cuidado básico, Balint y Winnicott. Pero el cuidado básico significa que de alguna manera tenemos que ser tutelados por el otro, el tutor es aquel que se encarga de la protección, es aquel que se encarga del cuidado. Nuevamente aquí se vuelve a encontrar el psicoanálisis con la fenomenología y sobre todo con toda esa línea que a partir de Merleau Ponty se desarrolla con el estudio de la función del otro.

Nuevamente el análisis encuentra un camino y la apertura de un horizonte. Que podrá aceptar o no, eso va a depender de cómo las cosas se vayan dando, pero ciertamente ese horizonte se abre. Yo diría que la cuarta línea es descubrir que ese inconsciente es un principio de acción, es algo que nos lleva a actuar. Entendiendo por actuación

no solamente lo motor, sino también la forma de sentir, y eso hoy en día se teoriza bajo el nombre de deseo.

Ese inconsciente está de alguna manera hecho de algo así, como podemos ver una escultura que esté hecha de acero, de bronce, o de barro modelado; el psicoanálisis ha descubierto que allí anida el deseo. Curiosamente, también el análisis se va a encontrar con otro viejo concepto que existe en la teología, el concepto de "concupiscencia". La concupiscencia no es ciertamente el rabioso deseo sexual por alguien, la concupiscencia teológicamente significa el mero deseo, y la limitación que el deseo nos va mostrando acerca de nosotros. Es decir, darnos cuenta que si existe el otro y que nuestro deseo es ser tutelado por el otro, tenemos que llegar a entendernos con el otro. Creo que esto se junta con el pensamiento de los que han expuesto acá. Klimovsky habló de la interdisciplina, se hablaron de las neurociencias y se habló de los fenómenos sociales y de la importancia de lo social. Ciertamente el porvenir no está en el desarrollo del psicoanálisis como una teoría monolítica y áulicamente aislada, sino en el encuentro con los otros que en este caso es el encuentro con las otras disciplinas, en un terreno que esté entonado por lo que podemos llamar respeto por la opinión ajena, y que quizás en mi manera de pensar me gustaría más llamar amor por los otros.

DISCUSIÓN

ENRIQUE ASCASO: *La pregunta va a ser breve. Una de las cuestiones que me planteaba es si el tema de la conferencia se podría articular con uno de los postulados básicos del psicoanálisis, que es el concepto de "a posteriori", y cómo la cuestión del porvenir y de la predictibilidad puede funcionar en el psicoanálisis con estos postulados básicos que nosotros manejamos cotidianamente. Si, pensándolo como lo estan pensando ustedes, estos conceptos podrían variar, y cambiar e incidir totalmente en una modificación de la teoría, ¿cuáles serían concretamente aquellos conceptos que ustedes creen que pueden perdurar? Y la otra pregunta estaba dirigida a lo siguiente: el concepto de deseo que se manejó, y el concepto de sujeto del conocimiento, en general son conceptos que nosotros los manejamos de una manera algo distinta, no tanto como sujeto de conocimiento, y tampoco como deseo en forma generalizada. ¿Podrían especificar un poco más estas cuestiones?*

EDUARDO ISSAHAROFF: Creo que no se puede prever el futuro, me parece que no se puede sostener de ninguna manera una previsión del futuro. Lo que hacen las empresas —y la ciencia es una empresa, hacer ciencia es una empresa—, es comprar el futuro, y se compra el futuro invirtiendo en proyectos concretos. Esta es la forma en que se compra el futuro. Esto está muy alejado de los hábitos de nuestra comunidad psicoanalítica, pero la inversión en neurociencia en el mundo en los proyectos que están en este momento funcionando es del orden de los billones de dólares. Entonces uno sabe qué es lo que va a esperar porque ha tomado decisiones políticas de carácter científico, en qué dirección se va a invertir, pone el dinero y la gente trabaja. No hay nada misterioso en esto.

Por otra parte, convengo en que se están hablando temas distintos: está el desarrollo del futuro del psicoanálisis como método de investigación, el desarrollo del futuro de la clínica, y el desarrollo del futuro de la tҿcnica; son problemas totalmente distintos. En la clínica tenemos factores como el desarrollo y la influencia de la neurociencia sobre los cuadros psiquiátricos que ha modificado tanto el diagnóstico de la psicosis como de las neurosis; por ejemplo las neurosis obsesivas y las fobias, la evolución de la esquizofrenia está sufriendo modificaciones muy importantes, y el autismo ya es otra cosa de lo que fue en los tiempos de Kanner.

Mientras que en la parte técnica efectivamente hay factores socioeconómicos muy importantes, aquí cuando Klimovsky decía que no hay investigación clínica y que es necesario ponderar los resultados, existe esto: el grupo de Chicago y de la Norwest University hace muchos años que están desarrollando evaluaciones de tratamientos psicoanalíticos. En la Argentina estamos iniciando el proyecto de evaluar tratamientos psicoanalíticos y resultados de tratamientos psicoanalíticos. Esto se hace a través de todos los métodos de investigación que sean útiles al respecto.

Pero si la gente paga quiere saber para qué paga y qué resultado y cómo se puede evaluar ese resultado, y sobre todo si los que pagan son los sistemas de seguro o los sistemas de salud.

Respecto de qué se va y qué se queda, creo que estamos en medio de una evolución, en mitad de un proceso. Luria decía que este es un experimento inacabado, estamos en la mitad del experimento de manera que hay cosas que se van y otras que quedan, pero esto no significa que sea definitivo; creo que hay grandes transformaciones en categorías y en conceptos básicos.

Freud insiste con que es crucial, en cualquier teoría psicológica,

la teoría de la memoria. Bueno, recién estamos enterándonos de cómo funciona la memoria. Los conceptos de represión, desplazamiento, van a ser seguramente reformulados en la medida en que sepamos de qué se trata la memoria. Porque nosotros hablamos de memoria pero nadie podría explicar de qué se trata la memoria.

Nosotros manejamos muchos conceptos que son cajas negras. Decimos que algo es una identificación, pero por favor, que alguien me diga qué hay adentro de esa caja. En la medida en que vayamos abriendo esa caja van a ir apareciendo funciones, que pueden ser reconocidas, medidas y localizadas en funciones del cerebro; de todo eso no se puede prever qué va a pasar.

Quisiera señalar que efectivamente el enfoque hermenéutico del que se habló ha sufrido muchos embates, y yo no sé si el enfoque hermenéutico a lo Foucault, o a lo Ricoeur, tiene vigencia. Respecto del papel del lenguaje en las terapias hay muchas cosas nuevas, e incluso Chomsky mismo ha renovado totalmente su teoría. Habría un montón para hablar sobre eso, pero lo que quería señalar es que lo que queda del enfoque hermenéutico es muy diferente de lo que había planteado respecto del psicoanálisis tanto Foucault, como Ricoeur. Y Habermas mismo lo reconoció hace muchos años, cosa que nadie se da por enterado, de que lo que él había dicho sobre el psicoanálisis había sido un pecado de juventud, lo dice textualmente.

BENZIÓN WINOGRAD: *Haré dos preguntas, que no pretenden solución inmediata, por cierto. Escuchando al panel uno concluye provisoriamente que hay —a pesar de que los modelos y los niveles de análisis han sido muy diferentes— un cierto consenso en las cuatro intervenciones, y es que el futuro del psicoanálisis, hasta donde se puede prever, necesita una apertura. Comparto eso también. Me parece que la dificultad, sobre todo para el psicoanalista practicante, interesado en el futuro, en sus dificultades y en sus crisis, es definir cuál apertura, cómo y con qué. No pretendo que terminemos de resolverlo. Porque si uno escucha la mesa piensa claramente que en la postura de Issaharoff la apertura tiene que ver con las investigaciones sobre el cerebro. Y me parece sumamente respetable.*

Si uno escucha otras intervenciones, no tanto la de Klimovsky que tomó el asunto desde una perspectiva más global, parecería que la apertura tendría que ver con ciertos ámbitos de disciplinas vinculadas con la hermenéutica. Discusión que está en el plano de los que discuten la epistemología del psicoanálisis: si hermenéutica, si investigación más empírica. ¿A qué voy? A que no está definido qué tipo de apertura y con quién va a ser la más conveniente. Y me parece que

alguna son un poco contradictorias; basta escuchar la última intervención de Issaharoff que dice bueno, se está haciendo tal investigación del cerebro; me parece una postura interesantísima, pero se están haciendo muchas cosas en el campo de la lingüística y en el campo del estructuralismo. Se están haciendo muchas cosas en todos los campos. Entonces, la pregunta es: ¿Hay alguna estrategia para definir cuáles son los productos más interesantes para la postura del psicoanálisis? Esa es la primera. La segunda cuestión es que se habló mucho de la apertura a la interdisciplina, que a todos nos preocupa. ¿Qué pasa con la interioridad, con la intradisciplina? Klimovsky planteaba un poco como síntesis que él iba a pensar con un poco de buena voluntad que hay un psicoanálisis, una teoría psicoanalítica; pero todos sabemos que eso tampoco es muy seguro, no es muy seguro ni siquiera en la obra de Freud, y ni hablar de los desarrollos psicoanalíticos posfreudianos. En ese sentido, con toda la irrespetuosidad que podría implicar, Einstein tenía una tarea aparentemente más sencilla, tenía la física newtoniana (que supongo que no es nada sencilla), pero tenía un corpus de conocimientos más o menos armado. Si a un psicoanalista hoy en día se le propone una información sobre el estado actual de la teoría podría pedir alguna consulta porque el grado de confusión puede ser bastante alto. Entonces, la pregunta es: dentro de las disciplinas, ¿cuáles serían los criterios para discutir articulaciones, para ver si hay un psicoanálisis o cuántos?

LUIS CÓRDOBA: Antes de responder en relación a lo que dijo Benzión Winograd le quiero preguntar algo a Issaharoff. No terminé de entender, cuando hablaba de la identificación que era como una caja negra, si se refería al concepto de identificación y las variables que puede tener en el psicoanálisis, o a aquello que ocurre, ese acontecimiento humano llamado identificación, que creo que es totalmente diferente, y remite a cierta particularidad que supongo otras disciplinas deberán compartir, pero es la particularidad del objeto hacia el cual una disciplina se dirige, hacia donde enfoca.

En ese sentido es obvio —por lo menos para mí— que frente a la pregunta del Dr. Winograd, tan difícil de responder, no deberíamos, como psicoanalistas, intentar dar una respuesta categórica. Algo así como que la pregunta nos haga trabajar. Me da la impresión que todo eso habrá de hacerse seguramente desde un camino un tanto solitario, aunque lo solitario sea entre cinco sigue siendo solitario. Un camino lleno de riesgos, de que se transite, se estudie, se profundice y después no encaje por ningún lado. O que ese grupo, ese individuo, se

haya equivocado en elegir cuál de estas otras disciplinas incorporará y modificará.

Siempre nos queda algo que es como una muletilla entre nosotros, pero que por ahí hay que atenderla también, hay algo que es único e irremplazable, que es ese cuerpo a cuerpo descarnado de la clínica, de la práctica, la situación analítica. Puede ser una guía parcial en este complejo camino.

GREGORIO KLIMOVSKY: Una breve aclaración a Benzión Winograd. Lo que el interesado en información interdisciplinaria tiene que hacer es enterarse en forma global del estado de esa disciplina a la que va a concurrir en su ayuda. No existe algo como tomar una disciplina, como si hubiera una teoría más importante que las demás en las cuales apoyarse.

Eso que Benzión dijo con respecto a Einstein no es cierto, Einstein se encontró en un momento sumamente complicado, con una gran cantidad de teorías rivales, una serie de problemas sin resolver, y realmente con una gran variedad de problemas a reconstruir.

Lo que uno aconseja cuando pide interdisciplinariedad es que se haga aproximación a una disciplina. Si por ejemplo se tratara de lingüística no voy a aconsejar, como algunos hacen, que lean Benveniste, porque realmente es una entre cien escuelas, y yo diría que no precisamente de las más importantes. En particular diría que tiene que leer a Chomsky, que tiene que leer a de Saussure, tendría que leer una gran cantidad de escritores de tipo distinto, no digo que los tendría que estudiar a todos igualmente. Pero hay lo que podríamos llamar una información de localización.

Es como si se le invitara a que se trasladara a un nuevo continente e hiciera de alguna manera una apreciación global en primera instancia de qué se trata, como hace un turista en una primera visión. Luego él se va a enterar leyendo las revistas científicas y las revistas de divulgación, en qué consisten las discusiones, las peleas, las divergencias, y elegirá cuál es el campo que le parece que está mejor apoyado y que mejor puede venir en nuestro auxilio. Así que hay toda una estrategia de la interdisciplinariedad.

D'ALVIA: *El profesor Saurí nos decía que, en algún momento, Freud, Nietzsche, Marx, cuestionaron la modernidad. Me estoy preguntando quién va a cuestionar la posmodernidad, y desde dónde la vamos a cuestionar. Tomando un poco la línea de la mesa, uno podría decir que a la posmodernidad la van a cuestionar las interdisciplinas, o sea, la*

unión de determinadas conceptualizaciones científicas para ampliar el conocimiento. Tengo mis dudas si la van a cuestionar las interdisciplinas o las personas, Freud, Marx, Nietzsche; es decir, individuos que lleguen a complementar ideas que, fundamentalmente, partirán de sus experiencias y de lo que en psicoanálisis conocemos como esquema referencial. Creo que las interdisciplinas pueden aportarnos una serie de elementos, pero va a depender del hombre o de los hombres que se puedan unir todas estas situaciones, fundamentalmente, siguiendo lo que decía Saurí, también, el tema de lo inconsciente. Creo que el psicoanálisis tiene la crisis, por siempre, de lo incierto, porque el inconsciente es lo incierto. Y creo que tenemos que soportar las incertidumbres. Cuáles son los límites de esta incertidumbre es lo que cada uno va a tener que resolver.

PREGUNTA: *Quería decir que en mi experiencia de médico clínico como soy, estoy observando, en los últimos años, que los motivos de consulta psicológicos son mayores que los somáticos. Eso me hace pensar y sentir que soy optimista con respecto al futuro del psicoanálisis, lo que pasa —y si ustedes me permiten— es que el defecto que yo veo acá es el temor que tienen (para utilizar una palabra de mercado de consumo) de que la oferta psicoanalítica sea más grande que la demanda.*

Creo que la demanda está dirigida a un pueblo "cosero". Lo llamo "cosero" porque necesita muchas cosas. ¿Y cómo se entera la gente de las cosas?, de comprar una blusita a 12 cuotas sin intereses, o de un fin de semana en Brasil —o, como en el hemisferio norte, que dicen a la gente "viaje en primera, si no su nuera va a viajar en primera"—.

Creo que hay que incorporar esta interdisciplina de la que se habla y que me parece fantástico; creo que todos se han olvidado de la parte más importante, que es del público que lo puede consumir. Está enterado de que se venden las blusitas a doce cuotas, pero no está enterado de cuáles son las cosas que podría solucionar en el mundo. Cada vez más por los acontecimientos que cotidianamente vemos, va a necesitar de una continencia que le permita vivir sin trasladar a lo somático la angustia cotidiana. Quería decirles eso, me parece que falta comunicación con la gente, la gente no sabe todo lo extraordinario que puede recibir de parte de ustedes.

JORGE SAURÍ: Creo que el psicoanálisis —viéndolo en el contexto cultural en que surge— es un pensamiento de crisis. Creo que la posmodernidad también es un pensamiento de crisis, y como crisis misma también es algo conjetural; de ella va a nacer la pregunta, no

sabemos de dónde lo vamos a poder preguntar. Pero ciertamente por consistir ella misma en una pregunta crítica va a tener que nacer eso. Es decir, lo crítico en general se ocupa de las anomalías, si nos acordamos de lo que dice Kuhn, en las revoluciones científicas, evidentemente hay algo que está cambiando. En un cambio nunca sabemos muy bien a dónde llegaremos. El pensamiento conjetural tiende a eso. En cuanto a que el análisis tiende a la filosofía, sí, pero sobre todo en un aspecto antropológico, tal como yo lo pienso. A la antropología la podríamos ver como un pensamiento que trata de dimensionar lo que dicen las otras disciplinas; lo cual no significa decir lo que señaló con mucho criterio Klimovsky, que porque Einstein haya descubierto cosas nuevas se tiraba por la ventana a Newton.

LUIS CÓRDOBA: Pienso algunas cosas y tal vez el futuro me corrija. Hoy por hoy pienso que, de todas las disciplinas que tienen algo directo con el ser humano, el psicoanálisis es una de las que más sabe. Sabrá poco, pero sabe mucho más que las demás. Hay otra cosa: pienso que cuando insistimos a veces en rescatar los fundamentos del psicoanálisis, el legado de Freud y de toda la historia posterior, no creo que esto nos torne sospechosos —que indirectamente algo así pudo decir Klimovsky— de caer en un provincialismo fundamentalista. Creo que nos cabe este riesgo como le cabe a la química, a la física, a la matemática, a la alta costura, a cualquiera. Otro punto. Pienso que no es privativo de los psicoanalistas tener dificultades para llegar a fin de mes, casi diría que no somos precisamente los más golpeados. Entonces, no creo que esto sea un recurso —a mi juicio— tramposo para cuestionar el psicoanálisis que tenemos. Eso no quiere decir que no podamos tener uno mucho mejor, y entiendo que será mucho mejor; pero sigo pensando que se tiene que armar alrededor de algo de los fundamentos, de los conceptos fundamentales. Entiendo que desde la práctica clínica, pensando nuevamente en lo que dijo Winograd, puede aparecer un camino posible para elaborar estrategias, para ver cómo uno va incorporando otras disciplinas. Entiendo que la complejidad de nuestro objeto de trabajo, el inconsciente y sus características, debería obligarnos a reajustes permanentes tanto en nuestra omnipotencia como en nuestra impotencia. Ni tanto, ni tan poco... Creo que esto también puede llevarnos a veces a apelar a otras disciplinas, como les decía antes, a mi juicio, a veces como huyendo del psicoanálisis.

MIGUEL ANGEL RUBINSTEIN: *Hemos llegado al final de esta reunión; creo que nos ha dejado un marco de moderado optimismo y una cierta sa-*

tisfacción, con muchos interrogantes que a lo mejor seguimos trabajándolos un tiempo más. Les agradezco muchísimo a los señores panelistas y a ustedes que hayan invertido esta mañana en esta reunión.

NOTAS

[1] Profundizar en el sentido de un estudio, una reflexión dura, no conocimiento tipo información.

[2] Jerga no es una palabra que juegue en contra: es el lenguaje que desarrolla un conjunto de individuos, en este caso los cientìficos, para entenderse entre ellos.

Volume

Problemas de ep

En la Universidad de Belgrano, donde fue profesor plenario, dirigió la Maestría en Metodología de la Investigación. Fue profesor titular en el Instituto Universitario de Investigaciones Biomédicas de la Fundación Favaloro. Recibió innumerables distinciones, entre ellas se destacan: Konex de Brillante 1996, Konex de Platino 1986 y Jurado Premios Konex 1994. Recibió títulos de Doctorados Honoris Causa por la Universidad de San Luis, Universidad de CAECE, en el Instituto de Investigaciones Biomédicas de la Fundación Favaloro, por la Universidad Nacional de Salta y también por la Universidad Nacional del Litoral. Fue presidente del Instituto Di Tella e integró la Fundación Bariloche y la Sociedad Argentina de Análisis Filosófico (Sadaf). Fue miembro fundador de la Asociación Argentina de Epistemología del Psicoanálisis (Adep). La Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) lo nombró miembro honorario, y la International Psychoanalytical Association (IPA) lo premió en Roma por sus contribuciones al psicoanálisis en 1989. Dictó cursos de epistemología y participó en numerosas actividades científicas.

Entre sus libros están La teoría de conjuntos y los fundamentos de las matemáticas; Las ciencias formales y el método axiomático; Corrientes epistemológicas contemporáneas, con Miguel de Asúa; La inexplicable sociedad, con Cecilia Hidalgo, el ya clásico Las desventuras del conocimiento científico, Las desventuras del conocimiento matemático, Mis diversas existencias y de otras numerosas obras en coautoría.

Fue Miembro de la Conadep en 1984 y miembro de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. Falleció en Buenos Aires el 19 de abril de 2009.